

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES



Análisis intergeneracional sobre nociones de intimidad y prácticas de emparejamiento en mujeres de clase media alta de Lima

Tesis para obtener el título profesional de Licenciada en Antropología
presentado por:

Albán Barreiro, Manuela Gala

Asesor(es):

Aramburú Lopez de Romaña, Carlos Eduardo Félix


Lima, 2024

Informe de Similitud

Yo, Aramburu Lopez De Romaña, Carlos Eduardo Felix, docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesor(a) de la tesis/el trabajo de investigación titulado Análisis intergeneracional sobre nociones de intimidación y prácticas de emparejamiento en mujeres de clase media alta de Lima del/de la autor (a)/ de los(as) autores(as) Alban Barreiro, Manuela Gala de constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 8%. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el 21/03/2025.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis o Trabajo de Suficiencia Profesional, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha: Lima, 21 de marzo del 2025

Apellidos y nombres del asesor / de la asesora: <u>Aramburu Lopez De Romaña, Carlos Eduardo Felix</u>	
DNI: 07272171	Firma
ORCID: 0000-0002-9203-2215	

Agradecimientos:

A mi madre que me ha enseñado a ser la mejor versión de mí misma y a mi padre que me ha inspirado a nunca dejar de aprender.

A Diego que ha traído tanta luz y tranquilidad a mis días.

A mis amigos de la facultad, sobre todo Roberto que me ha hecho reír en los momentos más difíciles, y Dani que me ha dado los mejores consejos.

A mi asesor, Carlos Eduardo Aramburú que confió en mi propuesta y me motivó durante todas las etapas de este proyecto.

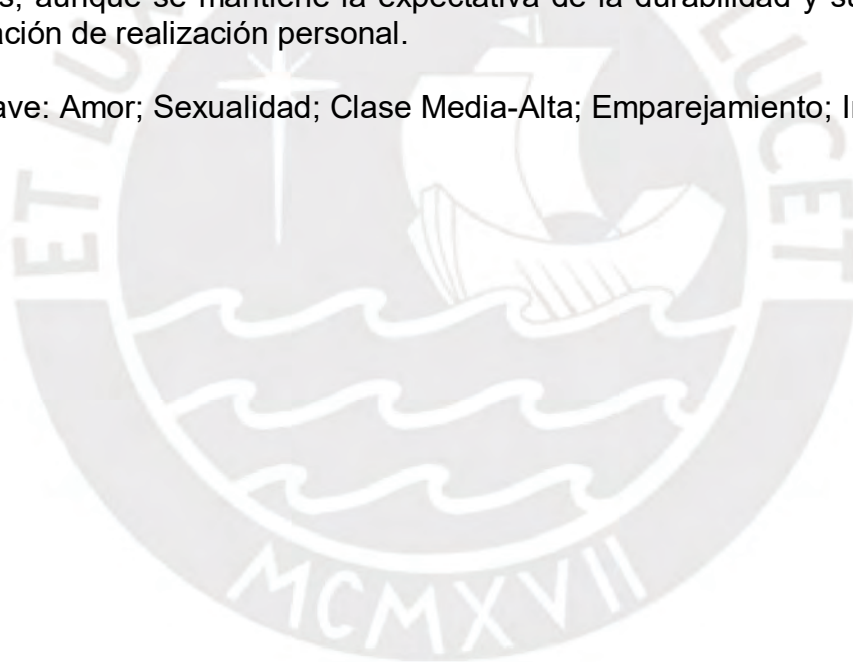


Resumen

La presente tesis tiene como objetivo principal el análisis de los cambios y permanencias con respecto a las nociones de intimidad y prácticas de emparejamiento en mujeres de clase media-alta de Lima, Perú. La metodología implementada fue de corte cualitativa a través de la realización de entrevistas a profundidad a 11 mujeres de tres generaciones: abuelas (77-95 años), madres (54-56 años) e hijas (23-24 años). Las entrevistas fueron complementadas con análisis de productos culturales y observación participante.

Los hallazgos muestran una tendencia hacia el aumento de las relaciones amorosas prematrimoniales, la ampliación de la etapa de noviazgo, además de la postergación del matrimonio y de la maternidad. Igualmente, se percibe una mayor aceptación de la sexualidad femenina y la desvinculación de la virginidad como valor central de la mujer. La tesis revela cambios significativos en las percepciones con respecto al amor en las tres generaciones. Se identificaron principalmente tres Narrativas sobre el amor: el “amor como suerte” entre las abuelas, el “amor psicologizado” el cual surge con las madres y se profundiza con las hijas, y el “amor para siempre” presente en todas las generaciones, aunque con tintes diferentes en cada una. Se observa una mayor preocupación por las relaciones “sanas” y democráticas, aunque se mantiene la expectativa de la durabilidad y su vinculación con la sensación de realización personal.

Palabras Clave: Amor; Sexualidad; Clase Media-Alta; Emparejamiento; Intimidad.



Índice

Introducción	1
Capítulo 1: Estado de la Cuestión	12
1.1. La antropología y el estudio de las emociones:	12
1.1.1. Antropología del Amor	13
1.2. Sobre el amor en occidente:	16
1.3. Estudios de la Familia: Cambios demográficos y cambios en la estructura familiar	21
1.3.1. Estudios de la familia: cambios en Latinoamérica	24
1.4. Estudios sobre amor y familia en la clase media y alta peruana:	28
1.4.1. Investigaciones en la década de 1970:	28
1.4.2. Investigaciones de la década de 1990:	28
1.4.3. Investigaciones contemporáneas:	31
1.5. Balance:	33
Capítulo 2: Marco Teórico	35
2.1. Intimidad	35
2.2. Cultura afectiva:	37
2.3. La ética del amor:	38
2.4. Tipos de Amor:	39
2.5. Familia hegemónica y Familias Plurales	40
2.5.1. El libreto en la intimidad: Roles de Género dentro de la unidad familiar.	42
2.5.2. La adultez como un constructo social	43
Capítulo 3: Metodología	45
3.1. Criterios de selección de las participantes.	45
3.2. Técnicas de recojo de información	49
3.3. Consideraciones éticas y limitaciones	51
Capítulo 4: Trayectorias afectivas en tres generaciones	53
4.1. Presentación de cuatro casos representativos.	53
4.1.1. Zoila (Abuela)	53
4.1.2. Pilar (Madre)	61
4.1.3. Victoria (Hija)	67
4.1.4. Lisette (Hija)	72
4.2. Patrones en las trayectorias afectivas de las abuelas	78
4.3. Patrones en las trayectorias afectivas de las madres	87
4.4. Patrones en las trayectorias afectivas de las hijas:	95

Capítulo 5: Significados ligados a los distintos tipos de unión	107
5.1. Las etapas:	107
5.1.1. Mujeres y Hombres: ¿Enamorados? ¿Amigos? ¿Amigos con Beneficios?	107
5.1.2. Enamoramiento: la primera etapa	114
5.1.3. Conyugalidad y Matrimonio	128
5.2. Trabajo dentro y fuera del hogar	138
5.3. Balance: Familia Hegemónica y Familias Plurales	150
Capítulo 6: Narrativas sobre el amor en tres generaciones	152
6.1. El amor como suerte: las abuelas	153
6.2 La psicologización del amor: madres e hijas	161
6.3. Y vivieron felices por siempre: Abuelas, Madres e Hijas	175
Conclusiones:	186
Referencias Bibliográficas:	194



Índice de tablas

Tabla 1: Población Censada de 12 y más años, según estado civil o conyugal, 1981-2017	9
Tabla 2: Datos generales de las entrevistadas	46



Índice de Figuras

Figura 1: Perú – Evolución de la fecundidad, 1986, 1991-1996, 2013, y 2017-2018	7
Figura 2: Mediana de edad al primer nacimiento entre mujeres de 25 a 49 años, según nivel de educación y quintil de riqueza, 2017-2018.	8
Figura 3: Tasa de divorcio y fuerza laboral femenina con educación superior	10
Figura 4: Mapa de la ubicación de las entrevistas	48
Figura 5: Cine Diamante	84
Figura 6: When Harry Met Sally 1	110
Figura 7: Matriz de posicionamiento de las relaciones sexoafectivas	117
Figura 8: Poster promocional de El derecho de nacer – Canal 9	122
Figura 9: Portada del Álbum “Lo mejor de Dyango”	155
Figura 10: Carlos Gardel	156
Figura 11: When Harry Met Sally 2	163
Figura 12: When Harry Met Sally 3	163
Figura 13: When Harry Met Sally 4	164
Figura 14: Lenguajes del Amor	169
Figure 15: Portada del Álbum “Midnights”	171
Figura 16: Portada del Álbum “La nave del olvido”	176
Figura 17: Iglesia Santa Teresa	177
Figura 18: Portada del Álbum “Mujer de todos, mujer de nadie”	180
Figura 19: Portada del Álbum “Fearless (Taylor’s versión)”	182
Figura 20: Portada del Álbum “Limón y Sal”	183

Introducción

Relevancia de la temática y objetivos:

En el Perú desde las décadas del setenta y ochenta, una serie de cambios vienen transformando significativamente la posición social de las mujeres. La inserción a la fuerza laboral, la difusión de ideales feministas, el acceso a la educación terciaria, la divulgación (y legitimación) del uso de métodos anticonceptivos han hecho que los ideales de feminidad comiencen a variar, generándose nuevos modelos de mujer, sobre todo para aquellas ubicadas en los sectores medios del país. Asimismo, se puede decir que a lo largo de las últimas generaciones la liberación de la sexualidad femenina ha experimentado cambios graduales, pero notorios, generando nuevas dinámicas en las relaciones de pareja. Dentro de las generaciones más jóvenes, las mujeres ya no aguardan al "hombre adecuado" (futuro esposo) para explorar su vida sexual, cada vez más parejas comienzan a convivir sin necesidad de estar casada, y las expectativas sobre lo que se busca en una pareja también están transformándose (Pariona 2016). De tal manera que, las relaciones de pareja parecen estar cambiando (en un proceso lento, desigual y todavía inconcluso) hacia ideales de mayor equidad y diálogo. Este cambio en las relaciones amorosas supone un cambio en las nociones de amor e intimidad.

En este sentido, un acercamiento desde la antropología de las emociones, particularmente desde la antropología del amor resultaría pertinente para analizar estos cambios. Desde la antropología de las emociones, con autores tales como Rosaldo (1984), Lutz y White (1986) y Le Brenton (2012) las emociones son entendidas no como sustancias que se descubren en nuestra sangre, sino prácticas sociales organizadas por historias que tanto representamos como contamos. Es decir, están estructuradas por nuestras formas de comprensión cultural. En este sentido, la antropología de las emociones, más que centrarse en los aspectos puramente "individuales", contempla el complejo sistema de valores del que es parte, los elementos relacionales, de moral pública, connotaciones estéticas, etc. (Esteban 2007). De esta manera, dentro de la antropología de las emociones el amor sería entendido como un complejo sistema de valores, sentimientos y prácticas. De todas formas, como menciona Esteban (2007) "si nos fijamos por un momento ahora en el estudio antropológico del amor, tenemos que resaltar en primer lugar que, a pesar de que en nuestra disciplina existe ya una cierta producción bibliográfica sobre

emociones, no contamos con muchas publicaciones respecto al amor,” (p. 77).

A primera vista la compleja emoción del amor parecería ser un tema más pertinentemente discutido por poetas, artistas, músicos y novelistas. A pesar de que otras disciplinas como la psicología han hecho del amor uno de sus temas de interés, buscando en el patologías como la adicción y la codependencia, las ciencias sociales se han acercado al tema de manera mucho más tímida. Como menciona Simon May (2011) existe un miedo desde las ciencias humanas (y vale agregar también sociales) de abarcar el tema del amor. Como si al analizarlo, interpretarlo, describirlo o cuestionarlo corriéramos el riesgo de degradar aquella tan valiosa emoción, de quitarle su “magia”. Es decir, terminar matando aquello que buscábamos entender. Paralelamente, como menciona Kogan (1995) existía la noción de que la temática del amor, particularmente en países como el Perú era irrelevante: “en nuestro país la sociología ha centrado su atención en las carencias, los problemas, los sectores socioeconómicos deprivados. Ello, no nos permitió ver la otra cara de la moneda: cómo se construye el amor, el afecto y la intimidad” (p.12).

De todas formas, desde el último cuarto del siglo XX pareciera que el amor está atravesando una serie de cambios que no pueden evitar llamar la atención de algunos científicos sociales. Ciertos autores de prominencia internacional como Giddens (1992), Lipovetsky (1997) y Bauman (2005) han comenzado a teorizar sobre las distintas formas en las que el amor en occidente ha comenzado a transformarse. Los ideales de la incondicionalidad, el “para siempre”, o la “media naranja”, clásicos del amor romántico parecen estar cayendo en desuso. Esto resulta evidente no solo en los análisis académicos, sino en los productos culturales que consumimos: en un transcurso de 40 años pasamos de letras como “*Con el corazón destrozado y el rostro mojado, soy tan desdichada quisiera morirme*” de Amanda Miguel, a “*Te creíste que me heriste y me volviste más dura. Las mujeres ya no lloran, las mujeres facturan*” de Shakira.

De esta manera autoras como Bejar (1987) incluso llegan a asegurar que el amor romántico está en “franca decadencia”, la imagen de los amantes que funden sus almas resulta incongruente con el “yo” contemporáneo quien idealmente debe ser un ser autosuficiente, independiente, completo en sí mismo. En este sentido, existe la percepción de que las relaciones parecen ser cada vez más cortas, más condicionales, más variables. En palabras de Giddens (1992) estamos frente a una verdadera transformación de la intimidad, en la cual las mujeres han desempeñado un

rol fundamental. Así mismo asegura que estos cambios, concernientes a la esfera afectiva e íntima, son genuinamente revolucionarios puesto a que por primera vez se espera del amor una relación de igualdad sexual y emocional. Lo que significa no solo cambios en el sentir, sino cambios en la manera de relacionarse afectivamente, lo que podríamos llamar el emparejamiento. En este sentido, son cambios que van más allá de “solo” el ámbito privado: “La transformación de la intimidad puede tener una influencia subversiva sobre las instituciones modernas consideradas como un todo” (Giddens 1992, p. 13).

En el mismo periodo de tiempo han surgido una serie de cambios propios del interés de la demografía. En torno a los fenómenos de nupcialidad y fecundidad han ocurrido ciertos “hechos inesperados” como el descenso de la fecundidad acelerado, llegando a estar por debajo del nivel de reemplazo en varios países, “y las transformaciones en la formación y estabilidad de las parejas conyugales” (Quilodrán 2008, p.7). Así, desde la disciplina demográfica se han comenzado a preguntar sobre los cambios en varios de los aspectos de la nupcialidad que están ejerciendo influencia en el régimen reproductivo: la soltería prolongada, la inestabilidad de las parejas, la desinstitucionalización de las uniones conyugales, etc. Esto desde un enfoque demográfico que centra los cambios en los patrones conyugales y reproductivos no solo en factores materiales, sino también en los aspectos culturales. Dentro de este marco, varios demógrafos han comenzado a prestarle mayor atención a elementos tales como los cambios en aspiraciones, actitudes, valores de determinados grupos, como también las estructuras normativas interiorizadas por los individuos del grupo en cuestión (Quilodrán y Juárez 2009).

En este sentido, la demógrafa Julieta Quilodrán (2008) al preguntarse sobre los cambios demográficos experimentados en occidente (con un interés particular en Latinoamérica) comenta: “Un aspecto de la nupcialidad que está también cambiando, pero del que poco se habla es el de la elección del cónyuge: Se trata una etapa de la formación de las uniones poco estudiada por los demógrafos a pesar de que es la primera cronológicamente hablando” (p.12). La autora destaca la importancia de estudiar las cambiantes formas de emparejamiento en el contexto social contemporáneo, puesto a que la definición de la “pareja conyugal” es cada vez más un tema de debate, ya que las formas de emparejamiento actuales no han sido frecuentes en el pasado. Propongo que, para poder responder estas preguntas es necesario hablar de la intimidad y el amor, puesto a que desde el siglo XIX con la

hegemonización del amor romántico (por lo menos en el plano normativo) hablar de matrimonio ha significado hablar de amor. De esta manera para entender los cambios presentados en la nupcialidad, resulta necesario tornar la mirada a las cambiantes nociones de amor, romance y vida en pareja.

Es así como la presente tesis, aunque centrada en una perspectiva antropológica, busca también nutrirse de los debates demográficos. Esto siguiendo a Coast (2003) quien destaca el gran valor del trabajo interdisciplinario entre la antropología y la demografía. Menciona que, aunque desde la década de 1970 el uso de etnografías y otros trabajos de corte cualitativo “micro” en los artículos demográficos ha aumentado, esto no ha sido sin sus complicaciones. Mientras los antropólogos/etnógrafos encuentran que las etnografías no siempre están siendo usadas de manera pertinente por los demógrafos (por ejemplo, usando trabajos antiguos para explicar patrones recientes), los demógrafos señalan que las etnografías no siempre proporcionan información particularmente adaptada a las necesidades de un estudio demográfico. En este sentido, esta tesis propone ser útil tanto para la discusión antropológica del amor y el estudio de las emociones, como también para la demografía y su interés por las cambiantes formas de emparejamiento y relaciones conyugales.

El objetivo de este trabajo no es encontrar un “índice de correlación” entre las nociones de amor y las variables demográficas (una tarea más adaptada a un trabajo de corte sociológico), sino más bien analizar a profundidad las nociones de amor y su relación con las prácticas de emparejamiento en un grupo reducido de mujeres de clase media alta de Lima, al ser estas, como se demostrará más adelante, un grupo dentro del marco nacional donde más podemos vislumbrar los cambios demográficos mencionados brevemente líneas arriba. Así mismo ya que en la investigación se presenta un particular interés por los cambios presenciados en las últimas décadas se plantea hacer un análisis intergeneracional (nietas, madres y abuelas) para poder trazar de manera más clara y comparativa los cambios en las trayectorias afectivas, los ideales de pareja y los discursos con respecto la intimidad entre las generaciones. En este sentido, los objetivos de investigación son los siguientes:

Objetivo Principal:

Analizar y comparar las nociones de intimidad en tres generaciones de mujeres de clase media-alta de Lima, con el fin de comprender los cambios en valores y actitudes con respecto a las relaciones de pareja en la etapa inicial de la trayectoria

de formación familiar.

Objetivos Secundarios:

- Acercarse a las trayectorias afectivas de las mujeres durante la etapa juvenil y los primeros años de conyugalidad (en caso tengan vida conyugal) y el rol que cumplieron distintos actores del entorno personal y social; e identificar cómo las mujeres perciben los cambios en las trayectorias afectivas entre las generaciones.
- Identificar los significados que las mujeres le otorgan a los distintos tipos de unión a largo plazo (matrimonio/ convivencia) y las expectativas que tienen o tuvieron de la vida en pareja.
- Comparar y contrastar las narrativas que las mujeres tienen sobre el amor y cómo perciben que los discursos sobre el amor han cambiado entre generaciones

Contextualización de la investigación:

Bajo el enfoque en el cual se está desarrollando esta investigación, resulta necesario presentar de manera más precisa los cambios demográficos pertinentes, sus particularidades en la región Latinoamericana y las especificidades del contexto peruano. Como también ciertos cambios estructurales que han transformado (con diferentes niveles de éxito) la posición social de las mujeres en el Perú.

Al igual que otras partes del mundo como Europa, América el Norte y ciertos países de Asia del este, Latinoamérica ha presentado un sostenido decrecimiento en el número de hijos por mujer. Data del Banco Mundial indica que para el año 2020, la Tasa de Fecundidad del mundo se encontraba en 2.3 hijos por mujer, habiendo alcanzado su pico en 1963 con 5.3 hijos por mujer. En América Latina y el Caribe data del año 1960 presentaba una tasa global de fecundidad (TGF) de 5.8 hijos por mujer, mientras que para el periodo 2015-2020 este número ha bajado a 2.04 hijos (Esteve et al 2020). Así mismo, como tendencia global se comienza a presenciar nuevos patrones de nupcialidad donde la convivencia comienza a tomar preponderancia por sobre el matrimonio civil o religioso, mientras que el divorcio y la separación van en aumento.

De todas formas, este proceso presenta sus propias particularidades en el contexto latinoamericano. Uno de ellos es la velocidad en la que estos cambios están ocurriendo “la transición demográfica que duró dos siglos en los países de Europa

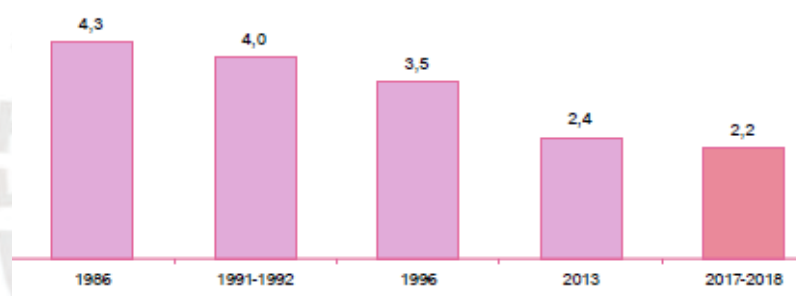
está ocurriendo en menos de uno en los que la iniciaron apenas entrando el siglo XX” (Quilodrán 2008, p.9). Así mismo, destaca el hecho de que el la disminución sostenida de fecundidad no ha venido acompañada de una edad más tardía para el primer nacimiento, como sí ha ocurrido en otras regiones del mundo (Esteve et al 2020). Es decir, una buena proporción de mujeres latinoamericanas está teniendo menos hijos, pero a una temprana edad. De todas formas, sí se puede percibir un atraso a la edad del primer hijo en el caso de las mujeres con educación terciaria. En este sentido, varios autores señalan la creciente brecha entre la edad de inicio de la maternidad entre mujeres con poca/ sin educación, y mujeres altamente educadas las cuales tienden a retrasar la edad en la que tienen su primer hijo. Un estudio que retrata la magnitud de esta brecha en el caso brasileño es el de Rios-Neto et al (2018). El patrón que resaltan con data del censo del 2010 es que las mujeres con menores niveles de educación (de 4 a 8 años de educación) tenían su primer hijo alrededor de los 19 años, mientras que las mujeres con educación terciaria (de 12 a más años) iniciarían su maternidad a una edad aproximada de 32 años, lo cual indica una masiva brecha en el inicio de la maternidad.

Así mismo, en la región se puede notar cambios en las formas de unión de pareja, donde la cohabitación ha comenzado a tomar mayor relevancia que en generaciones pasadas. Como señalan Esteve et al (2020) en la mayoría de los países de América Latina y el Caribe la cohabitación es más frecuente que el matrimonio especialmente entre las cohortes jóvenes. De todas formas, vale la pena mencionar que la cohabitación siempre fue una forma de unión utilizada en la región, sobre todo en grupos sociales en condición de pobreza y marginación por etnicidad. Así, como mencionan Esteve et al (2020) y Quilodrán (2008) puede ser útil la distinción entre la cohabitación “tradicional”, y la cohabitación “moderna”. Es decir, incluso en aquellos sectores de la población latinoamericana (clases medias y altas) que previamente se atenían al matrimonio formal, comenzamos a ver un aumento en las uniones de convivencia. En este sentido, varios autores han comenzado a preguntarse sobre los nuevos significados sociales de la cohabitación. Otro de los cambios en los patrones de nupcialidad en la región es el paulatino incremento en la soltería entre los y las jóvenes: “En cuanto a la formación familiar en la región, cabe reiterar en primer lugar que se ha prolongado la soltería, como lo muestran las mujeres de las generaciones más jóvenes de los países incluidos en las encuestas DHS de fines de los noventa. Alrededor del 20% de ellas continuaba soltera a los 30 años de edad en comparación

con el 5% de las nacidas en los cuarenta” (Quilodrán 2008, p. 13).

Estos cambios que se pueden apreciar de manera regional a nivel de América Latina y el Caribe, también se pueden notar en el caso peruano. A nivel nacional podemos notar un claro decrecimiento en la tasa de crecimiento anual: 2.8% en el periodo 1961-1972 a 1.0% en el periodo 2007-2017. Esta tendencia decreciente se explica sobre todo por una aceleración en la caída de los niveles de natalidad (INEI 2017, Aramburú 2012). Esto se puede ver representado en la Tasa Global de Fecundidad (TGF), la cual en el periodo 2017-2018 fue de 2.2 hijos por mujer según la Encuesta Demográfica y de Salud Familiar del 2018. Dicha encuesta muestra la clara disminución de la TGF en un periodo de 32 años, así entre 1986 y 2017-2018 la fecundidad presentó una disminución del 48.8%. Es decir, de 4.3 hijas/hijos por mujer en 1986 a 2.2 en 2017-2018 (ENDES 2018).

Figura 1
Perú – Evolución de la fecundidad, 1986, 1991-1996, 2013, y 2017-2018



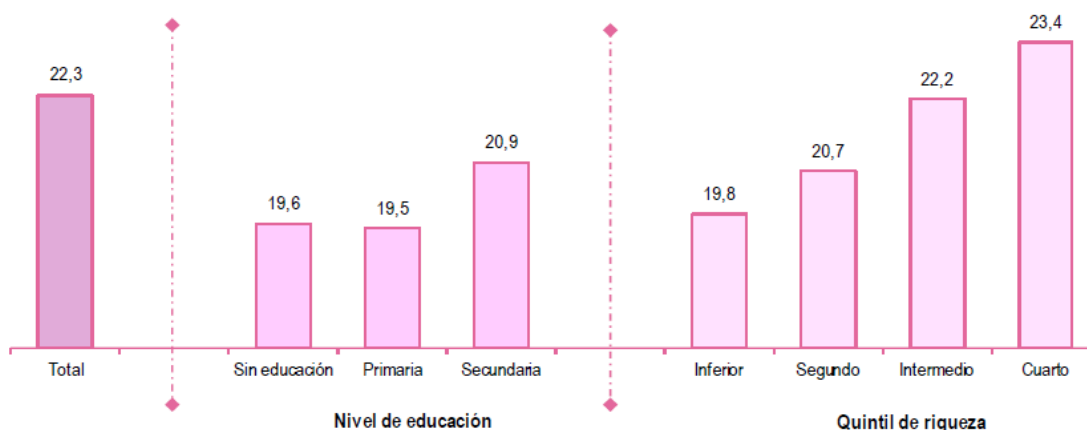
Fuente: Instituto Nacional de Estadística e Informática (2018, p. 94)

Como ya mencionaron Esteve et al (2020) y de Rios-Neto et al (2018) la marcada estratificación social que caracteriza a la región latinoamericana afecta fuertemente las trayectorias afectivas, reproductivas y familiares de las mujeres de la región. Este también es el caso para las mujeres peruanas. A nivel nacional podemos ver claramente como las mujeres con mayor educación tienen menos hijos al final de su vida reproductiva que aquellas mujeres con menor acceso a la educación. “De continuar los niveles actuales de fecundidad, las mujeres con educación primaria tendrían al final de su vida reproductiva 2,1 veces el número de hijas y/o hijos que aquellas con educación superior (3,5 frente a 1,7); siendo la brecha entre ambos niveles de 1,8 hijas y/o hijos.” (ENDES 2018, p. 96). Resulta clave resaltar que para el grupo de mujeres más educadas, la TGF ha alcanzado ya niveles por debajo de la tasa de reemplazo (Aramburú y Bustinza 2007). Existen también brechas a nivel de

riqueza en elementos tales como la edad del primer nacimiento. Mientras que aquellas mujeres del quintil inferior de riqueza tienen su primer hijo/a en una edad mediana de 19.8, dicha cifra incrementa a 23.4 en las mujeres del cuarto quintil de riqueza (ENDES 2018). Aunque la encuesta ENDES no revela los datos de la edad del inicio de la maternidad de las mujeres del quintil superior, podríamos suponer que estas retasan aún más la edad del primer nacimiento

Figura 2

Mediana de edad al primer nacimiento entre mujeres de 25 a 49 años, según nivel de educación y quintil de riqueza, 2017-2018.



Fuente: Instituto Nacional de Estadística e Informática (2018, p.102)

Así mismo, el estudio hecho por Rios-Neto et al (2018) en el caso de Brasil nos llevaría a pensar que las mujeres con educación terciaria en Perú también tendrían a retrasar la edad del primer hijo a una edad mucho más avanzada que la de sus contrapartes con menores años de educación. Igualmente, existe una diferencia de la edad mediana del primer nacimiento según región geográfica, donde las mujeres de Lima metropolitana tienen la edad más tardía con 24.2 años (ENDES 2018). Es decir, podemos decir que son las mujeres de Lima, aquellas con mayor educación y quienes se encuentran en los quintiles superiores de riqueza quienes no solo están teniendo menos hijos, sino que los están teniendo a edades más tardías. Dentro de estas brechas también deben ser considerada el acceso a métodos anticonceptivos, que, aunque ha habido avances, todavía son las mujeres más pobres quienes tienen menor acceso (Aramburú y Bustinza 2007, p. 64).

En el caso peruano, con respecto a los cambios en los patrones de nupcialidad podemos observar que el porcentaje de personas mayores de 12 años que se identifican como casado/a ha decrecido desde 1981, año que cuenta con un 38.4%,

hasta el 2017 con un 25.7%. Así mismo el promedio de convivientes ha incrementado progresivamente de un 12.0% en 1981 a un 26.7% en el 2017.

Tabla 1
Población Censada de 12 y más años, según estado civil o conyugal, 1981-2017

CUADRO N° 1.26
PERÚ: POBLACIÓN CENSADA DE 12 Y MÁS AÑOS, SEGÚN ESTADO CIVIL O CONYUGAL, 1981-2017
(Absoluto y porcentaje)

Estado civil o conyugal	Censo 1981 a/		Censo 1993 b/		Censo 2007		Censo 2017	
	Absoluto	(%)	Absoluto	(%)	Absoluto	(%)	Absoluto	(%)
Total	11 152 131	100,0	15 307 295	100,0	20 850 502	100,0	23 196 391	100,0
Conviviente	1 336 326	12,0	2 488 779	16,3	5 124 925	24,6	6 195 795	26,7
Separado/a	181 813	1,6	269 495	1,8	714 242	3,4	968 413	4,2
Casado/a	4 285 091	38,4	5 384 534	35,2	5 962 864	28,6	5 959 966	25,7
Viudo/a	520 589	4,7	617 750	4,0	809 707	3,9	940 437	4,1
Divorciado/a	...	-	65 654	0,4	114 093	0,5	209 707	0,9
Soltero/a	4 828 312	43,3	6 481 083	42,3	8 124 671	39,0	8 922 073	38,5

a/ Excluye a la población que no especificó su estado civil o conyugal.
b/ Comprende separado y divorciado.
Fuente: INEI – Censos Nacionales de Población y Vivienda, 1981, 1993, 2007 y 2017.

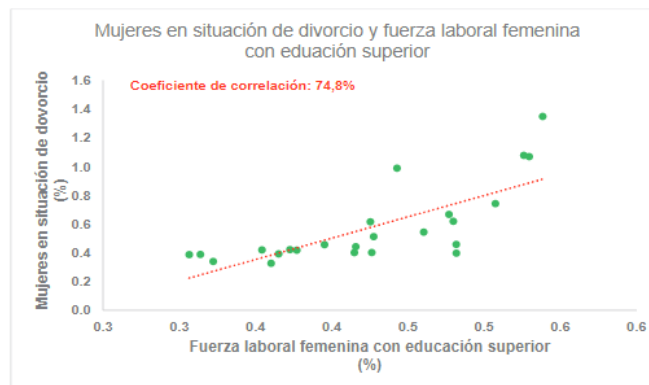
Fuente: Instituto Nacional de Estadística e Informática (2017, p.53)

Es relevante ver estos datos por grupo de edad a lo largo del tiempo. Para eso podemos comparar la data de la Encuesta Demográfica Nacional de 1975 con los datos del censo del 2017. En 1975 del total de mujeres con edades entre los 20 y los 24 años, 27.76% estaban casadas (INE 1978). En contraste, los datos del último censo indican que de la población total del mismo rango de edad apenas el 3.5% está casada (INEI 2017). De todas formas, el número de convivientes del mismo rango de edad sube, de 16.21% en 1975 (INE 1978) a 30.6% en el 2007, y finalmente a 27.7% en el 2017 (INEI 2017). Aun así, el porcentaje de personas en el rango de edad de 20 a 24 años en algún tipo de unión ya sea casada o conviviente ha bajado. En 1975 representaba el 43.97% (INE 1978), mientras que en el 2017 representa el 31.2% (INEI 2017). Indico los datos de la población de 20 a 24 años para demostrar que la edad de la unión se ha aplazado notablemente en el Perú. Así mismo, el cambio más notable es el decrecimiento de los matrimonios en este rango de edad. El INEI identifica que “Al año 2018, en el país la edad promedio de los hombres y mujeres que contraen matrimonio es de 36 y 33 años, respectivamente. En Lima Metropolitana, la edad promedio de las contrayentes mujeres es de 34 años y de los contrayentes hombres 37 años” (INEI, 2019).

Por último, es relevante mencionar el incremento en la tasa de divorcios, la cual muestra tener una fuerte correlación con el nivel educativo de las mujeres y su entrada a la fuerza laboral. Es decir, a mayor nivel educativo, mayor tasa de divorcios. Como

lo demuestra el siguiente gráfico (en Castillo, Obando, y Casavilca 2021).

Figura 3
Tasa de divorcio y fuerza laboral femenina con educación superior



Fuente: Castillo, Obando y Casavilca (2021, p. 35).

En este sentido, resulta relevante mencionar que en las últimas décadas no solo nos enfrentamos a patrones cambiantes de fertilidad y nupcialidad, sino que también la situación misma de la mujer se ha visto transformada. Dentro de los cambios más relevantes está la inserción de la mujer a la esfera laboral generando así una mayor capacidad de autonomía económica (Ariza y Olviera 2001). De todas formas, insertando el contexto latinoamericano en un marco neoliberal resulta importante señalar que la inserción de la mujer a la fuerza de trabajo, incluso en los sectores medios, se ha debido a la necesidad del hogar de contar con dos fuentes de ingreso. De todas formas, sí ha significado un cambio en las trayectorias esperadas para las mujeres, no sin generar una serie de tensiones. Como menciona Fuller (1998) para muchas mujeres de clase media de los años noventa “el proyecto para el que fueron educadas, amas de casa y madres a tiempo completo, se ha vuelto inalcanzable y ha perdido prestigio” (Fuller 1998, p. 41). Así mismo a nivel nacional se han experimentado grandes cambios con respecto a la educación para las mujeres. “Si se tiene en cuenta que el derecho a seguir estudios superiores les fue otorgado sólo en 1907, constatamos que el avance obtenido en este aspecto ha sido impresionante. Esta tendencia ha sido mucho más acelerada durante la segunda mitad de siglo. Por ejemplo, pasaron de ser el 25% en 1960 al 34% en 1979” (Fuller 1998, p. 40). Si tomamos en cuenta data más reciente, los cambios son aún más impresionantes: con respecto a la educación terciaria “las cifras del año 2018 arrojan que el 54% de estudiantes que egresaron fueron mujeres y el 46%, hombres”

(SUNEDU 2021, p.6). De esta manera se puede decir que el acceso a la educación superior se ha vuelto más equitativo entre hombres y mujeres, como también lo demuestra el hecho de que para el 2007 el 23% de la PEA tanto masculina como femenina tenía educación superior (Aramburú Bustinza 2007). De todas formas, esto no implica una equidad económica, pues “En todos los sectores o modalidades de trabajo se aprecian diferenciales de ingreso en contra de las mujeres” (Aramburú y Bustinza 2007, p. 71). Estas brechas salariales se mantienen en todos los niveles educativos e incluso se acentúan en los sectores más integrado al mercado (sector formal y empresas grandes) (Aramburú Bustinza 2007).

De esta manera podemos ver que, tanto a nivel latinoamericano, como a nivel nacional existen cambios en las formas en las que las parejas se están vinculando, lo que significa también un cambio en los patrones de formación familiar. Así mismo hay cambios importantes en la posición social de la mujer, brindándole a esta mayor autonomía y nuevas formas de definirse que no se limitan a la identidad de esposa/madre, aunque todavía existen brechas e inequidades. Como menciona Quilodrán (2008) “Cualquiera que sea la definición de lo que es una pareja conyugal en la actualidad, estamos frente a modalidades de relación no frecuentes en el pasado” (p. 15). Frente a esto, resulta relevante preguntarse sobre los significados de dichos cambios. Es decir, analizar los aspectos emocionales y subjetivos de las mujeres y hombres que protagonizan estas transformaciones. Es decir, como contexto nacional podemos afirmar que el Perú está atravesando una serie de cambios demográficos que conciernen tanto a los patrones reproductivos como los de nupcialidad, transformaciones que vienen acompañadas por una mayor inserción de la mujer a la esfera laboral y a la educación terciaria. De todas formas, estos cambios ocurren de manera desigual dentro de la población peruana. Generando así la necesidad de estudiar dichos cambios de manera diferenciada para poder desarrollar análisis pertinentes sin traspasar patrones, significados y motivaciones de un sector a otro.

Capítulo 1: Estado de la Cuestión

1.1. La antropología y el estudio de las emociones:

Para sentar las bases de esta investigación resulta pertinente comenzar con los estudios relevantes desde la antropología y las ciencias sociales al estudio de las emociones y los afectos. Surrallés (1998) comenta que no es sino hasta la década de 1980 con estudios provenientes sobre todo de Estados Unidos que la disciplina antropológica comienza a interesarse por las emociones como objeto de estudio. Previamente el carácter ambiguo de las emociones hacía que los antropólogos consideren de las emociones como una categoría asistemática, indescriptible, propia de otras disciplinas como la psicología. Uno de los trabajos pioneros en la antropología de las emociones fue el propuesto por Lutz y White (1986). Allí, los autores sugieren que el estudio de las emociones se debe hacer con un énfasis en el significado cultural de estas, como también en la estructura y el contexto social que las rodea. Optan por prestarle atención a los aspectos fenomenológicos y comunicativos de la emoción, que desde su parecer han sido ignorados por los estudios de índole psicológica los cuales hasta el momento habían dominado esta temática.

En este sentido se puede decir que desde el inicio de los estudios sobre las emociones se han desarrollado dos corrientes predominantes: la universalista y la particularista. Como señalan Lutz y White (1986) esta diferencia fundamental sobre si las emociones son un universal *a priori*, o si son culturalmente creadas, se traduce en claras diferencias en la estrategia metodológica de estudio. Los estudios de tendencia universalista serían de índice deductivo donde se comienza con categorías planteadas *a priori* (enojo, tristeza, asco, etc) y luego buscadas en el trabajo de campo. Por otro lado, la perspectiva culturalista optaría por una metodología inductiva, iniciando por la observación.

Desde la perspectiva universalista las emociones, por ejemplo, el amor, son naturales y sentidas de igual manera por todos los seres humanos de distintas culturas y épocas. Desde esta perspectiva la cultura tan solo tendría el rol de moldear la expresión de estas emociones (la forma aceptable de expresión) y de detonar las mismas (qué eventos disparan las emociones). Por otro lado, hay autores como Le Breton que responden a esta perspectiva, apoyando la necesidad de un análisis más contextual de las emociones: “La emoción no es una sustancia un estado fijo e inmutable que se encuentra de la misma manera y bajo las mismas circunstancias en

la unidad de la especie humana, sino un matiz afectivo que se extiende por todo el comportamiento, y que no cesa de cambiar en todo instante, cada vez que la relación con el mundo se transforma, que los interlocutores cambian o que el individuo modifica su análisis de la situación” (2012, p.69). De esta manera Le Breton propone que las emociones nacen de la evaluación de un evento, esta interpretación se da a través de una serie de conocimientos y valores socialmente aprendidos, de tal forma las emociones son intrínsecamente relacionales. En ese sentido, los miembros de una sociedad o grupo comparten una cultura afectiva, es decir el sistema de sentidos, valores y afectos que son determinados por la socialización de los individuos. Desde una corriente similar (crítica de los análisis universalistas de la emoción), pero más radical, encontramos autores como Surrallés (1998) quien cuestiona la misma categoría de *emoción* como un concepto analítico. En este sentido el autor se pregunta si es que esta categoría es pertinente, pues existen culturas donde la división emoción/razón no se presenta de manera marcada.

Considero que hacer una revisión de las distintas formas de entender la emoción dentro de la disciplina antropológica resulta necesario puesto a que ayuda a posicionar esta investigación desde una u otra corriente analítica, aspecto que se desarrollará más adelante en la sección del marco teórico. Aunque la antropología de las emociones cuenta con una cantidad de bibliografía interesante (de la cual aquí se ha compartido solo una pequeña parte), concuerdo con autores como Esteban (2007) y Lindholm (2006) en que la antropología del amor cuenta con menos publicaciones al respecto. Lindholm (2006) propone que una vez que el estudio antropológico de las emociones floreció en la década de 1980, el amor seguía siendo un tema poco estudiado, sobrepasado por el análisis de emociones “disfuncionales” o “problemáticas” como la depresión o la ira. De esta manera, mi investigación plantea aportar a los estudios de la antropología del amor. Resulta entonces útil tornar la mirada a los aportes antropológicos sobre el amor.

1.1.1. Antropología del Amor

Resulta, entonces, comprensible que los estudios antropológicos del amor han caído en las dos tendencias mencionadas: universalista y particularista, como también puntos intermedios. Autores como Janjowiak y Fischer (1992) y Fisher, Aron, y Brown (2006) mantienen una perspectiva universalista. Desde esta tendencia Jankowiak y Fischer (1992) sostienen que la evidencia etnográfica demuestra que el amor

romántico es un universal. En tal caso definen el amor romántico como la idealización del otro en un contexto erótico, la presencia de sentimientos de anhelo, y lo diferencian del amor de compañía y la "lujuria". En base a esta definición buscan su presencia en data etnográfica recolectada; es decir proponen un estudio del amor con un enfoque deductivo. Fisher, Aron, y Brown (2006) entienden el amor como un mecanismo de selección de pareja, por lo que tienden a apoyarse de estudios biológicos, psicológicos, etc. Así el amor romántico vendría a ser una forma desarrollada del sistema de atracción que guía a la especie humana a su reproducción. El deseo de pasar un periodo de tiempo largo juntos (afectos duraderos) evolucionaron para motivar a los individuos a mantenerse juntos tiempo suficiente para que cumplan las labores de crianza propios de la especie. En este sentido la sensación de estar enamorado se puede delimitar a ciertas características fisiológicas como niveles más altos de energía, atención focalizada, gestos afiliativos, comportamiento posesivo sobre la pareja de apareamiento, etc. Proponen que las características "universales" del estar enamorado, como pensar obsesivamente sobre el ser amado, se pueden interpretar bajo conceptos psicológicos como "pensamientos intrusivos" (Fisher, Aron y Brown 2006).

Por otro lado, autores como Lindholm (2006) aunque apoyan el uso de la categoría de "amor romántico" para el análisis transcultural, no sostienen una posición basada en universalismos biológicos. Lindholm describe el amor romántico como un fervor compulsivo, una forma de trascender los límites de la existencia individual, de sobrepasar nuestras vidas concretas y lo asocia a un deseo hacia lo sagrado. El autor es claro en reconocer que no en todas las culturas el amor se encuentra atado a la formación familiar como lo es en el caso europeo/ occidental desde el siglo XIX. Aunque no asume que el amor romántico es un universal, propone que sí existe en un grupo lo suficientemente grande de culturas como para considerarlo una variable útil para el análisis transcultural. Aun así, el autor reconoce que, en un estudio transcultural basado en data etnográfica de 248 casos, realizado por él mismo, encontró 21 culturas que considera inequívocamente idealizadoras del amor romántico. De todas formas, indica que basándose en la misma data Janjowiak y Fischer concluyeron que el amor romántico se encontraba en la mayoría de los ejemplos, motivo por el cual lo consideran un universal humano. Así Lindholm es claro en identificar que dependiendo de cómo los investigadores caractericen el amor romántico, lo encontrarán en un número diferente de sociedades.

Autores que siguen una perspectiva más particularista como Esteban (2007) y Rodríguez (2012) proponen que el amor, como el resto de emociones, deben ser entendidas bajo su contexto cultural. Así Rodríguez (2012) comenta: “los seres humanos disponemos de una variedad, más o menos regulada, de pensar y vivir el amor y otras experiencias asociadas (el sexo, las diferencias de género y el matrimonio), acordes con el contexto social en que se vive.” (Rodríguez 2012, p. 173). En este sentido, como Esteban (2007) aclara, el amor es entendido como un complejo modelo de pensamiento, que tiene aspectos tanto emotivos como prácticos, está entonces “constituido por un repertorio de ideas valores, capacidades y actos encarnados” (p.72) los cuales varían a ser culturalmente determinados. Así mismo destaca que en la práctica amorosa, como en cualquier otra práctica social, se desarrollan relaciones de poder. En el amor romántico occidental, estas relaciones usualmente han implicado una desigualdad para las mujeres.

Dentro de esta corriente teórica, etnógrafos que toman un enfoque *emic* cuestionan la pertinencia del amor romántico como categoría de análisis aplicable a cualquier cultura. Tal es el caso de Verán (2017) quien inspirada en los aportes de Surrallés (1998) destaca que el uso del término “amor romántico” por autores como Janjowiak y Fischer (1992) o Lindholm (2006) es inadecuado pues, “el término ‘romance’ alude a una manera de vivir y entender el amor desde occidente” (2017, p. 12). Así en su tesis de licenciatura centrada en la sociedad awajún habla en términos de afectos y culturas afectivas. En tal caso encuentra que las generaciones mayores awajún viven los afectos a través del proceso de acostumbamiento por medio del cual se forma un vínculo íntimo y cotidiano. De todas formas, es diferente las relaciones formadas entre los jóvenes quienes viven procesos de enamoramiento centrados en ellos como individuos más que en valores colectivos como la alianza. Es decir, para Verán resulta más apropiado preguntarse primero qué entiende un grupo en particular por amor/intimidad/afectos, en vez de utilizar una definición hecha a priori y buscarla en distintas sociedades.

Al igual que la revisión sobre la antropología de las emociones, resulta útil analizar las tendencias tóricas desde las cuales se ha analizado hasta el momento la temática del amor dentro de nuestra disciplina, lo que me permite posicionarme dentro de una serie de trabajos de índole más “particularista” como se verá más adelante en el marco teórico. De todas formas, es necesario mencionar que los estudios hechos sobre esta temática (el amor), desde el enfoque antropológico de las emociones han

sido limitados en el Perú. Destacan trabajos como el de Verán (2017) quien analiza los afectos en una cultura nativa amazónica. Aunque enmarcadas en el mismo país, mi investigación propone el análisis del amor en un segmento de la población substancialmente distinto al de Verán. Por lo que el estudio sobre el amor en el caso de las mujeres de clase media alta limeña, desde el enfoque de la antropología de las emociones, resultaría un aporte nuevo a esta discusión.

1.2. Sobre el amor en occidente:

De esta manera hay una serie de autores que, sin pretensión de universalismos, han analizado el amor en occidente (sobre todo desde Europa y Estados Unidos). Esta temática ha sido estudiada desde una variedad de disciplinas tales como la filosofía, la historia y las ciencias sociales. Por un lado, existen una serie de textos que se centran en el “deber ser” del amor, tal es el caso de críticas las feministas al amor romántico (ej. Herrera 2018). Por otro lado, hay autores que centran su análisis en cómo ha sido experimentado el amor tanto en el pasado como en la actualidad. Para los propósitos de esta tesis me enfoco en los últimos de estos dos.

Desde la disciplina histórica, Rosewein (2020) realiza un extenso análisis de las diferentes nociones de amor en occidente. Desde la antigua Grecia con los relatos de Homero y el *Banquete* de Platón, pasando por el imperio romano, la edad media europea, el periodo revolucionario francés, los romances de finales del siglo XVIII, hasta la actualidad. Rosenwein analiza diferentes productos culturales tales como mitos, textos filosóficos, cuentos, sonetos, libros y canciones que relatan las diferentes fantasías que se tenía sobre el amor en distintas épocas. Encuentra en estas fantasías un gran objeto de estudio, pues como ella resalta “las fantasías ayudan a organizar y dar forma a unos sentimientos que, de otro modo, solo son embrionarios” (2022, p. 191). De esta manera logra categorizar variadas nociones de amor las cuales presenta en cinco categorías: la afinidad, la trascendencia, la obligación, la obsesión y la insaciabilidad. Encontramos que cada una de estas categorías se pueden ver en fantasías del amor hoy en día, algunas con más popularidad que otras. “A la larga, las fantasías sobre el amor se han transformado, se han formulado de nuevo y se les han dado nuevos propósitos. La historia tiene dos usos principales: ver cómo fueron las cosas en el pasado y ver cómo han ido cambiando con el tiempo. Proporciona distancia y perspectiva” (Rosenwein 2022, p. 196).

Desde la filosofía tenemos trabajos como el del May (2011) quien desarrolla un

análisis histórico del amor en occidente a través de filósofos representativos de distintas épocas, desde la sagrada escritura hebrea y la antigua Grecia hasta la modernidad. En base a este análisis propone que, con la creciente secularización e individualización de la sociedad occidental, el amor ha comenzado a tomar una nueva dimensión e importancia: le asignamos al amor el rol de cumplir el vacío de lo sagrado en nuestras vidas. En este sentido, hablamos del amor con un lenguaje similar al que se usa en el amor bíblico hacia Dios (devoción, fe ciega, con la capacidad de elevarnos, etc.). Ahora el amor debe ser capaz de cumplir lo que solo lo divino era capaz de cumplir en el pasado: ser nuestra última fuente de felicidad y de sentido en la vida, ser el poder que nos permite sobrellevar el sufrimiento y la decepción. Así desde finales del siglo XVIII la fórmula de Dios es Amor se ha vuelto Amor es Dios, convirtiéndose en la religión no declarada de occidente. De todas formas, en su texto May desde su posición como filósofo se propone plantear su propia definición sobre el amor, de esta destaca el sentimiento de enraizamiento que el ser amado nos da.

Así, aunque con metodologías similares, May y Rosewein comienzan sus investigaciones con preguntas diferentes. Por un lado, el filósofo se pregunta ¿qué es el amor? Mientras que la historiadora se pregunta ¿qué ha sido el amor?—De todas formas, ambos son excepcionales para entender como las narrativas sobre el amor, los ideales que los han guiado, los resultados esperados, el valor que se le asignaba, y las prácticas con las que estaba relacionado han cambiado a lo largo de la historia occidental.

Así mismo, dos textos que desde las ciencias sociales profundizan el cambio de las nociones del amor en occidente, centrándose en periodos más recientes, son Giddens (1992) en su texto *La transformación de la intimidad* y Bauman (2003) con *Amor Líquido*.

En su texto, Bauman (2003) se centra en el aspecto más volátil que diferencia las relaciones de ahora con aquellas del pasado. Es decir, encuentra que las relaciones actuales son menos duraderas, más frágiles e impersonales. Destaca que este vendría a ser una característica de las sociedades capitalistas donde domina la mentalidad economicista y la incertidumbre por lo que las planificaciones a largo plazo (como el matrimonio) disminuyen, dándole prioridad a la satisfacción inmediata de placeres. Las relaciones, o las parejas, comienzan a ser vistas bajo una lógica de mercado, como mercancías que pueden ser desechadas cuando paren de ser útiles.

Por otro lado, enfrentado a la percepción de la creciente fluctuación de las

relaciones y su nuevo carácter condicional, Giddens (1992), propone una lectura decididamente más positiva. Giddens hace un análisis de los cambios que podemos encontrar entre las nociones de amor romántico a lo que él llama el amor confluyente. Destaca el hecho de que en su momento (s.XVIII-s.XIX) el amor romántico fue revolucionario, pues era la primera vez que amor y libertad estaban atados y eran normativamente deseables, no solo para hombres sino también para las mujeres. Así, las heroínas de las novelas románticas se distinguen de aquellas de historias medievales (donde ocupaban roles pasivos), pues se mostraban como mujeres que tienen un rol activo en la formación del amor de pareja. El amor romántico según Giddens tenía un carácter subversivo, pues centraba a la mujer. Hacía de ella una protagonista que pudiese escoger a un hombre que le parezca adecuado. Crea, además, en base a la “captura del corazón del otro” una narrativa de vida mutua. Es decir, es un amor proyectivo: “El amor romántico ha hecho del amor *passion* un conjunto específico de creencias y de ideales engendrados con la trascendencia. (...) Este amor se proyecta en dos sentidos: ata, idealiza al otro, y proyecta el curso de procesos futuros” (Giddens 1992 p.50). En este sentido, las narrativas del amor romántico sostienen el objetivo de encontrar a un “otro” ideal, una persona especial, y trazar junto a ella un plan a futuro, una construcción de un “nosotros”.

Esta identificación proyectiva, la noción de ligarse mutuamente, generó un discurso que idealizaba el “para siempre”, el “amor eterno” y la incondicionalidad. El amor quedó atado al matrimonio el cual significaba la confirmación de la unión “hasta que la muerte los separe”. Así mismo, el amor romántico se ha calibrado en términos de roles de género donde han sido a las mujeres a quienes se les ha asignado la “cualidad” de “especialistas del corazón”. Es decir, el amor romántico es un amor feminizado. Así como destaca Cancian (1986) las características que se asocian con el amor romántico (expresión emocional, comunicación sentimental, ternura, gentileza, etc.) han sido características que históricamente se han categorizado como femeninas. Para Giddens la asociación del amor romántico con el matrimonio, la maternidad, la idea del “para siempre” y el hecho de estar fuertemente feminizado, frustrarían el carácter intrínsecamente subversivo del hecho complejo del amor romántico.

Estos serían los puntos en los cuales el amor confluyente se distingue del amor romántico, gracias a una serie de cambios sobre todo con respecto a los roles de género y la libertad sexual femenina. Por un lado, el amor confluyente, a diferencia del

amor romántico significaría una deconstrucción de los roles de género, entendiéndose el amor en términos “andróginos”. En tal caso ya no serían las mujeres quienes se “especializan” en asuntos del amor, sino que existe una equidad en el dar y recibir emocional y sexual. De esta manera el amor confluyente ya no se construiría bajo la heteronormatividad y la dominación masculina, sino más bien significaría una democratización de la vida diaria, un compartir de las labores de cuidado, crianza, afecto, etc.

Así mismo, según Giddens el amor confluyente choca con las expresiones de “para siempre” tan clásicas del amor romántico, esto pues es un tipo de amor que se mantiene solo mientras ambos individuos lo consideren beneficioso (entiéndase, condicional). Sería entonces, un tipo de amor caracterizado por ser contingente, es decir activo, reevaluado constantemente. De tal manera, se puede decir que el amor contingente es un amor que surge en la era del individualismo.

Aun así, aunque el amor confluyente se aleja de las expectativas de “eternidad” del amor romántico, esto no significa un descarte total del compromiso, el cual ocupa una posición incómoda en este tipo de vínculo. A diferencia del matrimonio (en el amor romántico) cuya durabilidad se daba por garantizada, las relaciones confluentes pueden terminar a voluntad de la pareja.

En la relación pura, la confianza no tiene soportes externos y debe desarrollarse sobre la base de la intimidad (...). Esto es algo más que un asunto de buena fe sólo, por problemático que pueda ser en sí mismo. Confiar en el otro es también apostar por la capacidad del individuo de actuar con integridad (Giddens 1992, p. 128).

Es decir, el compromiso ya no encuentra su sostén en una institución como el matrimonio, o en la noción de la fusión de almas, sino más bien en la confianza en la pareja y en la práctica misma de mantenerse juntos. El amor confluyente, ya no significa el encontrar una persona especial (de la cual -desde el amor romántico- es imposible desvincularse sin significar la ruina para uno u ambos de los miembros de la pareja), sino más bien una relación especial (la cual puede terminar, si se vuelve insatisfactoria o bajo cualquier otra circunstancia que así lo amerite).

Aunque Giddens es claro que el amor contingente no se realiza todavía en su totalidad (no domina por completo las Narrativas del amor), asegura que las relaciones están encaminadas a este nuevo cambio de ideales y prácticas, aspecto que le parece prometedor para el futuro del amor y la intimidad.

Desde el marco explicativo del amor propuesto por Giddens, Sánchez (2016)

analiza las relaciones amorosas de jóvenes de clase media en Cali, Colombia. Según el autor, “Los desafíos que hoy enfrentan las parejas están enmarcados por la convergencia de nuevas formas de la relación amorosa y la preexistencia de rasgos del amor romántico” (Sánchez 2016, p.102). De esta manera surge entre los jóvenes tensiones entre los ideales de compromiso y libertad, como también tensión con respecto a las expectativas de pareja y los roles que en ella se performan. Así, uno de los mayores desafíos que las parejas se enfrentan son las expectativas que se tienen frente a la relación, es decir, si se espera una formalidad o informalidad de la relación. Las expectativas de formalidad, aunque no suponen el matrimonio, sí esperan un compromiso y complementariedad emocional. Por otro lado, las expectativas de informalidad buscan en la relación un tipo de vínculo con mayor libertad y de carácter difuso. Entre los entrevistados por Sánchez resultaba claro que las expectativas de informalidad estaban atadas a las nociones de juventud y experimentación, mientras que las expectativas de formalidad se relacionaban con el inicio de una trayectoria familiar. Esta última se asociaba con “la mayoría de edad y la madurez, lo que evidencia una clara división generacional de lo que socialmente se considera el tiempo o la edad para establecer relaciones en el contexto social en que se desenvuelven las personas entrevistadas.” (Sánchez 2016, p.109). Aun así, resulta claro que ninguno de los y las entrevistados/as de Sánchez cuestiona la noción de que el inicio de la vida familiar se da a través de la instauración de una relación romántica.

En este sentido, podemos notar que, en los estudios sobre el amor en occidente, aquello que llamamos amor romántico, destacan los estudios desde las humanidades (historia y filosofía), como también los aportes sociológicos (como Giddens 1993, Bauman 2006). Los aportes desde la antropología han sido menos prominentes, lo que significa una mayor cantidad de literatura que busca abarcar procesos y transformaciones más amplias dentro del mundo del amor y la intimidad, por sobre trabajos de corte cualitativo “micro”, es decir, el análisis a profundidad de casos específicos.

Así mismo, como destacan autores como Rodríguez (2012) los aportes el amor romántico y sus cambios han sido sobre todo hechos desde y sobre Europa y Estados Unidos: “Además, una gran proporción de la literatura sobre la transformación moderna del amor, las relaciones de pareja y la vida íntima emerge de la modernidad europea o norteamericana, por lo cual debemos tener la precaución de no dar por sentado todas sus afirmaciones para otros contextos, como el latinoamericano” (p.

176). Trabajos como el de Sánchez (2016) comienzan a explorar esta problemática. Aunque su trabajo propone la utilidad de adaptar los conceptos desarrollados por Giddens (1993) al análisis latinoamericano, resulta todavía necesario profundizar en las particularidades propias de dicho contexto. Mi investigación, entonces, buscaría poder aportar a esta discusión.

1.3. Estudios de la Familia: Cambios demográficos y cambios en la estructura familiar

A diferencia del estudio de las emociones, el estudio de la estructura familiar es amplio tanto en las ciencias sociales como en las humanidades. Para los propósitos de esta tesis se mencionarán aquellos más relevantes para el estudio. Sobre todo, aquellos en relación a la formación de pareja, ideales de relación y el rol del amor en la trayectoria familiar.

Desde una perspectiva histórica tanto el sociólogo Edward Shorter (1975) como la historiadora Roswitha Hipp (2006) nos dan una idea de los efectos que la propagación de los ideales románticos ha tenido en la estructura familiar y la institución del matrimonio en occidente. Resulta imposible realizar un estudio completo de la familia sin analizar el particular y cambiante vínculo que tiene con el matrimonio. Como señala Hipp: “La concepción de la familia tiene mucho que ver con el modelo matrimonial, influenciado desde siempre por la Iglesia católica y reafirmada por el Estado, basándose en un modelo monogámico y patriarcal que rechaza y persigue los comportamientos sexuales que se apartan del orden social establecido” (2006, p.76).

Shorter (1975) y Hipp (2006) analizan la transición de la familia tradicional a la familia moderna en Europa. Dichos autores entienden como familia tradicional aquella donde los lazos entre parientes extendidos son más fuertes, las familias eran un espacio de producción y reproducción más que una unidad emocional, y existía una fuerte preocupación sobre la transmisión de patrimonio. En cambio, la familia moderna hace referencia a la familia nuclear, una unidad emocional caracterizada por elementos de privacidad y domesticidad. Shorter (1975) propone que uno de los cambios más relevantes que fomentaron esta transición fue el surgimiento y posterior normatividad del amor romántico. Según el autor, el amor romántico derrocó las consideraciones materiales y la influencia de la familia al momento de selección de pareja. Este cambio que inicia de manera incipiente a finales del s.XVIII, se propaga en el s.XIX, y se convierte en la norma en el s.XX resulta en que las personas

comenzaron a posicionar los afectos y la compatibilidad en la parte superior de la lista de criterios para escoger un cónyuge. El amor romántico como base para el matrimonio, es decir la formación familiar, se volvió estándar. En este sentido tanto Hipp (2006) como Shorter (1975) concuerdan en que el rol de la familia para la introducción de la posible pareja y su posterior monitoreo se ha visto dramáticamente reducido. Para Shorter (1975) el amor romántico no solo comienza a preponderar por sobre la opinión familiar al momento de elegir un cónyuge, sino que también demanda una reclusión particular por parte de los amantes para su realización como pareja. Esto genera un nuevo deseo de domesticidad y privacidad dentro de la familia.

Desde la década de 1960 ocurre lo que Shorter (1975) llama el segundo gran cambio en el noviazgo: la transición de una pareja sexual de por vida (comportamiento que aplica sobre todo a las mujeres) a la monogamia serial, es decir a varias relaciones monógamas a lo largo de la vida. Hipp (2006) también es clara en desatacar que, a pesar de los varios cambios en la institución matrimonial, su carácter monógamo ha permanecido a lo largo del tiempo. En este sentido el matrimonio ha sostenido un carácter restrictivo, restringido y monogámico, elementos que considera se pueden atribuir a influencia del cristianismo. De todas formas, como bien destaca la autora, la iglesia católica ha perdido influencia al tener que ceder el control del matrimonio y la familia a los Estado-Nación, tanto en Europa como en América (donde sucede posteriormente). En este sentido, siguiendo a Shorter (1975) dentro de los cambios más prominentes en las relaciones de pareja, podemos hablar de una transición desde un ideal de una pareja sexual de por vida (para las mujeres), a una monogamia serial, y ahora con estudios más recientes como el de Eickmeyer y Manning (2018) a una cohabitación serial (que viene acompañada de un retraso del matrimonio).

Eickmeyer y Manning (2018) se preguntan si es que la cohabitación serial ha incrementado generacionalmente, entre las mujeres estadounidenses de la generación "baby boomer" (nacidas entre 1960-1964) y la población Millennial (nacidas entre 1980-1984). A través de su estudio encontraron que la probabilidad de cohabitar de manera serial han aumentado en un 53% entre las mujeres Millennial y las mujeres Baby Boomer. En este sentido, vivir juntos puede significar para los jóvenes adultos una forma de poner a prueba la compatibilidad con la pareja para un posterior matrimonio. Es decir que, actualmente la convivencia suele ser de poca duración lo que podría indicar que esta, aunque cada vez más común entre los jóvenes, no es sinónimo de "sentar cabeza". Esto se ve corroborado con las encuestas realizadas a

jóvenes estudiantes de secundaria, donde en el 2014 un 71% está de acuerdo con que la cohabitación es una manera ideal de medir la compatibilidad con un posible cónyuge. Lo que indica un incremento substancial a comparación de los niveles reportados a mediados de los 80s, con un 47% (Eickmeyer y Manning 2018). Esta tendencia podría sugerir que la cohabitación serial se está convirtiendo en una trayectoria establecida y legitimada socialmente para los jóvenes estadounidenses.

Es de tal manera que podemos decir a manera de balance que Shorter (1975) realiza un análisis histórico sobre la relación entre la emergencia del amor romántico, la nuclearización de la familia y el matrimonio. Es decir, en el siglo XIX en Europa vemos simultáneamente dos cambios íntimamente relacionados: las nociones de amor y la estructura familiar. De tal manera que este trabajo marca un precedente para teorizar como los cambios en la intimidad han tenido como consecuencia cambios en la estructura familiar y en los patrones emparejamiento. Podemos ver investigaciones posteriores que también buscan analizar el vínculo entre amor y familia como Giddens (1993) y sus respectivos cambios. De todas formas, el vínculo entre los cambios en las nociones de amor y los cambios en las formas de formar y estructurar la familia es todavía un área donde queda mucho por explorar. Sobre todo, desde una perspectiva antropológica que centre las voces de aquellas personas que agencian dichas transformaciones.

Así mismo, los aportes de Eickmeyer y Manning (2018) son realmente útiles para pensar en las nuevas formas de formación familiar que comienzan a ganar legitimidad entre las nuevas generaciones. Ya que dicho trabajo es de índole cuantitativa, existe el vacío de analizar este fenómeno de manera cualitativa. Es decir, profundizar en los significados que se le otorga a esta trayectoria. Vacío que mi investigación busca llenar particularmente en el caso de las mujeres de clase media alta de Lima

Con respecto a los posibles cambios dados en los patrones de nupcialidad, estudios que realizan comparaciones a escala global (National Research Council and Institute of Medicine [NRCIM] 2005) identifican ciertos vacíos, por lo que sugieren las siguientes líneas de investigación. Por un lado, está el retraso del matrimonio y los nuevos patrones de cohabitación (elementos que tienen amplia literatura). Como también los posibles cambios en la diferencia de edades entre los cónyuges (hay evidencia que sugiere que una diferencia de edad más grande puede significar un mayor desbalance de poder), y la capacidad adquisitiva de los cónyuges al momento

de la unión. Ambos elementos serán tomados en cuenta dentro de la presente investigación.

1.3.1. Estudios de la familia: cambios en Latinoamérica

Los cambios demográficos presentes en Latinoamérica han sido estudiados desde varias disciplinas como la demografía y las ciencias sociales. Como ya se mencionó en la introducción, en Latinoamérica se ha atravesado desde el siglo XX una serie de cambios demográficos como el menor número de hijos por mujer, índices más altos de convivencia, decrecimiento en los índices de matrimonio, prolongación de la soltería, aumento en la tasa de divorcios, etc. De todas formas, siendo Latinoamérica una región caracterizada por su desigualdad, estos cambios han ocurrido de manera desigual entre los distintos sectores sociales (García y Rojas 2004, Quilodrán 2008, Esteve et al 2022, Rios-neto y Miranda 2018).

Desde la demografía uno de los debates más prominentes es el de la pertinencia de la teoría de la segunda transición demográfica (STD) para el caso latinoamericano. Este es un concepto desarrollado originalmente para explicar los cambios que la familia occidental (del norte global) ha experimentado desde los años sesenta. Estos cambios serían sobre todo con relación a la desestabilización de las relaciones conyugales, el aumento del divorcio, la nupcialidad y reproducción tardía, y una nueva baja en la fecundidad por debajo de los niveles de reemplazo. Se ha propuesto que en el norte global estos patrones se deben a cambios en los valores y actitudes de las personas: mayor deseo de realización individual y de la autonomía, la emancipación de la mujer, etc. (Cabella 2009, Quilodrán 2008, García y Rojas 2004). La pertinencia del marco explicativo de la STD para el contexto latinoamericano ha sido ampliamente discutida desde los estudios demográficos (García y Rojas 2004, Quilodrán 2008, Cabella 2009, Esteve et al 2022). Existen autores que son reacios al uso de la STD para explicar los cambios demográficos latinoamericanos como Esteve et al (2022) y García y Rojas (2004) estas últimas advierten que el uso prematuro de la teoría de la STD podría generar análisis erróneos, pues, aunque los cambios cuantitativos puedan acarrear similitudes, estos podrían tener un contenido diferente al caso europeo/estadounidense. En este sentido, García y Rojas sugieren el uso de posturas más flexibles que permitan abordar las particularidades latinoamericanas, antes que conceptos importados como la STD.

De todas formas, existen autores que consideran que la teoría de la STD puede

resultar útil para comprender ciertos cambios en los patrones de nupcialidad presentes en Latinoamérica como la mayor inserción femenina a la fuerza de trabajo, el hecho de que cada vez menos mujeres abandonan su trabajo para dedicarse a la maternidad, etc. En este sentido encontramos autores como Cabella (2009) quien mantiene la postura de que las grandes líneas explicativas de la STD son pertinentes para explicar los cambios presentados en Uruguay donde en las últimas décadas se observan cambios rápidos en los patrones de nupcialidad. Según la autora Uruguay ahora encuentra una precariedad en las relaciones conyugales (mayor cantidad de personas se casan más tarde y por menos tiempos pues se divorcian pronto). A pesar de la rapidez de los cambios (se han dado en el transcurso de inicio de los 80s a inicio de los 2000s), estos se han caracterizado por su persistencia (Cabella 2009). Así mismo autoras como Quilodrán (2008) señalan que, aunque en buena proporción los cambios presenciados en la región tienen significados propios, alternos a los que dieron origen a la teoría de STD, existe también un sector de la población (las clases medias y altas) comparable con lo experimentado en los países del norte global. “Se trata en realidad de la coexistencia de los dos modelos: el derivado de la situación tradicional de semi-institucionalización, y el otro cercano al imperante en los países más avanzados” (Quilodrán 2008, p.18). De todas formas, se ha hecho poco por distinguir los significados de los cambios presenciados entre ambas poblaciones.

Con respecto a los patrones de enamoramiento, elección del cónyuge y nupcialidad en Latinoamérica hay estudios que brindan luces sobre los cambios intergeneracionales. Para comenzar es destacable el trabajo de Quilodrán y Juárez (2009) quienes hacen un estudio cualitativo de las mujeres pioneras del cambio reproductivo en México. Es decir, aquellas mujeres, hoy ancianas, que comenzaron con la tendencia de reducir el número de hijos. Estas mujeres se caracterizaban por ser de una posición social privilegiada durante los años sesenta (cuando inician sus trayectorias familiares). Aunque el mismo hecho de regular el número de hijos y usar métodos anticonceptivos ya eran actitudes transgresoras para la época, hubo aspectos en los que no fueron “transgresoras”. Todas tuvieron hijos inmediatamente después de casarse pues se percibía el nacimiento del primer hijo como la consolidación del matrimonio. Incluso aquellas que sí querían aplazar el primer hijo una vez casadas recibieron críticas a las cuales terminaron cediendo. Sus familias tuvieron un rol grande durante el inicio de las relaciones amorosas: férrea supervisión de los encuentros antes del matrimonio, además de el “modelo ideal del esposo” que

las madres transmitían a sus hijas. Así mismo, todas dejaron su trabajo una vez casadas. Importante notar que la regulación del tamaño de la familia era un proyecto compartido con el cónyuge quien apoyaba en el uso de los métodos de anticoncepción. En este sentido, y relevante para la presente investigación, es el hecho de que la reclamación de un espacio dentro del matrimonio exclusivamente para la pareja y el goce sexual fueron temas que aparecieron recurrentemente en los relatos de las entrevistadas. “Esto indicaría que la preocupación por reducir el tamaño de la descendencia estuvo acompañada por cierta modificación del concepto de la vida en pareja. El matrimonio debía constituir algo más que un espacio exclusivo para la reproducción debía procurar a los cónyuges mayor satisfacción sexual y emocional y dar cabida a una relación más estrecha entre los cónyuges” (Quilodrán y Juárez 2009, p.91). De todas formas, aparte de la transmisión de la noción de “esposo ideal” de madre a hija, la investigación no incursiona en los motivos para la elección de pareja.

Varios estudios publicados desde inicios de los 2000s tratan el tema de la cohabitación. Todas concuerdan en que la cohabitación tiene un significado diferenciado dependiendo del sector social. En los estratos socioeconómicos más acomodados está asociado a nuevos patrones familiares y de unión, como también expectativas de equidad de género dentro del vínculo amoroso y una mayor inserción de la mujer en el mercado laboral (Ariza y Olivera 2001, García y Rojas 2004, Quilodrán 2008, Cabella 2009). Estos autores apoyan lo propuesto por Eickmeyer y Manning (2018) en el caso estadounidense, en el sentido de que para un sector particular de la población (las clases acomodadas) la convivencia se está convirtiendo en una trayectoria legítima para los jóvenes antes de incursionar en el matrimonio. De todas formas, es relevante mencionar que los estudios concernientes a esta temática provienen sobre todo de México, Brasil y el cono sur.

Ariza y Olivera (2001) resaltan la importancia de tomar en cuenta los cambios socioculturales que se han producido sobre las nociones de feminidad/masculinidad y maternidad/paternidad para poder hacer un análisis de los cambios en la estructura familiar de manera pertinente. En primer lugar, al igual que autores como Sánchez (2016), destacan la pérdida de la importancia del modelo familiar del jefe-varón-proveedor. En este sentido la inserción laboral femenina ha otorgado a las mujeres la capacidad de redefinir su posición en la familia brindándoles mayor autonomía y fortaleciendo su capacidad de negociación. De todas formas, Ariza y Olivera (2001)

son claras en mencionar que la magnitud de dicho cambio se ve fuertemente diferenciada entre los sectores sociales. Es sobre todo en las clases medias y altas donde una mejor inserción al mercado laboral (control de recursos económicos) se traduce a mayor participación en la toma de decisiones dentro del hogar y una distribución más igualitaria de labores domésticas. En base a un trabajo cualitativo con jóvenes colombianos de clase media, Sánchez (2016) proporciona evidencias que complejizan esta afirmación pues encuentra que “el papel de lo económico ocupa un lugar central en la pareja, pues es a la vez fuente de conflictos y de regulación de las relaciones de poder en su interior” (p.106).

Otro de los cambios interesantes que Ariza y Olivera (2001) destacan sería que en estas clases sociales (medias y altas) el rol del padre se ha comenzado a flexibilizar, ahora admitiendo tareas de cuidado y socialización de los niños. De todas formas, este cambio se ha visto limitado en otras tareas de cuidado relacionadas al hogar (cocinar, limpiar, organizar, etc.) Igualmente comentan sobre la relevancia de los medios de comunicación globales, pues, a través de estos ha surgido una alta exposición a una variedad de estilos de vida diferentes (el grupo social más imbuido en este proceso serían los jóvenes). Así mismo Sánchez (2016) propone que productos culturales globalizados como el cine y la televisión comienzan a desplazar a la familia como modelo de comportamiento. De todas formas, la magnitud de este impacto todavía no ha sido analizada a profundidad. Así una de las líneas de investigación que se sugieren en *Growing up global* (NRCIM 2005) es con respecto a la relación entre la mayor exposición a productos mediáticos occidentales y los deseos de atrasar el matrimonio.

Como se ha retratado los estudios latinoamericanos sobre los cambios en patrones de nupcialidad son variados, aunque en su mayoría provenientes de México, Brasil y el cono sur. Aun así, todavía quedan vacíos por investigar, como bien destacan autores como Quilodrán (2008), aunque existe una creciente bibliografía sobre las relaciones de género dentro de las uniones, como también sobre las nuevas formas y trayectos de unión (aplazamiento del matrimonio, cohabitación, etc), uno de los uno de los aspectos que están cambiando, pero del que poco se habla es la elección del cónyuge, además de los significados que estas nuevas prácticas tienen para quienes las están practicando. En este sentido Quilodrán (2008) resalta la importancia de estudiar las nuevas formas de emparejamiento en el contexto social actual. En esto concuerdo otros autores quienes destacan el hecho de que, a pesar de los estudios

sobre la postergación del matrimonio a escala global, poco se ha estudiado de los cambios en el proceso de elección de la pareja, el rol de la familia y la naturaleza de la relación entre los esposos recién casados (NRCIM 2005). Es decir, existe todavía un vacío de data cualitativa que analice la subjetividad, los valores y discursos que permiten la adopción de nuevas actitud que generan los cambios demográficos ya presentados.

1.4. Estudios sobre amor y familia en la clase media y alta peruana:

1.4.1. Investigaciones en la década de 1970:

Uno de los trabajos pioneros con respecto al estudio de género en las clases medias y medias-altas es el de Maruja Barrig (2017) con su libro *Cinturón de castidad: la mujer de clase media en el Perú* publicado originalmente en 1979. El libro incluye testimonios, además de recoger los discursos promulgados por miembros del Estado y la Iglesia con respecto al rol de la mujer en el Perú durante las décadas de 1950, 1960, y 1970. Analiza entonces las formas en las que el mandato de la virginidad, la preocupación por la “honra” de la hija de la casa, y el ideal mariano que ubica a la mujer como madre y esposa sacrificada afectaron las vidas de las mujeres de la época.

1.4.2. Investigaciones de la década de 1990:

Como menciona Kogan (1995, 1996, 2009) los estudios de las clases medias y altas en el Perú han sido escasos, más aún aquellos que ocupan como temática central las relaciones de género o las relaciones de pareja. No es sino hasta los años noventa donde “se difunden con acentuado interés investigaciones sobre la problemática de género en sectores sociales que décadas antes no se consideraban objetos válidos de estudio” (Kogan 1996, p.27). En esta década (1990) tenemos trabajos que funcionan como referentes para el análisis de los estudios de género en los sectores medios y altos como lo son Fuller (1993), Ponce y La Rosa (1995) y Kogan (1996).

Fuller (1993) realiza un análisis de discursos sobre feminidad presentados en medios de comunicación, y las representaciones de feminidad sostenidas por una serie de mujeres de clase media residentes de Lima. Aunque el libro se centra en identidades de género, también toca el tema de las relaciones amorosas (heterosexuales). Así destaca que la sociedad peruana de los años noventa está en proceso de transición en varios de aspectos. Con el acceso a medios de comunicación

globales, la expansión la segunda ola feminista y el ingreso de las mujeres a la educación y el mercado laboral, tanto los discursos como las representaciones sobre la feminidad (y en consecuencia las formas de relacionarse) han cambiado. Destaca los mayores índices de divorcio, y el hecho de que las mujeres ya no están dispuestas a sufrir en sus matrimonios pues existe un rechazo creciente a elementos tales como la infidelidad masculina y la violencia doméstica.

Con su análisis de discurso realizado en el año 1991 al diario El Comercio, encuentra que las relaciones de pareja y el amor, son absorbidos por los saberes psicológicos. Surge la pregunta de cómo amar, cómo estar en una relación amorosa o matrimonial de una manera *saludable*. Así, los especialistas recomiendan que las mujeres tengan espacio para su individualidad (señalan a las mujeres pues los hombres históricamente ya han tenido espacios para desarrollarse de manera individual, mientras que las vías de desarrollo personal de la mujer han estado atado a su éxito matrimonial y su rol de madre). “El riesgo (amenaza) en el que incurre quien se deja absorber por las demandas de la vida de pareja, es la pérdida del equilibrio emocional. (...) Corresponde a los expertos dictaminar cuáles son las relaciones familiares adecuadas para mantener la salud psíquica” (Fuller 1998, p. 75). Encuentra que los discursos sobre amor en El Comercio idealizan las relaciones donde dos individuos iguales se unen a través del afecto e intereses compartidos. De todas formas, este ideal de relación no es algo que se cumpla en las parejas peruanas de inicios de los noventas, incluso aquellas de clase media, pues todavía predomina la complementariedad de los géneros, la división sexual del trabajo (la mujer se encarga de la casa, aunque ahora también labure), y la autoridad masculina.

Ponce y La Rosa (1995) desarrollan un análisis intergeneracional, utilizando como población base jóvenes estudiantes de la Universidad Católica del Perú (la mayoría de estos de clase media ascendente), sus padres/madres, y abuelos/abuelas. En esta investigación se proponen conocer los cambios en actitudes, valores y prácticas en torno a la sexualidad entre las tres generaciones. Como base teórica parten de la noción de que las prácticas y discursos en torno a la sexualidad responden a esquemas de percepción, o estructuras en el sentido bourdiano del *habitus*, las cuales son interiorizadas a partir de la socialización con la familia, escuela, Iglesia, grupos de pares, medios de comunicación, etc. A partir de metodologías cualitativas concluyen que las percepciones sobre los roles de género han pasado por grandes cambios, donde los abuelos/as tenían visiones más estereotipadas de género.

Siguiéndoles en el continuum serían los padres y madres, luego los varones estudiantes y por último las mujeres estudiantes, siendo estas quienes compartían nociones de género menos estereotipadas.

Con respecto a las representaciones de feminidad, las abuelas se identificaban con un discurso mariano el cual se caracterizaba por su subordinación al esposo y la negación del placer sexual. Las madres tenían un discurso abierto al placer sexual, pero limitado su pareja (esposo), además de mostrar tensiones en la capacidad de “balancear” las exigencias de la vida laboral y la maternidad. Las hijas en su mayoría ya no mantenían la virginidad como un valor central de la mujer, pero sí existía un claro vínculo entre el sexo y el amor. “La entrega al hombre que se ama, aun cuando se vaya en contra de las normas no merece sanción, porque el amor todo lo purifica, lo legitima. Esta es una ruptura central tanto con las madres como con las abuelas” (Ponce y La Rosa 1995, p.59). Así mismo, las jóvenes estudiantes mencionan sentir que han cambiado más que sus contrapartes masculinos quienes se “han quedado atrás”. De esta manera las autores concluyen con decir que las generaciones más jóvenes presentaban un discurso mucho más liberal que el de sus abuelos/as y padres/madres. “Sin embargo, a nivel individual suelen mantener aún en algunas áreas una práctica conservadora o tradicional en materia de lo sexual” (p.132).

Kogan (1995, 1996, 2009) por su parte analiza las relaciones de género en las clases altas del Perú. Estas son diferenciadas como aquellas portadoras de riqueza generacional (a diferencia de los “nuevos ricos”). Comenta que el trabajo desarrollado sobre las clases altas (más aún sobre sus relaciones de género) han sido aún menores que aquellos realizados sobre las clases medias nacionales. “Si resultaba sospechoso el estudio sociológico de los sectores medios en nuestro país, los sectores altos lo fueron por partida doble. No se percibía ninguna justificación moral o política para estudiarlos; pero sí mucha desconfianza, recelo y dificultad de acceso para la realización de estudios” (Kogan 1996, p.34). En sus investigaciones, la autora concluye que las clases altas presentan discursos más conservadores que sus contrapartes de clase media. El bienestar económico permite que las mujeres no vean la necesidad de laburar, por lo que hay poca motivación para el éxito profesional; aspecto que se ve reforzado por el discurso promovido en los colegios a los que pertenecían (religiosos, no mixtos). En este sentido, las mujeres de clase alta tenían como mayores formas de realización personal los ideales de maternidad y de conyugalidad. Aun así, Kogan destaca que sí existe una modernización de los

discursos sobre los modelos tradicionales de hombre y de mujer.

Es así como desde la década del noventa, comienzan a surgir investigaciones centradas en la problemática de género en los sectores medios y altos, donde destacan Fuller (1993) Ponce y La Rosa (1995) y Kogan (1996). Estos trabajos son claros en destacar a la sociedad peruana como una en transición. Las expectativas e ideales de la mujer con respecto a su proceso de realización personal comienzan a sobrepasar el modelo tradicional de esposa y madre, y los estereotipos de género comienzan a verse cuestionados (transformación más presente en las clases medias que altas). Así mismo, aunque en estos trabajos se analizan las relaciones de género y en particular las relaciones de pareja entre hombres y mujeres (tanto las expectativas sobre estas, como los elementos más prácticos), el gran tema que las rodea, el amor, no es el centro de dichos trabajos por lo que no es tratado a profundidad. Así mismo, aunque trata el tema de las relaciones de pareja, no se enfoca en la temática de la selección de esta. Ambas temáticas (el amor y la selección de pareja) son, entonces, elementos mi investigación busca analizar. Por último, vale destacar que estas investigaciones rodean ya los 30 años desde publicación, por lo que vale preguntarse por los cambios experimentados a lo largo de esos años, sobre todo en las generaciones más jóvenes.

1.4.3. Investigaciones contemporáneas:

Dentro de los estudios más recientes encontramos la tesis de Pariona (2016) quien analiza los distintos motivos por los cuales mujeres profesionales de Lima deciden retrasar la maternidad, en dicho estudio se les otorga una sección a las relaciones de pareja. Entre las entrevistadas encontró una variedad de formas de vincularse amorosa y sexualmente. En diálogo con Fuller (1998) comenta que efectivamente que “hay cambios en la conducta sexual de las mujeres en los últimos treinta años. Las profesionales entrevistadas tienen una vida sexual más liberada. Y, aunque no todas llevan una vida sexual activa, todas, solteras o casadas ya habían iniciado su vida sexual. La virginidad no apareció como una preocupación en ningún caso.” (Pariona 2016, p. 52). De manera similar a lo observado por Sánchez (2016) en el caso de jóvenes de Cali, encuentra que las relaciones se categorizaban como proyectivas (formales) y no proyectivas (informales). Las relaciones proyectivas se caracterizaban por su durabilidad (construcción de un futuro en común) y compromiso emocional; la autora lo asocia más al ideal del amor romántico como presentado por

Giddens (1992). Un hito importante en este tipo de relaciones era la presentación de la pareja a los padres quienes idealmente la aceptarían. Las relaciones no proyectivas eran relaciones emocionales o sexuales que se entendían como de corta duración. A pesar de que este tipo de relación se presentó dentro de las entrevistadas, el ideal para casi todas ellas era eventualmente formar una relación proyectiva (lo cual no significa necesariamente un matrimonio). Así mismo, varias de las entrevistadas que tenían en ese momento una relación convivían con sus parejas y esperaban casarse en un futuro. Esto podría significar que la convivencia como etapa previa al matrimonio (Eickmeyer y Manning 2018, Ariza y Olivera 2001, García y Rojas 2004, Quilodrán 2008, Cabella 2009) se está acentuando como una trayectoria legítima en el caso peruano.

En concordancia con lo mencionado por Ariza y Olivera (2001), Pariona (2016) encuentra que las mujeres profesionales esperaban una relación igualitaria donde el aporte económico, las tareas domésticas y la toma de decisiones deben ser compartidas dentro del hogar. Aquellas mujeres ya casadas al momento de la entrevista comentaron que en sus familias las decisiones se toman de manera consensuada. También hubo entrevistadas con posiciones críticas a las actitudes machistas o patriarcales de sus exparejas como por ejemplo pedirles que se dediquen al hogar una vez formada la familia, o que sus parejas siempre quieran pagar los gastos. De todas formas, algunas de las entrevistadas referían a las labores domésticas ejercidas por sus parejas como “ayuda” o “colaboración” en vez de asumirlo como responsabilidad de este.

De esta manera podemos ver que los estudios realizados en Perú sobre los patrones de enamoramiento y relaciones de pareja en las clases medias/altas se insertan dentro de la literatura latinoamericana revisada. Así encontramos patrones regionales en común para este sector de la población. Destaca la práctica de la convivencia antes del matrimonio, como también una menor importancia de formalizar el matrimonio, aceptando ahora nuevas formas de vincularse (aunque igual con expectativas de larga duración). Uno de los cambios relevantes desde las décadas de 1980 y 1990 es la inserción económica de la mujer, lo cual lentamente ha generado una ruptura con la normatividad del esposo jefe de hogar-proveedor. Así mismo se encuentra un deterioro de los estereotipos de género lo que conlleva una expectativa de relaciones más democráticas. Igualmente hay indicios en la literatura nacional e internacional para pensar que la exposición a medios de comunicación y

entretenimiento globales pueden tener un efecto en los ideales y expectativas para una relación amorosa, aspecto que todavía merece mayor atención. También existe un diálogo con la teoría internacional sobre el amor. Pariona (2016) encontró que en el análisis de Giddens (1992) sobre el amor una buena base teórica para el desarrollo de su investigación. De igual manera Fuller (1998) encuentra que los ideales del amor presentados en *El Comercio* y las representaciones de las mujeres entrevistadas se asemejan a los cambios en la intimidad presentados por Giddens (1992).

1.5. Balance:

Es de esta manera, que a mi parecer los dos vacíos que mi investigación busca llenar es por un lado los significados otorgados a los cambiantes modelos de formación familiar y el análisis de la elección de pareja. En este sentido, aunque sí se han estudiado las nuevas formas de formación familiar como la convivencia, la convivencia serial, el aplazamiento del matrimonio, etc. La mayor parte de estos trabajos son hechos sin un trabajo directo con las y los sujetos que protagonizan estos cambios, siendo trabajos sobre todo de corte cuantitativo (destaca la literatura demográfica). En este sentido, existe todavía un vacío con respecto a los significados otorgados a estos cambios desde una perspectiva *emic*.

Así mismo existe una importante literatura sobre las nuevas dinámicas de pareja en las clases medias tanto a nivel nacional, como latinoamericano (Fuller 1993, Kogan 1996 y 2009, Ariza y Olivera 2001, Sánchez 2016). Estas destacan un creciente cuestionamiento de la imagen del hombre/padre/proveedor/jefe de hogar (aunque según Kogan esto sucede en mayor medida en las clases medias que en las altas) y la búsqueda de formas más democráticas de relacionarse. Aun así, en base a la literatura revisada, opino que el análisis sobre la temática de la elección de pareja (las lógicas, estrategias, experiencias) es todavía un tema que no se ha revisado a profundidad.

Más aun, mi investigación propone dos particularidades que la diferencian, haciendo de esta un aporte. Por un lado, planteo un análisis intergeneracional que me permita enfocarme en los cambios y la valoración con respecto a estos entre distintas generaciones. Aunque el trabajo de Ponce y La Rosa (1995) es un trabajo pionero en este respecto, se centra en los debates sobre la sexualidad y los estereotipos de género, pero no se enfoca particularmente en los discursos y prácticas con respecto al amor. Por otro lado, mi trabajo será centrado en mujeres de clase media alta. Como

ya ha mencionado Kogan (1996, 2009) si los estudios de las clases medias en el Perú han sido limitados, los estudios de las clases altas lo han sido aún más. Por lo que esta tesis propone el trabajo con un grupo pocas veces analizado por las ciencias sociales peruanas.

Es así como los vacíos a los cuales mi investigación busca aportar son los significados otorgados a los nuevos modelos de formación/ estructuración familiar y las prácticas, estrategias y experiencias con respecto a la elección de pareja. Esto, con un análisis de corte cualitativo e intergeneracional que me permite analizar de manera más detallada los cambios vividos en las últimas décadas en un grupo particular de mujeres (de clase media alta) de Lima (investigación sobre las cuales ha sido limitada). En este sentido, mi trabajo sería uno con interés en los procesos de cambio, con enfoque detallado en las narrativas propias de las mujeres, siendo este una perspectiva menos desarrollada en la literatura revisada. Así mismo, busco enmarcar esta investigación dentro del estudio antropológico de las emociones, particularmente el amor, lo que funciona como referente teórico y analítico para mi trabajo de investigación. Por lo que se buscará rastrear las narrativas con respecto al amor que motivan las acciones de las entrevistadas, además de cómo dichas narrativas se encuentran inscritas en un contexto social particular.

Capítulo 2: Marco Teórico

2.1. Intimidad

El primer concepto en esta investigación, y dentro del cual se engloban el resto de los conceptos de este marco teórico, es el de la intimidad. Para lo cual me serviré principalmente de los aportes de Giddens (1998), Rodríguez et al (2019) y Núñez y Zazueta (2012). Como mencionan dichos autores, la intimidad como concepto es usado para incluir varios aspectos de lo que usualmente se categoriza como el “ámbito privado” es decir, el amor, la pareja, la cotidianidad, la familia, la sexualidad, los afectos, los deseos, el compartir. En este sentido se trata de un concepto que alude al aspecto relacional de las personas, la formación y el mantenimiento de vínculos. Como resaltan Rodríguez et al (2019) lo íntimo alude a relaciones y experiencias marcadas por un sentido de excepcionalidad (algo que un individuo comparte con ciertas personas, consideradas especiales, y no con el resto). Así, hace referencia a las experiencias de proximidad con otro, las cuales deben ser intencionales y mutuas, no se puede tener una relación íntima unidireccionalmente. Es así como dichos autores destacan “El amor que no es correspondido puede existir, pero no la intimidad no solicitada o no correspondida” (Rodríguez et al 2019, p. 57).

Aunque la intimidad refiere a vínculos cercanos, que cargan la categoría de especial y separado del resto, es decir perteneciente a la “esfera privada”, esto no significa que las relaciones íntimas, estén desasociadas del resto de personas o de la sociedad general o incluso de la política. Al contrario, terceras partes pueden interferir dentro de una relación íntima, ejercer control, inhibir, alterar, canalizar, opinar, ayudar, criticar, etc. Así mismo, “Si bien la esfera de la intimidad remite a lo subjetivo, a lo que concierne al yo y su conciencia, es importante resaltar que se trata de un ámbito interpersonal más que personal, y surge como resultado de fuerzas y procesos sociales que no dependen de los individuos.” (Rodríguez et al 2019, p.50). En este sentido, como bien destacan Núñez y Zazueta (2012) los vínculos íntimos se dan en un contexto sociocultural particular del cual no pueden ser separados, por lo que las variables de clase, etnicidad, edad, ubicación geográfica, etc. deben ser tomados en cuenta para un análisis apropiado.

En este sentido, al igual que autores como Giddens (1998) y Guevara (2005), no planteo una división entre lo que se consideran las esferas públicas y privadas como independientes la una de la otra. Como bien lo mencionan los autores esta

separación es culturalmente construida. Además de como lo mencionan Rodríguez et al (2019) también es una división construida en el plano narrativo: “La construcción de narrativas sobre lo privado marca fronteras con lo público, de modo que lo público se desdobra en lo social y lo político, en lo privado, en lo doméstico y en lo íntimo. La intimidad se construye y se comparte, en este sentido, de modos narrativos.” (p.55). De todas formas, dentro de este análisis se propone, en conjunto con los autores mencionados, que aquellos aspectos que componen la intimidad, como el amor, la sexualidad, las relaciones de género, y la familia conectan lo personal con lo social y lo político. Como menciona Guevara (2005) “Este marco referencial hace posible pensar en cada una de estas dimensiones no como fenómenos aislados sino como expresiones de las redes sociales y los vínculos mediante los cuales se forman, se mantienen o se transforman las estructuras sociales más amplias, al mismo tiempo que las estructuran objetivan y cristalizan en las relaciones cotidianas de los individuos” (p.868).

En este sentido las relaciones íntimas incluyen aquellas entre padres e hijos, entre hermanos, relaciones filiales, y sexo-afectivas (usualmente categorizadas como relaciones de pareja, aunque no necesariamente se limitan a dos personas; de todas formas las prácticas monogámicas mantienen un privilegio cultural en nuestro contexto por lo que resultan ser las más comunes). En el caso de esta investigación al referirme a la intimidad me estaré refiriendo al último tipo mencionado, es decir las relaciones sexuales, afectivas, o de pareja.

Aunque la intimidad de pareja se compone por aspectos como el amor, la conyugalidad, y la cercanía que pueden ser asociados a relaciones cálidas o inherentemente positivas, es necesario aclarar que, dentro de las relaciones íntimas, incluso amorosas, se pueden generar situaciones de violencia, relaciones de poder, de autoridad, etc. (Berlant 1998). Es decir, como menciona Guevara (2005) “en esta acepción de intimidad no es la calidad de las relaciones lo que la define, sino la consideración de ser una esfera de la vida social donde se desarrollan vínculos personales” (p. 861). Vínculos que como se ha mencionado son significativos para sus miembros.

Dentro de la literatura revisada, distintos autores proponen una serie de dimensiones que les resultan primordiales para investigar este objeto de estudio tan complejo y multidimensional (Guevara 2005, Rodríguez et al 2019). Dentro de mi análisis los ejes que guían mi investigación serán las dimensiones del amor (entendido

desde el marco de la cultura afectiva), los lazos afectivos (como estos inician y se mantienen), la conyugalidad y la familia. Teniendo como eje conductor del análisis el enfoque de género y las prácticas diferenciadas entre mujeres y hombres.

2.2. Cultura afectiva:

Para propósitos de esta investigación me acerco al análisis de las emociones y del amor desde la propuesta de Le Breton (2012): “Cargada de un tono afectivo, la emoción no tiene realidad en sí misma, no tiene su raíz en la fisiología indiferente a las circunstancias culturales o sociales, no es la naturaleza del hombre lo que habla en ella, sino sus condiciones sociales de existencia que se traducen en los cambios fisiológicos y psicológicos” (2012, p. 68). En este sentido, lo que resulta relevante para el análisis antropológico de las emociones no son las respuestas fisiológicas, sino más bien, las condiciones sociales de su existencia.

De esta manera debemos tener en cuenta algunos de los elementos que Le Brenton destaca para el análisis de las emociones. Primero es el hecho de que nacen de la evaluación de un evento: “El individuo interpreta las situaciones a través de su sistema de conocimiento y de valores. La afectividad desplegada es su resultado” (Le Brenton 2012 p.70). Este “sistema de conocimiento” sería uno socialmente compartido entre los miembros de un grupo. Es decir, según Le Brenton los miembros de una sociedad son parte de una “cultura afectiva” la cual vendría a ser el tejido de significados que coloca una emoción en perspectiva y le otorga sentido. Sin tomar en cuenta la cultura afectiva, el análisis de las emociones sería incompleto pues se lo estaría desprendiendo de su contexto, su razón de ser, y su significado. Este repertorio cultural que brinda sentido a las emociones es interiorizado mediante la socialización a través de la cual se comparte y (re)produce un sistema particular de valores, sentidos y símbolos. De esta manera lo podríamos asociar al concepto de *habitus* desarrollado por Bourdieu (1979). Es decir, a través de la socialización primaria y secundaria obtenemos esquemas de comprensión del mundo desde los cuales sentimos y expresamos las emociones y afectos. Así, la cultura afectiva generaría un sentido práctico de cómo actuar y sentir en cada situación. Por lo tanto, siguiendo a Verán (2017) podemos hablar de un *habitus afectivo* el cual sería interiorizado, es decir, naturalizado.

Entiendo las emociones como inherentemente sociales no solo porque aprendemos como sentir, y manifestar las emociones a través de la socialización, sino

también porque “son modos de afiliación a una comunidad social, una forma de reconocerse y de poder comunicar juntos, bajo un fondo emocional próximo” (Le Brenton 2012, p. 71). Por lo tanto, ya que las emociones son particulares de cada cultura, tomo distancia de los aportes de autores como Janjowiak y Fisher (1992) y Lindholm (2006) quienes utilizan la categoría de amor romántico como transcultural. Igualmente, me alejo de los postulados de Fisher, Aron y Brown (2006) en los cuales el amor, aparte de ser universal, es entendido como un mecanismo evolutivo.

Aunque mi análisis se enfoca en los aspectos socioculturales del amor, es importante recordar, siguiendo tanto a Le Brenton (2012) como a Bourdieu (1979), la relevancia de la experiencia individual, es decir la agencia y particularidad del sujeto dentro del análisis. Las emociones, según Le Brenton, no son un estado fijo, por lo que cambia dependiendo del contexto y del análisis que cada sujeto hace de una situación en particular.

2.3. La ética del amor:

El amor en occidente no es solo una emoción, sino que es un hecho complejo compuesto por una serie de normas, valores, expectativas de acción, etc. Tiene características que son de carácter ético y moral (cómo se debe amar, qué amor es bueno, qué amor es malo, etc). Por lo que resulta necesario preguntarnos ¿Cómo analizar los valores de manera antropológica? Para esto, los aportes de Bratrud (2021) con respecto al vínculo entre los valores y las acciones individuales resultan útiles.

Para Bratrud los valores son la moral o la ética que representa lo que un grupo entiende por bueno y deseable por sí mismo (a diferencia de algo que es deseable por sus resultados, por ejemplo, su capacidad de generar beneficios económicos). Sugiere no aceptar los valores como ya “dados”, sino más bien investigar su significado producido, negociado y alterado en las interacciones entre personas, ya que el punto de vista social de una persona siempre afectará su expectativa de qué acción social debe derivarse de estos principios en cualquier contexto particular. Es decir, aunque un valor sea compartido por un grupo, lo que ese valor significa en la práctica puede diferir dependiendo del sujeto y su lectura del contexto. De tal manera que, cuando un valor en particular es de suma importancia para un grupo —en las sociedades occidentales actuales según May (2011) podríamos argumentar que el amor es de suma importancia, alcanzando un nivel *cuasi religioso*— esto no significa que genere cohesión. Más bien, incluso puede llegar a generar tensión y conflicto, precisamente

porque se asume que el valor es compartido.

Así, la definición de los valores y su significado práctico son constantemente negociados y reinventados desde diferentes contextos. Por lo que el análisis de los valores debe ser capaz de abarcar tanto los marcos de comprensión compartidos, como las experiencias individuales y las estrategias empleadas. En este sentido, si vamos a comprender adecuadamente no solo el lugar de los valores y las emociones en la vida social, sino también la relación entre ideas y prácticas de los sujetos es crucial evaluar el contexto más amplio en el cual las formulaciones, evaluaciones e interpretaciones toman forma.

2.4. Tipos de Amor:

Propongo, en base a la literatura revisada (Fuller 1993, Kogan 1995, Ponce y La Rosa 1995 y Pariona 2018), que las mujeres en quienes se centra mi investigación (mujeres de clase media alta limeña) son herederas de la tradición del amor romántico, por lo cual esta categoría resulta útil para este análisis. Aun así, espero dejar en claro que la noción del amor romántico no resulta necesariamente útil para el análisis de los afectos en otras culturas como bien lo demuestra Verán (2017).

En este sentido, tal como Pariona (2016), Sánchez (2016) y Kogan (1995), planteo que los tipos de amor desarrollados por Giddens (1993) de amor romántico y amor confluyente son categorías que me permitirán interpretar las conductas, prácticas y discursos del amor desde una perspectiva antropológica.

- a) Amor romántico: Como resumen Kogan (1995), “el amor romántico supone un vacío que aparece y completa con el amor, ese vacío es la identidad” (p.16). En este sentido, el amor romántico presupone encontrar a una persona especial (monogámico), con la cual se “funden las almas” y se desarrolla una historia en conjunto (carácter proyectivo) donde el matrimonio tiene un rol central.
- b) Amor confluyente: Supone la igualdad en el dar y recibir emocional y sexual, lo que rompe con roles de género. Tiene un carácter condicional, por lo que se mantiene solo mientras las personas involucradas lo encuentren beneficioso y placentero (no es necesariamente monogámico). Vale aclarar que no estoy entendiendo estas relaciones en los términos de Bauman (2005) es decir, fugaces, líquidas, vacías, banales y mercantilizadas.

Aun así, trabajos como el de Fuller (1993) nos indican, que, aunque se puede

desear relaciones más democráticas e igualitarias, -afines al amor confluyente- esto no siempre se da en la práctica. En este sentido, no estoy tomando las nociones de amor romántico y confluyente como mutuamente excluyentes o categorías fijas. En la práctica y en las narrativas propias, se puede asumir características de ambos tipos de amor.

De esta manera, tampoco entiendo la transición del amor romántico al amor confluyente como una “evolución”: no asumo al amor confluyente como un signo de progreso que naturalmente borraría de la vida social al amor romántico. Son dos formas de entender, concebir, y practicar el amor; una con una tradición más antigua (desde el siglo XVIII que inician las narrativas del amor romántico) y una más contemporánea (sería difícil hablar de amor confluyente antes de la década de 1960). En este último aspecto, tomo cierta distancia de Giddens (1993) quien sí propone el amor confluyente como el camino hacia donde se debería encaminar la intimidad.

2.5. Familia hegemónica y Familias Plurales

La familia es una de las instituciones más centrales e importantes para la sociedad, por lo que ha sido ampliamente analizada desde las ciencias sociales. Al interior de esta “se definen obligaciones, responsabilidades y derechos de acuerdo con las normas culturales, la edad, el sexo y la posición en la relación de parentesco de sus integrantes” (Gutiérrez et al 2015, p. 222). Así mismo, es una institución donde los roles de género son producidos y reproducidos, negociados y perpetuados. En las últimas décadas hemos presenciado transformaciones estructurales en las formaciones familiares, lo que ha hecho necesario repensar el concepto de *familia* desde las ciencias sociales.

Como mencionan autores como Beck (1986) y Simpson (1997) en occidente socialmente priman representaciones de lo que él llama “familia hegemónica” la cual se caracteriza por ser formada por parejas heterosexuales, con hijos, monógamas y co-residentes, es decir la imagen “ideal” de la familia nuclear. Las representaciones de la familia nuclear ideal son más difundidas y por lo tanto gozan de mayor legitimidad que otros modelos familiares, incluso se llega a asumir la familia hegemónica como natural y universal.

Desde temprana edad los niños y niñas son socializados hacia una narrativa particular del ciclo de vida, donde el romance, el cortejo, el matrimonio y la ma/paternidad, se presentan uno tras del otro en una secuencia aparentemente

inevitable para poder realizar el proyecto de la “vida familiar”. Este patrón está presente en los discursos difundidos por los medios de comunicación, la publicidad, el Estado, el sistema legal, la iglesia, etc. (Simpson 1997). De todas formas, según autores como Simpson (1997) y Ariza y Olivera (2001) la época contemporánea se ha caracterizado por una emergencia de nuevas construcciones familiares.

Para Simpson (1997) la mayor transformación por la cual está pasando “la familia” en occidente es el divorcio, pero podemos hablar también de las familias homoparentales, familias compuestas, las parejas que no desean tener hijos, etc. Estos cambios han generado una dificultad dentro de las ciencias sociales para poder analizar, definir y describir *la familia*. Como menciona Beck (1986) “La unicidad y constancia de los conceptos (familia, matrimonio, paternidad, madre, padre, etc.) oculta la creciente pluralidad de situaciones que se esconden detrás de ellos” (p.133).

Al igual que los autores revisados, sostengo que es necesario un enfoque que sea capaz de abarcar los distintos tipos de familia, como también los nuevos roles, responsabilidades, obligaciones, expectativas y significados que se les está asignando a los nuevos vínculos familiares. “El énfasis en la *pluralidad de formas familiares* permitió desdibujar la idílica visión parsoniana de la familia nuclear como el *modelo* familiar por excelencia predominante en la sociología, por lo menos hasta los años setenta” (Ariza y Olivera 2001 p. 26). Las categorías de familia hegemónica y familias plurales, me permitirán en este sentido, no solo ser capaz de identificar si es que las nuevas generaciones efectivamente han adoptado e interiorizado la posibilidad de mantener familias más diversas, sino que también ayudará a identificar el grado en el que la expectativa de la familia hegemónica guía todavía los ideales de las mujeres al momento de iniciar su vida familiar.

En este sentido optaré por la categoría de conyugalidad por sobre la de matrimonio. Esto pues, el término matrimonio implica un proceso externo y reconocido de unión de la pareja ya sea por el Estado (matrimonio civil) o por la Iglesia (matrimonio religioso). De todas formas, como ya han mencionado los autores, la institución matrimonial ha comenzado a perder su carácter hegemónico frente a otras formas de vida en pareja como la convivencia, la unión de hecho, etc. En este sentido, la conyugalidad, como menciona Cuevas (2019) incluye las relaciones matrimoniales, pero no se limita a estas, siendo una categoría más flexible que nos permita analizar distintos tipos de vínculos marcados por la coresidencia. Dentro del enfoque de la familia, el análisis de los lazos conyugales resulta de gran relevancia, pues como

mencionan Rodríguez et al (2019) “El estudio de la conyugalidad nos acerca a las esferas y decisiones más íntimas del ser humano: la elección de la pareja, el número de hijos que se decide tener, la edad adecuada para unirse, los porqués de las uniones y las rupturas, el significado de la/s pareja/s y los porqués de los cambios en todos estos comportamientos propios y con los otros” (p.60).

Con respecto a la temática central de esta investigación, la relación entre los cambios en la intimidad y en los nuevos patrones de nupcialidad, el amor de pareja (ya sea romántico o confluyente) rara vez es cuestionado como el motivo por el cual las personas se unen para formar un vínculo conyugal/ una familia, incluso en los distintos modelos - heterosexual, homosexual, con hijos, sin hijos, etc. En este sentido, la relación entre el amor de pareja y la formación familiar parece todavía tener un dominio hegemónico.

2.5.1. El libreto en la intimidad: Roles de Género dentro de la unidad familiar.

Como ya se ha establecido, la unidad familiar es un espacio donde se define obligaciones, responsabilidades y roles de acuerdo con la posición que alguien tiene en la familia. Para fines de esta investigación, resulta necesario esbozar los roles de género dentro de la unidad conyugal. Al igual que la familia, los roles de género que se dan dentro y fuera de esta, son social y culturalmente construidos, por lo que son susceptibles a cambios y transformaciones. En este sentido, los roles que se asignan y practican dentro de una relación de pareja no son naturalmente dados (como la idea de que la mujer será “naturalmente” más cariñosa, mientras que el hombre tendrá “naturalmente” una inclinación a proteger a su pareja).

Más bien, siguiendo a Butler (1998) entiendo los roles de género como el “libreto” histórica y culturalmente creado, que guía las prácticas y performances de los individuos. De esta manera, mujeres y hombres siguen este libreto en parte porque no lo han cuestionado, pero también porque salirse de este puede resultar en castigo.

En las relaciones de pareja en el pasado, este libreto mantenía una fuerte división entre la esfera pública (masculina) y privada (femenina). Los hombres entonces tenían el rol de proveer económicamente a la familia, cumpliendo así el papel ideal del padre-esposo-proveedor, sería este quien tome las decisiones dentro del hogar y funcione como un líder dentro de la unidad conyugal. De todas formas, autores como Ariza y Olivera (2001) demuestran, con la irrupción de las mujeres a la esfera productiva y el acceso a la educación se ha logrado (en ciertos sectores sociales) que

estas redefinan su papel en la familia. Es así como dentro de un sector importante de la población se ha generado la expectativa de un nuevo modelo de relaciones más democráticas en el seno de la familia, donde ambos cónyuges sean participes de las decisiones importantes, la planificación futura, se distribuyan las tareas del hogar y de cuidado, entre otros. “En épocas anteriores las normas de reparto de tareas en la pareja eran un legado de la tradición; hoy son objeto de discusión y de negociación entre el hombre y la mujer” (Lipovetsky 1997 p.229).

Es decir, aquello que se daba por supuesto, los roles que debían cumplir los hombres y las mujeres al unirse en una relación romántica heterosexual, el libreto que debían seguir, en la época actual ha entrado en deliberación, en muchos casos causando conflicto al interior de la pareja. Aunque la ideología de las ‘esferas separadas’ entre hombres (público) y mujeres (privado) se percibe como caducada, a las mujeres todavía se les asigna de manera prioritaria una asociación con la esfera doméstica. De tal forma que la esfera productiva/laboral se ha visto democratizada en mayor medida que el desempeño ejercido en los trabajos reproductivos por parte de los varones. La esfera doméstica ha sido susceptible a menos cambios, siendo la madre/esposa quien todavía ocupa el rol de cuidadora del hogar (Ariza y Olivera 2001). Como menciona Lipovetsky: “Para el sexo fuerte, el corte de la ‘vida en pareja’, se da por supuesto; para el otro sexo, va acompañado de conflictos e interrogantes, de una búsqueda de conciliación que con frecuencia supone una fuente de culpabilidad e insatisfacción” (Lipovetsky 1997 p.224).

Entender los roles de género como libretos o guiones social e históricamente construidos me ayuda a formular un análisis que me permita prestar atención no solo a los cambios sino también a las permeancias. Así como también identificar como cada generación busca asimilarse o diferenciarse del guion seguido por generaciones pasadas, sobre todo, el guion seguido por sus madres dentro de sus relaciones amorosas. Así mismo, permitirá analizar qué tipo de rol se espera que sus parejas desarrollen dentro de la relación y si es que la construcción de la vida en pareja “ideal” se ha transformado en el tiempo.

2.5.2. La adultez como un constructo social

La familia es también un espacio donde se determina la posición social de los individuos frente a ellos mismos y frente a la percepción externa. La entrada a la

adulthood, or what makes a person be considered and consider oneself as an adult is not limited to age, but that there are certain milestones, culturally demarcated, that signal this transition (Van de Velde 2005). Similarly, as Osorio (2005) indicates, social age is a category that must be understood in an intersectional way, because it is interdependent with other categories such as gender, ethnicity and social class. In this way, women and men face different stages of the life cycle, that is, different "social ages".

In the particular case of women of the middle class in the West, authors such as Giddens (1992) and Hancock (1989) indicate that one of the most prominent symbols with respect to the entry into adulthood, the leaving of the home of origin, was completely associated with marriage. In contrast to their male counterparts who have had other means to become adults and independent, such as for example work. Thus, in the face of changes in intimacy and in the new models and family trajectories, we can speak of a breakdown in the face of the milestones that make a woman, an adult person. In this sense, women are now "pioneers who move in a territory that lacks geographical maps, who trace points of reference in the identity of the personal self, while they face and stumble with changes in the nature of marriage, the family and work" (Giddens 1992, p.59).

In this sense, understanding the entry into adulthood not as a given fact but as a culturally determined process that historically for women has been marked by marriage, helps to analyze the new milestones that begin to demarcate adulthood in the new generations. Additionally, it is relevant to examine the link that exists between this process and the formation of intimate relationships, as well as the emerging configurations of family models in contemporary society.

Capítulo 3: Metodología

La metodología empleada en la presente investigación es de corte cualitativo con enfoque etnográfico. En este sentido se ha priorizado el trabajo a profundidad, lo que ha significado un número reducido de participantes principales, siendo estas 11 en total, además de un trabajo reducido con participantes secundarios. En la presente sección se detallará los criterios de selección de las participantes, las estrategias para establecer contacto con las mismas, los espacios donde los encuentros se llevaron a cabo, las técnicas de recojo de información, las consideraciones éticas y las limitaciones del caso.

3.1. Criterios de selección de las participantes.

Como queda establecido en los objetivos de este estudio, no solo se busca indagar sobre las nociones y prácticas que rodean la intimidad en las participantes, sino que también se plantea el desarrollo de un análisis intergeneracional. De esta manera se ha trabajado con 11 participantes buscando abarcar tres generaciones que dentro de este trabajo serán categorizadas como Abuelas, Madres e Hijas (todas de clase media alta y alta). Así se ha trabajado con tres abuelas con edades desde los 77 hasta los 95, tres madres con un rango de edad de 54 a 56, y 5 hijas desde los 23 hasta los 24. Existe un número más alto de “hijas” puesto a que las madres y abuelas de dos de las participantes, no formaron parte de la investigación. Ya sea por el caso de falta de disponibilidad (como fue el caso de la madre y la abuela de Lisette), como también por no desear participar de una investigación donde se estaría indagando sobre temas íntimos de su vida privada (como fue el caso de la madre y abuela de Fátima), lo cual resulta absolutamente válido. En este sentido vale la pena resaltar que las mujeres que sí participaron de la investigación lo hicieron a voluntad propia. Este aspecto ha sido clave en mi investigación puesto a que todas las entrevistas realizadas han sido fruto del deseo de las participantes de contar su historia, de exponer parte de su vida íntima a una persona externa. En este sentido mi propia posicionalidad como mujer (además del mismo sector social) facilitó que las participantes se sientan más cómodas con mi presencia y mis preguntas.

A continuación, una tabla donde se presentan los datos generales de las participantes:

Tabla 2
Datos generales de las entrevistadas

	Seudónimo	Edad	Estudios	Ocupación	Religión	Estatus "amoroso"
Hijas	Teresa	23	Superiores completos	Negocio propio de pastelería	Católica	Relación <1 Año
	Victoria	24	Superiores completos	Área de comunicaciones en una organización	No se considera religiosa	Soltera
	Helena	24	Superiores en curso	Estudiante de animación digital	No se considera religiosa	Relación <1año
	Fátima	24	Superiores completos	Negocio propio de pastelería	No se considera religiosa	Soltera
	Lisette	24	Superiores completos	Administración y marketing en industria tecnológica	Católica	Soltera
Mamás	Lourdes (madre de Teresa)	55	Superiores completos	Dentista, consultorio propio.	Católica	Casada, su primer matrimonio
	Constanza (madre de Victoria)	56	Superiores incompletos	Trabajó como secretaria, posteriormente Ama de casa	Católica	Casada, su primer matrimonio. Su esposo tenía un matrimonio previo
	Pilar (madre de Helena)	54	Superiores completos	Jefa de área de informática en una empresa privada	Católica	Casada, su primer matrimonio
Abuelas	Rita (madre de Lourdes)	77	Secundaria completa	Trabajó como secretaria ejecutiva dentro del ministerio de Pesquería (durante el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas)	Católica	Viuda, actualmente tiene una pareja con la que no convive
	Zoila (abuelastra paterna de Victoria)	95	Superiores incompletos	Trabajó en UNICEF (6 años) y posteriormente Ama de casa	Católica	Enviudó y se volvió a casar con el abuelo de Victoria, quien estaba divorciado
	Génesis (madre de Pilar)	81	Secundaria completa	Trabajó en Sears (5 años) posteriormente Ama de casa	Católica	Casada, su primer matrimonio

Fuente: Elaboración propia

Resulta importante señalar que el contacto inicial se hizo con las hijas a través del método “bola de nieve” dónde las chicas me señalaban a amigas suyas que podrían estar también interesadas en participar. Así, las primeras entrevistas fueron realizadas a el grupo compuesto por las más jóvenes. Cada una de las hijas cumplió el rol de “gatekeeper” de su propia familia, pues ellas hablaron con sus respectivas madres y abuelas sobre mi investigación, me facilitaron los contactos de sus madres y abuelas vía WhatsApp, y en muchas ocasiones me abrieron las puertas de su casa, por lo cual estaré eternamente agradecida. El contacto inicial con las jóvenes fue a través de contactos/amistades en común (tal es el caso de Victoria, Fátima y Lisette), como a través de un vínculo previo con ellas (como es el caso de Helena y Teresa).

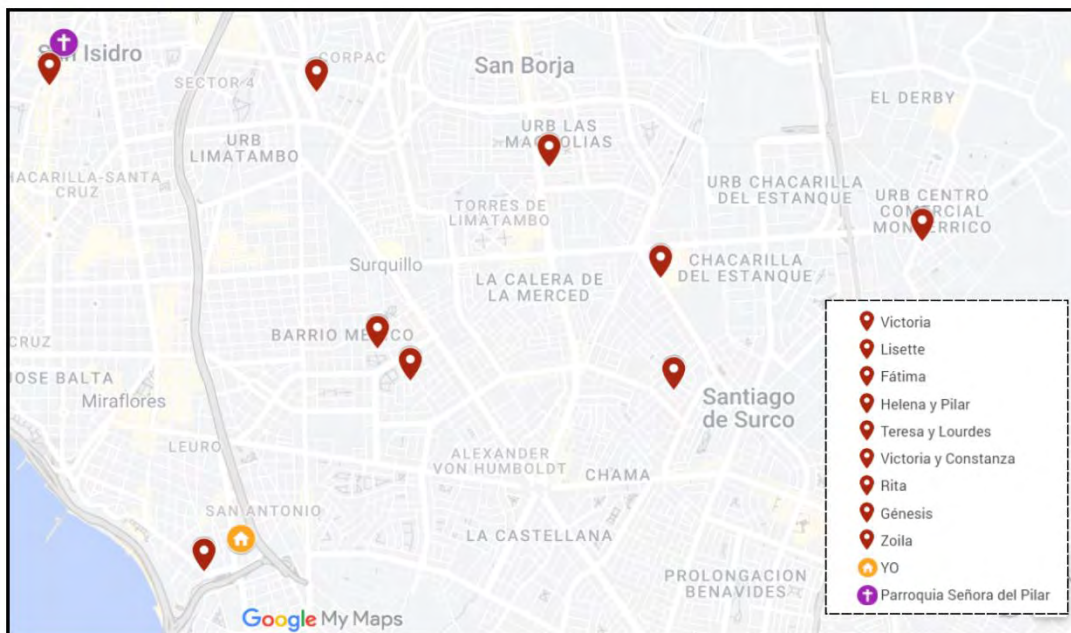
El patrón que siguió la aproximación a las participantes fue el siguiente: uno o dos encuentros con una “hija” en un café cerca de su hogar, seguido por una invitación a su casa donde podría iniciar el primer acercamiento a su respectiva “madre” (puesto a que todas las hijas viven con sus padres). Posteriormente, una vez ganada la confianza, me pusieron en contacto con sus abuelas, ya sea llevándome a la casa de sus abuelas como fue el caso de Teresa quien me llevó personalmente a la casa de su abuela Rita. O a través de facilitarme el contacto de *WhatsApp* de las abuelas. En el caso de Zoila y Génesis se estableció el contacto por este medio y se coordinó un encuentro presencial en sus hogares.

Como también lo plantean los objetivos, se buscó trabajar con mujeres de un sector social particular: medio alto y alto de la sociedad limeña. Podría surgir entonces en los lectores las preguntas de ¿Cómo acceder a estos sectores? Y ¿Cómo afirmar que las mujeres con las que se está trabajando son efectivamente de dicho sector social? Para esto, una de las estrategias empleadas fue delimitar la posible muestra de participantes “hijas” a exalumnas de dos colegios en particular (cuyos nombres no serán explicitados para proteger la privacidad de las entrevistadas) que comparten características similares: alto costo de estudios, laicos, bilingües, y mixtos. Estos colegios serán llamados Colegio A (sus exalumnas incluyen a Lisette, Victoria y Fátima) y Colegio B (incluye a Teresa y Helena). Así mismo, a lo largo del trabajo de campo se observó que los exalumnos de dichos colegios comparten varios espacios en común una vez graduados como lo son ciertos centros de educación superior, frecuentan las mismas discotecas, bares, playas y clubes privados, etc.

De la misma manera resulta pertinente resaltar que los encuentros con las participantes, que fueron ya sea en un café cerca de su casa/ lugar de trabajo, o en

sus propios hogares, tomaron lugar en los siguientes distritos: Miraflores, San Isidro, Santiago de Surco y San Borja como lo indica el siguiente mapa¹:

Figura 4
Mapa de la ubicación de las entrevistas



Fuente: Elaboración propia con uso de Google Maps

Según el último informe realizado por el INEI (2020) con respecto a los Planos estratificados de Lima metropolitana a nivel de manzanas según el ingreso per cápita del hogar estos son distritos que se podrían considerar de clase “Alta” y “Media Alta”. Así tanto para Miraflores como San Isidro, el 100% de los hogares pertenecen al sector socioeconómico “Alto”. En el caso de San Borja un 94% de los hogares se encuentran en el estrato “Alto”, seguido por un 5.7% en “Medio Alto” y un 0.3% en “Medio”. Para Santiago de Surco un 65% de hogares están en el sector socioeconómico “Alto”, 30.3% “Medio Alto” y 4.3% “Medio”.

Aparte del trabajo con las participantes ya señalado, también se estableció “contacto” con actores secundarios. En primer lugar, se acudió a la Iglesia *Señora del Pilar* en San Isidro, lugar donde celebró su matrimonio la abuela Rita. Allí se estableció contacto con un Padre, el cual será referido como Padre Esteban (seudónimo), para

¹ En el caso de las entrevistas que tomaron lugar en los hogares de las participantes, el mapa indica ubicaciones cercanas a las mismas, mas no la ubicación exacta, para proteger su privacidad.

profundizar sobre los significados otorgados al matrimonio según la Iglesia. En segundo lugar, se incluirá también información recogida durante el trabajo de campo realizado en un bar ubicado en Barranco donde se estableció el primer contacto casual con dos de las participantes (Lisette y Victoria) donde tuve la oportunidad de hablar con varios de sus amigos y amigas cercanos²; como también una invitación social realizada en la casa de Teresa quien igualmente invitó a amistades con quienes pude establecer conversaciones casuales. En último lugar se incluye un encuentro fortuito con una pareja quienes estaban tomando café en el mismo establecimiento que tomó lugar la entrevista a Fátima, quienes una vez acabada la entrevista me consultaron sobre la temática de esta, estableciendo así una conversación casual de casi una hora con respecto al tema³.

3.2. Técnicas de recojo de información

a) Línea del Tiempo

Dentro del primer encuentro establecido (sin tomar en cuenta conversaciones casuales y comunicaciones vía WhatsApp) con las participantes se desarrolló la técnica de la “línea del tiempo”. En ella se indagaba sobre las experiencias afectivas de las entrevistadas, se buscó trazar los diferentes hitos que marcaron y definieron sus trayectorias afectivas. En este sentido para las madres y en mayor medida para las abuelas, el desarrollo de la línea del tiempo significó un trabajo de memoria, para trazar los momentos claves de su vida amorosa. En cambio, en el caso de las hijas significaba recordar momentos más actuales, además de esto también se les preguntó sobre sus expectativas y deseos para el futuro. Lo que significa que mientras que para las madres y abuelas la línea de tiempo significó sobre todo recordar un pasado, para las hijas significó hablar de un pasado, un presente, y un posible futuro. Originalmente la línea de tiempo buscaba abarcar tan solo experiencias hasta el momento que inicia la conyugalidad, de todas maneras, esto rápidamente cambió. Resultó notorio que tanto Madres como Abuelas deseaban hablar de los primeros años de maternidad, pues los consideraban imprescindibles para comprender su experiencia romántica y

Todos estaban informados que me encontraba realizando mi trabajo de campo para mi tesis sobre amor e intimidad, frente a lo cual respondían informándome sobre sus propias experiencias y opiniones amorosas.

³ La pareja tenía el mismo rango de edad que las “madres”, tenían hijos en el mismo rango de edad que las “hijas”, tenían sobrinos en el “colegio B”, y pertenecían al mismo sector socioeconómico que la muestra. Me pareció apropiado incluir sus aportes en investigación.

su trayectoria personal.

El objetivo de esta herramienta ha sido no solo poder abordar las distintas etapas de las trayectorias amorosas desde las narrativas propias de las mujeres, sino también cumplir la función de herramienta comparativa entre las tres generaciones. Es decir, a través de describir hitos compartidos (ej: el primer beso) se logró comprender de mejor manera cómo se asemejan y diferencian las experiencias de hijas, madres y abuelas.

b) Entrevistas a Profundidad

Incluyendo el encuentro destinado para la realización de la línea de tiempo, se realizó un mínimo de dos entrevistas a profundidad con las participantes. Estas fueron extensas durando, entre hora y media a tres horas. Mientras que en la primera entrevista se realizó la línea del tiempo, en la segunda se buscó indagar más sobre el aspecto más valorativo, ético, ideal. Como también sobre los significados otorgados a distintos temas como el matrimonio, la convivencia, los celos, etc. Aunque para esta entrevista se contó con una guía temática, se procuró permitir que sean las entrevistadas quienes dirijan la conversación y se expresen sobre temas que a ellas les parezcan pertinentes, relevantes y significativos. Las entrevistas fueron grabadas, siempre con el consentimiento de las participantes.

c) Conversaciones casuales

A lo largo del trabajo de campo se estableció conversaciones casuales con las participantes. Esto incluye tanto conversaciones presenciales, como conversaciones via *WhatsApp*. Así mismo, se establecieron conversaciones con las amistades de algunas de las entrevistadas en los eventos sociales previamente mencionados.

d) Análisis de productos culturales

Dentro del contexto de las entrevistas a profundidad, para cerrar la entrevista⁴, se consultó sobre los productos culturales (música, películas, literatura) que las entrevistadas consumen/ consumían y que consideren relevantes con respecto a las nociones de amor, intimidad y relaciones de pareja. Con respecto a las Hijas, se les preguntó por productos culturales que consuman en la actualidad o en su infancia. En el caso de las Madres y las Abuelas se pidió que recuerden los productos que

⁴ Así mismo, también se les pidió a las entrevistadas (de todas las generaciones) que si recordaban algún producto me lo comuniquen via *WhatsApp*. Algo que muchas de las entrevistadas hicieron, enviando links de Spotify, YouTube, etc.

consumían en su juventud. Esto con el fin de poder comparar los productos que ambas consumían en sus etapas más formativas y que afectaron durante este periodo sus nociones de amor.

Encuentro estos productos útiles siguiendo el enfoque de Rosenwein (2022) quien analiza las distintas nociones del amor dentro de mitos griegos, versos de trovadores, reflexiones teológicas, novelas románticas, etc. Estos textos, lejos de hablar de relaciones “reales”, son ficciones sobre el amor. En este sentido puede surgir la pregunta de si es que las ficciones son capaces de expresar sentimientos verdaderos, frente a lo cual la autora comenta lo siguiente: “La mejor respuesta es que las fantasías como la del amor cortés son como moldes en los que se vierten los sentimientos. (...) Al mismo tiempo, las fantasías se diferencian de los moldes en que ellas mismas crean lo que forjan: los sentimientos necesitan palabras e historias con las que expresarse.” (Rosenwein 2022, p. 125). En este sentido, las fantasías son capaces de dar forma, organizar, y verbalizar los sentimientos que de otra forma serían difusos y embrionarios. Como destaca Rosenwein (2022). “Las historias de amor proporcionan poderosas cristalizaciones: dan al amor guiones y modelos que seguir para que se revelen sus recompensas” (p. 192). El análisis de productos culturales resultó ser una manera efectiva de aproximarse a diversos discursos sobre el amor, resultó particularmente útil cuando se logró discutir sobre estos junto con las entrevistadas.

e) Entrevista estructurada

Se realizó tan solo una entrevista estructurada al Padre Esteban. Esto pues se estableció contacto durante las horas en las cuales estaba abierto el despacho parroquial. Es decir, ya que el tiempo del participante era limitado, se optó por una entrevista breve, con preguntas más precisas.

3.3. Consideraciones éticas y limitaciones

Por último, resulta necesario revisar las consideraciones éticas que conciernen a esta investigación. Todas las entrevistas y encuentros se hicieron con el consentimiento informado de las participantes principales, igualmente con las y los participantes secundarios. Los propósitos de mi investigación siempre fueron establecidos con claridad. Todos los nombres utilizados en el presente texto son seudónimos utilizados para proteger la identidad y privacidad de las participantes.

Como ya se estableció previamente, todas las mujeres participaron de manera

voluntaria. Esto, aunque de gran valor, resulta ser también una limitante digna de mencionar. Me refiero al hecho de que todas las participantes tenían, en un sentido u otro historias de amor “exitosas”. Aunque se preguntó sobre sus opiniones con respecto a temáticas tales como la violencia doméstica, las entrevistadas siempre mencionaban no haberla sufrido. Todos los recuentos de las entrevistadas (Madres y Abuelas) sobre sus matrimonios son positivos, incluso ninguna de las entrevistadas había pasado por un divorcio. En lo personal, no creo que nos encontremos frente a un caso de “encubrimiento” tan común cuando se trata de estos temas, sino que por el mismo hecho de que las mujeres sentían tener trayectorias afectivas “exitosas” tenían un mayor deseo de contarlas, se sentían cómodas haciéndolo, razón por la cual accedieron a las entrevistas.



Capítulo 4: Trayectorias afectivas en tres generaciones

El presente capítulo se encuentra separado en dos secciones. En la primera de ellas revisaremos las trayectorias afectivas de cuatro de las participantes de la investigación: una abuela, Zoila (95); una madre, Pilar (54); y dos hijas, Victoria (24) y Lisette (24). He elegido estas trayectorias dentro de las once participantes, pues ejemplifican varios elementos clave de las experiencias de mujeres de clase media alta y alta en sus respectivas generaciones. Al revisar la historia de Zoila, las cosas que hizo de manera similar a sus amigas y las cosas en las que se diferenció, podremos entender mejor las experiencias, expectativas, sueños y conflictos de una mujer que vivió aquellos años tan determinantes de su juventud a mediados del siglo XX. De manera similar podemos hablar de Pilar y Victoria. Lisette, por otro lado, es una mujer que ha vivido experiencias que ella misma considera han sido bastante diferentes del resto de su generación. Por esa misma razón, me parece un gran caso para pensar en qué es lo que actualmente se considera "común" entre los jóvenes. Busco en esta sección captar las voces de las mujeres sobre aquello que ellas mismas consideraron relevante sobre sus historias íntimas.

En la segunda sección de este capítulo describiré aquellas similitudes que encuentro entre cada una de las generaciones, así como también aquellas cosas que las entrevistadas consideraron "comunes" o "típicas" de su generación en particular, haciendo alusión usualmente a sus grupos de amigas, conocidas o familiares. Busco señalar aquellos actores sociales que influyeron en la formación y actitudes desplegadas por las participantes. Se resaltarán aquellos espacios donde las Abuelas, Madres e Hijas desarrollaban su vida social y romántica, como también la manera en la que lo hacían y bajo la supervisión de quién. Así entonces, este subcapítulo tendrá tres secciones, una dedicada a cada generación.

4.1. Presentación de cuatro casos representativos.

4.1.1. Zoila (Abuela)

La primera historia por revisar es la de Zoila, una elegante mujer de 95 años quien me abrió las puertas de su casa en Miraflores para brindar un par de extensas entrevistas. Logré establecer contacto con ella a través de Victoria (24 años), Zoila vendría a ser la abuelastra de la joven, pues después de la muerte de su primer marido se juntó con el abuelo paterno de Victoria quien se encontraba soltero después de un divorcio. De todas formas, por más interesante que resulte la historia, el segundo

matrimonio de Zoila no será el foco de este subcapítulo, sino más bien rastrearemos sus años de infancia, adolescencia y juventud, hasta llegar a mediados de sus veintes, cuando ya se encontraba casada y con hijos.

Aunque varios de sus años formativos no transcurrieron en Perú, por ser parte de una familia diplomática, la vida de Zoila refleja muchas de las circunstancias que vivieron las mujeres de clase media alta y alta de la época: colegios religiosos, gestos románticos, matrimonios tempranos, etc. Así mismo, ella no dudó en destacar aquellos aspectos en los que siente que se distinguía de sus pares. En esta sección busco destacar la voz de Zoila, para que sea ella misma quien cuente su historia, así intenté hilar aquellas anécdotas que compartió conmigo. Es por esto que, antes de comenzar propiamente con su trayectoria, resulta necesario tornar nuestra mirada a sus padres, de quienes me habló mucho durante nuestras conversaciones. Ambos eran claramente personas a quienes admiraba mucho, y quienes influenciaron sus percepciones del amor, la intimidad y la vida en pareja.

Sobre sus padres comenta que se conocieron en Buenos Aires. Su papá, Vicente, antes de ser diplomático había migrado al Argentina, después de estudiar odontología en EEUU, para abrir allí su propio consultorio. Consultorio al cual acudiría un día -acompañando a su hermana- aquella mujer con quien eventualmente se casaría, la madre de Zoila, a quien llamaremos Julieta. Desde el día del primer encuentro quedó enamorado y buscó la manera de acceder a ella, de volverla a encontrar. El espacio perfecto para esto eran las grandes reuniones que realizaba el padre de Julieta, un reconocido dramaturgo del momento. Cada viernes abría las puertas de su casa a una variedad de invitados de la escena artística bonaerense. Así lo relata Zoila:

El recibía -como se hacía en esa época- recibía una vez a la semana a escritores, a poetas, pintores, músicos. Todo lo que fuera, lo que tenga que ver con las artes, iban allá. Entonces mi papá conocía al artista Héctor Velarde que era muy amigo. Era un peruano que estaba en Buenos Aires, y le dijo “tú seguramente debes de conocer...” “ah sí, yo voy, tiene todos los viernes..., recibe..., entonces te voy a llevar”. Entonces lo llevó y empezó a enamorar a mi mamá con mucho éxito.

Tiempo después, Vicente y Julieta se casan, teniendo Julieta 22 años y Vicente 32. Llegaron a tener tres hijos, el hermano mayor de Zoila, quien la supera por 7 años, Zoila, la del medio, y un hermano menor, igualmente por 7 años. Zoila recuerda a su madre como una mujer religiosa, de misa diaria, pero también como una mujer

intelectual y artística.

Mi mamá era, aparte de ama de casa, era sobre todo intelectual. Porque era hija de escritor. Ella, donde iba, fundaba con la diplomacia "los amigos del arte" que era un grupo de personas que se dedicaban a la literatura.

Al preguntarle qué tan común era ser una mujer intelectual y escritora para la época, Zoila me respondió que no mucho. No solo eso era un tanto inusual, sino también lo era la actitud de su padre:

Pero mi padre sí respetaba eso totalmente, era... en eso era, creo que era una isla, porque en esa época el hombre era muy machista. Mi padre no lo era para nada. Para nada. Respetaba mucho... quizás por mi madre misma, como era.

Gracias a la carrera diplomática de sus padres -porque así lo recuerda Zoila, "mis padres eran diplomáticos" (es decir, no solo recuerda a su padre como una figura diplomática, sino también a su madre)- la entrevistada viajó mucho durante sus años formativos. Pasó buena parte de su juventud en Japón, Holanda, Canadá y EE. UU. Aun así, el tiempo transcurrido en Perú era frecuente y llegó a cursar en Lima en dos colegios privados, además de posteriormente ingresar a la Universidad Católica, como lo mencionaremos más adelante.

Después de regresar desde Japón a Lima, debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial, Zoila fue inscrita en el colegio Santa Úrsula. Un colegio privado, ubicado en Lima, dirigido y fundado por Madres Ursulinas Alemanas. Su paso por allí fue corto, pues su mamá entró en conflicto con las Madres Alemanas al enterarse de que estas obligaban a las alumnas a cantar "*Deutschland, Deutschland über alles*" en plena guerra.

Mi mamá era francófona, mi mamá no quería saber nada con los Nazis y decía "No, esa es una barbaridad, no deberían obligarte". Me cambió al Sagrado Corazón. Y ya... en esa época, con todos los uniformes. El velo corto, el velo más largo. Todo para prepararme.

De todas formas, después de un breve tiempo en el Sagrado Corazón, la familia recibe su siguiente asignación diplomática: Canadá. Es en este país donde ella recuerda sus primeros romances, donde en los inviernos, en la embajada del Perú, cubrían el jardín de agua para tener al día siguiente una pista de patinaje. A diferencia de algunas de sus amigas que residían en Lima, comenta que ella nunca tuvo "amigos del barrio", sino que más bien se juntaba con los hijos e hijas de otros diplomáticos, así como con los hermanos mayores de sus amigas del colegio. Recuerda, entre risas,

un 14 de febrero, el día del amor: "Entonces me mandaba mi tarjetita el chico que me gustaba. Y yo estaba feliz de la vida. Eran los chicos... y ese eran mis primeros romances. Las tarjetas firmadas con corazoncitos".

Asimismo, recuerda una fiesta de Año Nuevo, para la cual su abuela le había enviado un vestido especial desde Argentina. Considera momentos como estos sus primeros pasos dentro del mundo del amor, todavía indecisos. Esto porque los momentos para compartir espacios con jóvenes varones eran muy limitados, aparte de ser siempre supervisados ya sea por sus padres o los padres de otros. De tal manera que cualquier intento de cortejo pasaba por la mirada de sus padres, quienes "por supuesto que estaban pendientes". Así, más adelante, ya en su adolescencia, la cual transcurrió entre Lima, Washington y Nueva Orleans, tuvo sus primeros "pretendientes", como ella los llama. Recuerda que el poco interés que tenía por estos le causaba gracia a sus padres.

Y me llamaban o me mandaban flores o cosas así. Y ellos (sus padres) me preguntaban y se reían. Y yo "No, es que no..." "pero ¿por qué no?" "es que no me interesa". La verdad que no tuve así un interés grande... pero sí me seguían la cuerda más o menos bien, sin meterse mucho.

Recuerda entonces, que, aunque sus padres hayan estado pendientes, ella nunca lo sintió de una manera instigadora o represiva. Experiencia muy distinta de sus amigas en Lima: "Porque sí he tenido amigas peruanas que les, realmente, pobrecitas han tenido que salir con chaperonas ¡y grandes ya! ¿no? No. Yo no". Aunque no recuerda la figura de sus padres como autoritarios, sí recuerda reglas que establecían, las cuales, si no eran cumplidas, se ponían "bravos". Cosas tales como una hora específica de llegada a la casa después de una salida. Aunque Zoila las cumplía sin mucho problema, eso no quiere decir que nunca buscara rebelarse frente a la autoridad paternal. Recuerda, por ejemplo, la primera vez que fumó un cigarrillo, escondida en un baño, a los 13 años. Después de "una atorada horrible" decidió que no le encontraba el gusto. Aun así, años después lo vuelve a intentar, esta vez con más éxito:

Como todo el mundo fumaba yo también fumaba (nos reímos). Era de lo más elegante fumar". Con una sonrisa en su cara recuerda la primera vez que su padre la encontró fumando: "Me acuerdo cuando mi papá me vio, me dijo "¿oye tú estás fumando?", le dije "¡ay! sí papá" me daba un no sé qué. Me dijo "no gastes ah, porque yo te doy. No gastes en tonterías". Entonces me daba él los cigarrillos. ... y ¿qué chiste tenía?

Así, aquel pequeño acto de rebeldía se encontró con un padre sorprendentemente comprensivo.

Dentro de nuestra conversación, Zoila recuerda a Mark, un joven estadounidense, católico, a quien ella conoce en su adolescencia (cuando tenía entre 16 y 17 años). Fue uno de los pocos chicos estadounidenses con quien salió, puesto que prefería pasar su tiempo con jóvenes latinoamericanos que iban a estudiar a EE. UU. y se juntaban con el grupo de diplomáticos y sus familias. Mark venía de una familia numerosa, eran 7 hermanos. Lo conoció en una de las muchas fiestas que se organizaban en Washington y, según como la entrevistada contó esta historia, parece que él quedó flechado con rapidez. La llamaba, la invitaba a salir, a ver partidos de fútbol americano (el cual le parecía espantoso a Zoila), y al *Easter Parade*. Aun así, los sentimientos de Mark y los de Zoila no eran los mismos:

Pero yo como amiga ¿no? No me daba cuenta que él se estaba enamorando de mí. Y yo la verdad, que, si me llamaba otro muchacho, yo salía con otro muchacho tranquila. Perfecto. No tenía problema. Pero él sí sufría, pobre. Pero bueno, un día, me mandó unas flores, así lindísimas y una carta- ¡no! Lo primero, fueron tres días que me mandó flores, iban *in crescendo*. Yo lo llamaba: "gracias". Entonces, segundo día, otra vez flores... que raro. Mi mamá decía "¿qué le pasa a este chico, debe estar enamorado de ti ¡cuánta flor te manda!" "Sí", le decía "yo no sé qué pasa, pero yo no le he hecho nada para que crea que estoy enamorada". El tercer día, flores y una carta gigante donde me decía todo lo que pensaba. Linda carta. Ay, yo dije, Dios Mío, en lo que me he metido, y ahora ¿cómo salgo de este problema?

Recuerda hablar con su mamá, a quien le encantaba Mark, le parecía un chico maravilloso, y tener que refutarle: "¡Pero no estoy enamorada de él!". Por más que Zoila le repetía a Mark que no lo veía como más que un amigo, este nunca llegó a verdaderamente aceptarlo. Seguía insistiendo, llamando, invitando. Tal es el caso que, años después, cuando Zoila ya había entrado en sus 20, ya estaba de novia con su pareja, Jorge, viviendo a tiempo completo en Lima, aparece Mark a la puerta de su casa en Barranco:

Y un día se me aparece con una caja de chocolates, así inmensa y todavía estaba ahí Jorge, mi primer esposo, estaba. Todavía no nos habíamos casado, éramos novios. Y le digo "ay, es un chico que yo conocí en Estados Unidos" y entra y quedó.... Todos, se quedaron helados ¿no? Él con la caja de chocolates. "Mark" le dije "ay te voy a presentar, este es mi novio". Ay que horrible, pobrecito".

Mark eventualmente sí tuvo su "final feliz": se quedó en Lima un tiempo y terminó casándose, coincidentemente, con una chica de Barranco. De todas formas, antes de avanzar con la historia de Zoila y su primer esposo, Jorge, me parece

relevante agregar la siguiente anécdota. Uno de los pocos momentos donde la entrevista tomó un tono triste fue cuando le pregunté a Zoila sobre su primer beso, el cual fue, lamentablemente, una experiencia desagradable, y que hasta el día de la entrevista era algo que nunca le había contado a nadie. Lo dejo aquí en sus palabras:

Pero el primer beso, que realmente me marcó y que fue espantoso, fue que yo llegaba a una fiesta que me habían invitado. Estacioné mi auto... era muy de noche, había poca luz donde yo estaba. Y vino un muchacho, vestido totalmente de marino. Y que yo conocía porque era hermano de una amiga mía, pero lo conocía poco. Esa familia era franco americana. Bueno, primero te contaré lo que pasó. Agarró, me agarró y a la fuerza me dio un beso. Pero beso con todo... te puedes imaginar. Y a mí me dio un asco, y una cosa... que no te puedes imaginar. Una cosa, que por poco vomito ¿ya? Y ese fue el primer beso, y ya era grande tenía 17 años. Y este... de ahí me tuve que meter al auto, arreglarme. Estaba tan... que decía ¿entro? ¿no entro? Pues sí, me habían invitado, y tenía que entrar. Era una fiesta grande, bastante gente, y este muchacho iba a esa fiesta. Entonces cuando entré, y lo vi ahí sentado con su enamorada y con otra gente. Y todavía sonriendo, como si nada. No tienes idea el shock que me produjo todo esto. Y me preparó como para no dejar que me besaran, y me costó mucho tiempo que alguien me besara. Fue una cosa muy, muy desagradable. Porque me sentí pues... no sé. Y lo peor del caso es que no me pude quejar ni con su hermana. Su hermana era mi mejor amiga americana, mi mejor amiga.

El día de la entrevista recordó a aquel hombre uniformado como un patán, de lo peor, un asqueroso, un tipo verdaderamente desagradable. Ese episodio, la dejó con una aversión ante la idea de compartir un beso. “Después de eso, Jorge fue el primero. A mí como que me costó, pero de ahí ya bueno... de ahí estuve bien, felizmente sí era distinto.” Así, en la conversación llegamos al tema de Jorge, su primer marido, un hombre que se nota le trajo mucha felicidad durante sus 47 años de matrimonio hasta el día en el que falleció. Jorge era peruano y lo conoció en Washington poco después que a Mark. Recuenta así el momento en el que él sentó ojos por primera vez en ella, ni si quiera en persona, sino en su retrato:

Él fue de visita, y curiosamente, ya en Miami, él fue donde el cónsul que era amigo de mi papá. La señora tenía sobre su piano unas fotos, y entre ellas una foto mía que estaba con un vestido largo y así toda romántica. Y él preguntó “¿Quién es ella?” “hija de fulana que está en Washington, hija de nuestros amigos”.

Cuando llega a Washington busca la forma de acercarse aquella mujer de la fotografía y lo logra a través de un amigo en común, quien esa misma noche lleva a Jorge a una reunión social en la embajada de Argentina, donde los iba a presentar.

Pero esa noche no salí yo con él, sino con el amigo y él salió con mi amiga que era la hija del embajador de Argentina. Salimos los 4 después de la fiesta a bailar a otro sitio. Me sacó a bailar, y esas cosas que... me dijo “yo contigo me voy a casar” (ríe)

recién lo conocía.

De todas formas, su relación no empieza allí. Jorge, que estaba solo de visita, regresa al Perú, mientras que Zoila se queda en EE. UU. un tiempo más. Es solo hasta el regreso de Zoila, el cual se da pues a su padre lo llaman para que ocupe un cargo ministerial, que se vuelven a encontrar. “Regresó acá y estábamos en el hotel Bolívar, que era el hotel para parar. Y yo bajé para algo... para salir a hacer algo, y me cruzo con él. Y me dice “¿desde cuándo estás acá?!”. ”

Después de unas citas y una declaración por parte de Jorge, oficialmente comienzan a salir como enamorados. Sin embargo, en aquel momento Zoila tenía 20 años y Jorge, según sus propias palabras, "no tenía ni con qué caerse muerto". Aunque él estaba seguro de querer casarse con Zoila, la posibilidad aún no se vislumbraba de manera tan fácil. La situación se complica cuando ella debe mudarse nuevamente a otro país. Sus padres habían sido asignados otra vez a una embajada, esta vez en Paraguay, y Zoila debía ir con ellos. Tuvo entonces que dejar Lima, a Jorge y sus estudios. La idea de que una señorita como ella se quedara viviendo sola simplemente no era una opción.

Durante su tiempo separados por la distancia, se escribían cartas a diario, logrando así profundizar su relación. No obstante, en una fiesta, Zoila conoce a un paraguayo que le llama la atención y le hace dudar de su relación con Jorge. Sacudida por la idea de haber tenido dudas, escribe a Jorge una carta para terminar su romance: "No puedo tener dudas", escribió. "Para estar en una relación debo estar totalmente segura, y estamos lejos".

“Casi se muere”, me comenta Zoila, recordando aquel momento. Pero Jorge no fue el único afectado por la noticia. La madre de Zoila, quien quería mucho a Jorge, al escuchar sobre la ruptura decide tomar cartas en el asunto. Aprovechando el hecho de que ya tenía un viaje previsto a Lima le comenta: “ah no, el paraguayo es una tontería, vienes conmigo a Lima”. Zoila, un tanto mortificada, acompaña a su madre de regreso al Perú, y al llegar Jorge las fue a recibir. Durante este tiempo la pareja se vuelve a reconectar, sobre todo por iniciativa de Jorge: “No quería saber nada. Pero él no se daba por vencido y empezó otra vez el dale, que dale, que dale, y me volvió a conquistar”.

Así, cuando Zoila tenía 22 años, se casan. En retrospectiva, Zoila piensa que quizás fue muy poco tiempo que tuvieron de enamorados antes de contraer

matrimonio: “Muy poco la verdad, en total, entre pelea y noviazgo no fue tanto. Serían dos, tres años. Muy poco. En ese sentido tuve suerte, porque en realidad creo que es poco”.

Poco después tiene sus primeras dos hijas. Al preguntarle si hubiera considerado convivir antes de casarse, Zoila comenta que para el época eso era prácticamente impensable. Sobre por qué esto resultaba así comentó lo siguiente: “Yo creo que mucho era la religión, muy importante, muy importante. Y en Lima, en especial, el “qué dirán”. Son dos cosas que reinaban en nuestra vida.”

Es así como iniciaron su vida de casados, y se mudaron juntos. De todas formas, la situación económica de Jorge todavía no era la mejor. Razón por la cual Zoila comienza a buscar trabajo para ayudar a la economía del hogar. Esto no fue cosa fácil, al punto que sus padres le preguntaron si ella quisiera regresar a vivir con ellos, a lo cual Zoila rotundamente se negó, pues sentía que su responsabilidad durante ese momento era apoyar a su esposo. “Y me puse a ver qué hago. Empecé a trabajar, a buscar trabajo. Cosa que nunca había hecho. Y en esa época, ninguna de mis amigas trabajaba. Porque era otra época pues, y tampoco estaba preparada”.

Gracias a la ayuda de un amigo, el hecho de que poseía un buen nivel de inglés (algo que su mamá siempre le inculcó) y el manejo de la máquina de escribir, Zoila encuentra trabajo en UNICEF. Trabajo que por 6 años le trajo bastante alegría: “Me parecía increíble que por fin iba a trabajar en una organización así, además UNICEF que me gustaba como organización, porque era para los niños del mundo.”

Eventualmente, el trabajo de Jorge comienza a despegar, su situación económica mejora y ya no era "necesario" que Zoila trabajara. Para ese momento, ya tenían 5 hijos y el trabajo de la entrevistada se volvía cada vez más demandante, pues ella también había escalado dentro de la organización. Le surge la idea de renunciar a su trabajo y más bien dedicarse a culminar sus estudios universitarios; idea que comunica a su esposo, de quien recibe un gran aliento. Jorge le expresó que, cualquiera que fuese la decisión que ella deseara tomar, él la apoyaría, ya sea dedicarse al hogar, continuar trabajando o retomar sus estudios. Zoila opta por dedicarse a la casa, pero opina que pudo tomar esta decisión por el mismo hecho de que no se sintió obligada:

Siempre he pensado que el apoyo que me dio... bueno en un momento dado yo también lo apoyé, claro, el habrá tomado eso en cuenta. Pero realmente por eso siempre nos comprendimos muy bien. Siempre para mí fue eso un gran alivio, el que

me dijera “tú, escoge. Lo que TÚ quieras, yo te voy a apoyar y te voy a ayudar”. Entonces dije no, yo más me tengo que quedar en la casa. Y la verdad que había un montón que hacer, pues.

4.1.2. Pilar (Madre)

La segunda historia que quiero retratar es la de Pilar, una mujer de 54 años, a quien tuve la oportunidad de conocer gracias a su hija Helena, mi amiga, quien también ha participado en la investigación. Las entrevistas, que son la base para esta redacción, tuvieron lugar en la casa de Pilar, ubicada en el distrito de San Isidro. El hogar está hermosamente decorado con arte y fotos familiares, incluyendo varias tomadas durante la ceremonia de matrimonio entre Pilar y Raúl, el padre de Helena, con quien cumplió hace poco 29 años de casados.

El caso de Pilar retrata de varias maneras los cuestionamientos de las mujeres de clase media alta que pasaron su adolescencia y juventud temprana entre los años 80 y 90 en Lima. Las imágenes de lo que vio en su casa de origen comienzan a perder vigencia frente a nuevos ideales de autonomía, gracias a una mayor inserción en el trabajo y la obtención de estudios superiores. Asimismo, el uso de métodos anticonceptivos y el cuestionamiento de la virginidad comienzan a replantear los distintos discursos que rodean a la sexualidad dentro de una sociedad todavía fuertemente conservadora.

Así, comenzamos la historia de Pilar, quien es la mayor de tres hermanos. Su infancia transcurrió en San Borja, en la casa de sus padres, la cual pude visitar durante mi entrevista a Génesis, su madre. Comenta que mientras su papá trabajó toda la vida como contador, su madre trabajó un tiempo en Sears, una empresa dedicada a la moda, hasta que se casó, momento en el que dejó de trabajar para dedicarse al hogar. “Ella siempre se dedicó a la casa. Siempre, su prioridad eran sus hijos, su esposo, la casa, sí. Era... una *housewife* (rie).”

Aunque recuerda que en la época donde ella estudiaba la mayor parte de colegios eran religiosos y separados por género, Pilar transcurrió toda su etapa escolar en el mismo colegio, el cual era mixto y laico. Ella siente que haber estudiado en un colegio mixto la ayudó a tener una percepción diferente de las relaciones entre hombres y mujeres, diferenciándose así de otras chicas que conoció posteriormente en su vida, donde estas relaciones tomaban un tinte más “territorial”: “O sea, para mi estudiar en un colegio mixto... fue normal yo siento que mi interrelación con los otros géneros es como muy *light*.”

Recuerda que fue en el colegio donde surgió su interés por los chicos, alrededor de 5to o 6to de primaria. Tema del cual tenía la confianza de hablar con su madre, aunque usualmente recibía la misma respuesta:

Y entonces llegaba ese momento donde “ay mami, que te cuento, que me gusta fulano” ¿no? Mi mamá además siempre fue como muy metida en temas de colegio, siempre fue delegada, siempre fue... entonces conocía a los papás, conocía a los chicos, conocía todo. Entonces “me gusta tal, me gusta tal” entonces mi mami me decía “muy bien hijita, pero ahora, dedicarse a estudiar” ¿no? “ahorita a dedicarse a estudiar”.

Las conversaciones sobre el “¿quién te gusta?” comenzaron con las amigas posteriormente, ya en la secundaria, alrededor de 3ro de media. Allí comenzaron las charlas sobre chicos (usualmente aquellos uno o dos años mayores) que les gustaban. El colegio, al ser mixto, brindaba varios espacios para que chicos y chicas interactúen durante la participación de distintas actividades:

Y me acuerdo que en ese año, la profesora que teníamos, miss Nieva, en paz descanse, le gustaba hacer muchas obras. Le gustaba hacer bailes, del baile del emperador, del baile de los cosacos, que una tarantela. Entonces yo, siempre me anotaba para esas cosas y participaban justo los chicos de 4to y de 5to de secundaria. Entonces ahí teníamos la oportunidad de chispearlos, ahí con Marie, nos escribíamos cartas “hay que vi a tal, que no sé qué”. Muy gracioso, varios años atrás encontré las cartas que nos mandábamos, que gracioso.

Recuerda que para mandarse cartas con su amiga Marie, utilizaban letras o títulos de canciones “para mandarnos mensajes secretos”. Así, entre risas y cotilleo (que se asemejaba más a un juego que a una revelación real de sentimientos profundos) pasaban sus recreos.

El colegio, de todas formas, no era el único ambiente donde se podía conocer e interactuar con chicos. Destaca también el barrio, que, para Pilar, eran las manzanas que quedaban cerca de su hogar en San Borja.

Ahí justamente, en mi barrio, nosotros salíamos a la calle; ustedes de repente no han vivido eso. Nosotros salíamos a jugar a la calle. En carnavales hacíamos globos y reventábamos a todo mundo, nos mojábamos. ¿Qué hacíamos? Salíamos a la casa de los García... teníamos amigos del barrio.

De esa manera, el barrio se convertía en otro de los espacios donde continuaban las conversaciones de “me miró, me guiñó, me no sé qué” que invocaban todavía un aire infantil y de juego entre chicas más que un verdadero interés por los chicos de los que se hablaba. Como lo destaca Pilar:

Eso que justo te cruzas las miradas, pero te cruzas las miradas de pura casualidad, pues. Pero nosotras éramos como que 'No. Es que justo, justo se ha dado cuenta de que yo he estado ahí y por eso me miró'" (ríe). "Éramos bien niñas en verdad. Pero ya estaba yo en secundaria.

Los veranos de Pilar, junto con sus hermanos estaban llenos de actividades (cosa de lo que se encargaba su madre). Clases de inglés, natación (en el club), y ballet para ella; clases de inglés, natación y karate para su hermana. Así mismo los veranos iba junto con sus padres a hacer campamento a una de las playas del sur de Lima. Allí se reunían varias familias (muchas de ellas también "del barrio") a armar sus campamentos. Es en un verano del 87 u 88 (uno o dos años después de salir del colegio) que recuerda a su primer enamorado, quien fue también su primer beso, un chico del barrio (hijo de amigos de sus padres) quien poco a poco la invita a salir.

"Y de repente me dice "¿Oye quieres ir al cine? ¿salimos?" comenzamos a conversar como con más frecuencia creo yo. Y me invitó al cine, fuimos al cine. Como que me quiso coger la mano, yo decía "¿Qué raro?"". Ese verano el chico comenzó a ir más seguido al campamento familiar, donde una vez más pudieron pasar tiempo juntos:

Y creo que fue uno de esos veranos que la verdad para mi empezamos a parar más- y luego era como que... ¿no? Y nos hicimos enamorados. Y duramos muy poco porque él estaba en la escuela de la FAP y me sacó la vuelta (ríe) sí. Entonces duramos muy poquito, no sé, 6 meses.

Así comenzó y terminó la primera relación de Pilar. Mirándolo de manera retrospectiva, Pilar considera que este romance estuvo lejos de ser su primer amor, más bien, se trataba de la ilusión de experimentar tener pareja por primera vez.

Por supuesto que me dolió porque fue mi primer enamorado. "Ay Dios mío, el mundo va a terminar", bueno al mes ya no- el mundo seguía y todos seguíamos felices de la vida. (Ríe) ese fue mi primer beso y mi primer enamorado.

Recuerda que, por otro lado, las experiencias de muchas de sus amigas y compañeras del colegio no eran las mismas. Varias de ellas tuvieron enamorado durante la secundaria, y se casaron prontamente después con sus "*high school sweethearts*" como ella los llama. Así, la pregunta de "¿Pucha, tendré enamorado alguna vez?" pasó por su cabeza durante los últimos años de secundaria. De todas formas, no veía con envidia a aquellas que se casaban prontamente después de graduarse del colegio; era algo que más bien cuestionaba. Consideraba, entonces, que ella todavía estaba muy "chiquilla" para casarse; todavía había cosas que quería

hacer antes de pensar en matrimonio. Recuerda que su madre durante esta etapa nunca le insistió con el tema del casamiento, más bien la apoyaba a ella, tanto como a su hermana, a estudiar, a trabajar, a seguir su carrera, para que ellas fueran mujeres independientes.

Es así como después del colegio y con el apoyo de sus padres, Pilar entra la universidad a estudiar ingeniería de sistemas. Un tema que le gustaba desde el colegio, pues disfrutaba de las clases de computo que en él se dictaban. Dentro del contexto universitario la experiencia de presentar un trabajo de investigación realizado en grupo ante la clase. ¿El tema que Pilar y sus amigas se propusieron tratar? El aborto y los métodos anticonceptivos. Recuerda entonces el proceso de convencer a una de sus compañeras de grupo tratar este tema:

Le dije "pero yo creo que es un tema bien importante porque ¿Cómo nosotras- que estamos ya en segundo ciclo -tendríamos ya 17, 18 años- cómo haces tú para poder cuidarte? ¿no?" Porque en verdad, mi relación, había sido chiquita, no había tenido ninguna experiencia de nada. Eh, eran abrazos, besos, nada más. Entonces, vamos a hacer el trabajo "sí vamos a investigar", nos pusimos a investigar. Y presentamos el trabajo.

A pesar del "secretismo" de la época con respecto a la sexualidad, a Pilar no le incomodaba hablar del tema. Considera que esto se debía al hecho de que, en su casa, su madre sí les había hablado a ella y a su hermana sobre el embarazo (aunque no necesariamente sobre los métodos anticonceptivos). Después de la charla, recuerda haber recibido comentarios positivos por parte del profesor; sin embargo, no fue el caso con sus compañeras de clase, quienes las criticaron fuertemente:

Entonces, presentamos el trabajo, las chicas uy nos hicieron destrozo y leñas. Nosotros éramos las locas liberales de la clase, que no, éramos de P a Pa. Éramos todo. Y había una chica que recuerdo hasta ahorita, que me dijo "¿Cómo es posible? Ustedes son unas no sé qué".

Terminó la anécdota mencionando que aquella chica, la cual las juzgó más fuertemente por hablar de sexo, diciéndoles que Dios las iba a castigar, entre otras cosas, salió embarazada poco tiempo después. "Yo decía: 'Si hubiera escuchado nuestra exposición, no le hubiera pasado esto, de repente'".

Aunque para Pilar era importante estar "cubierta de información" con respecto cómo "cuidarse", ella no se sentía lista para involucrarse sexualmente con nadie. En sus palabras, comenta:

Porque no me lo permitía. ¿Te das cuenta? Pero por un tema de decisión no porque

fuera pecado ni nada de eso. Sino porque yo no quería hacerlo en ese momento, o no me sentía preparada físicamente para eso, o mentalmente para eso.

Así, ella destaca que el ideal de llegar virgen al matrimonio (o por lo menos a la relación con aquella persona con quien te ibas a casar) era todavía parte de la formación de la época. Esto se refleja en una relación que tuvo durante su último año de universidad. Aquel joven, con quien salió por alrededor de 8 meses, buscaba tener relaciones sexuales, algo que Pilar no quería hacer. Con un tono de disgusto, recuerda las conversaciones que tenía con él:

Entonces le dije, "Mira, tú quieres tener relaciones sexuales, yo no quiero tener relaciones sexuales, si eso te frena a ti para algo... yo no voy a- no me siento cómoda, no lo quiero hacer". Y él "¿Por qué? ¿Es que no me quieres?" y yo "no es que no te quiera, es que yo no quiero hacer esto". Era mi decisión en ese momento. Entonces me dijo "bueno, entonces terminamos". "Terminamos" le dije, "se acabó".

Así terminan los años de universidad de Pilar, y al graduarse se engancha a trabajar. Es allí donde conoce a Raúl, su futuro esposo. Al mes de conocerse, ya comenzaron a salir como enamorados de manera oficial, específicamente el 30 de agosto de 1992. Recuerda que, al inicio, cuando recién presentó a Raúl a sus padres, su papá no estaba muy encantado. De todas formas, su enamorado le aseguró que no se preocupara: "Raúl me dijo: 'Tú no te preocupes por esto porque yo soy el que me tengo que ganar a tu papá'. Y así pasó".

Aunque no recuerda el momento exacto en el que se comenzó a sentir enamorada, sí recuerda los detalles que Raúl le hacía. "Nos pasaban cosas muy bonitas: las miradas, las agarradas de mano que eran como fugaces en algún momento, ¿no? Él tenía muchas atenciones". Por lo cual, después de dos años de enamorados, Pilar y Raúl se casan en 1994.

Pilar recordaba con claridad sus primeros años de matrimonio, momento donde las imágenes de lo que ella había vivido en casa de sus padres chocaba con lo que ella quería en su propia vida matrimonial:

Mira, no sé exactamente yo qué tan consciente era de lo que esperaba. Lo que sabía y había visto toda mi vida era mi mamá poniéndole la ropa a mi papi todas las mañanas para que él se vista. O sea, mi papá salía de la ducha y ya tenía sobre la cama el pantalón, la camisa, las medias. Mi mamá lo vestía. Y yo siempre lo vi. Vi a mi mami haciendo las tortas para sus hijos en sus cumpleaños. Cocinando no, porque como vivíamos con mi abuelita, mi abuelita cocinaba siempre. Pero además había ayuda en casa, la señora que iba para planchar, la señora que iba para lavar, la señora que no sé qué, o sea, tuvimos una vida bien afortunada de chicos. Yo no hacía nada, Manu, yo no tendía ni mi cama.

Me di cuenta, cerca al matrimonio, que no sabía hacer nada. Entonces nos casamos y nos fuimos de luna de miel como un mes, cuando regresamos nos fuimos al departamento y yo no sabía hacer nada pues. Entonces, pan con mermelada, pan con mantequilla, pan con jamón, pan... Y todo en microondas. Y empezamos la vida de casados, yo trabajaba, él trabajaba. Claro, cuando uno tantos años ha visto ciertas cosas en su casa, dices 'entonces esto es seguramente lo que yo tengo que hacer'.

Me acuerdo que las primeras semanas le ponía el pantalón, le ponía la camisa, le ponía las medias. Entonces yo decía... ¿Eso es lo que se espera de mí? No sé qué se espera... Recuerdo una frase, cuando ya nos íbamos en Luna de Miel, el día del matrimonio, mi papá diciéndole a Raúl 'que esta chica te haga muy feliz'. Y yo... o sea, lo miré y decía ¿Por qué yo lo tengo que hacer feliz? ¿No nos tenemos que hacer felices los dos? Pero son cuestionamientos que yo nunca los verbalicé, o sea, los pensaba, pero... Ya casados la camisa y el tal, el cual. Hasta que un día dije '¿Sabes qué? Tú tienes tus manitas y puedes pensar. Si ya te veo que en los colores no te has vestido bien, te ayudo. Pero yo ya no voy a seguir haciendo esto, porque no'. ¡Pero lo hice! Porque era lo que había visto. ¿Te das cuenta? Me sentía muy mal porque no sabía cocinar, y las mujeres se supone que saben cocinar. Entonces fui aprendiendo en el camino, porque además yo quería ser la *housewife* perfecta ¿No?

Así, la imagen de la "housewife perfecta" que se ocupa de las tareas del hogar y la "mujer independiente" que trabaja entran en conflicto. Por lo que Pilar opta por contratar ayuda externa que se ocupe de la limpieza del hogar. Recuerda también los primeros años de casada, donde comienza a experimentar nuevas formas de libertad fuera de la casa de sus padres: salir de viajes, ir de fiesta hasta la hora que desee, ir a la playa con su pareja, etc. Junto con su esposo, por los primeros tres años de matrimonio, tomaron la decisión de usar pastillas anticonceptivas para posponer el embarazo. De todas formas, después de este tiempo, embarazarse no fue un proyecto tan fácil debido a dificultades de fertilidad.

Eventualmente, Pilar recurrió a doctores y especialistas; es así como después de 5 años de matrimonio nace su única hija. Al nacer Helena, Pilar decide quedarse en casa cuidándola; por lo que renuncia a su trabajo y se dedica de lleno a la maternidad: "Cuando nace Helena ya hago muchas cosas y fue un tiempo maravilloso que disfruté en la casa. Pero también sentía que me faltaba la parte profesional". Este sentimiento, de una cierta carencia del aspecto profesional, crece cuando a los 4 años su hija entra al nido y ya no necesitaba de sus atenciones todo el día. Es ahí cuando Pilar decide volver al trabajo, momento desde el cual no lo ha dejado.

Durante varios puntos de la entrevista, hablamos también de su vida laboral. Así, descubrí que Pilar es una mujer que ha logrado escalar en la jerarquía corporativa de las empresas en las que ha trabajado, siempre dedicándose al área de sistemas y tecnología. Recuerda hasta hoy, con cariño y aprecio, a su primer jefe. Comenta que este siempre la estaba retando con nuevas tareas y proyectos con el objetivo de que

ella aprendiera más sobre su carrera. Sin embargo, algunos de sus colegas interpretaban esto como si él la estuviera "tomando de secretaria". "¡No lo soy!", le decía, "yo estoy aprendiendo a hacer".

Siendo la ingeniería de sistemas una carrera con una fuerte presencia masculina, Pilar también experimentó trabajar bajo jefes que "de repente no eran tan abiertos a tener un equipo femenino". Recuerda todavía cuando tuvo su primera jefa mujer dentro del área de informática:

El área de TI era el área que tenía más cantidad de hombres. Y éramos muy pocas mujeres, creo que éramos, de un equipo de 20, éramos 5 mujeres nada más. Éramos muy poquitas. Pero en verdad, después, la gerente era mujer, mi jefa era mujer. Entonces... vas como viendo y es como "sí existe la posibilidad". Entonces sigues creciendo y sigues explorando.

Así, Pilar me comentó que logró desarrollar varias características que la hacían innegablemente una buena trabajadora, incluso en espacios donde la presencia femenina obtenía menos respeto; características como ser estructurada, ordenada y capaz de elaborar planes de acción para alcanzar sus objetivos. También opina que características que ella considera más femeninas la han ayudado a avanzar en su línea de carrera, como una mayor capacidad para ser flexible y un mejor manejo de la comunicación.

Ahora que es gerente de área, intenta desarrollar estas características en su equipo (el cual todavía se compone mayormente por hombres). Asimismo, se ha propuesto buscar nuevos perfiles femeninos para agregar al equipo, con el fin de tener un grupo más "balanceado". Al hablar sobre la vida laboral de Pilar, entendí por qué su hija Helena, en su entrevista, describió a su madre como un tiburón: una persona activa que constantemente está tomando decisiones.

4.1.3. Victoria (Hija)

La tercera historia por presentar es la de Victoria, una joven de 24 años y la primera mujer que aceptó ser parte de mi investigación. Las entrevistas con ella transcurrieron primero en un café en Miraflores, y posteriormente en su casa en Surco. Decidí presentar este caso puesto que muchos de los elementos que ella relata de su experiencia, como el haber tenido varias relaciones entre formales e informales, los viajes, el acceso a métodos anticonceptivos y el inicio de un diálogo con los padres, se repitieron entre el resto de las entrevistadas que componían el grupo de "las jóvenes". Así, siento que su trayectoria en particular brinda luces con respecto a las

prácticas y discursos que rodean las experiencias amorosas de chicas de clase media alta en Lima en la actualidad, como también las expectativas que estas mujeres tienen con respecto al matrimonio y la conyugalidad.

Antes de tratar propiamente el tema de su vida y sus experiencias, me comentó un poco sobre sus padres. Mencionó que su padre estuvo previamente casado, matrimonio del cual tiene un hijo. Siendo entonces su matrimonio con Constanza, la madre de Victoria, su segundo matrimonio, el cual se mantiene vigente. Actualmente su padre trabaja, manejando la franquicia de una empresa, mientras que su madre es ama de casa. "Mi papá trabaja, mi mamá no", comenta. Aunque sí destaca que su madre hizo un curso de mecanografía y trabajó como secretaria hasta que Victoria cumplió tres años, momento desde el cual comenzó a dedicarse al hogar.

Así, comenzamos a hablar de su infancia, donde recuerda que comenzó a sentir interés por los chicos:

De niños, como mi colegio es mixto, siempre tuve muchos amigos hombres. Y en los veranos frecuentaba, frecuento, hasta ahorita, una playa en donde mis papás tienen casa. Entonces ahí tuve siempre varios amigos hombres. Como no he tenido ningún problema con amistades, entonces siento que, de alguna manera, en mi caso, heterosexual, me lleva más a como fijarme en chicos de alguna manera. Igual me acuerdo como en 5to de primera, que es tipo 11 años ya me gustaba un chico...

Recuerda entonces su etapa de primaria, donde alrededor de los 12 años tuvo "un novio falso, de mentira". Sobre esta experiencia que se asemejaba más a un juego, recordó: "Fue un chiste, o sea, me acuerdo hablarle por mi Nokia, mandándole 'hola' apretando tres veces la tecla para poner una letra (ríe)". Aunque recuerda haber disfrutado de hablar con el chico que le gustaba por medio del teléfono, también menciona haber sentido vergüenza, un cierto miedo de que sus amigos la fastidien o la vean como "agrandada". Esto pues, durante el mismo periodo ya había un par de chicas de su salón que tenían enamorado, y recuerda los comentarios de "¡Asu! Son súper chiquitas" que se les hacía. Esto, en buena medida, siendo una opinión más de las madres que de los propios compañeros: "las mamás hablaban, entonces las mamás de alguna manera metían ideas en la cabeza de sus hijas como ellas están muy chiquitas. Entonces indirectamente tú también, tampoco deberías, entre comillas, tener novio.". Así, las opiniones de las madres, quienes estaban más pendientes de la vida de los chicos y chicas dentro del colegio, resultaban todavía influyentes en las opiniones que reflejaban sus hijos.

Al hablar más de su etapa escolar, recuerda que en su colegio sí recibieron

educación sexual desde 5to de primaria, curso que compartía espacio en el currículo con las clases de religión (un bimestre al año educación sexual y tres bimestres religión). Durante estas clases se trataban temas sobre el proceso del embarazo, las partes del cuerpo, los cambios que ocurren con la pubertad, etc. Es más adelante, durante la secundaria, que reciben clases sobre métodos anticonceptivos.

Posteriormente, desde los primeros años de secundaria, recuerda que comenzaron a surgir nuevas formas de conocer chicos: las reuniones o "reus" en las casas de amigas y amigos. En estos espacios podía interactuar con gente de promociones mayores y de otros colegios, algo que a ella le interesaba más. Así también, con el tiempo, las plataformas digitales a través de las cuales podía hablar con chicos fueron creciendo y diversificándose, como iMessage, Facebook, WhatsApp e Instagram. Siendo así el mundo virtual un nuevo espacio de interacción.

Lo que ella destaca como su siguiente paso en su "vida amorosa" fue la relación que estableció con su primera pareja cuando ella estaba en 5to de secundaria. Un chico de otro colegio y de un par de promociones mayor al cual conoce en la playa a través de amigos en común. "Estuvimos en una relación en verdad muy linda, para mí fue como que mi primer todo. Fue aprender muchas cosas desde cero. Estuvimos un año y diez meses. Fue como desde los 17 hasta como los 19." Victoria considera esta experiencia como su primer amor, pues tuvieron la oportunidad de hablar, conocerse y formalizar, gracias al tiempo que duró la relación.

Aunque la pareja sí comenzó con la pregunta de "¿quieres ser mi enamorada?" por parte de él hacia ella, Victoria siente que ambos tuvieron un rol activo dentro de su relación, alejándose así del patrón de "conquista" masculina.

Yo siento que yo siempre he sido como bien activa en el amor en ese sentido, no de dejar que me busquen siempre a mí, sino... me gustaría pensar que quizás fue mutuo. Sí... siento que fue bien de los dos de poner de su parte. Como los dos estábamos bien en la misma página, dando lo mismo de los dos.

Fue después de que esta relación ya estuviera oficializada, que presentó a su enamorado a sus papás. Después de que la pareja ya hubiera cumplido "un tiempo" de relación (alrededor de un año), Victoria abre un diálogo tentativo con sus padres (sobre todo su madre) con respecto al uso de anticonceptivos.

Después de estar como un año con mi enamorado fijo, fui a la ginecóloga por primera vez con mi mamá. Y le dije, "no quiero que entres, yo quiero entrar sola porque ya estoy grande, hago mis cosas sola". Y, mis papás siempre me pagaron mis pastillas anticonceptivas igual.

Así se formó un acuerdo implícito, una comunicación "no de lo más *friendly*" (en sus palabras) con respecto al tema. Recuerda entonces la primera vez que se fue de viaje con su pareja y unos amigos más (alrededor de los 18 años):

Cuando seguíamos estando, tuve un viaje con amigos y con él, nos fuimos a Máncora. Y mi papá lo único que me dijo después del "cuídate" fue "yo te puedo pagar el ginecólogo, pero no te voy a pagar un pediatra". Yo curada me quedé, dije "cuídate mierda, no salgas embarazada". Esa fue su forma de decir: cuídate.

La relación eventualmente termina y Victoria pasó un tiempo soltera, después del cual regresa con el mismo chico. De todas formas, esta vez la relación toma un tinte menos positivo, más "tóxico" como ella lo llamó:

Durante ese tiempo que no estuvimos juntos, yo me chapé a otros chicos. Y él, cuando regresamos, se obsesionó con el tema de que yo me había hecho a otras personas y en verdad me hizo mucho daño. O sea, quería saber todo: dónde, cómo, cuándo, cuánto tiempo, qué hiciste... fatal, realmente. Y yo ya, me sentía súper nerviosa, y sentía que me estaban quitando mi intimidad, mi privacidad, eso era un tema mío.

Y él se obsesionó, me manipuló para que le contara todo. Y yo me sentía destruida, me sentía como si hubieran violado mentalmente ¿entiendes? Como si me hubieran quitado algo que era mío, que ya no era. Lo sentí súper, súper fuerte. Era una cosa constante, que yo podía salir -que fuerte este testimonio (se ríe)- podía salir con alguien, con un amigo, en donde sea, estar en otro espacio con él, y me decía "ahí está tal persona, ¿no te quieres ir con él?". O al comienzo me decía que no podía tirar conmigo porque pensaba en los otros huevones ¿entiendes? Como, estaba realmente obsesionado. Me incentivaba celos, a nivel que un amigo mío salió a hablar con mi ex a decirle, "oye o dejas a Victoria o paras". ¿entiendes? Ya no puede seguir así.

Tan grande fue el contraste entre los dos periodos que estuvo con el mismo chico, que ella los considera como dos relaciones separadas. Después de esta particularmente negativa, Victoria ha tenido otras relaciones. Algunas más "serias" que otras. Recuerda uno de los vínculos informales que ha tenido, con un hombre varios años mayor con quien sabía "que no se iba a completar nada". Sobre esa relación comenta que buscaba pasar el tiempo, divertirse un rato y conocer nuevas experiencias. Así, disfrutaba de dinámicas que no había tenido con sus parejas anteriores: "A mí me abrió mucho la cabeza de experiencias que no había tenido, por ejemplo, vivía solo... yo nunca había salido con nadie que viva solo. Entonces me parecía chévere esa dinámica, de a veces quedarme a dormir.". De todas formas, eventualmente comenzó a sentir "más de la cuenta" para una relación informal como la que tenían. "Pensé que no me iba a afectar tanto, porque pensé que no me iba a enganchar, pero me enganché. Me enganché y dije, esto tiene que acabar". Es así

como después de tres meses su relación termina.

De todas formas, recuerda ciertos aspectos de la relación que la incomodaban por momentos. Destacó en particular un momento cuando él hizo un comentario donde daba a entender que le gustaba salir con ella *porque* era menor, algo que le desagradó. Asimismo, el hecho de que él tuviera más dinero y, en consecuencia, tuviera una mayor capacidad de invitarla a citas y salidas la llegaba a incomodar. Dinámica la cual ella intentaba balancear de distintas maneras:

Entonces, yo como te digo, siempre he sido súper detallista, trataba de siempre llevarle cosas a su casa, "hoy día te traje empanadas", "hoy día yo me pongo la pizza". Obviamente no te invito a comer a EL restaurante, pero te invito a tomar un café, o te puedo invitar a un postre. Entonces ahí yo ya me sentía como un poco mejor.

Experiencia a la cual compara con otra de las relaciones que ella llegó a tener, esta vez con un chico que, después de salir de la universidad, estuvo por un periodo sin empleo. La situación era inversa: ella, al sí tener un trabajo, era quien tenía la mayor capacidad de invitar a citas y salidas, algo que también la llegó a incomodar.

Pero a veces sí era como raro... o sea, me supongo que me sirvió como para desahuevarme y decir ¿sabes qué? esto que quizás me han enseñado, que el hombre sale y paga la comida... a ver, siempre supe que no era real, pero una vez que te encuentras *tú* en tu situación de pareja que ya no es como 50-50, y yo quizás ponía un poco más en temas económicos...pero ya pues, me tocó y así es. Y eso no va a hacer que lo deje de querer. Pero no te voy a mentir, aunque me da vergüenza admitirlo, como que... nunca se lo dije, más internamente me sentía como un poco, no sé si conflictuada... pero sí era algo. Tuve un encuentro, era como *hmm* esto es raro.

Durante la conversación me comentó que esto no era una situación que tan solo le conflictuara a ella, sino que él también se notaba visiblemente incómodo.

Actualmente ella se encuentra soltera, y por el momento no está en búsqueda de una pareja seria. Ya se graduó de la universidad con un título en comunicaciones y trabaja en una empresa de reforestación de bosques. Dentro de la entrevista, después de que ya revisitamos su pasado amoroso, llegó el momento de hablar sobre el futuro. Al preguntarle si desea casarse algún día, rápidamente contestó que sí. Aunque luego agregó:

Eh... dije que sí como instintivamente. Sí me afana la idea de algún día formar una familia, tener hijos. Me encantaría ser mamá. Me encantan los niños, me encanta enseñar. Me gustaría ser mamá, de repente en unos años cambio de opinión, pero por ahora quisiera ser mamá. [Después, con un tono de burla, ridiculizando lo que ella misma piensa, comentó:] Como que, si tengo esta, si quieres, idea de cuento en la cabeza, de encontrar al "amor de mi vida" y vivir en familia con la persona que ame

y me haga feliz todos los días de mi vida.

Así, comentó que piensa que es la "típica historia que te meten" desde niña, "como si fuera tu rol de vida". Pero que, a pesar de eso, es algo que ella realmente desea. De todas maneras, no es algo que espere inmediatamente. También destacó que lo que se imaginaba por matrimonio cuando era niña y lo que piensa de ello al respecto hoy en día son cosas muy diferentes. Por un lado, al ya no estar tan apegada a la fe católica, no desearía realizar su ceremonia de una manera religiosa, a diferencia de antes, donde las ideas de "matrimonio" e "iglesia" estaban irrevocablemente unidas.

En su infancia, alrededor de los 10 años, recuerda que varias de sus primas mayores se casaron entre los 25 y los 27 años, por lo que ella pensaba hacer lo mismo. De todas formas, como ella misma comenta, en poco tiempo cumplirá 25 y ese plan ha quedado descartado. Esto pues todavía hay varias cosas que quiere hacer, además busca tener ciertos hitos "base" tanto personales como relacionales antes de poder pensar en el matrimonio. Así Victoria expresa que quisiera:

Tener una relación estable con la persona, o sea, por favor. Quizás convivir con esa persona, convivir antes, sí me gustaría. Haber hecho viajes con esa persona. Me gustaría, ojalá, tener un trabajo estable en ese momento de mi vida. Luego, que haya descubierto qué me haga feliz, o sea puedo tener retos o dificultades en el trabajo, pero, haber encontrado un poco más... quizás tener algo en mi vida un poco más establecido. Tener ahorros, míos propios. No depender económicamente de mi pareja.

Asimismo, tiene otras metas, como llegar a tener más estudios, viajar, etc. Por lo pronto el matrimonio es todavía un futuro lejano frente al cual no siente ningún deseo por apresurar, algo que siente que comparte con sus amigas puesto que ninguna se ha casado, ni piensa hacerlo en un futuro cercano (aunque todas deseen hacerlo eventualmente).

4.1.4. Lisette (Hija)

La cuarta y última trayectoria que voy a tratar en este subcapítulo es la de Lisette, quien tiene 24 años y estudió en el mismo colegio y universidad que Victoria, siendo las dos grandes amigas. A diferencia del resto de trayectorias que he tratado hasta el momento, decidí incluir la historia de Lisette, no porque tenga varios elementos que comparta con el resto de entrevistadas de su generación, sino más bien porque su experiencia se diferencia en gran medida de la de otras jóvenes de su

edad; aspecto que ella misma reconoce. Esto se debe sobre todo al hecho de que Lisette mantuvo una relación formal durante casi 7 años, desde sus 17 hasta sus 23. Algo que tanto ella como el resto de entrevistadas reconoce como una circunstancia poco común dentro del círculo de jóvenes. De todas formas, una vez terminada la relación, Lisette pasa por un intenso periodo introspectivo del cual saca varias conclusiones con respecto a la relación que tuvo y las relaciones que ahora desea tener. Así, escuchar la voz de una joven mujer que tuvo un quiebre con lo que ella creía era su "para siempre" resulta, a mi parecer, increíblemente nutritivo dentro de esta investigación.

Lisette conoce a su pareja, Camilo, un chico colombiano, en el colegio, cuando ambos tenían apenas 8 años. Después de años de amistad, cuando ambos llegaron a 5to de secundaria, su último año de colegio, comenzaron a salir de manera romántica. Lisette menciona que esta era una experiencia nueva, no solo para ella, sino también para sus papás (al ser la hija mayor).

Él, como te digo, fue mi primer enamorado, y como yo soy la primera hija y mujer, fue toda una experiencia para mis papás porque lo estaban viviendo por primera vez. Como te comenté también, yo vivo en Pachacamac, que es lejos. Entonces era ver la dinámica de cómo hacer que... porque "el hombre tiene que ir a la casa de la mujer", eso es lo que mis papás decían. Que el chico tiene que ir a la casa de la chica." (...) Y yo en verdad, estaba mucho en Lima, o sea del colegio me iba al Regatas a hacer deporte, porque entrenaba ahí vóley, hacía mis tareas, todo. Él vive en Barranco, entonces lo lógico era que yo vaya a su casa a verlo. Pero mis papás, mi papá, sobre todo, me decía "no me parece, no me parece, estás parando mucho tiempo en su casa". Entonces buscaba, ellos también me ayudaban a buscar la forma de que él venga a mi casa, sobre todo los fines de semana.

Así, Camilo comenzó a pasar más tiempo en casa de Lisette. Primero en la sala, donde veían películas, luego en el segundo piso, pero nunca en su cuarto. "Mis papás se morían antes", comenta. Incluso cuando Camilo se quedaba a dormir en casa de su familia, se quedaba en el cuarto de invitados. De todas formas, rápidamente agregó que sí fue de viaje un par de veces con Camilo durante la relación. La primera vez fue a Colombia, para un evento de la familia de su padre, aunque allí tampoco les permitieron compartir un cuarto. El segundo viaje fue a Europa, cuando Lisette acabó la universidad. "Pero también fue... olvídte lo que fue decirles a mis papás... yo me estaba muriendo por dentro de decirles 'me quiero ir de viaje con mi enamorado'. Y tenía ya 22 años ¿entiendes?". En este punto, destaca el hecho de que ella es la hija mayor, por lo que en cierto sentido abrió camino para que sus hermanos tengan las mismas libertades que ella, aunque mucho antes. "Por ejemplo, mi

hermana que está hace un año y pico con un chico, con su enamorado: 'me quiero ir a Argentina' 'ya anda'". Por lo que considera que, con sus hijos menores, sus padres fueron más permisivos. Aunque se dieron casi al final de su relación, los viajes con su enamorado sirvieron para compartir una cotidianidad que hasta el momento no habían llegado a compartir. Algo que Lisette considera, le ayudó a descubrir nuevos aspectos de su pareja.

Después de 6, casi 7, años de relación, Camilo termina con Lisette sin previo aviso. No hubo peleas, discusiones, o desencuentros que le hicieran sentir a Lisette que las cosas iban a terminar, por lo que la ruptura resultó para ella un verdadero *shock*. Así, un día después de ir a recoger del trabajo, en plena Javier Prado, a las 6:30 de la tarde, hora pico, Camilo le da la noticia: sienten que deben terminar. Después de lo cual lleva a Lisette a la casa de sus abuelos: "Entonces yo era un mar de lágrimas, no podía más con mi vida, y me dejó en la casa de mi abuelo. Entonces yo entro, chillando la vida, no podía más. Y mi abuelo no entendía lo que estaba pasando. No, horrible, en verdad horrible". ¿El motivo que da él para terminar? Que las cosas que cada uno quería para su futuro personal eran diferentes.

Me termina con una excusa que era que él no quería vivir en Perú. Y que él me veía muy *settled*, con mi chamba, con mis amigas, con mi familia. Yo soy una persona súper familiar y súper como también de mis amigos. Entonces, él no veía que yo me vaya a vivir afuera... o lo que sea. Que él quería irse a vivir afuera, entonces que él tenía planeado irse antes de fin de año, entonces que mejor dejar las cosas acá porque... porque sí pues, porque él se quería ir. Bueno, sigue acá, en Lima.

Siendo la ruptura tan repentina y sintiendo ella cambiar su vida de la noche a la mañana, Lisette pasó por un proceso de intentar entender el porqué de la situación. "Yo me he metido, olvídame, una filosofada con este tema", me comenta. Empezando por lo más evidente, Lisette, rápidamente se da cuenta que Camilo está saliendo con una chica con la cual estaba haciendo su proyecto de tesis. Algo de lo cual ella se da cuenta a través de estar "pendiente" de sus redes sociales, además de la intuición de conocerlo ya tantos años. En efecto, un par de meses después de la ruptura, Camilo la llama para decirle "bueno, te quería contar, que está pasando algo con alguien". Después de esa confirmación de sus sospechas, Lisette aplica "contacto 0", es decir corta por completo la comunicación con Camilo. "Sí desde ahí no quise enterarme nada de él, creo que fue lo más sano", comenta. A pesar de esto, Lisette todavía se preguntaba por los motivos.

De ahí, viendo su historial de relaciones, el pata ha estado literalmente con alguien desde que tiene 15 años. Entonces él ha saltado de relación en relación (...). Entonces yo también vi, en perspectiva y dije, pucha, este pata no sabe estar solo, esa es la realidad del asunto.

Asimismo, con el tiempo comienza a rememorar aspectos de la relación que quizás en su momento no notó.

Justo en ese momento de mi vida, o sea el año pasado, yo ya había acabado la universidad, él seguía en la universidad. Justo me contrataron en la chamba, yo estaba de practicante y me contrataron. Entonces fue una época de bastantes cambios y obviamente logros importantes en mi vida, yo estaba súper feliz. Y sentía que él no estaba igual de feliz que yo.

Recuerda el momento en el que recibió la noticia de que estaba contratada en su trabajo, algo que sus amigas celebraron con mucha alegría y emoción, mientras que, por parte de Camilo, apenas recibió un "ah qué chévere, felicitaciones".

No es por yo subírmela, o yo creerme lo máximo, pero fácil este pata se ha dado cuenta de que antes íbamos súper parejos y en un momento yo empecé a crecer, y crecer, y crecer. Y fácil, bien adentro suyo, él no iba a admitir, no sé si celos o machismo, o lo que sea, y dijo 'pucha, no...!' Y esta otra chica con la que hacía su tesis, que ahora es su enamorada, como que todavía sigue en la universidad como él, como que está chambeando como practicante. Y yo como que también me fui independizando un poquito más de la relación. Como que hacía más cosas sola. Entonces, en términos prácticos, me fui independizando un poquito más de él. Entonces quizás él necesitaba sentirse, no sé, necesitado.

Así, Lisette llega a la conclusión de que, por una mentalidad un tanto machista, él recibió con angustia sus logros personales. Esto pues lo hacían sentir como menos necesitado. Ahondando más, opina que el afán de Camilo por sentirse necesitado encuentra su origen en el abandono que sufrió por parte de su padre. "La mamá lo tuvo de bien chibola. Súper joven y el papá los dejó. Entonces nunca tuvo esa relación. (...) Entonces yo creo que por ese lado siente también ese abandono".

De todas formas, llegar a la conclusión de que sus éxitos personales tuvieron que ver con los motivos que Camilo tuvo para terminarle, le generó un sentimiento de orgullo. "Eso me hizo darme cuenta, pucha, mira todo lo que estás logrando". Como también aprecio por aquellas personas que sí estuvieron allí para celebrar con ella. Desde su ruptura, ha buscado volverse su propia prioridad, algo que durante su relación siente que quizás no hizo.

Eso siento que me ayudó en lo personal a como que darle el espacio al tema y tomarme el tiempo para mí. Como que dedicarme tiempo a mí misma, que era algo que no hacía también hace bastante tiempo.

Igualmente, comenzó a realizar varias de las actividades que mientras estaba con Camilo, no hacía, por estar constantemente "pensando por los dos". Es decir, esas actividades que, ya que Camilo no las disfrutaba, ella tampoco las hacía, pues buscaba siempre hacer actividades que ambos disfrutaran.

"Él era súper... como que no le gustaba salir mucho, entonces yo también como que me succionaba un poco, me limitaba un poco. Entonces, traté de verlo desde otra perspectiva y dije, ya desde ahora, yo soy mi propia prioridad, yo puedo hacer lo que yo quiera.

Dentro de sus actividades de crecimiento personal, se ha ido de viaje sola a Europa, algo que fue para ella una gran experiencia "porque me di cuenta, puede sonar estupidísimo, pero me di cuenta de que en verdad puedo hacer un montón de cosas sola". Aparte de ir de fiesta y salir más seguido con sus amigos, algo que siente que quizás no hizo tanto como "debería" durante los años de relación con Camilo, también comenzó a hacer actividades como salir, pasear, y entretenerse sola con mayor frecuencia, algo que hasta el momento no había hecho. "Entonces eso obviamente te empodera un montón y hace que te des cuenta de un montón de cosas, que crezcas y aprendas".

Durante nuestra entrevista también hablamos de la experiencia particular que es ser una mujer joven en una relación extensa hoy en día. Reconoce, que sus amigas estaban en otro *mindset* que ella, buscaban conocer chicos, salir un momento con uno, otro momento con otro, salir de fiesta, etc.

Entonces me sentía un poquito sola, porque no tenía muchas amigas que tenían enamorado en ese momento, o que estuvieran en relaciones largas. Y a veces te tildaban, por ejemplo, decían, "ay vamos a esta fiesta que no sé qué, que no sé cuántos", y mi enamorado de ese momento decía "no quiero ir" y yo decía, ¿qué voy a hacer ahí yo sola? No voy a estar en el mismo plan que mis amigas, entonces yo les decía "pucha chicas yo creo que, en verdad, no voy". Y te tildan de la aburrida, no sé. Entonces sí pues, era complicado".

Así mismo, por parte más de familiares que de amigas, se topó con la retórica de "pucha, pero agradece que no estaban casados". Como si, a pesar de los casi 7 años de relación, el vínculo que compartían, y su ruptura, hubiera significado menos que el de una pareja casada. Así, cuando Lisette recibió aquel comentario, por parte de su tío recuerda que "sí me quedé como que... o sea, son casi 7 años de relación. No simplemente me puedes decir como que 'agradece que no se casaron'". Aunque no sintió necesariamente una falta de apoyo por parte de aquellos familiares mayores, sí percibió una cierta desconexión entre lo que ellos percibían era su relación de

enamorados, y lo que ella experimentó en su relación.

O sea, no era necesariamente que no apoyaban, pero es como que no le dan el mismo valor o significancia a la relación por el hecho de... que haya sido, sí, una relación larga, pero "pucha, no te casaste. Felizmente. Te salvaste. Agradece que no te casaste". ¡Y yo llorando, o sea!

Dentro de nuestra conversación, al igual que con Victoria, tocamos el tema de su futuro amoroso. Lisette respondió que sí le gustaría casarse, por lo civil y por lo religioso, ya que le gustaría tener una ceremonia donde pueda celebrarlo con las personas que más quiere y que más la quieren. Comenta que es algo que ha deseado desde niña, por un lado, por el ejemplo del matrimonio de sus papás, por otro también por la influencia de películas y series que ha visto desde su infancia. Hablamos así de *shows* como *Say Yes to the Dress*, un programa que ambas disfrutamos, el cual ella recuerda ver junto con su hermana.

Al preguntarle si hay una edad para la cual ella quisiera casarse, respondió que es un tema sobre el cual ha pensado bastante, pues ha tenido que replantear los ideales que tenía hace algunos años atrás:

Justamente con eso tengo como que un conflicto interno de pensamiento, porque, como qué ahí está "la sociedad" que te dice "te tienes que casar"- obviamente no *te tienes que*, pero el ideal es casarse... entre esta edad y esta edad...

Con una risa un tanto nerviosa comenta que esas edades serían de los 27 a los 32. Esta "presión de la sociedad" la ha sentido también cuando sus primas mayores se han casado dentro de estas edades. Al igual que Victoria, opina que este plan ha quedado descartado, pues todavía hay muchas cosas que quiere hacer. Aparte de conocer bien a su pareja, lo cual es un proceso que en su opinión tomaría años, quiere llegar a cumplir varias metas personales.

Me gustaría hacer ciertas cosas antes de casarme. Independizarme, vivir sola, tener yo mis perros, tener mi carro, tener ciertas cositas que, sí, sean antes que eso. Obviamente, no sé, mis abuelos tengan otra mentalidad... si me dicen cosas como "Ahh ¿para cuándo los bisnietos?" Y yo ni siquiera tengo una pareja, ¿Qué te puedo decir? Entonces sí como que hay cierta presión, pero en verdad trato de que me entre por un oído y salga por el otro.

Así para Lisette, al igual que para Victoria, el matrimonio es todavía un ideal al cual llegar, pero dentro de un futuro lejano. Las metas personales como el trabajo y la educación son aspectos que desean cumplir primero.

4.2. Patrones en las trayectorias afectivas de las abuelas

En primera instancia, resulta necesario mencionar que, a diferencia del grupo de las hijas y de las madres, el grupo de las abuelas presenta una mayor heterogeneidad etaria. Este grupo está compuesto por una abuela de 95 (Zoila), una de 81 (Génesis) y una de 77 (Rita). Lo que significa una diferencia de 18 años entre la mayor y la menor. Aun así, hay varios elementos que estas mujeres comparten dentro de sus trayectorias afectivas que me parecen interesantes destacar. Se tratarán en este capítulo las temáticas de la educación que estas mujeres recibieron, los momentos en los que inicia el interés por los chicos, los espacios donde podían relacionarse socialmente, además de sus experiencias con respecto a las etapas de cortejo, enamoramiento y matrimonio.

Educación:

Las tres mujeres que forman parte de este grupo fueron a colegios privados y solo de mujeres. Zoila y Génesis fueron toda su etapa escolar a colegios religiosos, es decir colegios manejados por clérigos católicos (usualmente monjas). Por otro lado, Rita fue a un colegio laico (aunque igualmente con valores católicos) fundado por profesoras británicas, del cual las estudiantes podían salir con un diploma de secretariado (es decir, certificación del manejo de la mecanografía y taquigrafía). Así mismo, tanto Zoila como Génesis pasaron parte de su tiempo internas, Zoila durante un periodo, debido a los constantes viajes de sus padres, y Génesis durante toda su etapa escolar, pues su familia vivía en Trujillo (donde ella pasaba las vacaciones), y preferían que ella estudie en Lima. Sobre su educación en el internado Génesis recuerda lo siguiente:

Sí, las monjas nos... bueno, aparte que era muy religioso, porque inclusive todos los días era el Santo de cada día. Entonces hacíamos labores de bordado, de bolillo de... en fin... o lecturas, infinidad de cosas. O sea, siempre estábamos ocupadas en algo.

Asimismo, ninguna de las entrevistadas comentó haber recibido ningún tipo de educación sexual dentro de sus colegios. Los temas relacionados al cuerpo se limitaban a ciertas clases de higiene. “El ideal de mujer que los colegios religiosos tradicionales inculcaban en sus alumnas, resaltaba a la maternidad como la razón de ser de la esposa, habiendo sido la educación sexual prácticamente inexistente” (Kogan 2009, p.63).

Esto es acorde a lo que otras autoras como Barrig (2017) comentan sobre la

educación femenina de los sectores medios y altos durante la inicios y mediados del siglo XX. “La educación de las niñas de clase alta y media peruanas se depositó en las monjas, a quienes se les confió no solo la formación de cristianas virtudes en sus alumnas, sino su preparación como futuras madres y esposas” (p.26). Como bien destaca la autora es apenas a inicios del siglo XX que, de manera todavía incipiente, una educación laica comienza a ser una posibilidad para las mujeres. La expansión de los liceos de educadoras laicas “fue decisiva para que muchas mujeres pasaran de estos liceos a la universidad” (p.26).

Únicamente una de las entrevistadas, Zoila, llegó a matricularse en un centro de estudios superiores. Ella estudió brevemente en la Universidad Católica de Lima, pero, cuando su familia recibió una nueva asignación a la embajada de Paraguay, ella se vio forzada a interrumpir su formación académica para ir con ellos. La idea de que se quedara sola, para estudiar, no era una posibilidad. Esto nos proporciona información sobre cómo se veía la educación femenina, sobre todo la universitaria, en aquella época: "En muchos casos, la educación superior fue una extensión productiva de la transicional soltería, algo así como 'ver un poco de mundo' antes de casarse" (Barrig, 2017, p. 68).

En todo caso, se puede mencionar que al ser los colegios a los que estas mujeres estuvieron inscritas exclusivos para mujeres, estos en definitiva no constituían un espacio de socialización con hombres. Sin embargo, los familiares masculinos de las compañeras de colegio siempre eran una posibilidad de romance, al atender las mismas fiestas y eventos que ellas.

Ambientes de socialización con chicos:

Con respecto a los espacios de socialización, muy claro resulta el ambiente del barrio tanto para Rita como para Génesis. Aunque por un lado Rita tiene muchos recuerdos del barrio, y es uno de los aspectos donde siente que hay una mayor diferencia entre las generaciones de hoy en día y su generación, Génesis tuvo una experiencia más limitada. Esto pues solo interactuaba con los amigos del barrio cuando iba de vacaciones a Trujillo, al pasar la mayor parte del tiempo internada en Lima. Así, la "época de barrio" es recordada con nostalgia por Rita:

Pero sí era lindo, porque eran las épocas del barrio. Yo vivía en San Isidro, por el colegio Santa María y la clínica americana, ahí vivía yo. Entonces yo tenía el colegio Santa María a la mano, donde habían amigos. Eran otras épocas, épocas de barrio. Las fiestas eran lindísimas. Nosotros vivíamos, no era una quinta, pero eran unas casas que en el centro había un jardín que era para todos los que vivíamos ahí.

Entonces cerrábamos las entradas y hacíamos fiestas. Con orquestas todo. Uy, mi época ha sido linda.

Zoila, por su parte, no tuvo una juventud de barrio, pues además de mudarse constantemente, un periodo significativo de su infancia la pasó fuera del país. De todas formas, a mi parecer, la lógica de interacción resultaba ser la misma. Se trataba de entornos sociales controlados (al igual que en la experiencia del barrio) en el sentido de que su círculo social estaba compuesto por descendientes de los amigos de sus padres (en su caso, hijos de otros diplomáticos), o en todo caso eran los hermanos de las amigas del colegio privado al que asistía: "Era más... los hermanos de las chicas del colegio y de los chicos de los amigos de mis padres ¿no? Eso también."

De esta manera, los espacios en los que las abuelas socializaban con otros jóvenes son descritos de una manera familiar, donde "todos se conocen entre todos". Así lo describe Rita, señalando esto como una diferencia con la generación de las jóvenes:

Las épocas nuestras eran diferentes a las de ustedes. En esa época conocías a todos, a los papás, a las mamás. El barrio era barrio. Todo el mundo se conocía. Si hacíamos una fiesta, por decirte, de año nuevo, era en la casa de uno de ellos, de nuestros amigos. Y sus papás eran amigos de mis papás.

De manera muy similar lo resalta Génesis al hablar de sus amigos: "conocían a la casa, conocían a la abuela o iban a la casa, entonces todos eran así de, del grupo, digamos, del barrio". Igualmente, durante un tiempo que Zoila vivió en Barranco recuerda las reuniones que se organizaban en la casa de uno de sus vecinos, la cual pertenecía a una familia particularmente musical:

En esa familia, que eran los Sosores, una tocaba guitarra, la otra piano, todas cantaban. Y en un ratito venía el vecino, el de más allá. Todos sabían que había sitio para cantar. Era lindo eso... y sano ¿no? Sano y bueno.

Así, los espacios para compartir eran espacios cerrados, controlados y vigilados. Aun así, es importante resaltar que ninguna de las abuelas percibió esta supervisión familiar como haber tenido padres controladores, o sofocantes.

Esto concuerda con las trayectorias de vida analizadas por Quilodrán y Juárez (2009) con respecto a mujeres de clase media y alta que comenzaron su formación familiar a comienzos de la década de 1960 en México. Las autoras destacan que durante la etapa previa al matrimonio los espacios de encuentro eran fuertemente supervisados, como es el caso de las "fiestas organizadas en las casas de las

muchachas con presencia de los padres” (p.78). Así mismo, las autoras destacan el uso de las chaperonas o los chaperones, quienes acompañaban a las jóvenes en sus citas. De todas formas, este no fue el caso de mis entrevistadas, aunque mencionaron que sí conocían chicas, quienes efectivamente salían con chaperón. Esto no significa que hayan salido a solas con sus parejas o pretendientes, como lo mencionaba Rita “una misma se buscaba el chaperón”, es decir “íbamos siempre acompañadas”. Si se trataba de salir con el enamorado a tomar helados, siempre habría alguna otra amiga, otra pareja, o alguien más “del grupo” quien los acompañase. Este parece haber sido el caso sobre todo durante la adolescencia, desde los 15 hasta los 19 años. Posteriormente parece que las entrevistadas tuvieron mayor libertad para salir solas, aunque usualmente poco después ya contraían matrimonio.

Tanto Génesis como Zoila conocieron a sus esposos en un ambiente como los mencionados líneas arriba: una fiesta, de carácter más familiar, al cual en efecto fueron acompañadas por alguien más. Aunque Zoila no empezó la relación con su esposo allí mismo, sí comenzó cuando lo volvió a encontrar en el Hotel Bolívar “*el lugar para parar*” de la gente de clase alta en aquel momento. Con respecto a estos ambientes, me parece importante resaltar que eran espacios limitados a su propia clase social. Aspecto que otras autoras han destacado con respecto a grupos afines, como el trabajo de Quilodrán y Juárez (2009): “casi todas ellas los conocieron en fiestas organizadas por su propia familia o por amistades. En general, eran vecinos o concurrían a las mismas escuelas que sus hermanos o primos. Esto no hace más que confirmar la alta homogamia que prevalecía en ese grupo de mujeres” (p.79).

Conclusión a la cual se suma Barrig (2017) al hablar de “la sociedad” limeña. Donde salir con gente del mismo distrito adinerado, con chicos que son hijos de amistades de los padres, estudian en el mismo colegio que sus hermanos, o son hermanos de sus compañeras de colegio, etc vendrían a ser “indicadores que contribuyen a la reproducción casi endogámica de los grupos altos y medios altos de Lima” (p.105). Así, Rita, quien conoció a su esposo en el trabajo, un ambiente quizás un poco más diverso (aunque hablamos de trabajo administrativo para el club Samoa), no dudó en destacar que “era un hombre decente, de buena familia, Barrante, no era un cholito cualquiera tampoco ¿no?”, a lo que agrega “Porque su familia era amiga de mi familia, a la hora de la hora ¿no? porque por los apellidos... mi abuela era amiga de su mamá, que el esto que el otro. Ya perfecto.”

Enamoramiento:

Antes de hablar propiamente del enamoramiento, me parece necesario darle un espacio al cortejo. Las anécdotas mencionadas por las abuelas denotan un claro patrón de género con respecto a los roles afectivos. Eran los hombres quienes les enviaban detalles, para "conquistar" a las jóvenes. En la trayectoria de Zoila logramos ver cómo es que sus "pretendientes" le enviaban flores, chocolates y cartas de amor a su casa. De igual manera, Génesis recuerda las cosas que poco a poco hicieron que se enamorara de su futuro esposo:

Era muy detallista, siempre con flores, con chocolates, con invitaciones muy, muy, muy detallista. Después que ya nos íbamos a casar con joyas, ¿no? Ya las joyas también me atraían. Pero nunca... como te digo yo siempre me guié por el consejo que me dio mi mamá: (...) cuando tú veas a un hombre, fíjate que sea buen hijo. Porque el buen hijo es buen padre y buen esposo.

Ese consejo resulta interesante, pues indica que la pareja ideal sería un hombre "familiar", un buen hijo, un buen padre.

Con respecto a esta etapa es necesario mencionar que el cortejo pasaba por la mirada de los padres. Los detalles (como flores y chocolates) eran enviados a las casas de la joven. Asimismo, los consejos y sugerencias de las madres eran tomados en fuerte consideración al momento de elección del cónyuge.

Con respecto a la etapa de "enamorados" de las abuelas, se puede decir que estas prácticamente se limitaron a sus esposos, a quienes conocieron entre los 18 y los 20 años:

- Génesis, su primer enamorado fue su esposo, a quien conoce cuando ella tenía 18 y con quien compartió su primera cita, su primer beso, etc.
- Zoila recuerda haber ido en varias citas con chicos, aunque estas no significaban salir como enamorados. Así que, aunque tuvo varios "dates" como ella los llamaba, su primer enamorado fue su esposo. Lo conoció cuando tenía 18, pero comenzó a salir con él cuando tenía 20.
- Rita recuerda haber tenido un par de enamorados antes de su esposo, aunque destacó que estos no eran relaciones serias "pero enamorado no con sentido ni mucho menos, de los que venían y te tocaban la ventana. Y salías por la ventana si podías (ríe). Era bonito". Después, su primera relación la cual ella considera "seria" vendría a ser con su esposo, a quien conoce cuando tenía entre 18 y 19 años.

Como mencionan las entrevistadas, durante el enamoramiento y el noviazgo (cuando hubo ya una pedida de mano – en la casa de la chica) los detalles y salidas continuaban. Génesis recordaba sobre todo ir varias veces al Cine Diamante. “Fuimos a ver esa película que recién daban acá. Vacaciones en cinerama. Recién eran los cines esos, grandazos. En la avenida Brasil, el Cine Diamante”



Figura 5
Cine Diamante



Fuente: Crónica viva – Facebook

Todas las abuelas enfatizaron categóricamente que ninguna de ellas habría tenido relaciones sexuales prematrimoniales con sus parejas, incluso después de la pedida de mano. La expectativa entonces era llegar virgen al matrimonio, tema que será abordado a mayor profundidad en el siguiente capítulo. De esta manera, la forma en la que describían las citas con sus enamorados terminaban con frases afines a "y me dejó en la casa. Todo correcto" (Génesis).

El tiempo entre la etapa de enamorados y noviazgo (cuando ya hubo una propuesta de matrimonio) tendía a ser breve en la generación de las abuelas. Tal es el caso de Zoila, quien estuvo dos años con Jorge antes de casarse (casándose a los 22) y Rita quien estuvo 1 año con Pucho (se casó a los 20). Por otro lado, la trayectoria de Génesis diverge de este patrón, algo que ella misma reconoce, pues estuvieron 7 años como enamorados-novios. Así recuerda los comentarios que sus amigas le hacían: "Muchas amigas me decían, '¡no valen esas relaciones que son tan largas!'. No valen tampoco esas relaciones que son tan rápidas, ¿no?, que al mes ya están casados. A mí me valió...". Posteriormente, me explicó los motivos por los cuales se aplazó su matrimonio: "nos demoramos en casarnos porque él quería tener su título" (el cual al estar trabajando y estudiando le costaba obtener). Aun así, su matrimonio era un tema que ambos ya tenían presente, es decir, estaban juntos con la explícita

intención de casarse. Además de querer terminar su carrera universitaria como contador, Génesis recuerda que también estuvo ahorrando para comprar un apartamento, el cual por un tiempo lo arrendó antes de casarse. Entonces para el momento en el que ellos contraen matrimonio, él ya tenía un lugar propio, y ahorros establecidos. Es así como Génesis se casa a los 25.

Matrimonio:

Tras la pedida de mano y el intercambio de anillos, todas las abuelas se casaron tanto por lo civil como por la iglesia. Asimismo, todas cumplieron con el patrón de tener hijos inmediatamente después de casarse. El caso que ilustra mayor rapidez en el proceso fue el de Génesis: "Yo me casé en octubre, 5 de octubre. Y en noviembre, ya no menstrué. Entonces, me llevó al médico y todo eso, y ya estaba embarazada. O sea, yo salí de inmediato". En esto se asemejan a las mujeres entrevistadas por Quilodrán y Juárez (2009), todas estas mujeres, de la misma generación de las abuelas, tuvieron hijos inmediatamente después de casarse. Según las autoras, esto se debía a que "la llegada del primer hijo no podía posponerse porque expresaba simbólicamente la consolidación del nuevo núcleo familiar" (p. 77).

Dentro de sus trayectorias, las abuelas también mencionaron los periodos durante los cuales trabajaron, y cómo estos cambiaron con el matrimonio. Comenzando con Génesis, ella contó que antes de casarse, estaba trabajando en *Sears*, una empresa de venta de artículos de moda. Al momento de casarse, estaba cerca de cumplir 5 años en la empresa, una meta importante pues después de ese periodo en la empresa entregaban a sus trabajadoras un pin de conmemoración y hacían una ceremonia por haber trabajado 5 años, algo que Génesis destacó que quería lograr. Le pregunté entonces, si lo quería hacer como una meta personal: "¡Sí!" me contestó. Contó entonces cómo ella le comunicó esto a su marido:

Y le digo "ay, yo quiero tener ese pin" le digo "de 5 años, déjame cumplir mis 5 años". Me faltaba poquito. Yo iba embarazada a trabajar. Ya me dejó, pues, me dejó trabajando. Cumplí mis 5 años, ya me dieron mi pin con mi ceremonia que hicieron y todo. "Ya" le digo, "ya estoy satisfecha ya no, yo no quiero trabajar" le digo "me dedico a la casa" y me dediqué a la casa"

Como lo destacan Barrig (2017) y Quilodrán y Juárez (2009), este parece haber sido el patrón de la época con respecto a la mujer y el trabajo: "Hasta entrada la década de 1960, las aspiraciones laborales de las solteras languidecieron con el matrimonio y concluyeron con la maternidad" (Barrig, 2017, p.30). Cómo lo destaca la

autora las expectativas sociales que enmarcaban al esposo y padre de familia como proveedor del hogar eran tales que si su cónyuge se insertase al mercado laboral se podría interpretar como incapacidad por su parte, perdiendo así prestigio varonil.

Aunque este no fue el caso para Rita ni para Zoila, podemos ver cómo su relación con el trabajo se enmarca en esta lógica. Por un lado, Rita, quien antes de casarse trabajaba como secretaria para el club Samoa, colaborando personalmente con "Carlos Dogny Larco, que era una persona importantísima en el Perú". Después de casarse, dejó de trabajar, tuvo su primera hija, y se dedicó unos años al hogar, dentro del cual contaba con la ayuda de empleadas domésticas para la limpieza y el cuidado de la bebé Lourdes. De todas formas, su esposo viajaba constantemente debido al trabajo, por lo que ella se quedaba sola en casa.

Entonces él tenía que viajar mucho, por todo el Perú. Entonces ya bueno, yo me quedaba ¿no? pero ya un día dije 'no... ¿quedarme para rascarme? y mirarlo por la ventana a ver si llega' no pues. Me metí a trabajar.

Es así como comenzó a trabajar como secretaria dentro del ministerio de pesquería. Lo hizo con ayuda de su padre mientras su marido estaba de viaje: "Por supuesto que cuando mi marido llegó ni gracia que le hizo". A pesar de las quejas y cuestionamientos que recibió por parte de su esposo al inicio, Rita siguió trabajando. Menciona que, pese a que esta no era la situación de casi ninguna de sus amigas casadas, ella encontraba gratificación personal en su trabajo "Yo me metí a trabajar casada, feliz de la vida".

El caso de Zoila ya se mencionó en mayor detalle en la primera sección de este capítulo. Ella comenzó a trabajar después de haberse casado (y ya tener dos hijos) debido a problemas económicos que su esposo estaba atravesando, antes de eso no había trabajado. Para Zoila la situación fue inesperada, pero el trabajo que realizó en UNICEF por 6 años le resultó gratificante. Al igual que Rita, mencionó que sus amigas casadas no trabajaban y se dedicaban al hogar. De todas formas, una vez que la situación económica de su esposo habría mejorado, y después de considerar varias opciones (como seguir trabajando, o terminar sus estudios superiores) Zoila decide quedarse en la casa y dedicarse al Hogar.

Aunque dos de las tres abuelas trabajaron una vez casadas, una por un periodo más breve (6 años) y otra por un periodo extendido, es claro que ellas percibían su situación como fuera de "guion". Guion que como bien destaca Barrig (2018) ubicaba a la mujer casada como ama de casa, dedicada plenamente a sus hijos y su esposo.

4.3. Patrones en las trayectorias afectivas de las madres

El cohorte generacional de las madres se compone por tres mujeres: Pilar de 54 años, quien es hija de Génesis y madre de Helena, Constanza de 56 años quien es nuera de Zoila y madre de Victoria, y por último Lourdes de 55 quien es hija de Rita y madre de Teresa. Tanto Pilar como Lourdes se criaron en Lima, donde han vivido toda su vida, por otro lado, Constanza es de Chiclayo donde vivió su infancia, adolescencia y juventud temprana, para después mudarse a Lima para estar junto a su pareja (hoy esposo). Al igual que con las abuelas, se tratarán los temas de la educación que recibieron, los ambientes dentro de los cuales socializaban, además de sus experiencias amorosas durante el enamoramiento y matrimonio/convivencia.

Educación:

Con respecto a su educación, todas las entrevistadas mencionaron haber ido a instituciones educativas laicas. Aunque vale aclarar que, por un lado, Pilar destaca que los colegios laicos no eran tan comunes como lo son hoy en día: "Yo creo que en la época donde yo estudiaba, había muchos más colegios religiosos más bien. Y la gente optaba más por colegios religiosos". Asimismo, Constanza menciona que el colegio donde ella estudió era previamente religioso: "Al principio era religioso, o sea con mis hermanas mayores. Pero en la época de Velasco, estas madres eran canadienses, entonces se tuvieron que regresar a su país", momento desde el cual el colegio comienza a ser organizado por un grupo de padres de familia.

En todo caso, parece que, dentro del grupo de las madres, la educación que recibieron se diferencia en gran medida de aquella de las abuelas. Es decir, si las madres recibieron clases de bordado, tejido, entre otras actividades tradicionalmente asociadas a la feminidad, estas no me lo mencionaron (como sí lo hicieron las abuelas). Más bien, destacaron otros aspectos de sus colegios. Así, por ejemplo, Leslie destaca: "en mi colegio, lo que se esmeraban era en el inglés, todas mis profesoras eran inglesas". Por otro lado, Pilar destacó haber tenido temáticas de clases como cómputo, que la inspiraron posteriormente a seguir la carrera de ingeniería en sistemas.

No obstante, más allá de los cambios en el contenido curricular, la preocupación por una mejora en el nivel educativo de las hijas parece haber sido un cambio que comenzó a ganar más fuerza durante esta generación. En efecto, esto cual resulta perceptible en los comentarios hechos por Génesis, la madre de Pilar, quien comentó

haber metido a sus hijas a una variedad de cursos y talleres, desde los deportes, la música, hasta el inglés: "es que claro, yo decía, pues, el inglés es básico para los chicos (...) Es que mí era lo más importante que ellas crezcan bien. Aprendan cosas".

Adicionalmente, Lourdes destaca que en su colegio (el mismo al que fue su madre, Rita) comenzó un proceso de transformación de la malla con el interés de que las chicas accedan a la universidad. Razón por la cual se pararon de brindar las clases de secretariado a las cuales su madre habría accedido.

En la época de mi mamá, después ya no, después ya no. Se dejó porque ya salieron las academias que enseñaban secretariado. ¿No? Entonces se dejó eso y se siguió con la currículum de 5to de media que era para entrar a una universidad. Que es lo que yo llevé. (Lourdes, 55).

Como resultado, a diferencia del grupo de las abuelas, todas las entrevistadas del grupo de madres pasaron por estudios superiores: dos de ellas los completaron (Pilar, en la carrera de ingeniería de sistemas y Lourdes en la carrera de odontología), mientras que una de ellas, Constanza, no los culminó, dedicándose a trabajar como secretaria. Vale mencionar también que ninguna de las entrevistadas me habló de cuestionarse si seguir o no estudios superiores; era una decisión ya asumida. Así como menciona Fuller (1998), la educación superior no se trata de una novedad como pudo haber sido para mujeres 10 o 20 años mayores, es más bien el "curso natural de su narrativa biográfica, por lo tanto, de la construcción de sus identidades" (p.152).

Esto va en consonancia con data a nivel nacional, la cual demuestra un constante incremento de la población femenina en los estudios superiores. Así, en 1960, la población de matriculadas mujeres era del 25.4%, cifra que sube a 28.3% en 1965. Para los años en que las madres estaban ingresando a la universidad, estas cifras habrían aumentado: en 1985 tenemos un 36.3%, cifra que se mantiene en 1990, y vuelve a aumentar para 1996 a 45.7% (Díaz, 2008).

Es así que Fuller (1998) destaca que el "gran cambio" de la educación femenina para las clases medias (y se podría suponer que también altas) se da en la generación que vivió su infancia y juventud entre las décadas de 1970 y 1980, es decir, la cohorte generacional que componen las madres estaría experimentando este cambio. La autora propone:

En general, las familias de clase media se preocupan por mandar a sus hijas e hijos a «buenos colegios» y la universidad. Pero, aun cuando los programas escolares son idénticos para ambos géneros, es sabido que los colegios privados tienden a reproducir los valores tradicionales, de manera que socializan a las niñas dentro de

ellos. (Fuller 1998, p.40).

En este sentido, aunque parece haber un mayor deseo por brindar a las chicas jóvenes de la generación de las madres una educación de mayor calidad académica, no solo secundaria sino también universitaria, no necesariamente se trata de un quiebre con los valores tradicionales de feminidad. Sobre todo, cuando estos colegios seguían siendo, en su mayoría, separados por género.

Por otro lado, dentro de lo concierne a su experiencia escolar, ninguna de las madres mencionó haber tenido educación sexual en sus colegios, como comentó Constanza:

Era como que más difícil, creo que teníamos un poco de temor. No teníamos tanta información tampoco. No teníamos un curso de sexo, de sexología (...) no nos enseñaban nada de eso. Era como bastante tabú.

En lo que respecto al diálogo sobre la educación sexual en casa, este era escaso. Tanto Lourdes como Constanza mencionaron que ellas nunca hablaron con sus madres al respecto. Por su lado, Constanza creía que esta era una situación particular de su casa, al haber su madre enviudado, por lo que pasaba buena parte del día trabajando. De todas formas, luego al compararse con amigas, llegó a la conclusión de que no era un tema de la falta de tiempo de su madre, sino más bien era un silencio generalizado. Por otro lado, está Pilar quien, aunque no recibió clases de educación sexual en el colegio, sí las recibió en casa. Recuerda que su mamá compró dos libros:

'¿De dónde venimos?' es un libro, y el otro '¿Qué me está pasando?', entonces son dos libros que te explican hasta con dibujos. El tema de la penetración, o sea, muchas cosas para que sepas cómo se hacen los niños, ¿no? Y también el otro de '¿Qué me está pasando?' Cuando tú estás en la adolescencia y te crecen las chichis, vas cambiando el cuerpo y estas sensaciones que tienes cuando ves al chico, porque tienes el despertar sexual también. Entonces mi mamá compró esos libros y se sentaba con nosotras y nos explicaba.

No obstante, los temas platicados relacionados a la sexualidad se limitaban sobre todo a los aspectos físicos o fisiológicos (el cuerpo humano, las hormonas, etc.), mas no necesariamente al uso de anticonceptivos.

Ambientes de socialización con chicos:

Con respecto a los ambientes de socialización con varones, dentro del grupo etario de las madres, estos eran más diversos que dentro de la cohorte de las abuelas. Por un lado, Pilar, al haber cursado su trayectoria educativa en un colegio mixto,

recuerda haber tenido siempre compañeros con quienes jugaba y quienes posteriormente (en la secundaria) fueron los primeros chicos que le gustaron. Así, recuerda haber hablado con sus amigas del colegio sobre sus primeros intereses románticos. De todas formas, Lourdes y Constanza no tuvieron una infancia en colegios mixtos, por lo que su interacción con chicos se dio en otros ambientes como el barrio y la universidad en el caso de Lourdes, y el club y el trabajo en el caso de Constanza.

Al igual que las abuelas, dos de las madres destacan haber tenido infancias de barrio (Leslie y Pilar). En sus relatos sobre su infancia recordaban los juegos infantiles que rodeaban esta etapa de su vida, como las escondidas y los carnavales. Mientras crecían y entraban a la adolescencia, los juegos se tornaban también en fiestas y bailes en las casas de ellas o de los vecinos. Lourdes comentaba:

Yo por eso hacía fiestas, por ejemplo, claro entre los 13 y los 15. Todos los fines de semana, en verano, los viernes y sábados había fiesta en mi casa. (...) Jugábamos, y a las 7 de la noche nos metíamos a mi casa y prendíamos el tocadiscos.

En este sentido, el grupo de las madres resulta similar al de las abuelas, puesto que los espacios que tenían para interactuar con chicos durante la etapa de la adolescencia eran ambientes familiares. Lo que significaba la constante mirada parental, sobre todo de las madres.

Constanza, quien durante esta etapa vivía en Chiclayo, mencionó no haber tenido una infancia o juventud de barrio. Esto pues, casi hasta el último año de colegio, ella vivía en la hacienda de sus padres, la cual estaba a cierta distancia de la ciudad. Sus interacciones sociales se limitaban al grupo de amigas del colegio y las visitas de los primos. Más adelante en su vida, ya cerca de acabar el colegio, destaca también el espacio del club, uno también mencionado por Pilar como un espacio para socializar. Sobre su círculo de amistades, o sus oportunidades de socialización, Constanza reflexionaba lo siguiente:

En Chiclayo es como que es una ciudad más pequeña, entonces muchísima gente se conoce. Íbamos todos al mismo club, porque no es que haya como en Lima pues, 7 – 8 clubes. Allá había uno (ríe) y ahí, digamos que toda la gente que era... suena feo, pero digamos del mismo estatus social o clase social, íbamos a este club. Entonces ahí nos conocíamos y casi, casi en las mismas fiestas. (...) Entonces siempre era como que el mismo círculo, dentro de las amigas del colegio y esto... No tenías gran oportunidad tampoco de conocer gente.

De esta manera, Constanza reconoce “la burbuja” (como ella mismo lo

mencionó) en la que vivía y desarrollaba su vida social, teniendo su demostración máxima en los clubes. Reflexión que es congruente con los hallazgos de Kogan (2009) dentro de su investigación sobre la vida de hombres y mujeres de clase alta de Lima:

Los clubes son justamente espacios públicos pero privatizados, ya que solo un grupo selecto de personas conocidas es admitido. La gran mayoría asiste a uno más clubes, de los cuales son socios. Como espacio complementario a la casa y la oficina, los clubes son lugares donde se practican deportes, se reúnen con amigos o amigas para conversar o entretenerse en algún juego de salón, o cenar las parejas de esposos (Kogan 2009, p. 114).

Posteriormente, las madres destacaron otros ambientes a los cuales las abuelas parecen haber tenido un menor acceso durante su juventud, y dentro de los cuales eran menos supervisadas. Así mencionan la universidad, el instituto, y el espacio de trabajo.

Igualmente, comienzan a aparecer con mayor fuerza en sus narrativas los espacios de fiesta y baile como las discotecas, a las cuales recuerdan haber asistido tanto con sus parejas del momento, como con sus amigas o grupos mixtos. De todas formas, el control parental seguía siendo estricto, y los permisos eran siempre con la condición de la hora de llegada. En palabras de Lourdes:

Yo iba a las discotecas a las 12:00 de la noche, las abrían a esa hora, a las 12:00 de la noche y a la 1:00 ya me estaba regresando a la casa, y no había nadie en la discoteca. La gente llegaba a las 2:00 de la mañana, pero a mí no me daban permiso de ir a esas horas. Entonces ni modo, iba, abría la discoteca ¿no? Bailaba una hora y me regresaba a mi casa.

Así, las entrevistadas de este grupo generacional, recuerdan haber tenido madres y padres estrictos, donde resultaba necesario pedir permiso para salir y acatar los horarios establecidos. Esto incluso durante la etapa universitaria, después de la cual los permisos parecen ser más laxos, aunque aún con varios límites. Con respecto a esta experiencia, Lourdes recuerda un viaje a las dunas que hizo con su futuro esposo (en ese entonces enamorado) cuando ella tenía entre 24 y 25 años “Entonces, por eso... sí, con él tuve... también que con él ya era más grande. Ya era... como que ‘ya pues, anda nomás’. Pero no es que te ibas fuera, al extranjero”. Vale mencionar que este viaje al que le dieron “permiso” para ir era no *solo* con su enamorado, sino con la familia de este “pero porque iba con sus papás, sus hermanos, y dormí en el cuarto de las sobrinas”.

Como menciona Fuller sobre su investigación con respecto a mujeres de clase media en la década de 1990 prevalecía el “rígido control de su libertad de movimientos

y sexualidad” (p.134). Es decir, el control paterno era muy cuidadoso y la vigilancia constante, tanto en la etapa de amores adolescentes como en la de cortejo estable y el enamoramiento. En este sentido, se parecen a la generación de las abuelas, aunque con un considerable aumento en su libertad: accedían a nuevos espacios como la universidad y el trabajo, iban a discotecas, y las horas de llegada a las casas (aunque establecidas rígidamente) se comenzaban a aplazar. De todas formas, a diferencia de las abuelas, las madres sí guardan un sentimiento de que las reglas resultaban un tanto estrictas y el control paternal y maternal no es recordado como algo “natural” como sí lo era para las abuelas, sino más bien era cuestionado.

Enamoramiento:

a) Enamorados antes del esposo

Al igual que las abuelas, los actos, gestos, y atenciones que formaban parte del cortejo eran hechos por el hombre hacia la mujer, por lo que se mantenía el patrón de género en los roles afectivos esperados y practicados. A diferencia de las abuelas, las experiencias de enamorados de las madres no se limitan al hombre con quienes se casaron. Todas ellas tuvieron varios enamorados con diferentes grados de “seriedad”, lo que se entiende como un mayor tiempo, involucramiento sentimental y la presentación de estos al círculo familiar. Es decir, a mayor tiempo, mayor involucramiento sentimental y mayor compartir con la familia, más seria resulta la relación.

Pilar mencionó haber tenido tres enamorados antes de comenzar su relación con su futuro esposo, todos de los cuales duraron menos de un año, y dos de los cuales presentó a su familia. De todas formas, no considera que ninguna de estas relaciones se haya desarrollado de manera tal, como para llamarla una relación seria. Lourdes por otro lado menciona haber tenido una relación seria durante su adolescencia, desde los 14 hasta los 18 años; edad en la cual ella ingresa a la universidad y la relación termina por una diferencia de tiempos. Después de eso en la universidad recuerda haber tenido varios enamorados:

Es como una etapa de búsqueda, besas a un montón de sapos a ver si encuentras un príncipe ¿no? (ríe). Por eso te digo, había uno que duró un día. Que sí... me dio un beso y dije “miércoles la arruiné guácala, no me gusta”.

Continuó señalando que muchos de estos enamorados no los presentaba a la casa “porque no me daba la gana” pero, aun así, todos tenían que “caerte”. Es decir, hacer la pregunta de “¿quieres estar conmigo?” Algo que Lourdes encuentra es una

diferencia con las generaciones actuales: “no es como ahora que te chapan y ya”.

Constanza, al igual que las otras dos madres tuvo experiencias románticas antes de estar con el hombre con quien terminaría casándose. Recuerda una relación larga, de alrededor de 5 años y dos relaciones cortas. Una de estas se dio en el instituto, y lo recuerda como su primer amor, y otra con un chico el cual su familia desaprobaba:

Yo una época tuve un enamorado, digamos, que no les gustaba. Entonces mi hermano sí me decía “Pero ¿cómo sales con él? Yo creo que él es medio fumón, medio no sé qué... y no puedes salir con él” y para Chiclayo que es una ciudad bien pequeña, entonces me buscaba y me veía dónde estaba.

En este sentido, resulta claro que el hecho de tener múltiples enamorados antes del matrimonio se convierte en un patrón establecido e internalizado por estas mujeres (ninguna lo mencionó como algo notorio o extraño). Asimismo, todas las entrevistadas destacan tener amigas que seguían los mismos patrones. No obstante, aunque ninguna de las entrevistadas mencionó haber tenido relaciones sexuales antes del matrimonio, tampoco mencionaron haber llegado vírgenes a este (como sí destacaron las abuelas). En sus narrativas, la sexualidad guarda un lugar ambiguo: por un lado, mencionan que el silencio sobre el sexo, el tabú que este producía, o la negación generalizada para hablar de este eran elementos negativos durante su formación. De todas formas, ninguna de ellas habló de su propia experiencia sexual antes de iniciar su vida conyugal, sino solo para mencionar experiencias que ellas rechazaron: “Él quería, de repente otro tipo de cosas que yo no estaba preparada” (Constanza), o “Él quería avanzar en ciertas cosas que yo no quería avanzar” (Pilar).

b) Enamoramiento con el esposo

Todas las entrevistadas conocieron a sus esposos pasados los 21 años, y tuvieron entre 2 a 5 años de relación antes de casarse o convivir.

- Pilar conoce a su esposo a los 23, en el trabajo, se casa a los 25.
- Lourdes comienza a salir con su esposo a los 22 (lo conocía de antes), en su último año de universidad. Se casa a los 27.
- Constanza comienza a salir con su esposo a los 24 (después de mantener por un breve tiempo una relación de amigos) y comienza a convivir con él a los 28.

Constanza es la única de las entrevistadas del cohorte de las madres quien

convivió con su pareja antes de casarse, pero como ella explica no fue tanto su decisión sino más bien las circunstancias en las que se encontraba su pareja. Esto pues él venía de una separación y el divorcio todavía no se concretaba. Así ella se había mudado a Lima desde Chiclayo para estar en la misma ciudad que su pareja, pero se hospedaba en la casa de su tía (esperando a que el divorcio se ejecute para poder contraer matrimonio y convivir). De todas formas, este plan encontró varias dificultades:

Su proceso de divorcio no salía y no salía, y el abogado le dijo “mira, tu divorcio no va a salir”. Porque la esposa no le quería dar el divorcio (...) Le dijo “yo te aconsejo que convivan”. Entonces, hablé con mi hermana y hablé con mi tía, y con él nos juntamos los 4 y dijimos “Bueno yo me voy a mudar al departamento de él, porque el divorcio no va a salir. Y yo ya no voy a perder parte de mi vida”.

Así, el día de la mudanza tuvieron una ceremonia con familia y amigos, evento que ella considera su matrimonio. El matrimonio civil se concretó después del nacimiento de su primera hija.

Conyugalidad:

Utilizo aquí el término conyugalidad, en vez de matrimonio, como se hizo con las abuelas, puesto a que este resulta limitante para pensar en relaciones como las de Constanza. Como señalan Rodríguez et al (2019) la conyugalidad es una definición más amplia y flexible que abre las puertas a pensar no solo en la familia tradicional iniciada con un matrimonio, sino también en otros vínculos íntimos marcados por la co-residencia (y en este sentido el compartir de espacios privados), la socialización como pareja, etc. Es decir, reconoce los múltiples arreglos, para poder tomar en cuenta su complejidad y su carácter dinámico. De todas maneras, aunque el término permite pensar en una heterogeneidad de situaciones, vale mencionar que incluso Constanza quien no se casó por la iglesia como sus pares y su matrimonio civil fue posterior al nacimiento de su hija, mantuvo todavía el modelo de tradicional de familia, haciendo incluso una ceremonia que replique la función social del matrimonio de anunciar la unión, antes de convivir.

A diferencia de las abuelas, las madres no tienen hijos inmediatamente después de iniciar su vida conyugal. Más bien existe un periodo de espera, más o menos marcado y planificado. Lourdes destaca que era después del matrimonio que una pareja de jóvenes tenía la libertad de salir e ir de viaje, pasear, tener vacaciones juntos, etc., por lo que el matrimonio permitía "una cierta libertad respecto de unos padres

amorosos pero controladores" (Fuller 1998, p.117), tal como lo encuentra Fuller en su propia investigación. Asimismo, Pilar habló de su uso de pastillas anticonceptivas durante los primeros tres años de su matrimonio, pues tanto ella como su pareja tenían el deseo de disfrutar una vida de jóvenes casados, enamorados y sin hijos por más tiempo. De igual manera, todas continuaron trabajando durante sus primeros años de matrimonio.

Es con la llegada de los hijos que tanto Constanza como Pilar deciden parar de trabajar para dedicarse a ellos y al hogar a tiempo completo. Para Constanza, que trabajaba como secretaria la decisión fue permanente, y hasta el día de hoy se dedica a ser ama de casa. Para Pilar quien desarrolló su línea de carrera en ingeniería de sistemas, la decisión fue temporal, pues ya con su hija en el nido, comenzó a sentir "la carencia" de su vida profesional. A diferencia de la generación de las abuelas, esta decisión fue fácil y sin la necesidad de pedir autorización a su esposo, o hacerlo a costa de este. Así tanto quedarse en casa (como Constanza), trabajar durante la maternidad (como Lourdes), o pausar un momento la carrera para luego continuarla (como Pilar) son entendidas como decisiones personales y no como mandatos sociales ni presiones por parte del cónyuge.

De todas maneras, aunque el trabajo ha sido mucho más presente para estas mujeres de lo que fue para la generación de las abuelas, ninguna de ellas cuestionó su rol de madre como la responsable de educar, criar, y velar por los hijos. Por ejemplo, Lourdes quien no frenó su carrera para dedicarse a la maternidad, comentó sobre sus hijas: "Yo pasaba horas con ellas, yo les he enseñado todo, a escribir a leer, formas, el inglés, todo." Así, al igual que las otras dos madres, comentó sobre las actividades que desarrollaba con sus hijas -momentos que recuerda con afecto-, momentos de su narración en los que su esposo no es mencionado. Como destaca Fuller: "El modelo de familia tradicional sigue sin embargo en pie. Ha sido maquillado con nuevas demandas (desarrollo persona, compartir, comunicación), pero es fácil reconocer el rostro de antaño. La división sexual del trabajo está tan internalizada que no la menciona" (Fuller 1998, p. 183).

4.4. Patrones en las trayectorias afectivas de las hijas:

En el grupo de las hijas contamos con cinco participantes: Victoria [24], Fátima [24], Lisette [24] (quienes son amigas entre las tres), y Teresa [23] y Helena [24]

(quienes son amigas entre ellas). Ninguna de estas chicas está casada o convive con su pareja y solo dos de ellas (Teresa y Helena) tienen enamorado actualmente (relaciones de menos de un año), mientras que el resto de las chicas se encuentra soltera. Todas las entrevistadas de este grupo generacional, al momento de la entrevista, viven con sus padres (arreglo que, por el momento, no están activamente buscando cambiar). Al igual que en los subcapítulos anteriores, se estará mencionando la educación que estas chicas han recibido o están recibiendo, los momentos de enamoramiento, cortejo y los espacios donde interactúan con varones. De todas formas, ya que ninguna de estas chicas ha iniciado su vida conyugal, esta sección incluye también aspectos a futuro que las entrevistadas esperan cumplir más adelante en sus vidas con respecto a las relaciones íntimas.

Educación:

Todas las entrevistadas estudiaron en colegios privados, laicos y mixtos, aunque tenían cursos de religión (católica), era posible optar por no cursar tal materia. Aunque, como menciona Teresa, tampoco era una decisión tan simple como llevar o no el curso: "Eran laicos, pero al momento en que faltabas a clase de religión o querías salirte tenías que hacer todo un papeleo y todo un trámite. Y te veían mal si te salías de la clase de religión". Aun así, ambos colegios se caracterizan por brindar una educación completa que facilite a sus estudiantes el ingreso a las universidades, siendo ambos colegios "del tercio superior", es decir, aquellos con facilidad para ingresar a universidades privadas. En este sentido, todas las jóvenes han continuado con estudios superiores ya sea en universidades o en institutos privados y reconocidos dentro de sus respectivas áreas. Al igual que con las madres, la decisión de seguir o no estudios superiores no fue una en la que ponderaron realmente; como menciona Fuller (1998), era más bien parte internalizada de su biografía. La pregunta para estas chicas no era si estudiar o no, sino más bien qué estudiar y en dónde. Como menciona Pariona (2016) dentro de su investigación sobre mujeres con estudios superiores residentes en Lima, la educación superior para estas mujeres está muy lejos de ser un paso transicional entre el colegio y el matrimonio/maternidad; más bien está asociada a su desarrollo personal y profesional, además de ser una fuente de prestigio social.

Varias de las entrevistadas de este cohorte generacional buscan también continuar con sus estudios con futuras maestrías, diplomados o doctorados. Tal es el caso de Lisette y Victoria, quienes buscan continuar con sus estudios afuera del país.

Algo que Fátima [24] ya ha hecho (al haber estudiado en un instituto previamente y haber acabado antes que sus pares sus estudios superiores) “Me fui a estudiar y conocer Europa. Yo nunca había ido a Europa, toda una experiencia. Entonces estaba un poco mentalidad YOLO [You Only Live Once]”. En este sentido, continuar con sus estudios en el extranjero no es solo una forma de desarrollarse en sus áreas profesionales, sino que también les permite vivir experiencias nuevas como residir temporalmente en otro país. Algo que cuatro de las cinco entrevistadas mencionó desear.

Con respecto a la educación sexual, todas indicaron haberla recibido en el colegio. Durante los últimos años de primaria y los primeros de secundaria se traba el tema de la pubertad, la menstruación, el embarazo, etc. Clases en las que recuerdan haberse desarrollado sin problemas. Como menciona Victoria:

Sí, educación sexual desde 5to de primaria, era mi curso favorito. Teníamos un bimestre al año, era tres bimestres religión, un bimestre educación sexual. Yo me acuerdo con ese tema siempre, súper abierta, de hablarlo con mis papás. Iba donde mis papás con mi folder “papá, tómame” chanconaza yo, era practicar ‘el proceso del embarazo’ qué se yo. Yo levantaba la mano en la clase y “Miss. ¿qué significa esperma?”

Durante esta etapa, las conversaciones con los padres (sobre todo las madres) sobre el embarazo y los cambios corporales parecen ser llevaderas. En los últimos años de secundaria, las entrevistadas mencionaron haber recibido clases de educación sexual con respecto al uso de anticonceptivos y la prevención de ITS. De todas formas, mencionan que estas llegaron en un momento cuando tanto ellas como sus compañeros ya conocían sobre la temática, además de que varios habían iniciado ya su vida sexual. Como menciona Teresa:

Sentía que como parte de un colegio es necesario informarles a sus alumnos. Creo que en general no había muchos temas que la mayoría de nuestros compañeros no supieran. Siento que la mayoría ya estaba informada del tema, por lo menos a esa edad, ya en el último año creo que fue... ya estaban informados acerca de este tema.

A diferencia de los aspectos tocados en las clases previas ¿Cómo sucede el embarazo? ¿Cuáles son los órganos sexuales?, etc. los cuales eran conversados con facilidad en casa, el diálogo con respecto a el uso de métodos anticonceptivos varía notablemente entre las entrevistadas. En la casa de Teresa, por ejemplo, el tema nunca ha sido mencionado. Victoria, tiene una comunicación “no de lo más *friendly*” con sus padres, donde frases como “yo te puedo pagar el ginecólogo, pero no te voy

a pagar el pediatra” remplazan al “besos y abrazos no engendran hijos” presente en generaciones previas. Dentro de las entrevistadas Fátima fue la que mencionó haber tenido la comunicación más abierta con su madre respecto al tema:

De hecho, cuando yo empecé a tener relaciones sexuales con mi primer enamorado, yo fui donde mi mamá, bueno, no fui, le escribí por *whatsapp* porque me moría de roche y le dije ‘quiero empezar con el ginecólogo, como que a tomar pastillas’. Porque yo era bien miedosa con el tema, que está bien, o sea, porque debería cuidarme. Y le escribí, como que lo hicimos juntas. Dijo ‘claro que sí, yo voy contigo’. Aunque obviamente, me imagino que debe ser *shocking* que tu hija de 16 años te diga. Pero siempre lo fomentó, el que me cuide y que le hable del tema. Y fuimos y siempre me compraron las pastillas y todo. Es más, mi papá las compraba y me las daba ¿manyas? Pero mi papá es más del tipo de como que no... mientras no sepa. Claro, el de la vista gorda.

Ambientes sociales:

Al venir todas las jóvenes de colegios mixtos, este he sido un espacio predominante para conocer chicos, (o chicas – una de las participantes se identifica como bisexual [Helena], mientras que otra no se identifica como exclusivamente heterosexual [Teresa]). En este espacio se forman vínculos de amistad, como también nacen romances. Para varias de las entrevistadas (Fátima, Lisette, Teresa) sus primeras relaciones amorosas fueron con chicos de sus colegios, ya sea en el último año, o poco después de la graduación. Así mismo las universidades han sido un espacio para conocer gente, ampliando el círculo social del colegio. Como menciona Barrig (2017) el colegio de origen y el centro de estudios superiores al que se atiende, son aspectos que denotan la procedencia de una clase social en particular.

Aunque la procedencia del colegio suele ser más reconocido en este aspecto, con preguntas como *¿de qué colegio eres?* Que buscan situarte como parte del “nosotros” o del “otros” de clase; Barrig (2017) propone que hoy en día las universidades, aunque suelen ser consideradas más diversas, en buena medida cumplen la misma función. Es decir, no es lo mismo atender a una universidad o instituto privado y que cuente con prestigio (Pontificia Universidad Católica [PUCP], Universidad de Lima, Universidad del Pacífico, Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), etc.) que una de las universidad que, en el 2013, el presidente Humala calificó como “de medio pelo” (En Barrig 2017, p.112). Así, las chicas entrevistadas no solo proceden de colegios y universidades que cuentan con prestigio, sino que los círculo sociales en los que se mueven, o los “amigos de amigos” como varias de ellas mencionan, provienen también de dichos colegios y universidades.

Aparte del colegio y la universidad, otros de los espacios que destacan son los clubes privados y las playas. Este último sobre todo fue un espacio importante donde se podía conocer gente nueva, hacer nuevos amigos y posiblemente entablar relaciones románticas y/o sexuales. Como menciona Victoria: "En los veranos frecuentaba, frecuento, hasta ahorita una playa en donde mis papás tienen casa, entonces ahí tuve siempre varios amigos hombres". Asimismo, están también los viajes a la casa de playa de un amigo/amiga, los cuales usualmente se hacen en conjunto con un grupo mixto de amistades. Teresa recuerda que tuvo su primer beso en un viaje de dicho tipo poco después de graduarse del colegio, al cual sus padres le habrían dado permiso bajo dos condiciones: 1) el conocer al "dueño de casa" y sus padres ("Porque mis papás conocen de toda la vida a Fabián y a sus padres. A su madre"), y 2) cuando se garantiza la presencia de otra chica ("Me dijeron: '¿Van a haber chicas?', 'Sí, Silvia'").

Vale mencionar que estos espacios, al igual que muchos en los que se desenvuelven no se caracterizan por facilitar la supervización parental, y en definitiva no cargan el aire "familiar" que los ambientes como el barrio o las fiestas en casa tenían para las abuelas y madres. De todas formas, esto no implica una libertad absoluta para las chicas. Se mantiene un control sobre los espacios a los que les es permitido ir, con quienes y las horas a las que pueden hacerlo, sobre todo durante la etapa del colegio y los primeros años de la universidad. Posteriormente, parece que la "pedida de permisos" se ha visto reducida a un mínimo. Así, una de las entrevistadas quien recuerda que sus padres no le dejaban viajar sola con su pareja (la cual tuvo entre las edades de 16 y 19) comenta "Pero yo no creo que mis papás eran muy estrictos, si no que era acorde a la edad", y aunque en la actualidad no tiene pareja, piensa que ahora, a sus 24 años, le darían las facilidades que no le dieron durante su primera relación "No, no serían como tan pesados, digamos, entre comillas, como fueron en ese momento. Y lo hemos hablado como que sale el tema así, '¿Ay, no me van a fregar tanto como lo hicieron?' 'No, ya no'".

Al igual que los colegios y las universidades, las playas privadas y los clubs también resultan ser espacios que limitan los contactos a gente de su misma clase social. Como destaca Barrig (2017), estos serían los muros de cristal que rodean a este grupo:

Cada tanto, por ejemplo, se (des)cubre que guardias particulares impiden el paso a personas de "color modesto" a bares y discotecas de barrios residenciales. También

que, en el extenso Asia, a cien kilómetros al sur de Lima, los llamados clubs de playa impiden el paso a los (emergentes) audaces, indicándoles caminos de arena imposibles de transitar. Lejos del recuerdo, el extinto alcalde de Chorrillos, Pablo Gutiérrez, en 1981, martillo/comba en mano, pretendió tirar abajo un muro que dividía la popular playa de Agua Dulce del colindante Club Regatas, ambos espacios en su distrito. Nada pudo hacer” (p.97).

Aunque en buena medida los espacios en los que las jóvenes transitan y la libertad con lo que lo hacen resulta distinto a las generaciones de las abuelas y madres, la limitación de sus interacciones a otras personas del mismo sector social se mantiene igual. Aunque que frases presentes en la generación de las abuelas como “por los apellidos”, “un cholito cualquiera”, o “la gente de sociedad” desaparecen del vocabulario de las chicas, la “endogamia” de clase, mencionada por Barrig (2017) se mantiene intacta, aunque menos notoria en el plano discursivo.

Esto incluso en el espacio virtual, pues parece haber un cierto recelo al uso de aplicativos para citas por parte de las entrevistadas. Aunque autores como Rodríguez (2019) señalan que la apertura a los medios digitales, el internet y las apps de citas han generado “mercados románticos más amplios y diversos”, ampliando las posibilidades de conocer gente nueva y relacionarse. Este no parece ser el caso para las chicas, quienes tienen un uso limitado y receloso de dichas aplicaciones. Así por ejemplo Teresa, comentó:

Nunca me interesó, nunca me importó, siempre conocí a gente que he tenido ‘ay sí me gustaría tratar algo en algún momento’ tengo opciones de personas que ya conozco. No es que tenga que salir fuera de mi círculo de conocidos a conocer a más personas.

De todas formas, las aplicaciones de citas sí son usadas en ciertos contextos particulares como lo son los viajes al extranjero, como menciona Fátima sobre su uso de Bumble durante su estadía en España “Me provoca que en Lima sea algo más orgánico. Digo, siento que allá lo hice porque no conocía a nadie, entonces no voy a tener ningún nexo”. Aunque como menciona Cárdenas (2022) dentro de su investigación con respecto al uso de Tinder, esto podría tener que ver no solo con la clase social de las entrevistadas, sino también con su edad. Ya que “en el caso de Lima, este grupo de jóvenes entre 18 y 24 años representan un uso menor frente a los grupos más adultos” (p.45).

Aunque las apps de citas no hayan sido comentadas por las entrevistadas como un espacio para conocer gente o entablar relaciones, el espacio virtual sí ha sido de gran relevancia para fomentar las relaciones con gente a la que ya conocían. Así,

como menciona Victoria con respecto a un chico el cual le gustaba durante la etapa de colegio "Me gustaba mucho y a él también yo le gustaba. Y hablábamos todos los días, yo me acuerdo, quedarme hablando con él por *whatsapp* o *imessage*, qué sé yo. Hasta la madrugada". Este espacio, el espacio virtual, es uno que carece plenamente de la mirada paterna, por lo que es una forma muy diferente de comunicarse de manera afectiva de la que vivieron las madres y abuelas a la misma edad. Así, las conversaciones via *whatsapp* que han tenido estas chicas distan mucho de las conversaciones frente al garaje que mencionaban las mamás.

El último ambiente relevante dentro del grupo de las jóvenes es el de los viajes, ya sean dentro del Perú o al Extranjero, lo cual se encuentra en concordancia con lo mencionado por Kogan (2009) quien destaca los viajes fuera del país como uno de los espacios-tiempo en los que mujeres y hombres de clase alta se desenvuelven. Así, cuatro de las cinco hijas mencionaron haber ido en viajes solas, con amigas o con sus parejas (Teresa, Victoria, Lisette, y Fátima). Dichos viajes han sucedido después de la etapa del colegio, siendo el más temprano el de Victoria con su pareja y amigos a Máncora a los 18 años.

Destacan sobre todo los viajes a Europa y Argentina, ya sean de paseo (de una a dos semanas), por intercambio u otras oportunidades de estudio, o por pasar periodos de tiempo trabajando (como fue el caso de Teresa con su experiencia viviendo y trabajando en Argentina). Así, estas experiencias han cumplido varias funciones. En el caso de Teresa en Argentina, esto le sirvió para tener una experiencia de vivir de manera independiente por primera vez, aunque sus padres le costearon el departamento: "Ellos me pagaron el departamento, pero aparte de eso yo viví totalmente independiente. Yo me movía del trabajo, yo regresaba a la casa, yo... si me daba la gana de salir, salía (...)".

En el caso de Fátima en España, no solo le dio un sentido de independencia, sino que también le dio la oportunidad de relacionarse afectivamente con chicos de otras nacionalidades: "En el momento como que sí quería experimentar y salir, decía '¡Ah! Conocer un chico español!'. En el caso de Lisette y Victoria, quienes aparte de viajar solas también lo han hecho con su pareja, esto les ha servido como una experiencia previa a la convivencia donde han podido compartir una cotidianidad que previamente no habían experimentado, como menciona Lisette:

Quando sí viajé con él, o sea, me di cuenta de cositas como que tal vez, sí, he estado como un montón de tiempo, o sea, cositas como que no te das cuenta durante la

relación, el hecho de estar ya más pegado con esa persona también hace que te des cuenta de ciertas cosas. Y también, claro, te pongas a pensar como que, pucha, ¿en verdad viviría con esa persona? ¿No viviría con esa persona?

Enamorados, enamoradas y relaciones de distinto tipo:

Al venir estas chicas de colegios mixtos, varias de ellas mencionan haber tenido enamorados de “juego” o de “chiste” con compañeros, durante la primaria. Así habla Teresa de una “relación” que tuvo en primero de primaria: “Era de juego, como se dice, de manitos sudadas. Era de... estamos juntos ‘ay jajaja’. Pero no era lo que puede decir uno, lo que se puede definir como una relación. Era un juego”. El juego se basaba en agarrarse la mano en el recreo y pasarse notas durante clases. Victoria y Helena tuvieron enamorados de “chiste” más adelante en la primaria (4to-6to grado) los cuales a pesar de ser del mismo colegio interactuaban casi de manera exclusiva por medios digitales. En estas relaciones de “juego” parecen estar imitando los gestos, comportamientos y vocabularios románticos sin realmente sentir un vínculo íntimo u afectivo, por lo que ellas mismas los caracterizan como juegos performativos, es decir, donde se actuaba un romance.

Con respecto al “cortejo”, este parece haber perdido la cualidad de “conquista” masculina y pasividad femenina. Así, todas las entrevistadas mencionaron haber aportado a las citas que han tenido con sus parejas. Es decir, no existía la expectativa de que sus parejas (masculinas) sean quienes paguen todas las comidas, o quienes realicen todos los detalles. Varias de ellas se autodescribieron como “detallistas”, mientras que simultáneamente apreciaban los detalles hechos por sus parejas. Esto no significa necesariamente un quiebre con los roles de género, pues todavía hay comportamientos que parecen tener una carga femenina o masculina, los cuales no parecen ser intercambiables. La entrega de flores, por ejemplo, parece ser un gesto considerado como masculino. De todas maneras, surgen propuestas nuevas donde las mujeres comienzan a tomar un rol activo.

Este año, por ejemplo, vía *TikTok* se viralizó la “festividad” de regalar flores amarillas a las enamoradas el día 21 de septiembre (inspirada en la canción de Floricienta, *flores amarillas*). Como respuesta, desde los usuarios de la app, surgió la idea de hacer el día 30 de septiembre “el día de regalar carritos de *Hot Wheels*” donde las chicas regalaban ramos de dichos juguetes a sus enamorados. Como lo demuestra el diario *El Comercio* (2023), esta “festividad” fue bien recibida, y en los comentarios se encontraban mensajes como “Me parece bien, es lo más justo”, “creo que es una

idea maravillosa”, “los carritos son un regalo perfecto”, etc. Este año Teresa y su pareja participaron de dichas actividades, y mientras él le regalo su ramo de flores amarillas, ella devolvió el detalle con carritos de *hot wheels*.

Uno de los aspectos del cortejo que parece no estar siendo cuestionado, es el hecho de que el “primer paso” es dado por el hombre. Así, por ejemplo, en uno de los encuentros que tuve en un bar con varias de las entrevistadas y sus amigos, uno de ellos me mencionó cómo es que comenzó a salir con su actual enamorada a quien conoce vía Instagram. “Le doy *follow*, me da *follow*. Le doy *like* a una historia, ella me da *like* a una historia” con lo que procede a responder a una de sus historias vía mensaje privado, entablar una conversación lo que conlleva a una eventual cita y posterior relación. En esta danza acordada, es él quien da el primer *follow*, quien da el primer *like*, y quien inicia la conversación.

Fátima, concuerda que hay reglas compartidas dentro de nuestra generación con respecto al uso de Instagram y cómo se perciben ciertas acciones:

Sí está visto en la sociedad, de nuestra edad, de ese tema, no sé qué. Que como que, si alguien te pone un *like* en un *post*, es como algo en general, público ¿no? Cuando te pone *like* a una historia es más privado porque te llega solo a ti.

Dar *like* a un *post* general no equivale a dar *like* a una historia (donde solo el usuario de la cuenta puede ver quienes han dado *like*). Por lo que se entiende como algo más privado y, por ende, una señal de interés romántico, sobre todo si es que se hace múltiples veces. En ese sentido, cuando habla sobre sus interacciones con su ex en redes, menciona que los *likes* a *posts* generales son adecuados, pero que “jamás se le ocurría ponerme un *like* (a un *story*). Como, ¿qué fue? Siento que hay como normas”. Es así como, bien señala Rodríguez (2019), el internet ha generado “nuevas rutas de emparejamiento” (como puede ser este cortejo vía Instagram), además de nuevas formas de expresión afectiva (como lo son el compartir mensajes privados, el subir fotos como pareja, e incluso la formación de nuevas celebraciones como el día de las flores amarillas y los *hot wheels*).

Todas las entrevistadas, a excepción de Lisette (quién solo ha tenido un enamorado, cuya relación duró casi 7 años), han tenido múltiples relaciones que varían en tiempo, formalidad y seriedad. La mayoría de ellas mencionó haber iniciado sus primeras relaciones amorosas mientras seguían en el colegio (Fátima, Victoria, Lisette y Helena), mientras que el resto (Teresa) lo hizo poco después de graduarse. La única de las entrevistadas que mencionó tener una relación romántica con otra

mujer fue Helena, quien se autodetermina como bisexual. Aunque recuerda que antes de iniciar dicha relación, dentro del colegio, habría tenido su “*gay awakening*”, con lo que recuerda haber visto videos en Youtube sobre *¿Cómo saber si soy gay?* Entre otro contenido virtual afín el cual le permitió definirse como bisexual e insertarse dentro de la comunidad LGBTQ.

En concordancia con lo que encontraron Pariona (2016) para el caso de mujeres profesionales residentes en Lima, y Sánchez (2016) para el caso de jóvenes de clase media en Cali, las entrevistadas mencionaron tener relaciones tanto serias como no serias, formales como informales (categorías que se explorarán más a profundidad en el siguiente capítulo). Así, los vínculos íntimos experimentados por estas chicas van desde los amigos con derechos, las relaciones informales, es decir, que carecen de definición, hasta relaciones más establecidas y duraderas. Son estas últimas las únicas que son presentadas a los padres, y son hechas después de que ya se haya establecido y comprobado la solidez del vínculo. Esto concuerda con los hallazgos de Pariona (2016), quien estableció que eran solo las relaciones formales, consideradas como duraderas, las que eran presentadas a los padres.

Dentro de este grupo generacional, parece ser que la consigna general durante esta etapa de sus vidas es experimentar. No están en la búsqueda activa de su futuro cónyuge, sino que buscan disfrutar de su juventud, del placer sexual, conocer gente nueva, etc. El ejemplo más claro de esto lo podemos ver en Lisette, la única de las entrevistadas quien no se ha dedicado a esto, al estar en una relación de casi 7 años. En consecuencia, ella siente que de alguna manera no ha hecho las cosas que le correspondían según su edad:

Porque justamente todos estos años que tú deberías estar experimentando cosas nuevas y tal vez salir con diferentes personas, estar más con tus amigas. Yo estuve con una misma persona 6 años. Entonces **toda** mi carrera de la universidad, yo estuve con esa persona.

¿Conyugalidad?:

Como ya se mencionó, ninguna de las mujeres de este grupo generacional está casada, ni con miras de hacerlo. De todas formas, dentro de las entrevistas se les pidió continuar con una línea de tiempo a futuro, dónde se les preguntaba si buscaban o no casarse. Aunque no todas deseaban tener un vínculo matrimonial y/o religioso, todas querían una relación permanente con la cual convivan.

- Teresa y Lisette: estas dos chicas expresaron desear tener matrimonios tanto religiosos como civiles.
- Fátima y Victoria: Al no considerarse mujeres particularmente religiosas, no desean tener un matrimonio católico. Aunque sí desean tener un matrimonio civil, acompañado de una ceremonia alternativa, en la que puedan celebrar su matrimonio.
- Helena: Fue la única que mencionó no saber si desea casarse o no, aunque de todas formas es para ella importante encontrar a alguien con quien compartir el resto de su vida, opina que “no necesitas un papel que te lo confirme”.

Todas las entrevistadas que deseaban casarse (ya sea solo por lo civil o también por lo religioso) mencionaron desear convivir antes de hacerlo. Esta etapa serviría para ellas como una confirmación de su compatibilidad con sus parejas para “garantizar” un matrimonio exitoso. Incluso, algunas de ellas como Victoria y Lisette, mencionaron que antes de convivir desearían viajar con sus parejas, entre otras formas de compartir una cotidianidad, antes de tomar la decisión de mudarse junto con alguien. Es decir, experimentar quedarse unos días junto con sus parejas, luego unas semanas, etc. con la intención de medir la compatibilidad antes de convivir.

Es interesante mencionar, que en ningún momento de la entrevista se planteó la pregunta si desearían tener hijos, de todas formas, todas las entrevistadas excepto Helena (quien coincidentemente fue la única en responder que no está segura si lo que busca es un matrimonio) hablaron de sus futuras maternidades. Usualmente al mismo tiempo que respondían la pregunta de ¿te quieres casar algún día?, por ejemplo, frente a esta interrogante Victoria respondió:

¡Sí! Eh... dije que sí como instintivamente. Sí me afana la idea de algún día formar una familia, tener hijos. Me encantaría ser mamá. Me encantan los niños, me encanta enseñar. Me gustaría ser mamá, de repente en unos años cambio de opinión, pero por ahora quisiera ser mamá”.

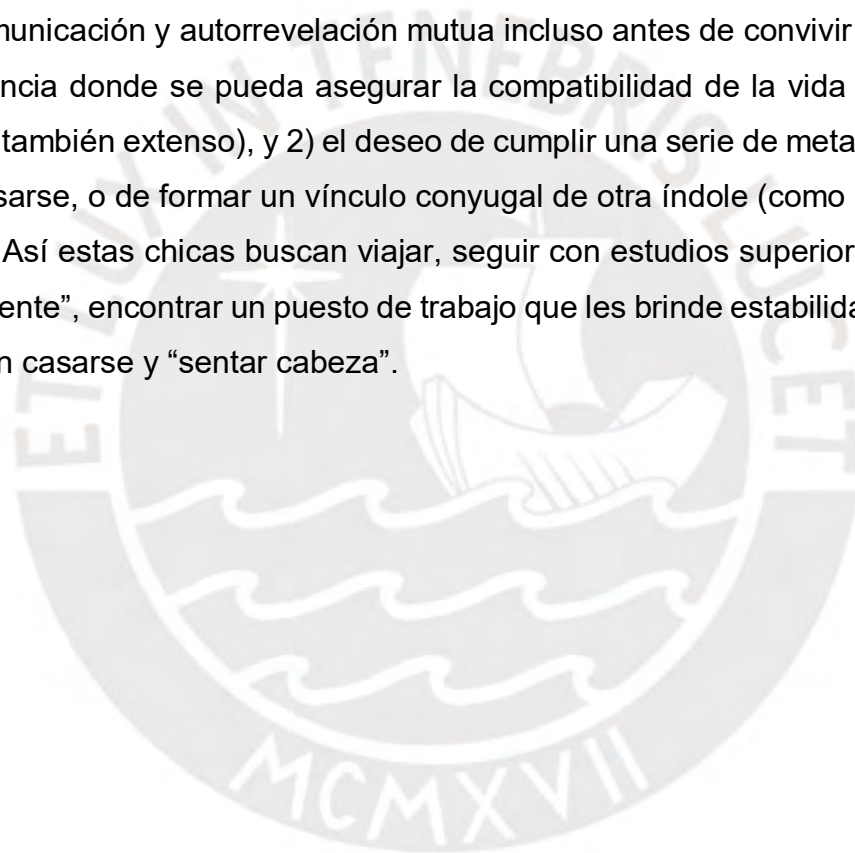
Así, todas las entrevistadas que mencionaron desear casarse, ataban esta idea al de tener hijos, aunque tenerlos era algo que ocurría dentro de sus líneas de tiempo a futuro, después de contraer matrimonio y no en la etapa de convivencia.

Varias de las entrevistadas como Fátima, Victoria y Lisette, mencionaron que hace algunos años tenían la expectativa de casarse al final de sus veintes (sobre todo los 27), al tomar como ejemplo familiares mayores (como primas y, en el caso de Fátima, hermanas mayores al tener con ellas una distancia de 4 y 9 años). De todas

formas, todas coincidieron que dichas edades “ideales” ya no siguen formando parte de sus expectativas. Como menciono Fátima: “

Mis hermanas se casaron a los 27. Que, si bien no me parece mega, sí es joven en comparación a no sé, pues, lo que la gente se casa ahorita ¿no? Entonces siento que... mira mi análisis, yo tengo 23, imagínate que conozca a alguien mañana- que no creo que suceda- pero imagínate que conozca a alguien mañana, no me gustaría casarme al año. Me gustaría convivir un tiempo... yo siento que me voy a casar como a los 35.

En este sentido, parecería ser que sus fechas *ideales* de matrimonio se han aplazado a comienzos/mediados de sus treintas. Esto, parece que sigue dos motivos principales: 1) el deseo de conocer a cabalidad a su pareja, lo que implica un proceso largo de comunicación y autorrevelación mutua incluso antes de convivir, seguido por una convivencia donde se pueda asegurar la compatibilidad de la vida como pareja (un proceso también extenso), y 2) el deseo de cumplir una serie de metas personales antes de casarse, o de formar un vínculo conyugal de otra índole (como sería el caso de Helena). Así estas chicas buscan viajar, seguir con estudios superiores, “madurar emocionalmente”, encontrar un puesto de trabajo que les brinde estabilidad, etc. antes de pensar en casarse y “sentar cabeza”.



Capítulo 5: Significados ligados a los distintos tipos de unión ⁵

En el presente capítulo, se busca profundizar no solo en las experiencias de las entrevistadas y sus respectivas trayectorias (temática desarrollada en el capítulo anterior), sino también analizar los significados atribuidos a estas experiencias, así como los asignados a las distintas etapas y tipos de relaciones íntimas. El enfoque central de este capítulo es el análisis intergeneracional, con el propósito de rastrear los cambios y las continuidades en los significados que impulsan las acciones de las mujeres entrevistadas. En este sentido, la primera sección abordará brevemente la temática de la amistad entre hombres y mujeres, para luego tratar el enamoramiento, el cortejo, la convivencia y el matrimonio. En todas estas instancias, se analizará el componente de la sexualidad, dado su carácter relevante para las entrevistadas en diferentes momentos de sus trayectorias afectivas, dependiendo de la generación.

Posteriormente, se incluirá un apartado sobre las labores dentro y fuera del hogar, y cómo estas han cambiado a lo largo de las tres generaciones. Estos cambios han generado también rupturas con la forma de entender el rol de esposa y madre en una relación conyugal.

5.1. Las etapas:

5.1.1. Mujeres y Hombres: ¿Enamorados? ¿Amigos? ¿Amigos con Beneficios?

Inicialmente, el tema de la amistad estaba completamente fuera del rango de relaciones íntimas que buscaba analizar. De todas formas, varias de las relaciones afectivas y sexuales mencionadas por el grupo de las hijas me fueron imposibles de analizar sin pensarlas dentro del marco de la amistad. Esto me llevó a rastrear la forma en la que las generaciones mayores hablaban de sus amistades, sobre con quiénes salían, con quiénes hablaban, y el tipo de preguntas que se hacían sobre los posibles vínculos entre mujeres y hombres.

Como ya se mencionó en el capítulo anterior, las abuelas tenían varios espacios para socializar con chicos, aunque altamente supervisados; estos espacios les brindaban la oportunidad de generar amistades fuera de su círculo de amigas del colegio. Así, en estos ambientes habría algunos que se destacan por ser más amicales, como el barrio. Se habló mucho de "los amigos del barrio" (lo que infiere un

⁵ Desde la presente sección, ya que las generaciones no están separadas por subcapítulos, se presentará la edad de cada entrevistada junto a su nombre.

grupo mixto de amistades). Por otro lado, estaban los espacios los cuales expresaban, de alguna forma, la posibilidad del inicio de un romance, como las fiestas y los bailes. Asimismo, parece haber habido cierto recelo ante la presencia masculina, sobre todo en el caso de Génesis [81], quien menciona: "No, yo digamos... no tenía casi cercanía con los hombres. Entonces yo salía de un internado y siempre como que estaba yo a la defensiva. Uy, yo para tener un amigo lo estudiaba mucho".

En todo caso, cuando sí se llegaba a formar cierta amistad, aquellas que eran establecidas con hombres, por como son descritas, parecen ser mucho más superficiales que aquellas entabladas con sus compañeras. Así, cuando hablaron de momentos o conversaciones en las que se confiaban secretos, esto era siempre entre mujeres. La categoría de "íntima amiga" estaba reservada para eso, para las amigas. De tal forma que, aunque las infancias son descritas como ambientes muy "amigueros", la cantidad de amigos hombres parece verse reducida en la adolescencia y prácticamente desaparece después del matrimonio. Dentro de las narrativas de las abuelas, una vez casadas solo incluían relatos sobre *amigas*, sobre todo cuando se hablaba de espacios a los que asistían fuera de la mirada del marido. Por ejemplo, Zoila [95] mencionó ser miembro de un club en Lima que brinda clases y talleres de distintos rubros artísticos exclusivo para mujeres.

Cuando se hablaba de amigos, o de grupos mixtos, estos siempre eran ambientes a los que se asistía junto al esposo. Es así como cuando hablan de amigos después del matrimonio, estos usualmente se referían a los esposos de sus amigas, o a amigos de la familia, es decir, hombres que eran amigos tanto de ella como de su marido. Parece ser que, dentro del grupo generacional de las abuelas, las amistades entabladas entre hombres y mujeres eran limitadas y un tanto superficiales. Una vez casadas, pareciera que estas relaciones pasarían siempre por la presencia del esposo.

En la generación de las madres, las amistades con hombres parecen comenzar a vislumbrarse. Pilar [54], por ejemplo, fue a un colegio mixto, algo que ella siente le ha otorgado una forma mucho más "*light*" de relacionarse con hombres. Asimismo, Constanza [56] y Lourdes [55] hablan de haber tenido varios espacios de socialización con hombres como la playa, el club o el trabajo. Resulta interesante prestar atención a los aportes de Fuller (1998) con respecto al tema. En su libro, la autora destaca un aspecto que tienen en común las mujeres de la generación de los setenta (mujeres 10-15 años mayores que las madres) y la de los ochenta (mujeres con edades afines

a las madres): el cuestionamiento sobre la amistad con los hombres. La generación de los setenta, criada en ambientes rígidamente separados por género, no concebía la posibilidad de formar amistades con hombres, esto pues la variable del "sexo" (entiéndase como atracción/relaciones sexuales) siempre estaría presente. Como menciona la autora, "el encuentro con los hombres, sea en sentido positivo o negativo, está fuertemente erotizado" (Fuller 1998, p. 142). De todas formas, encuentra que las mujeres de dicha generación opinan que, aunque es posible entablar una amistad entre un hombre y una mujer, la cultura en la que están insertas no se los permite. Por lo que ven con esperanzas a las generaciones futuras, sobre todo la de sus hijos, quienes puedan formar amistades en "un mundo menos rígidamente dividido en categorías sexuales" (Fuller 1998, p. 142).

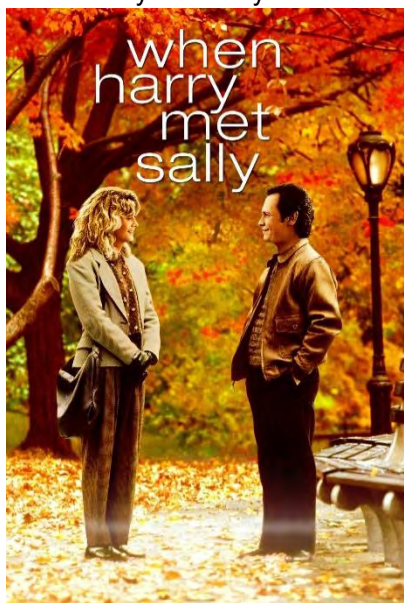
En una línea similar, las mujeres de la generación de los 80s comentan tener amistades más "tentativas" con hombres, es decir, se formaban amistades, igualmente un tanto superficiales, siempre en ambientes mixtos (Fuller, 1998). Esto significa que las amistades con hombres y los grupos mixtos a los que pueden atender parecen superar la etapa infantil del barrio donde las abuelas experimentaron este tipo de relación. De todas formas, las amistades íntimas, de confianza y plena cercanía seguían siendo reservadas para las mujeres. Esto pues "la posible atracción sexual impide un mayor acercamiento" (Fuller, 1998, p. 143). Así, según Fuller, el caso de la cohorte de los ochenta está marcado por un mayor acercamiento a las amistades con hombres que en generaciones anteriores, esto gracias a un cambio en los discursos con respecto a las relaciones entre mujeres y hombres.

Pienso inmediatamente en la película "*When Harry Met Sally*" estrenada en 1989 y recomendada por una de las madres. La gran pregunta que la película propone (aunque no responde) es si los hombres y las mujeres pueden ser amigos. Al inicio de la película, cuando Harry conoce a Sally por primera vez, este le dice que un hombre y una mujer nunca podrían ser amigos "*cause the sex part always gets in the way*" [porque la parte sexual siempre se interpone]. Años después, ahora con Harry casado y Sally iniciando una relación, se vuelven a encontrar y la pregunta vuelve a surgir. De todas formas, Harry concluye que:

Sí, no pueden ser amigos, a menos que ambos estén involucrados con otras personas, entonces sí pueden. Esto es una enmienda a la regla inicial, si las dos personas están en relaciones, la presión de un posible involucramiento se levanta...[pausa] Eso tampoco funciona, porque lo que sucede entonces es que la persona con la que estás involucrado no puede entender por qué necesitas ser amigo

de la persona con la que solo eres amigo. Como si significara que algo falta en la relación y necesitas buscarlo fuera. Entonces, cuando dices 'No, no, no es cierto, no falta nada en la relación', la persona con la que estás involucrado te acusa de estar secretamente atraído por la persona con la que solo eres amigo. Lo cual probablemente sea cierto, quiero decir, vamos, ¿a quién estamos engañando? Enfrentémoslo (Traducción propia).

Figura 6
When Harry Met Sally 1



Fuente: Reiner (1989).

La tercera vez que se vuelven a encontrar, esta vez ambos recientemente separados, forman una amistad. Una verdadera amistad, íntima: hablan de sus problemas, de sus miedos, de cómo están superando sus rupturas, salen a comer juntos, se animan mutuamente a salir en nuevas citas, etc. Harry le habla de esto a uno de sus amigos quien no lo entiende: ¿por qué ser amigos si ambos están solteros? ¿por qué no salir? Posteriormente, como parte central de la trama de la película, Harry y Sally tienen relaciones sexuales, lo cual genera desencuentros sobre lo que ambos buscaban de su relación y de su amistad. De todas formas, en un giro romántico los amigos terminan como pareja y se casan. En varias entrevistas hechas posteriormente (Fernández, 2019), la guionista, Ephron, y el director, Reiner, han confesado que originalmente planeaban que Harry y Sally no terminaran juntos. De todas formas, decidieron optar por el final romántico que conocemos hoy en día. Así, la pregunta planteada por esta generación queda, en la icónica película, sin respuesta.

En las entrevistas, cuando las madres hablan sobre las salidas amistosas (sin

el esposo) siempre hacían referencia al "yo puedo salir con mis amigas, y él sale con sus amigos". Dando a entender una segregación por género al momento de escoger amistades íntimas, y sobre todo de salir "sola" con ellas. En cambio, al igual que las abuelas, cuando se habló de grupos mixtos, estos eran junto con otras parejas casadas, o en todo caso espacios donde sus maridos estaban también presentes.

Por último, la pregunta de si hombres y mujeres pueden ser amigos parece ser una prueba superada para la generación de las hijas, la cual se crio en colegios mixtos y rodeadas de amigos. Todas las entrevistadas comentaron tener amigos hombres, muchas de ellas amigos cercanos con quienes se forman vínculos sólidos, amigos que funcionan como confidentes, al igual que las amigas. De todas maneras, estas nuevas formas de cercanía no carecen de conflicto dentro de las parejas de jóvenes. Como menciona Lisette [24], existen, de manera común, los celos a "el mejor amigo", o "la mejor amiga". Aun así, como bien agrega (en un pensamiento que comparten el resto de entrevistadas), es necesario que estos celos sean manejados y, sobre todo, que no sobrepasen el límite de controlar a la otra persona y limitar sus relaciones fuera del vínculo amoroso. "Si va a ser un nivel extremo, de como 'No me parece. No puedes ver a esta persona porque me da celos', no, no estoy de acuerdo. O sea, cada persona tiene distintos tipos de relaciones con distintas personas" (Lisette [24]). Así, los casos donde un miembro de la pareja le pide al otro que pare de ver a un amigo/amiga están sumamente mal vistos: "No me parece nada sano. O sea, estás dañando otro tipo de relación que tiene esa persona a la que tú, supuestamente, quieres" (Lisette [24]). En este sentido, una muestra importante de afecto dentro de una relación romántica es desear que tu pareja desarrolle amistades plenas tanto con hombres como con mujeres.

Aun así, con la mayor facilidad de entablar amistades y una libertad sexual no experimentada en previas generaciones, surgen nuevas formas de relacionarse sexual y afectivamente con los amigos, esto sin generar un vínculo romántico. En este sentido, algunas de las entrevistadas como Victoria [24], Teresa [23] y Helena [24] comentaron haber tenido relaciones corporales con amigos las cuales pasan desde los "chapes" (besos) hasta las relaciones sexuales. Estas expresiones de relaciones sexuales y afectivas, las cuales salen de los márgenes tradicionales de los vínculos románticos y monogámicos, han captado el interés de investigadores como Raate et al. (2022), quienes destacan que las relaciones sexuales "casuales" son variadas y complejas. Así, dentro de esta red de relaciones sexuales no románticas destacan los

"amigos con beneficios" al tratarse de relaciones establecidas sobre la base de una previa amistad. Razón por la cual, como los autores analizan, se suelen negociar las reglas y límites del vínculo para proteger la amistad y los sentimientos de los involucrados.

En base a las entrevistas realizadas a las jóvenes, parece ser que cuando se forman dichos vínculos amistosos-sexuales, también conocidos como "amigos con derechos" o "amigos con beneficios", parece haber dos posibles rutas: una, donde se comienzan a desarrollar sentimientos románticos (momento en el cual la relación se vuelve a negociar), otra donde se mantiene la amistad junto con el componente sexual, el cual tiende a ser temporal. Así, Victoria [24] mencionaba una relación de este estilo la cual siguió la primera ruta:

Salí con otro chico, en el verano. Era mi mejor amigo, pero no íbamos a llegar a nada. Pero no, pero sí, pero no, pero sí, pero no, pero sí. Y luego cuando yo le dije, 'óyeme me estoy dando cuenta que estoy sintiendo un poco más de la cuenta' (...) Él me dijo más como 'no, no es ahí'.

Así, una vez identificados los sentimientos, estos fueron comunicados y se renegó la relación, la cual se mantuvo como una amistad, pero sin el componente sexual. Por otro lado, Helena [24] mencionó haber tenido (antes de estar en su actual relación formal – monogámica) relaciones de carácter sexual con personas a las cuales sigue considerando amigos:

Los amigos que he elegido en general, son gente en la cual confío y que creo que no se pasarían conmigo si es que pongo un límite, así que siempre he estado relativamente tranquila cuando algunas de esas relaciones llevaron a encuentros sexuales.

Con respecto a las amistades entre mujeres y hombres en la generación de las jóvenes, me parecen sumamente interesantes las reflexiones de Helena [24], quien al preguntarle si mujeres y hombres pueden ser amigos, destacó las varias formas en las que dicha pregunta resulta anticuada. Iniciando por el hecho de que la pregunta presupone que hombres y mujeres siempre se sentirán atraídos los unos a los otros, lo cual ella identifica como falso. "Hay gente que está atraída por su mismo sexo, hay gente que no siente ningún tipo de atracción", menciona haciendo referencia a las personas asexuales. En la misma línea, agrega que "incluso, podría que dos amigos, completamente heterosexuales, simplemente no se atraigan debido a distintas preferencias estéticas o de comportamiento". En este sentido, propone que una

pregunta más interesante es "¿Pueden dos personas que se atraen ser amigos?". Pregunta cuya respuesta, para ella, es sí. Siempre y cuando haya una autorreflexión y conciencia sobre los sentimientos que se han desarrollado y se sepa manejarlos ya sea para establecer una relación sexual o mantener la amistad sin avances corporales.

En este sentido, podemos ver cómo a lo largo de las tres generaciones pasamos de una limitación importante para tener amigos del género opuesto, sobre todo pasada la infancia en la generación de las abuelas, a un mayor acercamiento a amistades entre hombres y mujeres por parte de las madres. De todas formas, en ambas generaciones las relaciones de amistad íntima, de alta comunicación/revelación de secretos y emociones se dan solo con otras mujeres. Queda implícito, como lo destaca Fuller (1998), que los encuentros con hombres están fuertemente erotizados. Razón por la cual estos cobran un nuevo patrón después del matrimonio, donde los amigos no son solo amigos de la mujer, sino de la pareja como conjunto. Así, la amistad, si existiese, pasa por la mirada del cónyuge.

El cambio más fuerte lo podemos encontrar en la generación de las jóvenes, quienes han compartido espacios con hombres a lo largo de su vida (nido, colegio, universidad, trabajo, playa, clubes, etc.). De esta manera, la pregunta de si hombres y mujeres pueden ser amigos queda superada, puesto que se niega el hecho de que un hombre y una mujer siempre se vayan a encontrar sexualmente atractivos. Esto, por un lado, por una conciencia y aceptación de la diversidad sexual LGBTQ+ que niega la atracción heterosexual como absoluta, por otro lado, por una des-erotización de los encuentros entre hombres y mujeres. Así la pregunta se torna a si se puede ser amigos con alguien que te parezca sexualmente atractivo. La respuesta no solamente es sí, se puede, sino que incluso se acepta poder entablar relaciones sexuales con amigos con quienes no se tiene un vínculo romántico. Este vendría a ser otro de los grandes cambios entre la generación de las hijas y las generaciones de las madres y abuelas, donde las relaciones sexuales no necesariamente están atadas a un vínculo romántico.

Podría preguntarse si es que las relaciones sexuales entre amigos son las "conexiones" de las cuales hablaba Bauman (2009) en Amor Líquido, donde las parejas son vistas como descartables, y donde se busca priorizar la satisfacción personal; parodias de relaciones, estas conexiones son vínculos de los cuales se puede huir fácilmente. No dudo que habrá gente quien identifique este tipo de amistad con momentos sexuales, bajo esa perspectiva. De todas formas, estaría en

desacuerdo, pues parece haber una importante preocupación por mantener la amistad incluso después del fin de los encuentros sexuales, esto pues las amistades son también relaciones profundas y significativas. Lo que ocurre es una desvinculación de la unidad amor-sexo, pero que en los lazos de amistad-sexo no significa necesariamente una actitud descartable frente a la otra persona. En este sentido, estamos frente a una transformación de las formas de entender y practicar la intimidad sexual y amical. Las cuales han formado parte importante de las trayectorias afectivas de las entrevistadas más jóvenes.

5.1.2. Enamoramiento: la primera etapa

A lo largo de las tres generaciones estudiadas, se observa una constante en la conceptualización de las relaciones íntimas como un proceso con etapas definidas. Las entrevistadas utilizan metáforas como "fases del camino" (Pilar, 54), "dar un paso más" (Victoria, 24), o "etapas en la relación" (Helena, 24) para describir este proceso. En todas ellas, el enamoramiento se presenta invariablemente como la fase inicial. Sin embargo, el orden y la importancia de las etapas subsiguientes han experimentado cambios significativos entre generaciones.

Para la generación de las abuelas, la secuencia era inequívoca: enamoramiento, noviazgo, matrimonio, convivencia y, finalmente, la procreación. La generación de las madres, aunque idealmente aspiraba a seguir el mismo patrón, comenzó a cuestionar este orden establecido y a considerar trayectorias alternativas. En contraste, la generación de las hijas - ninguna de las cuales ha superado la "primera fase" en una relación - concibe un orden ideal diferente: enamoramiento, convivencia, noviazgo y, para aquellas que lo desean, matrimonio. Es notable que esta generación considera viable establecer una relación comprometida con convivencia sin la necesidad de formalizar la unión a través del matrimonio.

En este sentido, la etapa del enamoramiento presenta diferencias sustanciales entre las tres generaciones estudiadas. En la generación de las abuelas, esta fase solía ser breve. Génesis [81], cuyo enamoramiento duró siete años, describe esta extensión como "demorarse" en casarse. Para esta generación, la experiencia romántica se limitaba generalmente a la persona con quien contraían matrimonio, lo que contrasta notablemente con la diversidad de experiencias de las generaciones posteriores.

Las abuelas caracterizan esta etapa como ilusoria, exenta de los problemas,

tensiones o compromisos propios de la vida marital. Génesis [81] lo expresa así:

Entonces el enamoramiento es ilusión de ambos, por él de la enamorada, ella del enamorado. Salen juntos, se invitan cosas. Todo esa atención a cada pareja. Y es, es más... no tienes, no tienes este, esa presión de pareja casada ¿no? Es más libertad. (Génesis [81]).

La generación de las madres experimentó períodos de enamoramiento más prolongados y diversos. Todas tuvieron más de una relación romántica, y dos de ellas mantuvieron relaciones extensas (superiores a cuatro años) antes de contraer matrimonio. Esta experiencia les permitió identificar aspectos satisfactorios e insatisfactorios en una relación amorosa, lo que influyó en la eventual elección de su cónyuge. Sin embargo, esta generación se enfrentó a mensajes contradictorios. Pilar recuerda cómo algunas compañeras de colegio se casaban poco después de graduarse con su único enamorado (práctica más característica de la generación anterior), lo que le generaba dudas sobre el camino "adecuado" a seguir. Simultáneamente, como señala Fuller (1998), estas mujeres comenzaron a asimilar el discurso de liberación sexual promovido por el movimiento feminista y los productos culturales, principalmente estadounidenses y europeos, a los que tenían acceso.

Para la generación más joven, la etapa del enamoramiento adquiere una importancia y complejidad particular, extendiéndose considerablemente en el tiempo por dos razones principales:

1. Buscan mantener relaciones de "enamorados" por períodos prolongados antes de considerar la convivencia, con el objetivo de experimentar ciertos hitos como viajar juntos, conocerse mejor con el fin de asegurar la compatibilidad con su pareja.
2. La "etapa de enamoramiento" podría extenderse para abarcar todo su período actual, caracterizado por la búsqueda de "conocer gente" y experimentar múltiples relaciones de diversa índole y duración.

Esta fase podría interpretarse como un período de experimentación afectiva, percibido como una experiencia "necesaria" durante la juventud. Lisette [24] ejemplifica esta noción al reflexionar sobre su relación de casi siete años, durante la cual sintió que "debía" haber experimentado y salido con otras personas. Este comportamiento encuentra respaldo social a través de diversos productos culturales, como la música popular.

Un ejemplo ilustrativo es la canción "New Romantics" de Taylor Swift (2014), la

artista más escuchada en Spotify en 2023 y favorita de dos de las entrevistadas:

*Baby, we're the new romantics
Come on, come along with me
Heartbreak is the national anthem
We sing it proudly
We are too busy dancing
To get knocked off our feet
Baby, we're the new romantics
The best people in life are free.*

En esta letra, Swift retrata a los jóvenes como los "nuevos románticos", dispuestos a experimentar el desamor, llorar, bailar y volver a intentarlo.

La experimentación afectiva característica de esta etapa para las jóvenes entrevistadas implica una gama más amplia de formas de relacionarse. Existen, de tal manera, relaciones serias y relaciones no serias, relaciones formales e informales. Todos estos vínculos son definidos y explicitados a través del diálogo, la comunicación y el establecimiento de límites, o en todo caso la carencia de estos. A continuación, presento un apoyo visual del espectro de relaciones que las entrevistadas hijas mencionaron tener, las cuales varían en grados de seriedad y formalidad:

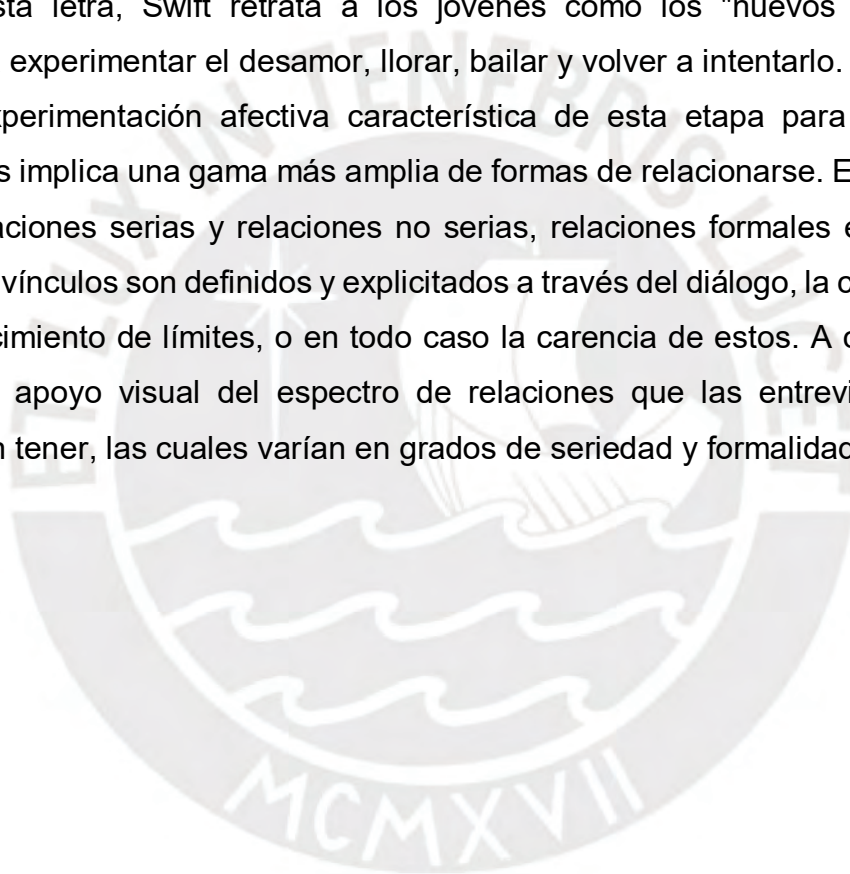
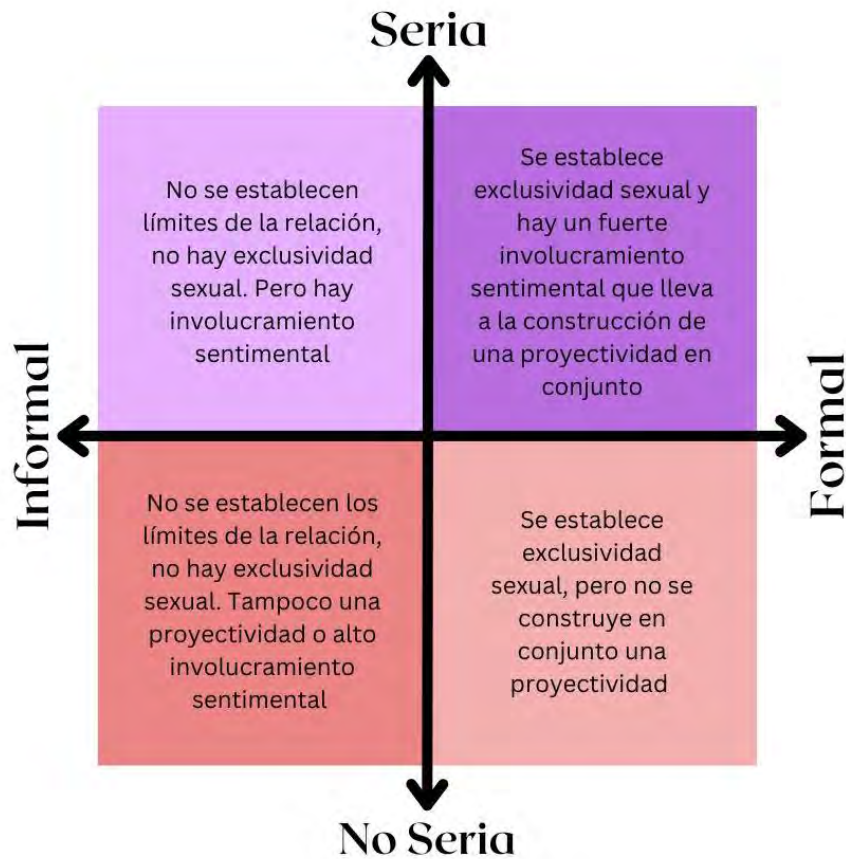


Figura 7
Matriz de posicionamiento de las relaciones sexoafectivas



Fuente: elaboración propia

Ejes:

- **Formal:** El grado de formalidad está dictaminado por los compromisos que la pareja establece que va a seguir. Como mencionó Victoria [24]: “El famoso ¿qué somos? Desde ahí, un poco como, aterrizas ciertos compromisos de alguna manera. Como ya, quiero estar contigo y qué significa estar contigo”. Como mencionaron las entrevistadas, usualmente establecer la formalidad de una relación, implica establecer un acuerdo de monogamia y exclusividad sexual. De todas formas, reconocen que este no es el caso para todas las personas, pues existen relaciones abiertas donde, de manera formal se establecen acuerdos con los vínculos afectivos. Como Victoria [24] aclaró, “en mi caso fue una relación monógama, pero depende del acuerdo verbal que tu establezcas con otra persona”.

- Informal: Las relaciones informales, o “no oficiales” como menciona Helena [24], son aquellas en las que no se establecen límites en la relación. Pues “técnicamente” no son una “relación” (entiéndase como establecida, formal). Como menciona Sánchez (2016), son vínculos de carácter difuso y usualmente volátiles.
- Serio: El grado de seriedad en una relación está marcado por el involucramiento sentimental, el cual, en las relaciones de las chicas, usualmente se traduce a un deseo de proyectividad. Es decir, de plantear un futuro juntos, el cual encuentra su expresión “más seria” en la formación de un vínculo conyugal (convivencia) y matrimonial. Así, Teresa [23] comenta con respecto a una de sus exparejas “Siento que fue una relación seria porque ambos poníamos de parte para construirlo y para hacerlo mejor (...) Teníamos metas en conjunto, conforme a lo laboral, a lo personal”.
- No Serio: Las relaciones no serias son aquellas que carecen de un involucramiento sentimental romántico, lo cual usualmente significa carecer también de la formación de una narrativa en conjunto. Usualmente se limitan al plano sexual.

En textos como los de Pariona (2016) y Sánchez (2016), las categorías de serio y formal se usan en conjunto, mientras que lo informal se asocia irrevocablemente a lo "no serio". Incluso en las narrativas de las entrevistadas, estas palabras fueron en ciertas circunstancias usadas intercambiabilmente y, en otras, diferenciadas. El gráfico desarrollado resulta apropiado para dar sentido al amplio espectro de posibles vínculos, por lo que muestra una comprensión matizada de las relaciones contemporáneas según lo visto entre las hijas. Aunque la mayoría de las relaciones narradas dentro de las entrevistas se enmarcaban en los recuadros serio-formal y no serio-informal, incluso en estos habría variaciones. Estas se observaban sobre todo con respecto al grado de involucramiento emocional y el nivel y la construcción de una narrativa en conjunto sobre un futuro como pareja.

Además, surgían dentro de las narrativas de las entrevistadas relaciones que, aunque fueron formales, no fueron serias, pues carecían de un alto involucramiento sentimental y no se proyectaban a futuro. Dicho tipo de relaciones eran descritas como establecidas formalmente, pero sin expectativas de crear una narrativa proyectiva como pareja. Por ejemplo, la relación de Helena [24] con su enamorada del instituto

ilustra esta dinámica: aunque la considera una de sus primeras relaciones 'oficiales' (formal), nunca se sintió plenamente 'enamorada' de ella y tampoco visualizaba un futuro juntas más allá de su periodo en el instituto (no sería).

Así también, Fátima [24], con respecto a un vínculo afectivo que tuvo durante sus estudios en España, comentó: "Tuve una relación con la que salí en España, como cuatro meses. No fue, no fue una relación, pero sí fue algo como un... un poco serio". Así, explica que la relación nunca fue formal, pues carecía de roles y responsabilidades dentro de la pareja. En ese sentido, quedaba implícito que la relación no era sexualmente exclusiva. De todas formas, ella se sentía inconforme con la situación, puesto que desarrolló sentimientos cada vez más fuertes hacia el chico, "yo sí quiero algo que vaya hacia algo", comentó. Es decir, buscaba que su involucramiento emocional se tradujera en la posibilidad de la creación de un futuro en conjunto.

Este caso resulta interesante pues demuestra una amplia gama de formas de relacionarse, con niveles variados de seriedad y de formalidad. Estos vínculos también son expresados a través de nuevos términos como:

- "*estar en planes*"
- "*estamos en algo*"
- "*amigos con derechos*"
- "*casi algo*"

Aun así, resulta claro que, aunque por el momento no están en la búsqueda activa de una relación seria y formal, es decir, una relación estable donde se plantee un vínculo conyugal, este sí es el tipo de relación al que esperan llegar eventualmente. En este sentido, en concordancia con Sánchez (2016), las relaciones serias y formales (aquellas comprometidas y proyectivas) son asociadas a la madurez. Por ejemplo, Victoria [24] menciona observar que las personas que superan los treinta años no le tienen "miedo al compromiso", a diferencia de sus pares, quienes buscan relaciones menos serias.

Esta percepción sugiere que, aunque para estas jóvenes resulta legítimo mantener relaciones no serias o informales en la actualidad, este comportamiento podría ser interpretado como una señal de inmadurez en personas mayores de 30 años. Pues, estos vínculos son interpretados como comportamientos propios de la juventud, mas no son considerados como apropiados dentro de otros grupos etarios.

La etapa del enamoramiento resulta, entonces, bastante diferenciada entre las

tres generaciones. Mientras que para las abuelas esta fue una etapa corta y su primer enamorado oficial fue su futuro marido, para las madres esta etapa supone un periodo más ampliado donde lograron discernir sus gustos y preferencias con respecto a las relaciones amorosas. Para las hijas, esta es la única "etapa" con la que tienen experiencia y, a diferencia de las madres, el tipo de relaciones que componen esta etapa es más variado. De todas formas, resultó claro dentro de las entrevistas que todas las entrevistadas esperan, en algunos años, "sentar cabeza" e iniciar una relación de convivencia. Antes de desarrollar las siguientes etapas, sin embargo, es pertinente examinar el lugar que ocupa la virginidad dentro de los discursos de las entrevistadas, tema que atraviesa las tres generaciones y las etapas de las relaciones.

Entre el Enamoramiento y el Matrimonio, el debate de la Virginidad y el control sexual de las hijas:

La virginidad es uno de los aspectos que resultó difícil de posicionar dentro de las "etapas" de una relación, incluso dentro de las trayectorias afectivas, debido a la diferencia que existe entre las generaciones con respecto al tema. Esta dificultad no solo se debe a que las mujeres entrevistadas iniciaban su vida sexual en distintos puntos de sus vidas dependiendo de la generación a la que pertenecían, sino también por el significado mismo de la "virginidad". Incluso dentro de la generación de las abuelas parecen haber cambios en el significado de este "estatus", pasando de una perspectiva sobre todo religiosa, a una preocupación más social, lo que podríamos llamar el "qué dirán". Un cambio que las propias abuelas presenciaron. Comencemos entonces con el significado que las abuelas otorgaban a la virginidad y al sexo prematrimonial.

En las narraciones de las abuelas, resultaba claro, sobre todo en el caso de las dos abuelas mayores (Zoila [95] y Génesis [81]), quienes coincidentemente fueron a colegios religiosos, que el control sexual impuesto sobre las jóvenes tenía un carácter fuertemente religioso. Zoila [95] mencionó, por ejemplo, el caso de una de sus amigas quien en Lima vivía internada en un colegio de monjas. Comentaba:

"A mí me contaba una de mis amigas, justamente, que ella había estado internada en Barranco, o en Chorrillos. ¡Y que se tenían que duchar en camisón! No podían ducharse, sino con camisón. Porque '¿cómo iban a mirar su...?' yo le decía 'pero ¿cómo te puedes lavar debajo del camisón?'. Que no, 'abría la cortina de la ducha la madre, y si me veía que no estaba con camisón, me rezongaba' de todo me decía. Tenían así... que el cuerpo humano prácticamente era un pecado. Una cosa así. Imagínate esa chica para ir al matrimonio después ¿no? vergüenza de su cuerpo tenía".

Esto se asemeja a las experiencias que Génesis [81] había tenido en su colegio, un internado dirigido por monjas ubicado en Barranco. Allí recuerda que la formación religiosa que se imponía con respecto a las relaciones sexuales: "Sí pues, la formación cristiana que tiene uno desde niña ¿no? Así que... lo que es pecado, para las monjas era pecado hasta mirar a un hombre" (Génesis, [81]). Entre risas, recordaba una vez que las monjas la castigaron a ella y a sus amigas quienes, estando en el baño, escucharon música proveniente desde fuera del colegio. Por curiosidad se pararon en los lavabos para ver de dónde provenía la música, la cual venía de una construcción donde habrían algunos obreros trabajando: "abrimos la ventana y miramos por ahí y las monja nos ampayan. ¡Ay, Dios un castigo! '¿qué hacen allá? ¡Estas mujeres viendo a los hombres!' (ríe)".

Esto resulta acorde a los hallazgos de Barrig (2017), quien en su libro *Cinturón de castidad*, destaca la forma en la que las mujeres de clase media-alta de Lima de la generación de las abuelas fueron criadas para ocultar sus inquietudes sexuales, las cuales estaban inherentemente atadas al pecado, de no ser que se dieran dentro del vínculo matrimonial. Esto quedaba fomentado por la iglesia, tanto en los sermones dados en misa, o los escritos hechos por sacerdotes que Barrig (2017) rescata en su libro, como también por las monjas en manos de quienes se habría puesto la educación de las niñas.

Asimismo, cabe destacar que esto se podría encontrar también en los productos culturales de la época. Uno de ellos sería la radionovela *El derecho de nacer* mencionada por Génesis [81], quien hasta el día de hoy recuerda la trama (durante la entrevista me dio un resumen bastante completo de esta). Esta radionovela cubana fue increíblemente popular en toda la región latinoamericana hispanohablante, escrita originalmente por Félix B. Caignet y sacada al aire en 1948. La radionovela fue tan popular que se rehízo en varias versiones, por lo que en Perú se difundió no solo la radionovela, sino también una versión televisada en 1962 y posteriormente la versión mexicana en 1981.

Figura 8
Poster promocional de El derecho de nacer – Canal 9



Fuente: Arkivperu

En esta radionovela, la joven aristócrata María Helena del Junco habría quedado embarazada fuera del matrimonio por Alfredo, un joven de "la sociedad" de Santiago de Cuba, quien no quería hacerse cargo del bebé ni casarse con María Helena. La trama principal implica que el padre de María Helena, Don Rafael del Junco, quería matar a este bebé ni bien naciera para que la familia no viera "enlodado" su apellido. Así, Don Rafael busca a toda costa "desaparecer del mundo para siempre a ese maldito engendro del pecado"⁶. Aunque claramente la forma en la que se presenta a los personajes nos indica que Don Rafael es "el malo" -al punto que, como

⁶ Las citas mencionadas de la Radionovela provienen de la versión difundida por Radio To-Be en Youtube.

lo recuerda Génesis, el actor peruano que interpretó al personaje fue atacado por el público indignado por la intransigencia del padre- no se cuestionaba que lo que había hecho María Helena era un "pecado".

La propia María Helena dice: "Lo que más me duele es que me entregué a ese hombre tan bajo. Perdí mi honra y expuse a ustedes a escándalo. A ese hombre como mismo lo amé, ahora lo aborrezco". Después de tener que separarse de su hijo para poder salvarle la vida (este fue criado por la sirvienta Dolores Limonta- pero eso va más allá de la temática de la virginidad), María Helena se enamora de Jorge Luis. De todas formas, su amor es imposible ¿por qué? Pues porque ella no era virgen. Jorge Luis esperaba, asumía, que María Helena tuviera "la castidad que cabe esperar de una alcornica, de su juventud. Inocencia absoluta como un botón de rosa en la espera del soplo mágico del amor para abrir la punta magnífica de su corona". Pero, como el narrador mismo menciona, "Ella no puede engañarlo. Ella no puede ocultar la terrible verdad de su pena de amor manchado de pecado y mucho menos la existencia de un hijo". Así, María Helena, en un acto de amor por Jorge Luis, le es "honesta" y cuenta su historia. Por lo cual Jorge Luis queda profundamente agradecido y mantiene con María Helena una amistad, mas no un romance. Algo de lo cual, con el tiempo se arrepiente.

Por más que la radionovela critique la intransigencia del padre, quien coloca el honor de su apellido por sobre el "derecho de nacer" de su propio nieto, esta no cuestiona el hecho de que el sexo fuera del matrimonio era efectivamente un pecado, algo malo, algo de que avergonzarse. Algo que, en caso un hombre desee casarse contigo, debe saber, pues no revelárselo sería una muestra de deshonestidad. "La mujer que perdía su virginidad fue tachada de egoísta, casquivana y frívola; la castidad se convirtió en el requisito del matrimonio cristiano, y la trasgresión de esta regla era condenada con el 'infierno eterno'" (Barrig, 2017, p. 51).

Por buena parte de la vida de las abuelas, este era el discurso principal que rodeaba la pérdida de la virginidad fuera del matrimonio. De todas formas, como Zoila misma destaca, esto se torna en un miedo por el "qué dirán": "Yo creo que mucho era la religión, muy importante, muy importante. Y en Lima, en especial, el 'qué dirán'. Son dos cosas que reinaban en nuestra vida, sí" (Zoila [95]). Ella posiciona estas dos influencias, la religión y el qué dirán, de manera temporal. Así, para la generación de su madre, el aspecto de la religión, del pecado, tenía mayor relevancia. Con el tiempo, dentro de su propia experiencia, comienza a ganar más influencia el "qué dirán".

"Porque es pecado... al comienzo, yo creo que sí, y después era por 'no, ¿cómo vas a hacer?, ¿qué van a decir los demás?'. Eso yo creo que hasta más que el pecado, acá, horrible" (Zoila, [95]).

Así, para la más joven de las abuelas, Rita [77], el aspecto que ella más destaca era el estigma social; aquellas mujeres que lo hicieran no se lo contarían a nadie. De esta manera lo mencionó:

Siempre te casas y ya pues, tu marido, tu primer hombre. Tu primer sexo, todas esas cosas. Yo me casé ¿de cuántos? De 20, más o menos. Pero normal, para nosotros, en esa época, eso era lo normal. Diferente sería lo otro, que anduviera con alguien, que tuviera enamorado y que tuviera relaciones con su enamorado. Eso sería su problema, pero nunca te lo iba a contar ¿me entiendes?

Este cambio, también es mencionado por Barrig (2017):

“Son entonces otro tipo de valores los que comienzan a ponerse en juego en el discurso sobre la virginidad. Al ejemplo de la pureza de María, predicado por curas y monjas, se suma el argumento familiar de “los hombres no quieren a una mujer que no es virgen”; si la relación sexual no merece ningún castigo tangible de Dios, sí recibe el castigo social y la tácita carencia de futuro asegurado. Una joven “desflorada” tenía en el mercado matrimonial opciones más bajas que aquella con himen” (p.52).

De todas formas, es necesario destacar, que esta era una preocupación enfocada tan solo a las mujeres. La “castidad” del hombre no era una preocupación mayor: como mencionó Rita [77]:

No... no... no... te lo garantizo que no. Los hombres no, porque inclusive en esa época existían ¿no? lugares donde habían mujeres, prostitutas, como hasta ahora, pero en esa época era diferente. Todo más solapa ¿no? Los lugares, no ibas a tener acá en Miraflores un sitio de prostitutas. No. Eran por Lince... al fondo, por el callao. No era que los tenía ahí a la mano. Pero allá se irían. De eso no se hablaba tampoco.

Así como bien resaltaba Barrig (2017) dominaba la doble moral sexual. Para las madres, las reglas de juego cambiaron, aunque de manera limitada, y sus preocupaciones sobre la virginidad, aunque presentes, no parecen haber forjado tanto su vida como sí lo fue para las abuelas. Aun así, durante sus años formativos fueron criadas bajo la expectativa de la virginidad, así Pilar [54] comentó “Y cosas como que ‘voy a llegar virgen al matrimonio’ y cosas así. Era la formación de la época ¿no?”. De todas formas, como bien lo destaca Fuller (1998) al hablar de mujeres de clase media de Lima de una edad afín a las madres, esta generación comienza a tomar una percepción más crítica del tema. En el caso de Lourdes [55], resulta notorio que el cuidado por parte de sus padres, sobre todo su madre, por sobre sus salidas y los

hombres con quienes trataba (entiéndase el control por sobre su sexualidad) le resultaba verdaderamente molesto: “¿Qué le iba a estar diciendo a mi mamá? ¿Para que friegue? [¿quién más le insistía era su mamá?] Mi mamá. Mi mamá era una bruja tirana conmigo”.

El control de la sexualidad sigue presente con la misma fuerza. Sin embargo, están más influenciadas por el discurso de la liberación sexual opuesto al de la honra. (...) Aun cuando interiorizaron el tabú de la virginidad, el complejo de creencias en que se sustenta la noción de honra ha perdido consistencia (Fuller 1998, p. 136).

Así el acto de tener relaciones sexuales antes del matrimonio, o mantenerse vírgenes, comienzan a ser vistas como un tema de decisión personal. Esto también resulta claro en Ponce y La Rosa (1995), donde destacan que las jóvenes universitarias de los 90s (alrededor del tiempo donde las madres estaban en su etapa universitaria) en su mayoría ya no mantenían la virginidad como un valor sexual de la mujer. De todas formas, sí destacan que el sexo estaba siempre ligado al amor, para que este sea considerado como bueno y no merezca sanción. Aunque en la investigación de dichas autoras, las jóvenes (es decir las mujeres del corte generacional de las Madres) mostraban en el plano discursivo formas más liberales de entender la sexualidad y las relaciones entre hombres y mujeres, destacan que “a nivel individual suelen mantener aún en algunas áreas una práctica conservadora o tradicional en materia de lo sexual” (Ponce y La Rosa 1995, p.132).

Esto resulta notorio entre las entrevistadas madres: Lourdes [55] comentó, "Yo salí de mi casa casada" con risa, como burlándose de la frase la cual efectivamente cumplió. Al igual que Pilar [54] haciendo su controversial exposición en la universidad sobre métodos anticonceptivos y aborto, pero aún así rechazando los avances sexuales de sus primeros enamorados:

Ojo yo no he sido ninguna loca, es más, es mi estructura algo de cuando quiera algo y estar con una persona, no, o sea, no. Porque no me lo permitía. ¿Te das cuenta? Pero por un tema de decisión no porque fuera pecado ni nada de eso. Sino porque yo no quería hacerlo en ese momento, o no me sentía preparada físicamente para eso, o mentalmente para eso. Pilar [54]

Dentro del grupo de las hijas, la virginidad en definitiva no ha cargado un peso particularmente fuerte en sus vidas. Todas comentaron haber iniciado ya sus vidas sexuales, además de haber tenido múltiples parejas. Asimismo, varias mencionaron haber establecido vínculos sexuales con personas con quienes no compartían un sentimiento amoroso, sin que esto sea visto como algo malo o incluso tabú. Resulta

claro también que sus madres no han impuesto sobre ellas una preocupación sobre la virginidad como un determinante en sus vidas. En varios casos como el de Victoria [24] y Fátima [24] sus padres, aunque sobre todo sus madres, han ayudado a que estas mantengan una vida sexual segura, llevándolas al ginecólogo y proveyéndoles pastillas anticonceptivas. Incluso en el caso de Teresa [23], donde la sexualidad en su hogar parece ser un tema tabú, ella tampoco ha recibido comentarios con respecto a su virginidad:

Mis padres nunca me hablaron de ese tema. Entonces no sabía que pensar al respecto. Entonces siempre fue algo que yo tuve que adivinar por mí misma, porque mis padres nunca me enseñaron “oye tienes que estar virgen hasta el matrimonio” o “no, ¿sabes qué? Puedes estar sexualmente abierta y es tu decisión.

Así ella menciona que, aunque el tema no fue tratado en casa, nunca sintió una presión explícita de mantenerse virgen, pero tampoco un apoyo a que inicie su vida sexual de manera segura y placentera.

Esto resulta congruente con lo mencionado por Pariona (2016) sobre mujeres profesionales residentes en Lima, (con un grupo de mujeres de entre 15-20 años mayores que las hijas). Allí la autora destaca que “las profesionales entrevistadas tienen una vida sexual más liberada. Y, aunque no todas llevan una vida sexual activa, todas, solteras o casadas ya habían iniciado su vida sexual. La virginidad no apareció como una preocupación en ningún caso” (p. 52).

De todas formas, todavía existen ciertas expectativas a cumplir con respecto a la pérdida de la virginidad. Sobre todo, parece ser que el inicio de la vida sexual se considera mejor cuando se hace dentro del vínculo amoroso, romántico y formal. Es decir, con un enamorado. Chicas como Victoria [24] y Lisette [24] mencionaron que sus enamorados del colegio fueron su “*primer todo*”. Así mismo lo menciona Fátima [24]:

O sea, el perder mi virginidad. Sí sabía que como que quería que sea algo importante. No con cualquiera. Y siento que sí lo fue porque fue con mi primer que enamorado y fue mutuo y fue muy bonito y todo. Pero como que nunca lo vi como que con este estigma como que si la pierdo... como que es el fin del mundo si no es con quien me caso. Sí, sí, le di importancia, no por el hecho de perderla, sino como que de quiero recordarlo, como algo de verdad bonito.

En este sentido, podemos ver cómo es que el lugar de la virginidad en la vida de las mujeres de clase media-alta de Lima ha cambiado entre generaciones. En la generación de las abuelas (y mucho más en la de sus madres – las bisabuelas) la

religión y el miedo del pecado eran el eje que otorgaba significado a la pérdida de la virginidad fuera del matrimonio. Con la creciente secularización social, un proceso que las propias abuelas vieron suceder, el miedo al “qué dirán” y al estigma social generado por la pérdida de la “honra” de una mujer, comenzaron a desplazar el miedo al infierno. Las madres recibieron también esta educación dónde la pérdida de la virginidad fuera del matrimonio, seguía siendo tabú (aunque usualmente era aceptada cuando se trataba del hombre con quien eventualmente se casarían). De todas formas, ellas se empaparon también de un discurso más amplio de liberación sexual, y el uso de métodos anticonceptivos. Aún con espíritu crítico en el plano del discurso, las madres parecen haber obedecido un patrón más tradicional a la hora de actuar. O en todo caso, si actuaron diferentemente no me lo hicieron saber – lo cual también sería un indicador con respecto a su percepción de la sexualidad y la pérdida de la virginidad.

Por su parte, las madres no impusieron sobre sus hijas la consigan de mantenerse vírgenes, o de que su virginidad es central en su valor como persona. Todas ellas han iniciado ya su vida sexual mucho antes de iniciar un vínculo conyugal, de todas formas, parece ser más deseable, preferible (quizás incluso más virtuoso) perder la virginidad con un enamorado. Es decir, con alguien con quien se comparta un vínculo emocional y una relación establecida.

Asimismo, parece ser que la doble moral sexual ha comenzado a perder vigencia dentro de las jóvenes, quienes en ningún momento de la entrevista formularon cualquier tipo de comentario que degrade, critique, o cuestiona la libertad sexual de una mujer. De todas formas, vale preguntarse si es que esta mentalidad ha calado en los hombres jóvenes de esta generación. Una de las experiencias que parecen indicar que no, es la que vivió Victoria [24]. Ella comenta que, a pesar de haber tenido un vínculo positivo con su pareja (formal), deciden terminar la relación; posteriormente ella se involucró con otros chicos, al encontrarse soltera. Esto fue un punto de conflicto cuando regresa con su expareja quien, según Victoria, se “obsesionó” con la idea de ella con otras parejas sexuales:

Quería saber todo: dónde, cómo, cuándo, cuánto tiempo, qué hiciste... fatal, realmente. Y yo ya, me sentía súper nerviosa, y sentía que me estaban quitando mi intimidad, mi privacidad, eso era un tema mío. Y él se obsesionó, me manipuló para que le contara todo. Y yo me sentía destruida, me sentía como si hubieran violado mentalmente ¿entiendes? Como si me hubieran quitado algo que era mío, que ya no era”. (...) Al comienzo me decía que no podía tirar conmigo porque pensaba en los

otros huevones ¿entiendes? Como, estaba realmente obsesionado.

Esta escena, de alguna manera evoca lo ocurrido entre María Helena y Jorge Luis en *El derecho de nacer*. Como si el hecho de que Victoria no le contase qué hizo y con quién, le estuviera escondiendo algo a su pareja, quien se siente con el derecho de saber y en ese sentido de controla. De todas formas, claramente Victoria no piensa igual que María Helena, contarle sus experiencias íntimas a su pareja no era un acto altruista de honestidad, sino un acto de “violación mental” por parte de él.

5.1.3. Conyugalidad y Matrimonio

La Iglesia y la Fe:

Dos de las cinco hijas mencionaron desear casarse tanto por la Iglesia como por lo civil (después de convivir primero con su pareja). Aunque el ritual es el mismo, parecen haber ciertas diferencias en como la generación de las hijas y la generación de las madres y abuelas entienden la significancia de un matrimonio católico. Para las abuelas y para las madres la “bendición de Dios” era, y es hasta el momento bastante importante. El sagrado rito matrimonial era, sobre todo para la generación de las abuelas, la forma en la que una pareja se podría unir legítimamente. Era dentro de este que la sexualidad, que en otro contexto sería pecaminosa, es aceptada (Barrig 2017). De todas formas, la legitimación no era solo social, sino también personal. Es decir, el matrimonio religioso no era solamente la forma en la que su unión sería legitimada socialmente, sino que para que ellas mismas sientan que su unión es legítima, es buena, es aceptable, esta debe pasar primero por una ceremonia religiosa.

El aspecto personal de su vínculo con la fe se destaca en el caso de Zoila [95], quien enviuda después de casi 50 años de matrimonio. Tiempo después conoce a Armando, un hombre mayor y divorciado, con quien eventualmente contrae matrimonio. Sin embargo, al ser Armando una persona divorciada, este no podía casarse una vez más a través de la iglesia, lo cual inicialmente conflictuaba a Zoila. Para ese entonces, sus posturas eran diferentes a las que sostenía durante su juventud, y cuestionaba por qué un hombre divorciado no puede unirse en matrimonio religioso con alguien más. En buena medida, le incomodaba también ir en contra de las normas de la iglesia y simultáneamente mantener su fe.

Entonces yo... yo soy católica, yo sigo siendo a pesar de que según la ley religiosa yo estoy fuera de la iglesia, pero yo sigo siendo. Yo siento que no, que esa no era la

idea de las enseñanzas de Jesús. Entonces no va conmigo eso. Eso al principio me fastidiaba un poco, pero ahora lo tomo con mucha tranquilidad (Zoila [95]).

Así, ella me comentó que pasó por un proceso de profundizar en las enseñanzas de Jesús, a través del cual llegó a la conclusión de que casarse y vivir con un hombre al que ama, aunque esté divorciado, no debería forzarla a abandonar su religión. Es decir, este caso muestra (y opino que resulta igual para las otras dos abuelas) el hecho de que el matrimonio religioso implicaba para ellas su vínculo personal con Dios, algo muy valioso en sus vidas. Como menciona Rita [77], si una persona fuese muy apegada a la religión, si fuese muy católica, tendría que actuar de otra manera. Es decir, no divorciarse, ni casarse con un divorciado, etc.

Porque se supone que, en las creencias católicas, es para siempre el matrimonio. No existe dentro de los cánones que te hacen leer, aprender, o estudiar 'bueno, cuando tú te divorcies, no te preocupes, puedes conseguir otro', o 'no pierdas tu fe, que de repente viene otro'. No, eso no sale. Entonces, no hay forma. Tienes que... ahora, lamentablemente todo el que se divorcia está en contra de la religión. Entonces si eres muuuuuy católico, no te divorciarás. Porque hay gente así. Antiguamente más que nada (Rita [77])

Para las madres, el matrimonio religioso, y su señal como la "aprobación de Dios" sobre la unión mantenía todavía importancia, pero no era determinante. Dentro de las madres fue Pilar quien más resaltó este aspecto:

Para mí era importante la bendición de Dios, sí, para mí era importante la bendición de Dios, tener la gracia. Para mí era súper importante (...) Si no nos hubiéramos casado por la iglesia yo tengo la sensación de que me sentiría en falta ¿no? Pero yo. Él [su esposo] no.

Esta cita resulta interesante en varios aspectos. Para comenzar, muestra que, aunque ella siente que le hubiera hecho falta, no lo caracteriza como necesario. La forma en la que formula la oración indica que la posibilidad de casarse solo de manera civil existiría. Incluso, que a su pareja no le hubiera generado un sentimiento de falta. Así, resalta su particularidad: la importancia que le asigna al matrimonio religioso es tomada desde la percepción personal y no como un deber ser. Constanza, quien debido a que su pareja venía de un previo divorcio, no se pudo casar de manera religiosa, no siente la falta de esto. Aunque ella es una mujer católica, no le ha generado contradicciones internas el hecho de no haberse casado bajo la iglesia, lo que marca una fuerte diferencia con el caso de Zoila. De esta forma, se puede notar que la decisión de casarse por la iglesia carga más bien la categoría de una opción personal y no un mandato moral o social.

En el caso de las jóvenes solo dos de ellas buscan casarse de manera religiosa, de todas formas, una preocupación por la “bendición de Dios” parece no estar tan fuertemente presente en su discurso. Teresa [23], por ejemplo, menciona:

En mi familia... se acostumbra mucho hacer una gran fiesta después de hacer el matrimonio religioso. Se celebra también el matrimonio civil. Pero como es costumbre se hace la ceremonia religiosa y se hace la fiesta después. Que es algo que me interesa (ríe)

Realizar el matrimonio religioso, se vuelve, de esta manera un acto de tradición, de hacer algo que ella tiene presente que sus padres y sus abuelos hicieron. Así mismo le resulta relevante tener una celebración, una ceremonia, en la que pueda festejar aquel día importante.

De esta manera, resulta claro que el significado otorgado al matrimonio religioso ha cambiado entre las generaciones. En la generación de las abuelas, el aspecto religioso, de fe, de devoción, resulta mucho más notorio. En buena medida, esto se debe al hecho de que para ellas la fe y su crianza católica han estructurado sus vidas y las formas en las que entienden las relaciones románticas. Así, el casarse y el mantener su matrimonio son entendidos y significados desde una perspectiva religiosa. Para las madres, parece ser que el matrimonio religioso es más una opción personal que se toma en caso de que la bendición de Dios sea importante para la pareja. Sin embargo, si una pareja decide no hacerlo, o no puede hacerlo a causa de un previo divorcio, esto no afecta la legitimidad de la pareja ni tampoco su sentimiento de cercanía a la religión. Para las hijas, quienes no han tenido una crianza particularmente religiosa (ni en sus colegios, ni en casa), la decisión del matrimonio religioso se hace con base en la expectativa de la tradición y el deseo de celebrar un hito de vida.

En este sentido, resulta similar a lo que dos de las entrevistadas jóvenes mencionaron con respecto a sus expectativas para la celebración del matrimonio fuera de la tradición católica. Tanto Victoria [24] como Fátima [24] mencionaron desear tener una ceremonia donde se pueda celebrar su matrimonio junto con familia y amigos, y hacer de este día un evento especial. Aquí, se espera que la celebración cumpla la función social de anunciar públicamente el "estatus" de su relación y su nivel de compromiso como pareja. Es decir, carga una importancia social, mas no espiritual.

De esa manera, podemos ver el surgimiento de nuevas ceremonias formadas para suplantar el matrimonio religioso de distintas maneras. Constanza [56], quien no

pudo casarse de manera religiosa, sí realizó una ceremonia en su hogar. En esta se hizo una comida grande, se invitó a familia y amigos y se anunció socialmente el compromiso que ella y su pareja se tenían el uno con el otro. Fue solo después de esto que se mudaron juntos. Por lo que, aunque tuvo una ceremonia "alternativa", sí siguió el patrón establecido de matrimonio y posterior convivencia.

Parece ser, entonces, que las madres no tienen una particular preocupación por que sus hijas se comprometan en un matrimonio católico. En buena medida, opinan que hoy en día las formas de relacionarse han cambiado, aunque lo importante sigue siendo el compromiso. De esta manera Pilar [54] comenta:

En la realidad de hoy- o sea, yo creo que el tema de las promesas, porque al final el matrimonio es una promesa, es un compromiso, te comprometes... Por eso te digo, hoy ya pienso completamente diferente de hace tantos años. Si existe el compromiso ¿Por qué no podría hacer un matrimonio? Al final, un enlace o una ceremonia de luz donde ustedes, donde los chicos se prometan- qué quieren hacer con sus vidas. Digo yo.

De esta manera, ella sugiere una "ceremonia de luz" donde las parejas jóvenes puedan hacer la promesa de comprometerse el uno con el otro. Este tipo de reflexión surge desde uno de los mayores miedos de las madres y las abuelas con respecto a la generación de las hijas: la (supuesta) falta de compromiso.

¿Los jóvenes de hoy en día ya no se comprometen?:

Porque las chicas y los muchachos jóvenes, van al matrimonio con la idea de que 'sale mal, me separo'. (Génesis [81]).

Es una sensación, porque nunca he hablado con nadie específicamente, pero me parece como que el tema del compromiso no es que no esté presente, pero es como que no es tan valorado al final (Pilar [54]).

Es que los jóvenes no aguantan pulgas (se ríe). No aguantan nada y también está mal, también está mal (Constanza [56]).

Dentro de la generación de las abuelas y de las madres parece haber una preocupación generalizada con respecto al bajo compromiso de los y las jóvenes. Abuelas como Génesis [81] y Rita [77] destacan el hecho de que ahora las mujeres trabajan, entonces si se quieren divorciar, se divorcian. Mamás como Pilar [54] opinan que lo que los jóvenes buscan en una relación cada vez dista más de la expectativa de compromiso y más bien valoran otros aspectos de la relación. Constanza [56], por otro lado, opina que los jóvenes de hoy en día simplemente carecen de paciencia como para "luchar" por un matrimonio, por lo que recurren al divorcio rápidamente

después de un desencuentro como pareja. Incluso Ernesto y Ana, una pareja del grupo generacional de las madres que me preguntó sobre mi investigación después de mi entrevista a Fátima, quedaron sorprendidos de que en pleno 2023, me dedique “a hablar del amor en un momento de tan poco compromiso”. Pero ¿así piensan las jóvenes?

Como ya se mencionó previamente las chicas entrevistadas no están buscando relaciones comprometidas en la actualidad. De todas formas, todas esperan llegar a establecer vínculos conyugales más adelante en sus vidas. ¿Cómo piensan sobre estos vínculos? ¿ya no valoran el compromiso? En base a las entrevistas desarrolladas, propongo que ellas sí valoran el compromiso y más bien buscan hacer todo lo posible para evitar un divorcio (en caso busquen casarse) o una separación (si es que buscan una vida conyugal).

Así, las entrevistadas del grupo de las jóvenes, aquellas que buscan un matrimonio (Victoria, Teresa, Fátima y Lisette) mencionaron la importancia convivir antes de casarse. Esto pues el matrimonio se entiende como un vínculo de alto compromiso. De esta manera, convivir con alguien es una forma de conocer mejor a la persona, asegurarse de que en aquellas cuestiones que cada uno encuentra como no-negociables estén alineados como pareja. Mencionaron aspectos como el manejo de las finanzas, asegurarse que tanto ellas como sus parejas estén de acuerdo sobre como dividir las responsabilidades económicas, también la resolución de conflicto ¿Cómo responden a los conflictos una vez que ambos vivan juntos? Piensan también en la repartición de labores domésticas: garantizar que sus parejas estén dispuestos a asumir sus responsabilidades con las tareas del hogar, entre varias otras cosas que para cada una de ellas resultan importantes. Las siguientes dos citas resumen de manera concisa la forma en la que esta generación piensa sobre la convivencia:

Siento que quizás puede ser más tormentosa la vivencia de alguien que... que se muda con la pareja el día de su matrimonio. O “¡nos casamos! Luna de miel, y luego convivimos juntos” puede ser muy tormentoso el cambio. Porque puede ser brusco, de un segundo para el otro. Siento que puede ser más tanteando un poco la convivencia. Sí, un día me quedo a dormir a tu casa y otro día de repente no. Y otro día paso una semana contigo, y luego no. Luego un mes ¿entiendes? Más progresivo. Quizás porque a mí me da un poco de miedo el cambio tan brusco. Eso me parecería la forma ideal (Victoria [24])

Más que nada siento que el tema de la convivencia para mí es importante antes de casarse. Siento que nunca llegas a conocer a alguien al 100% y siento que, con la convivencia, tampoco es que te puedes asegurar que no va a haber problemas después en el matrimonio. Claramente sí. Pero siento que problemas un poco

grandes o fuertes son en el primer año de matrimonio, porque empiezas a convivir y ahí es donde realmente siento que conoces a alguien (Fátima [24]).

En este sentido, la convivencia funciona como una suerte de filtro donde una pareja puede tomar la decisión de casarse con más seguridad, con la confianza de que conocen a cabalidad no solo a la persona, sino también las dinámicas que tienen como pareja. Es solo después de esto que se considera el matrimonio y posteriormente los hijos. De esta manera, resulta claro que para ellas el matrimonio no es algo fácilmente desechable. El compromiso es de gran valor para las mujeres de esta generación, aunque este sea un compromiso informado. Es decir, buscan saber a qué vida se están comprometiendo antes de anunciar su compromiso de manera pública a través de una ceremonia religiosa o "alternativa".

Percepción de las Abuelas y Madres de la convivencia:

Como proponen Erickmeyer y Manning (2018) la cohabitación serial (la práctica donde una pareja convive junta como en un periodo de "prueba" para verificar la compatibilidad con el posible cónyuge) se ha vuelto cada vez más común entre los jóvenes estadounidenses a comparación de sus generaciones pasadas. En el caso analizado en este proyecto de investigación se podría decir que a pesar de que tanto las abuelas como las madres no mantenían una visión positiva con respecto a la convivencia antes del matrimonio mientras ellas eran jóvenes (es decir durante el momento en las que ellas estaban por casarse), resulta evidente que para todas las generaciones (abuelas, madres e hijas) la cohabitación serial ahora es percibida como una trayectoria legítima para los y las jóvenes.

Veamos, para comenzar, cómo entienden la convivencia la generación de las abuelas y las madres. Para las abuelas, la convivencia antes del matrimonio no era realmente una opción para una mujer "decente" de clase media alta de Lima. Se criaron bajo la consigna de que las mujeres deben salir de sus casas casadas, y ninguna de las tres entrevistadas de esta generación pensó en convivir antes de casarse. Esto, en buena medida, por el hecho de que la unión entre una mujer y un hombre (la única unión posible dentro de su percepción en el momento) debía pasar primero por la bendición de Dios, como ya se mencionó previamente.

Para las madres, a diferencia que para las abuelas, la decisión de convivir existía, era una opción que se podía tomar, una posible trayectoria. De todas formas, no era necesariamente una trayectoria que ellas hayan percibido como socialmente aceptable. Lourdes [55] recuerda haber sentido la presión por parte de su madre de

“salir de su casa casada”. Constanza [56] quien comenzó a convivir con su esposo por el hecho de que este, por complicaciones legales, estaba todavía separado, mas no divorciado estuvo un tanto reacia a tomar esta decisión. Hoy opina que el hecho de que todas sus hermanas se habrían ya casado, y ella era la menor, permitió que su madre sea menos estricta con ella y le apoye en esta decisión. Pilar [54] resalta el miedo al “que dirán” que tenía con respecto a tomar una decisión como convivir antes de casarse, además de los comentarios de su abuela:

Creo que, si me hubieras preguntado a los 25 que fue la edad que yo me casé y bueno, dos años antes de enamorados... te hubiera dicho que no. Que no, pero porque- no estoy pensando en yo como Pilar, sino todo el tema de los valores, de mi casa, mi abuela diciéndome “tú tienes que salir de la casa casada” una prima que había tenido un hijito y era como qué *sonido de sorpresa escandalizada*. Entonces hay mucho tiki tiki al costado ¿no? Mucho cuchicheo de lo que está pasando y tú no quieres ser una del cuchicheo. Nunca he querido ser- yo siempre he cuidado mucho mi nombre, mi imagen, todo-. Entonces yo no iba a querer ser parte del cuchicheo, entonces... Eso, tomé las decisiones que tomé.

En la actualidad, su percepción de la convivencia antes del matrimonio ha cambiado. Por un lado, Constanza[56] lo describió como aceptable, mientras que Pilar[54] y Lourdes[55] les parece positivo que los jóvenes busquen conocerse antes de tomar la decisión de casarse. Sorprendentemente fueron las abuelas quienes tuvieron las reacciones más positivas con respecto a que las jóvenes convivan antes del matrimonio, aunque su percepción con respecto al tema resulta bastante particular. Dos de las abuelas (Génesis[81] y Zoila[95]) al hablar sobre la convivencia entre los jóvenes, hicieron mención de la práctica incaica del *servinacuy*:

Porque decían ‘una mujer, una hija, se va de la casa casada’. Eso era antiguamente. ‘Así se va uno de su casa, casada’. Y eso escuché yo siempre. Ahora no. Unas dicen ‘es mucho libertinaje’. No... total la atracción carnal existe ¿no? Y si lo hace también tanta gente... y cobran (ríe). Imagínate qué van a hacer ahora. Entonces, como era antiguamente el *servinacuy* que era en los incas. Que convivían para conocerse mejor (Génesis [81]).

Los muchachos ahora se unen. Como te decía eso era, en el incanato ¿no? en la época en que era el *servinacuy*. Convivían ambos, si se amoldaban, se casaban. Si no, cada uno para su sitio. Eso existía siempre. Lo hemos estudiado en la historia, en la historia del incanato. *Servinacuy* era, pues la convivencia de los dos, de las personas que -pero con miras a casarse- o sea, probaban la parte carnal del ser humano (Zoila [95]).

Ambas declaraciones resultan interesantes, por un lado, por el hecho de hacer referencia a una práctica cultural la cual ellas ubican como previa o más antigua a la que ellas fueron expuestas. Convirtiendo de esta manera la práctica de los jóvenes (y

las cuales ellas ven en sus nietos, sobrinos, etc) no en un “libertinaje” moderno, sino más bien en una práctica con cierta lógica tradicional. Así mismo, sus comentarios demuestran que aprueban de una convivencia serial, donde una pareja pueda convivir y conocerse mejor (donde destacan el conocerse sexualmente), y posteriormente decidir si casarse, o no, y volverlo a intentar con otra pareja. Aunque, en este sentido es claro que asocian la convivencia con el inicio de la vida sexual de una mujer, lo cual rara vez parece ser el caso para las parejas las cuales estarían desarrollando esta práctica.

Esto pues, como ya se mencionó, ellas tuvieron el inicio de su vida sexual después del matrimonio, es decir después de comenzar a vivir con su pareja. Así me resultó interesante que cuando preguntaba a las abuelas sobre la convivencia o incluso sobre cómo cambia una pareja de enamorados a una de casados, me hablen rápidamente de sexo. Entendí, que una de las grandes novedades para ellas con respecto a vivir con su pareja, fue poder disfrutar de su sexualidad, o como ellas lo llamaban “la parte carnal del ser humano”.

Esto dista mucho de lo que las jóvenes entienden al hablar de convivencia. Como ya se mencionó, para las entrevistadas jóvenes, la convivencia es una etapa donde esperan conocer mejor a sus parejas, sobre todo en los aspectos cotidianos para poder ver si son efectivamente compatibles antes de pensar en el matrimonio. Así por ejemplo Victoria [24] comenta:

Significaría mucho... ceder, ceder en muchas cosas. Yo que soy medio maniática en ciertas cosas... tener que... no sé respetar espacios, lugares. Compartir, aprendes muchas cosas más de intimidad, no intimidad sexual, sino otro tipo de intimidad que quizás no percibes en una relación del día a día, si es que no convives con esa persona. Aprendes como detalles, sutilezas, un poco más allá de la relación.

En este sentido, lo que se resalta es el conocer la parte cotidiana de la vida en pareja, las “sutilezas” como las llama Victoria. De todas formas, no la parte sexual. Esto pues el aspecto de la intimidad sexual ya se habría descubierto mucho antes de iniciar una relación de convivencia. Por lo que podríamos hablar de una inversión casi completa en el “orden” que las abuelas y las hijas siguen al entablar una relación. Mientras que con las abuelas se habla de enamoramiento, matrimonio, convivencia, inicio de la vida sexual. Para las hijas sería enamoramiento, inicio de la vida sexual (estos dos pueden ser intercambiables dependiendo del caso), convivencia y matrimonio.

“No necesitas un contrato que te lo demuestre”:

Tanto dentro del grupo etéreo de las madres como el de las hijas rondaba la frase, o la idea, de que no es necesario un contrato matrimonial que demuestre el compromiso de la pareja. Como mencionó Pilar [54] “De hecho muchas personas conviven y ya están juntos con alguien y les va súper bien y no necesitan el vínculo del matrimonio, hoy”. O Lisette [24] “no es que necesariamente tenga que haber un matrimonio de por medio para que la relación dure muchísimo tiempo”. Más bien todas las participantes de estas dos generaciones aceptaban la noción de que no se necesita de un contrato matrimonial para que una relación sea comprometida, seria y legítima.

De todas formas, parecen coexistir dos pensamientos opuestos, pero que simultáneamente se plantean como verdad:

- a) No es necesario que una pareja de convivientes se case para tener una relación plenamente comprometida,
- b) El matrimonio es el escalón más avanzado en la esclera de compromiso que una pareja puede tomar.

Esta paradoja parece resolverse cuando la pareja de convivientes tiene hijos. Desde ese punto la solidez o el nivel de compromiso ya no es cuestionado y adquieren total legitimidad y reconocimiento social. De todas formas, esto deja en una suerte de limbo a aquellas parejas que no deseen casarse ni tener hijos, pero tienen un fuerte lazo de compromiso. Pues, aunque en el discurso se pueda aceptar como igual de legítimo, en la práctica todavía se usa el matrimonio como la muestra última de compromiso y legitimidad.

En este punto me parece relevante mencionar las reflexiones de Helena, la única del grupo de las jóvenes que mencionó no estar segura de casarse y quien tampoco mencionó estar segura de querer tener hijos. De todas formas, sí desea establecer un vínculo conyugal y comprometido con una pareja. Así mismo, dentro de todas las entrevistadas es la única que se autoidentifica como bisexual y ha tenido relaciones con mujeres. Resulta interesante que Helena hace el mismo análisis que Giddens (1998) con respecto al compromiso, pues hace referencia a las experiencias de parejas homosexuales quienes se han mantenido juntos sin casarse, por el hecho de que ni el matrimonio legal ni religioso eran una opción abierta para ellos/ellas. Así, Helena menciona:

Muchas relaciones homosexuales, cuando no era legal casarse entre gays,

encontraban a su persona y sin necesidad de formalizarlo en un papel o nada. Decían eres la persona con la que me quiero quedar el resto de mi vida... y se fueron hasta los 90, 80 (años) y se murieron. Es cuestión de compromiso.

Así, al igual que Giddens (1998) resalta el hecho de que las parejas LGBT tuvieron que generar nuevos modelos de relación afectiva donde el compromiso no se encuentre sustentado en el matrimonio. Giddens (1998) menciona que las relaciones de parejas homosexuales fueron de las primeras en desarrollar lo que él llama la “pura relación”: “En la pura relación, la confianza no tiene soportes externos y debe desarrollarse sobre la base de la intimidad” (p.128). Así estas parejas, establecían el compromiso en la confianza mutua, en los acuerdos verbales, y en las prácticas diarias.

Conyugalidad y Adulterio:

Uno de los aspectos que parecen haber cambiado entre generaciones es el concepto de adultez. Para las abuelas, esta estuvo en buena medida ligada al matrimonio y aún más a la llegada del primer hijo —aunque esta pasaba prontamente después del matrimonio. Así, por ejemplo, Génesis [81], al hablar de cuándo ella se sintió plenamente adulta, mencionó no solo su matrimonio, sino también su capacidad de sacar adelante a los hijos, poder educarlos bien y poder resolver distintos problemas dentro de la casa.

Como menciona Fuller (1998) para la generación de las madres, el matrimonio era todavía considerado como una señal de adultez: “A través del matrimonio acceden al status de adultas. No existe otra posibilidad socialmente valorizada de instalarse en el universo social que no sea a través de <fundar un hogar>” (p. 177). Así surge, lo que Giddens (1998) llama la “paradoja del matrimonio” (p59), el cual era simultáneamente un medio para lograr autonomía, sobre todo frente a los padres, y la pérdida de la autonomía frente al marido y la vida en pareja.

Así lo destaca Lourdes [55] quien menciona que uno de los motivos para casarse era efectivamente la independencia frente a la casa de los padres que el matrimonio te brindaba, junto con el reconocimiento social de la adultez:

Dentro de la sociedad no era bien visto que tú te fueras de viaje con tu pareja. Entonces claro, todo el mundo quería casarse para largarse de viaje, para irse a todos lados. Eso de que te vas un fin de semana... te miraban con cara larga ¿no? Y te estoy hablando de que ya tenía más de 25 años. (...) No es como ahora, esa libertad que existe para hacer todo lo que tú quieres sin tener que estar amarrada a una pareja. ¿no? Tú te vas de viaje con tu pareja, o sea, qué bacán, pero no tienes que estar casado. Entonces la gente ahora hace todo lo que nosotros hacíamos cuando

nos casábamos.

De todas formas, Lourdes [55] mencionó haberse considerado a sí misma una adulta antes de casarse (al acabar la universidad, comenzar a trabajar, etc.), aunque no haya sido percibida de esa manera por parte de sus padres o la sociedad. Por otro lado, tanto Pilar [54] como Constanza [56] sí identifican su adultez con el inicio de la vida conyugal, y aún más con el nacimiento de sus primeras hijas.

Para la generación de las hijas la adultez es un concepto nebuloso. En buena medida sienten que cumplen con varios aspectos que las podría categorizar como adultas ya que trabajan, manejan, se van de viaje solas, etc. Así lo menciona Victoria [24]:

Pero, creo que relaciono la adultez con la independencia. Independencia económica, o vivir sola, por ejemplo. Yo vivo con mis padres, yo creo que para mí eso es un límite. O desde... si bien no pido permiso cuando voy a cosas, al vivir con mis padres... es como "mamá, me prestas tu carro" (se ríe), o "por si acaso voy a llegar a tal hora". Siento que relaciono adultez con vivir sola, por ejemplo, dejas eso de lado y ya. Me consideraría más adulta si viviera sola.

Así, en buena medida, las jóvenes siguen asociando el ser plenamente adultas con el salir de la casa de sus padres, o por lo menos identifican que ese es el aspecto que actualmente les falta, sobre todo por el hecho de ser económicamente dependientes de su familia. Piensan, entonces, que el salir de la casa de origen será un gran paso para una adultez más plena. De todas formas, a diferencia de las abuelas y las madres, no identifican la salida de la casa con la vida conyugal. Más bien preferirían otras opciones, vivir solas o tener la experiencia de vivir con "roomates" son opciones por las que optarían y a través de las cuales se sentirían igualmente adultas.

5.2. Trabajo dentro y fuera del hogar

Dentro de la unidad familiar, se definen los roles y responsabilidades que sus miembros cumplirán con base en los patrones culturalmente demarcados con respecto a las normas que deben seguir según su posición en la familia (madres/padre/hijo/hija/etc.) (Gutiérrez et al., 2015). Es así como analizar los trabajos dentro y fuera del hogar que las entrevistadas han asumido (o piensan asumir en un futuro) nos permite acercarnos a los libretos de género (entiéndase en el sentido de Butler) que asumen como propios con respecto a su identidad como mujeres, esposas, madres y trabajadoras.

Uno de los aspectos que busco tratar en este subcapítulo es la temática de los

cuidados del hogar, la crianza de los niños dentro de una pareja conyugal (conviviente o casada) y la percepción del rol de "ama de casa" dentro de las tres generaciones. Además, cómo tanto los roles dentro del hogar como la figura del ama de casa han cambiado con la creciente inserción de la mujer de clase media-alta en la esfera (pública) del trabajo.

El cuidado y el trabajo remunerado me parecen temáticas relevantes dentro del marco de la intimidad, pues, como menciona Cuevas (2019), los roles de género con respecto a la distribución del trabajo reproductivo y de cuidados son una parte esencial del análisis de la vida íntima, al tener un alto impacto en la vida cotidiana de las parejas, su percepción de sí mismos y su capacidad de negociación. Asimismo, como bien destaca Cuevas (2019), además de varios otros autores tanto nacionales como internacionales, como Lipovetsky (1997), Fuller (1998), Ariza y Olivera (2001), Pariona (2016), Criado (2020), etc., esta es una esfera que ha comenzado a transformarse de manera notoria en las últimas generaciones. La asignación de los cuidados como una tarea femenina ha sido cada vez más cuestionada, sobre todo con la mayor inserción de la mujer en la esfera laboral. De todas maneras, como bien destacan los autores mencionados, aunque la expectativa dentro de los núcleos conyugales se está dirigiendo hacia una relación más democrática y equitativa, en la práctica siguen siendo las mujeres, independientemente de si tienen trabajo remunerado o no, quienes se encargan de la mayor parte de los cuidados. En este sentido, propongo que los cambios con respecto a los cuidados, el trabajo dentro del hogar y el trabajo fuera de este han transformado en buena medida el significado del matrimonio y el vínculo conyugal en general, al generar nuevas expectativas de lo que significa ser una mujer casada/conviviente. Es decir, redefinen las expectativas de la vida en pareja.

Comencemos entonces, tornando la mirada hacia el rol de ama de casa, tan prevalente en la generación de las abuelas. Como ya se ha mencionado en el capítulo anterior, dentro de esta generación, dos de ellas (Génesis [81] y Zoila [95]) se dedicaron la mayor parte de su vida conyugal a ser amas de casa. Como destaca Génesis, esto fue en buena parte para lo que ellas fueron criadas, a diferencia de las mujeres de hoy en día:

Antes era 'la mujer para la casa'. Antes era eso. ¿Qué le enseñaban a la mujer? a cocinar, a planchar, a lavar... cosas, digamos, del hogar. Eso es lo que tenía que aprender. Casi no iban a la universidad. Solamente los hombres. Eso era antiguo,

ahora no. Ahora, bueno, los dos trabajan. Entonces este es diferente, pues, es diferente (Génesis [81]).

Génesis [81] se dedicó a ser ama de casa prácticamente desde el inicio de su matrimonio, aunque recordemos que ella deseaba llegar a la meta de los 5 años dentro de la empresa en la que trabajaba, meta para la cual le faltaban apenas unos meses una vez que se casó. Así, ella le pidió a su marido "déjame cumplir mis 5 años". Más que una negociación entre pares, la forma en la que formuló su narración con respecto al tema da a entender una lógica de "pedir permiso". Permiso el cual su marido, agradadamente, le concedió.

El caso de Zoila [95] denota algo similar. Ella trabajó por 6 años mientras su esposo atravesaba dificultades económicas. Una vez que su pareja "alzó cabeza", le hizo saber que ya no era "necesario" el trabajo de Zoila. De todas formas, él le dijo que a lo que sea que ella quisiera dedicarse (seguir trabajando, completar una carrera universitaria, o dedicarse al hogar), la apoyaría. Zoila piensa que esto quizás también tuvo que ver con el hecho de que ella contribuyó a las finanzas del hogar. En este sentido, haber trabajado y "apoyado" a su esposo le brindó también una facilidad al momento de negociar con su pareja su rol dentro (y fuera) del hogar. Algo que ella menciona estaba muy lejos de la realidad del resto de sus amigas, cuyos esposos no les hubieran permitido ni pensar en la posibilidad de cumplir un rol fuera del de ama de casa.

Esta experiencia personal y subjetiva de las entrevistadas, donde su deseo para trabajar fuera del hogar debe pasar primero por la aprobación de su marido y tener que recibir de este ya sea el permiso o el apoyo, no resulta fuera de lo común para la época. Incluso, como lo demuestra Barrig (2017), tenía su expresión jurídica. Destaca la autora el artículo 173 del código civil (escrito en 1936 y vigente hasta 1984) el cual habla del posible trabajo remunerado de una mujer casada:

La mujer puede ejercer cualquier profesión o industria, así como efectuar cualquier trabajo fuera de la casa común con el consentimiento expreso o tácito del marido. Si el marido negare su consentimiento la mujer podría ser autorizada por el juez, siempre que pruebe que esta medida la justifica el interés manifiesto de la sociedad conyugal o de la familia" (En Barrig 2017, p.33).

En este sentido, la mujer casada necesitaba la aprobación de su marido para poder trabajar, si este se la negaba un juez podría otorgársela siempre y cuando sea para el bien de la familia. Es decir, trabajar por el bien de otros, y no porque una misma lo quisiese.

Dentro de las abuelas, Rita [77] destaca con su opinión frente al rol de ama de casa, ella misma se describió como “moderna” en ese sentido. Así ella no solo se sentía inconforme durante los años que se dedicó al hogar, sino que también tiene una manera particular de entender lo que este rol significa. Describe el quedarse en el hogar como ser “ociosa” o “no hacer nada”, además de personalmente haberse sentido “aburrida” y con la “necesidad de que el tiempo me sobraba”. Siente que, en ese sentido, ella se distinguía de su madre: “Es que yo tenía el carácter de mi papá. Mi mamá... hermosa la mujer, pelirroja de ojos verdes. Italiana. Pero... mi mamá era otra cosa, era muñequita de salón”.

Recuerda entonces tener la sensación de pasar sus días viendo por la ventana para ver si su esposo habría llegado de su viaje de negocios (los cuales hacía con suma frecuencia). “Una vez mi papá llega a mi casa, y me dice “¿qué haces ahí viendo a la ventana? Pareces Cucarachita Martina”.

Me llamó la atención del uso del cuento para hacer referencia a la situación de “quedarse frente a la ventana” de Rita. Este cuento, también llamado Cucarachita Martínez, Cucarachita Mandinga, o Ratita Presumida es realmente antiguo (aunque sigue vigente hasta hoy en día – yo recuerdo haber interpretado a la Ratita Presumida en la guardería), según Hackshaw (2020) la versión escrita más antigua data de 1683 en Francia. En la trama, como lo muestra la versión de Marcano de 1880 la cucarachita se encuentra una moneda, la cual invierte en su belleza personal, así “se peina con gran esmero, adorándose con las cintas, viste un traje a la moda, botines Luis XV y se sienta a la ventana a ver pasar la gente” (en Cuesta 2013, p.363). Es decir, se sienta a esperar a que llegue su futuro marido. Como menciona Barrig (2017):

La historia de la Cucarachita Martina, es un cuento infantil que forma parte de una visión sobre la misión y el rol de la mujer bastante difundidos en nuestro medio. No solo lleva implícita la concepción del matrimonio como medio de subsistencia de la mujer; esquematiza, además, su comportamiento dentro del hogar (p.127).

De todas formas, la referencia al cuento dentro de la narrativa de Rita no se hace de una manera positiva (ni por parte de ella ni por parte de su padre). Es decir, a través de la referencia al cuento, ella demuestra un rechazo a la precepción tradicional de una mujer que la ubica dentro del hogar.

Es así como ella comienza a trabajar como secretaria de directorio dentro del ministerio de pesquería durante el gobierno revolucionario de las fuerzas armadas. Al cual logró acceder gracias a los contactos de su padre quien previamente era parte

de las Fuerzas Aéreas, a su manejo del inglés (el cual era necesario cuando se trataba con extranjeros), y haber cursado secretariado dentro del colegio. Sobre todo, destaca con agradecimiento la actitud de su padre: “Yo agradezco a Dios, porque a mi papá no le gustaba verme ociosa, “¿Para qué has estudiado?”, me decía, “Tanto secretariado, tanta vaina, ¿y no estás trabajando?”.

De todas maneras, Rita, después de hablarme extensamente sobre su trabajo en el ministerio, los personajes con los que se había topado, la libertad económica que le brindaba, entre otras cosas que denotaban que ella se ha sentido muy orgullosa de su laburo, concluyó por mencionarme que ella no pagaba los colegios, ni la comida, ni ninguno de los gastos de “necesidad”. Así pues, aunque ella trabajara, se mantenía dentro de su hogar todavía la lógica del padre-proveedor. Como destaca Barrig (2017) hablando de las mujeres de clase media en Lima entre las décadas de 1960 y 1970, “El trabajo de la mujer sigue evaluándose por debajo del hombre, algo así como una actividad accesorio a la ocupación central de la mujer (casa, hijos) que solo completa el presupuesto familiar” (p.65). Podemos argüir que esto refiere no solo a la cantidad de dinero ganada, la cual era menor a la del marido, sino también en su carga simbólica (para qué se usa y que tan “necesaria” es).

Dentro de la generación de las madres, el rol de ama de casa comenzó a perder popularidad al enfrentarse al de “mujer/madre trabajadora”. Así, por ejemplo, Lourdes [55] tenía una forma similar a su madre (Rita) de describir el rol de ama de casa; palabras como “mantenidas” daban a entender que el rol les parecía fácil o, en todo caso, no sería una forma en la que una mujer pudiera realizarse plenamente, al ser caracterizada por su situación de dependencia. Sería necesario todavía el aspecto laboral para el desarrollo pleno. Esta línea de pensamiento, de darle prioridad al trabajo como una forma de crecer como persona, estuvo presente también en el discurso de Constanza [56], pese a que ella sí se ha dedicado la mayor parte de su vida conyugal a la casa:

Así tengas tú un respaldo económico que te permita quedarte en tu casa. Así venga mi hija de 22 años y me diga, me quiero casar con fulano de tal que es gerente general del banco X y que gana la millonada... ¿entiendes? Al margen de eso yo creo que es muy enriquecedor para una persona tener que salir a trabajar.

Una de las entrevistadas perteneciente al grupo de las hijas, Fátima [24], me habló de su madre quien es ama de casa (y no participó en la investigación). Sobre ella me comenta que, aunque se graduó como diseñadora gráfica en Toulouse

Lautrec, desde que decidió formar una familia con su esposo, no trabajó. Aspecto que hoy en día le causa ciertos complejos de autoestima, a pesar de que sus hijas la admiran mucho como madre. “Siento que ella tiene como un trauma de, de que es ama de casa y que no hace nada, y que es mantenida...”. Así, comenta que a su madre le preocupa la opinión externa, la percepción de los demás, y le acompleja que otros la perciban como una persona “mantenida”. “Y también siento que ella tiene una percepción un poco menor de ella por no haber trabajado, pero ha trabajado muchísimo en las cuentas de la casa, por más que ella no lo genere, gracias a ella funciona”.

De esta manera, en base a las entrevistas realizadas, y la literatura revisada parece ser que este rol ha perdido no solo vigencia (en el sentido de que cada vez menos mujeres se dedican a él), sino también prestigio (Fuller 1998, Lipovetsky 1997, Lobera y García 2014). En el sentido de que no es entendido una forma particularmente buena de realizarse como persona, ni como mujer.

Lipovetsky (1997) menciona trabajos de índole feminista que generaron ondas de shock en el público europeo y estadounidense desde la década de 1960 como *Mística femenina* de Betty Friedman donde se discute el “malestar indefinible” de las amas de casa de clase media estadounidenses. Su dedicación total a la casa, el esposo y los hijos la harían carecer de identidad. Necesitaban entonces un “trabajo significativo” (entiéndase como aquel que hacen los hombres, remunerado) para autorrealizarse de manera plena. Este discurso parece haber calado en las clases medias limeñas posteriormente, como lo menciona Fuller (1998) en la generación de los ochentas emerge el modelo de la profesional activa, mientras simultáneamente pierde prestigio el de la ama de casa y la mujer tradicional. Esto resulta notorio por un lado en los discursos presentes en los medios de comunicación que realzan la imagen de la mujer trabajadora, moderna, realizada; además de encontrarse en las narrativas propias de las mujeres que entrevistó. El trabajo, por lo menos a nivel declarativo, se identifica como la “vía privilegiada para la realización personal” (p.153).

Lipovetsky (1997) plantea que la aspiración a trabajar fuera del hogar por parte de las mujeres obedece no solo al empuje de la dinámica individualista que caracteriza la modernidad, ni tampoco se podría limitar el análisis al deseo de una emancipación económica de la pareja. Además de estos factores (que en efecto son relevantes), el autor destaca el deseo (enmarcado en una cultura de trabajo) que tienen las mujeres contemporáneas de que se les juzgue por lo que “hacen”, por sus méritos, talentos y

sus esfuerzos, y no solo por sus capacidades "naturales" (como embarazarse y tener un hijo). "Las mujeres expresan la voluntad de conquistar una identidad profesional en el estricto sentido de la palabra" (p. 206). Es decir, ganan un sentimiento de realización personal al ser capaces de escalar en las escaleras corporativas, enfrentarse a desafíos y triunfar. De todas maneras, esto también resulta ser un privilegio de clase. Son las mujeres de clases acomodadas, con acceso a estudios superiores, las que logran incorporarse a trabajos gratificantes que les permitan un desarrollo más pleno de su identidad profesional.

El acceso a institutos, universidades, maestrías, y diplomados no es el único privilegio de clase que ha permitido a las mujeres de clase media y alta incorporarse de mejor manera al mercado laboral (y a carreras valoradas socialmente).

Las empleadas domésticas asumen el grueso de las tareas en el hogar. (...) este arreglo es el que permite que la división sexual del trabajo en la familia no sea revisada ya que es posible que una tercera persona asuma esta parte de las labores domésticas, evitando así las inevitables fricciones que surgirían si las esposas exigiesen una mayor cooperación a sus maridos" (Fuller 1998, p. 41).

Así, tanto Rita [77] que trabajó, como Pilar [54] y Lourdes [55] quienes también han trabajado durante sus maternidades, lo han hecho a través de la contratación de empleadas domésticas y niñeras que se encarguen de las labores del hogar y el cuidado de los hijos, además de contar con sus respectivas madres quienes también ayudaron con la crianza de estos. Esto para evitar fricciones con sus esposos, puesto a que ellos no están dispuestos a compartir las tareas del hogar. En buena medida, aquellas tareas que no las llega a cumplir el servicio doméstico, cae sobre las madres. Dándose así la conocida doble jornada, pero aminorada gracias a su situación de clase. Así lo demuestra lo mencionado por Pilar [54]:

En términos de la casa nunca trabajamos como las parejas americanas de repente, donde dices 'estas son tus tareas y estas son las mías, estas las haces y tal'. Aún hoy con mi hija de 23 no hay tareas en esta casa. O sea, prácticamente las tareas son todas mías por decirlo así, porque no hay tareas. Bueno, hoy mi esposo preparó la comida y todo porque eso es algo que le gusta y no hay problema. Podríamos decir que, si su tarea es cocinar, lo hace. Pero la lavada de platos, lo que sea, no. Nadie se compromete con eso. Yo puedo llegar de mi oficina y todo esto está hecho una ruma y claro, como a mí no me gusta verlo así lo voy a lavar y lo voy a limpiar. Pero no hay tareas, nunca lo hicimos. Con honestidad no sé si lo hubiésemos conversado en ese momento (el inicio de su relación) con Raúl, mi esposo, me hubiera dicho "¡Sí, ok, lo hacemos!". Hoy claramente sé que no, porque ya tenemos ayuda en casa, y una vez cuando lo discutimos le dije 'Oye voy a hacer una lista de tareas, cada quien hace tal, y me dijo 'No, yo tengo mis cosas que hacer'. Entonces yo dije ok, no, acá no voy a ser acompañada en este *quest* ¿no? Que era algo que quería hacer y... y

obviamente renegué, me molesté, me enojé, me frustré, pero he aprendido a vivir... mi hija me ayuda con unas cosas, él con algunas otras cosas y lo que no podamos hacer, busco alguien que me ayude. Resuelto. ¿Eso lo hace más comprometido o menos comprometido con el matrimonio? No lo sé. Pero claramente para él hacer cosas en la casa no es su tarea. Entonces, está mal, pero ya tiene que ver con un tema machista de repente.

Así, como destacó Fuller (1998), para la generación de las madres, las tareas domésticas no han pasado por una verdadera transformación donde las contrapartes masculinas asuman también una responsabilidad activa en las tareas de la esfera doméstica. La solución para enfrentar la sobrecarga ha sido contratar a otras mujeres que puedan cumplir con estas labores. Aun así, es algo que las madres sí cuestionan en el aspecto discursivo, aunque en la práctica no están dispuestas a enfrentar a sus maridos al respecto. En todas las entrevistas realizadas en hogares, la presencia de empleadas domésticas fue notoria, incluso en aquellas donde la mujer se dedicaba a ser ama de casa. Esto, pues como resalta Kogan (2009), aquellas amas de casa de clase alta que no trabajaban de manera remunerada también contaban con servicios domésticos, por lo que su rol es, sobre todo, supervisar su trabajo, educar a los hijos y gestionar la economía del hogar. Tal ha sido el caso de las mujeres que participaron en esta investigación y se han dedicado a ser amas de casa (Zoila [95], Génesis [81], Constanza [56]).

A diferencia de la generación de las madres, la generación de las hijas espera una pareja que esté comprometida con las labores del hogar. Así, como todas mencionaron desear convivir antes de casarse, el hecho de que su pareja durante esta etapa no cumpla con sus obligaciones dentro de la esfera doméstica sería motivo de separación. Como, tajantemente, comentó Victoria [24]:

Me parece tan importante -a nivel, me parece una falta de respeto. Y yo no toleraría una falta de respeto. Y no estoy dispuesta a gastar la cantidad de energía que estaría gastando en mi día a día porque este pelotudo no quiere hacer sus cosas ¿entiendes? O sea, no.

De todas formas, un aspecto que parece permanecer incuestionado dentro de las tres generaciones es el guion de mujer-madre-cuidadora. En la generación de las abuelas, su identidad como madres resultaba relevantes en su construcción propia y autovaloración, incluso cuando trabajaban como es el caso de Rita. Los productos culturales que consumían también valoraban esta imagen. Como lo fue *El derecho de nacer* donde María Helena lucha por salvar a su hijo, incluso cuando este es repudiado por su familia. Así, la imagen de madre que se preocupa por sus hijos por sobre todas

las cosas queda consagrada bajo la imagen Mariana de la mujer como una esposa y madre abnegada y dedicada (Barrig 2017).

En la generación de las madres, la maternidad es también relevante en su construcción identitaria como mujeres, pero carece de los tintes de sacrificio que las abuelas rescatan y valoran. Aun así, tanto en la generación de las madres, donde el trabajo cobraba una importancia relevante en su identidad, como en la generación de las hijas, donde todas buscan ser profesionales y tener parejas que cumplan con las labores del hogar, cuando se mencionaba la temática de la crianza de hijos, esta seguía siendo de predominio femenino. Así, varias de las hijas hablaron de las distintas estrategias que utilizarían para poder realizar su identidad de trabajadoras y de madres simultáneamente.

Fátima [24] hace referencia a ella y sus hermanas, todas de las cuales quieren ser madres (una ya lo es) y como desean tener trabajos que les permitan pasar más tiempo junto a sus hijos. Esto, pues como ella mismo menciona se crío con la imagen de su madre presente en casa.

O sea, no creo que ninguna de las 3 dejemos el trabajo por completo. Pero siempre creo que vamos a tener trabajos en los que podamos manejar nuestros horarios, las dos que somos emprendedoras. Pero la mayor, un horario flexible o desde casa, donde por lo menos pueda ver a su hijo ¿no?

Lisette también destaca el ejemplo de su madre, una mujer trabajadora, el cual ella quisiera seguir:

Y mi mamá es un gran ejemplo de eso, mi mamá desde que yo he nacido, ella ha estado trabajando. (...) Y mi mamá tiene 4 hijos y yo soy la mayor, tengo 24, mi hermano, el menor, tiene 19, o sea somos seguiditos, seguiditos. Entonces, mi mamá chambeaba y le iba súper bien, chambeaba en sector público, no sé cómo lo hace y ha podido criar a 4 hijos y dedicarles tiempo. O sea, no ser una mamá ausente que nunca ve a sus hijos, que no va a las actuaciones del colegio, o que no va a los partidos de volley. Siempre ha estado ahí. Entonces, como teniendo eso de ejemplo (...)

Es decir, buscan formas de prevenir los posibles remordimientos y sentimientos de culpa que, como menciona Barrig (2017) asaltan a las madres trabajadoras, por no estar “presentes” en la vida de sus hijos.

Las mujeres ingresan a la universidad, pero se les recuerda que su misión es el matrimonio. Pueden trabajar cuando tienen hijos, pero se les advierte que la presencia de la madre es imprescindible para el niño que, de otro modo, resultará una víctima con trastornos psicológicos y fatales complejos (Barrig 2017, p.82).

Esto que Barrig escribe para retratar la situación de las mujeres en la década de 1970 parece mantenerse vigente hasta el día de hoy. Así, aunque las hijas tengan establecido (por lo menos dentro del marco discursivo) que dentro de la vida en pareja no es su rol atender las labores domésticas (lavar, cocinar, limpiar, etc) y que esto es algo que, más bien, debe hacerse en conjunto, no cuestionan su rol como futuras madres; donde asumen la responsabilidad de la crianza de los hijos como tarea propia, mientras que cual sea el rol de sus parejas en este periodo queda sin mencionarse. Solo una de las entrevistadas hijas, Teresa [23], al hablar de lo que buscaba en una pareja conyugal mencionó “Que ayude con los quehaceres, si hay hijos que ayude con los hijos”. Aun así, la participación del hombre sigue estando pensada en términos de ayuda.

Por último, como ya se mencionó, Fuller (1998) destaca como para las mujeres de clase media de Lima el trabajo resultaba uno de los ejes de su identidad:

Aquél de donde obtienen mayor reconocimiento y satisfacciones en tanto individuos autónomos. Siendo sus parejas (reales o futuras) el <otro significativo> por excelencia y una de sus fuentes de reconocimiento más preciada, uno de los pedidos más frecuentes que les dirigen es que apoyen y acepten esta dimensión de sus vidas. En sentido contrario, la renuncia de la pareja en reconocer sus cualidades laborales es vivida, a menudo, como una dolorosa descalificación o descuido (p. 186).

En ese sentido, y en congruencia con lo encontrado por Fuller, tanto las madres como las hijas destacan la importancia de tener una pareja que te apoye en tus ambiciones personales, sobre todo laborales y educativas. Constanza [56], por ejemplo, destaca lo violento que resulta estar con alguien que “te corte las alas, que no te deje ser tú”, es decir alguien que te imponga límites, o te haga sentir que tus objetivos no son valiosos “Que te pongan muchos límites, (...) ‘quiero estudiar pintura’ ‘¿Para qué vas a estudiar pintura? No. La pintura no sirve de nada y tatatata’ y te hacen cambiar de idea.” Así mismo Teresa [23] comentó desear a alguien “que sea un apoyo, un soporte. Que me ayude en mis metas personales, pero que aun así él siga teniendo las suyas”.

En el caso de las hijas, parece ser esperado, incluso asumido, que sus parejas respeten su desarrollo laboral, así todas las que ya se han graduado se desenvuelven laboralmente en sus respectivos ámbitos, y no ven a su trabajo como una situación temporal. De todas formas, comienzan a surgir nuevas preguntas que ni las madres, y en mucha menor medida las abuelas, se han planteado. Se ha asumido que lo máximo a lo que una mujer podría llegar sería al 50/50 es decir a la igualdad con su pareja,

asumiendo como base (gracias al guion internalizado de la figura del esposo-proveedor) que lo “normal” sería que tú esposo gane más o tenga más estudios: Constanza [56] “Creo que, en el fondo, uno piensa que eso es lo natural, lo normal. Que el hombre gane más que tú.” De todas formas, las entrevistadas hijas están sumamente preparadas, tienen estudios superiores, se desarrollan exitosamente en sus ámbitos laborales, piensan seguir maestrías, etc. La posibilidad de que ellas ganen más que sus parejas, que tengan más estudios, y logren cumplir mayores metas laborales resulta cada vez más grande. Guion para el cual, pareciera ser, los jóvenes no están preparados, y en cierta medida ellas tampoco.

Tal fue el caso de Lisette [24], quien superaba en estudios y salario a su pareja de casi 7 años, a pesar de que ambos estaban "súper parejos" al inicio de su relación al graduarse del colegio el mismo año. Hoy, después de la ruptura, ella interpreta que, "no sé si por celos o machismo", su pareja llegó a sentirse intimidada por sus logros personales y su creciente independización, motivo por el cual terminó su relación y optó por emparejarse con una chica con la que sí estaba a la par (seguía estudiando, sin trabajo, etc.).

En las clases medias de Lima, en las décadas de 1950, 1960 y 1970 el hecho de que una mujer casada trabajase generaba rechazo por parte de su pareja, por el hecho de que indicaba que este no podía cumplir con el rol establecido de esposo-proveedor, por lo que era causante de vergüenza al poner en duda su masculinidad (Barrig 2017). En las décadas de 1980 y 1990 los esposos de las mujeres entrevistadas por Fuller (1998) aceptaban los trabajos de sus mujeres, aunque en muchas ocasiones no lo reconocían como tan importantes como el suyo, al ser este secundario a su rol de madre y esposa. Queda por ver en la generación de las hijas, qué sucede cuando estas entren a la vida en pareja, particularmente en el caso de que ganen más que sus cónyuges.

Investigaciones como las de Theabud (2010) demuestran que en contextos industrializados donde se mantiene el libreto cultural del esposo-proveedor, en los casos de parejas conyugales donde la mujer gana más que el hombre, esto no ha significado un aumento de la participación del esposo en las labores domésticas. De todas formas, quedan pendientes las investigaciones de cómo estos cambios puedan afectar la autovaloración tanto de hombres como de mujeres, y los efectos que pueda tener en la vida íntima. Aunque las jóvenes guardan un tono positivo al respecto, esperan encontrar conyuges que las apoyen en sus metas y celebren sus logros

(independientemente que sean estos mayores o menores que los de él), las generaciones mayores no están seguras de que este sea todavía el caso.

Como comentó Zoila [95]:

Eso es bien difícil. Es bien difícil, porque cuando, sobre todo... el hombre siente como que ha perdido su... el ser el macho ¿no? y la mujer está saliendo adelante ¡Ay! es bien difícil yo creo. Ahí la mujer lo tiene que pensar dos veces, porque no lo va a aceptar así nomás. Hay que manejarlo muy bien para que el hombre pueda... bueno yo no he tenido ese problema en ningún momento. Porque a mi marido le fue muy bien, entonces no he tenido esas cosas de competencia. Pero puede haber y eso... no creo que sea bueno para un matrimonio. Hay que pensarlo bien, no es fácil que el hombre acepte. Quizás en un futuro, porque la gente va evolucionando. Pero en este momento no, todavía no.

En conclusión, resulta claro que entre las generaciones existe una tendencia a buscar un ideal más equitativo en la vida en pareja. Así, las demandas de cada generación se hacen con base en lo que la generación pasada logró asegurar. Las abuelas demandaron mayor libertad para trabajar después de casarse, o por lo menos, para decidir hacerlo si así lo querían. De todas formas, asumieron la totalidad de las labores del hogar y no esperaban la colaboración de sus esposos en dicha área. Esto, pues en buena medida, los libretos de esposo-proveedor y mujer-cuidadora no se llegaban a cuestionar.

La generación de las madres se ha desarrollado con mayor facilidad en el campo laboral si así lo han deseado; asimismo, han accedido a estudios superiores. Esperan que sus esposos apoyen y valoren su desempeño laboral. En el plano discursivo comentan que no hay tareas "de hombre" o tareas "de mujer", y aunque el hecho de que sus parejas no colaboren con las tareas del hogar les parece mal, resulta algo superable gracias a la ayuda de empleadas domésticas.

Las hijas tienen internalizada su identidad como mujeres trabajadoras y asumen que encontrarán una pareja que las apoye en sus metas laborales. A diferencia de las madres, la falta de participación de sus (futuros) cónyuges en las tareas del hogar les parece inaceptable y digno de ruptura (queda por verse si estos ideales se llegan a cumplir). De todas formas, una clara continuidad en las tres generaciones es la noción de que la madre es la encargada de criar a los hijos. Aunque el formato ha cambiado, ya no se trata de una madre abnegada y sacrificada, sino de una madre "chambara" pero presente, el fondo sigue siendo igual. Ellas son las encargadas de criar a sus hijos; asimismo, mantienen en alta estima su identidad como madres.

5.3. Balance: Familia Hegemónica y Familias Plurales

Como autores como Simpson (1997) y Ariza y Olivera (2001) han propuesto, los últimos cuarenta años se han destacado por una emergencia de nuevas formas de construir y vivir en familia: madres soltera, parejas divorciadas que se vuelven a casar, parejas que conviven, pero no tienen hijos, etc. Estos cambios han sido internalizados por las entrevistadas de todas las generaciones en mayor o menor medida. Así, por ejemplo, dos de las abuelas que entrevisté habían enviudado y se habían vuelto a juntar con un nuevo hombre (Zoila [95] y Rita [77]), dos de ellas (Rita [77], y Génesis [81]) tuvieron hijas que salieron del hogar sin casarse. Una de las madres (Constanza) convivió y posteriormente se casó con un hombre divorciado y con un hijo. Además de que todas las madres tienen múltiples amigas divorciadas.

Incluso las parejas homosexuales son consideradas como legítimas para todas las entrevistadas (pasando desde lo “aceptable” y lo “respetable” a lo “igual”). Así, por ejemplo, Génesis [81] comentó “Todos somos hijos de Dios ya. Yo no... no juzgo a nadie por su sexualidad. Nacieron así. Y así será y hay que respetarlos”. Aunque todavía hay recelo por parte de algunas de las entrevistadas en las generaciones de las madres y las abuelas, con el hecho de que las parejas homosexuales tengan hijos. Además de que se espera que se “acoplen” a las reglas que siguen las parejas heterosexuales en Lima con respecto a las exhibiciones públicas de afecto (en pocas palabras que mantengan el pudor en los espacios públicos).

Así mismo, las jóvenes reconocen como legítimo nuevas formas de unión familiar como las parejas sin hijos, al ver cada vez más chicas y chicos dentro de sus círculos sociales quienes abiertamente buscan seguir ese camino. ¿Podemos hablar entonces de familias plurales en la estructura de pensamiento de las jóvenes? Aunque en el plano discursivo reconocen nuevas formas de “formar familia” como las anteriormente mencionadas, cuatro de las cinco hijas (a excepción de Helena) tienen como objetivo la formación de una familia hegemónica. Aunque ciertos pasos dentro de las “etapas” del relacionamiento romántico se vean invertidas, todavía buscan el ideal de casarse, tener hijos y formar una familia.

Simpson (1997) menciona que desde la infancia a los niños y a las niñas se les socializa hacia una narrativa establecida del ciclo de vida donde el romance, el cortejo, el matrimonio y la ma/paternidad, se presentan uno tras del otro en una secuencia aparentemente inevitable para poder realizar el proyecto de la “vida familiar”. Aquí lo

interesante es que las jóvenes son sumamente conscientes de este es un ciclo de vida impuesto, que se les ha presentado como inevitable, que han sido socializadas de esta manera. “El cuento que te venden” como lo describía Victoria [24]. De todas formas, no niegan quererlo y desearlo, pero toman esto como una postura personal, frente a las múltiples otras opciones que se podrían tomar



Capítulo 6: Narrativas sobre el amor en tres generaciones

En este capítulo se estarán presentando cuatro Narrativas distintas sobre el amor expresadas por las entrevistadas de esta investigación. En este sentido no se está presentando una definición explícita de lo que cada entrevistada/ generación entiende por amor, sino más bien se ha intentado comprender la forma en la que las entrevistadas han contado sus experiencias amorosas, como también aquellas que perciben en su alrededor.

Al igual que Fernández y Montenegro (2014) estoy haciendo una distinción entre Narrativas y narrativas:

Las Narrativas -con N mayúscula- encajan con lo que otras autoras han conceptualizado como meta-narrativas, narrativas culturales que sirven como referentes en la producción de significado y como mecanismo de limitación en la construcción identitaria y autonarrativa. Por otro lado, las narrativas -con minúscula- hacen referencia a la elaboración "propia" de las narrativas (p. 70).

Es decir, en base a las 11 narrativas personales, he identificado tres Narrativas que muestran cambios como también permanencias con respecto a las formas que estas mujeres tienen de entender el amor y los afectos en cada generación.

Con respecto a las narrativas personales, me sirvo de los aportes de Ripamonti (2017), quien las define como una manera particular de relatar las experiencias individuales, "contar, recuperar, volver a traer y comunicar desde la propia voz, algo acontecido, vivido, etc." (p. 89). Así, es una forma de comunicación (oral y/o escrita) que "incluye lo relativo a los modos subjetivos de vivir/pensar lo vivido, las reflexiones provocadas" (Ripamonti, 2017, p. 90). Las narrativas personales son, entonces, formas de contar, por lo que son una selección de elementos. Ya que las entrevistadas no pueden contar todo, cada detalle, cada gesto, cada pensamiento que tuvieron, estas me contaron lo que recuerdan, de la manera en la que lo recuerdan, y de aquello destacan lo que les parece más importante. La narración implica una selección de momentos, de memorias, de anécdotas, de reflexiones. "Estamos ante una mediación que nos permite ingresar al ámbito de la singularidad de una experiencia" (Ripamonti, 2017, p. 87).

En este sentido, las Narrativas o meta-narrativas, articulan experiencias, hacen sentido de ellas, y les otorgan significado a las historias personales. Resulta necesario destacar que estas experiencias e historias personales están situadas en un contexto sociocultural particular desde el cual deben ser entendidas. Así mismo las Narrativas

son a su vez parte de una cultura afectiva. Como Le Brenton (2010) destaca “La afectividad de los miembros de una misma sociedad se inscribe en un sistema abierto de significaciones, de valores, de rituales, de lenguaje, [vale incluir, de Narrativas] etc. La emoción arranca al interior de esta trama proporcionando a los actores una estructura de interpretación sobre lo que sienten y perciben de la actitud de los otros” (p.71). Siguiendo a este autor, entendemos que parte clave del estudio antropológico de las emociones (la forma en la que son sentidas, corporalizadas y posteriormente narradas) es prestar atención a las condiciones sociales desde dónde se producen dichas emociones. Es así como en este capítulo se busca no solo identificar aquellas Narrativas populares entre las entrevistadas que han dado sentido a sus experiencias personales, sino también atar dichas Narrativas con el contexto social del cual provienen, el cual ha sido tratado con mayor profundidad en el capítulo anterior.

Las Narrativas identificadas y que serán tratadas en los subcapítulos que componen esta sección son las siguientes: El amor como suerte, encontrado principalmente en la generación de las abuelas, donde el amor es percibido como una trayectoria guiada por el destino, sobre el cual las personas no tienen una agencia significativa; El amor “psicologizado”, encontrado en madres, pero sobre todo en las hijas, donde el amor es entendido desde un lenguaje psicológico donde las distintas formas de expresar afecto pueden ser categorizadas y por lo tanto controladas; Por último, la Narrativa del amor “para siempre”, el cual es compartido por las tres generaciones, donde se espera idealmente encontrar a una pareja con quien pasar el resto de la vida y ser así una persona plenamente realizada.

6.1. El amor como suerte: las abuelas

Mi mamá siempre decía “velo y mortaja del cielo baja”. O sea, si te tienes que casar, cuando te cases y cuando te mueras todo va a ser ahí, de más arriba te lo va a decir. Es una frase, no sé si de mi mamá o de mi abuela. Pero decían velo, por lo del matrimonio, y mortaja, cuando ya estás muerto, del cielo baja. (Pilar, [54]).

Cuando las tres abuelas que entrevisté me contaban sobre cómo conocieron a su futuro esposo, algo destacó entre ellas: la idea de la suerte. Sus narraciones con respecto a cómo lo conocieron estaban llenas de coincidencias que no dudaron en destacar. Rita [77], por ejemplo, me contaba sobre lo que comenzó siendo un romance de oficina cuando ella habría tenido entre 18 y 19 años. Recuerda que, aunque ambos trabajaban en el mismo lugar, no se habían llegado a cruzar. Si él estaba allí, ella estaba metida en su oficina. Si ella salía, él justo se habría ido de viaje. Así, ella dice

recordar el **instante** donde lo vio por primera vez “No sé cuantos meses no lo habré visto, y de **casualidad** hubo un almuerzo o algo de la oficina y ahí lo conocí”. En el caso de Génesis [81] -que en aquel momento tenía 18 años- podemos ver algo similar donde, aunque ambos vivían en Lima (donde ella pasaba la mayor parte del tiempo internada) se conocen “¡**Justamente** en Trujillo!” donde ella pasaba sus vacaciones. Recuerda la fiesta dónde se conocieron (a la cual ella no quería ir, pero su compañera la convence) y el momento exacto donde lo ve por primera vez:

Mi esposo me dice, “¿qué haces aquí?”, “estoy leyendo”. Todavía lo miraba con cólera porque decía... este que se me ha venido a hablar. Entonces yo seguía leyendo mi revista. En la revista ¿no? sale una imagen así de una chica que le están poniendo un anillo. Entonces él me dice “¿Quieres que te regale uno igual?”.

Así, en el primer encuentro él parece ya estar flechado, y de broma (aunque una broma propia de su tiempo y cultura afectiva, porque hoy en día no se haría – ni causaría gracia) le habla ya de matrimonio. Algo que sucedió también en el caso de Zoila [95]: “Me sacó a bailar, y esas cosas que... me dijo 'yo contigo, me voy a casar' (ríe) recién lo conocía.” De esta manera, el primer encuentro queda recordado como una noche especial, marcada por las coincidencias y las casualidades. Los eventos que sucedieron y que dieron paso a su eventual matrimonio, sobre todo el primer encuentro, son descritos con un aire de suerte, de fortuna, más que como eventos que simplemente pasaron. Esto contrasta con el caso de las madres y las hijas, donde estos son descritos con menor relevancia; por ejemplo, Pilar [54], quien sobre su encuentro con su futuro esposo tan solo comenta: “Me engancho a trabajar, trabajaba en una empresa de consultoría, ahí conozco a Raúl”.

Es así como esta Narrativa sobre el amor, donde la suerte parece tener un gran peso se nutre de elementos tales como la del destino, y de los amores a primera vista. De nuevo, podemos pensar en el caso de Zoila [95] (el cual describo a mayor profundidad en el capítulo dedicado a las trayectorias) cuyo marido, solo con ver su foto, ya se había flechado y buscó la manera de llegar a ella. Una historia casi idéntica a la de sus propios padres: su padre, se enamoró de su madre desde la primera vez que la vio llegar a su consultorio, momento desde el cual buscó la forma de acercarse:

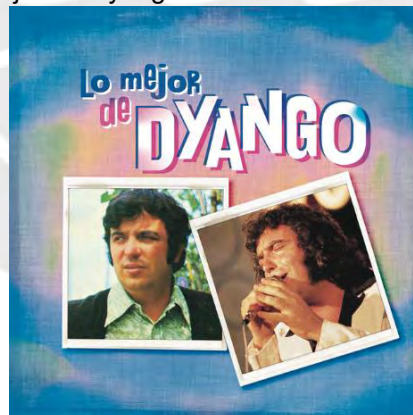
Porque era el médico, peruano, que venía de Estados Unidos y ahí acabó mi mamá llevando a una hermana a que la vieran. Y él se enamoró de ella ahí, en el consultorio y vio la forma de llegar donde ella.

No resulta sorprendente que este tipo de Narrativa sentimental se encuentre en

una gran variedad de productos culturales de la época. Por ejemplo, podríamos traer la trágica historia de amor de María Helena y Jorge Luis en *El derecho de nacer*. Allí ambos se enamoraron desde la primera vez que se conocieron en un baile organizado por los padres de la joven. Así lo describe María Helena: “Lo amo con toda mi alma Jorge Luis, con un amor que se encendió en todo mi ser al conjuro de su mirada la noche que nos conocimos”. Podría argüirse que *El derecho de nacer* trata de un melodrama, donde los sentimientos de amor y tragedia son exagerados para el público, por lo que no guardan semejanza con la realidad. Pero como bien destaca Rosenwein (2022) con respecto a las fantasías románticas: “Las historias de amor proporcionan poderosas cristalizaciones: dan al amor guiones y modelos que seguir para que se revelen sus recompensas” (p. 192).

Aparte del melodrama propio de la radionovela y de la posterior telenovela, este tipo de Narrativa con respecto al amor donde el primer encuentro resulta de gran importancia, pues marca el inicio de un amor prácticamente predestinado, se puede ver una gran cantidad de canciones de la época. Por ejemplo, está la canción Claudia, de Dyango, un artista mencionado por una de las abuelas (la canción proviene del Álbum *Lo mejor de Dyango*, año 1965):

Figura 9
Portada del Álbum “Lo mejor de Dyango”



Fuente: Dyango (1965)

*Al cruzarse nuestras manos
Claudia, presentí
El calor de cien veranos
Claudia, junto a mí
A partir de este instante nació*

Este mundo, que somos tú y yo

En este fragmento de la canción se nota cómo el amor nace en el instante del contacto, del momento de conocerse, de cruzar sus manos. Igualmente, de Dyango (y del mismo álbum) tenemos la canción Doble Melodía:

No puedo decidirme

Mas la suerte vino

A la ciudad del amor

No quiero resistirme

Si me dio el destino

Dos caricias y un temblor

En esta canción Dyango, en tierno lenguaje, se excusa de estar enamorado de dos mujeres simultáneamente (sus dos melodías) pues ha sido su suerte, su destino. Destino al cual no quiere, (cabe preguntarse si es que puede) resistirse. Otro artista al cual quisiera mencionar es Carlos Gardel, cantante de tangos y milongas. Cuando Génesis [81] me invitó a su hogar para poder realizarle las entrevistas y me llevó a una salita de estar dentro de su casa, lo primero que noté fueron la infinidad de afiches de tango colgados en la pared. De entre ellos destacaba uno de Carlos Gardel, en blanco y negro, con un atractivo propio de su época.

Figura 10
Carlos Gardel



Fuente: Carlos Gardel “El rey del Tango” (2025)

Me comentaba Génesis [81], que ella y su esposo bailaban tango, juntos iban al club donde tomaban clases como pareja. Riéndose me dijo que ella siempre le decía a su marido “el único sitio que tú mandas, es en el tango”.

Aunque Gardel resulte previo a las abuelas (Gardel muere en sus 30s en 1935 a causa de un accidente aéreo) su música seguía (y para muchos sigue) siendo un referente, siendo este un artista que logró alcanzar altos niveles de fama en todo Latinoamérica. La suerte y el destino están presentes en varias de sus canciones de amor. Encuentro su expresión más clara en la canción “Destino” grabada en 1924.

*Y fue de un amor sincero
En el libro del cariño
Que los deditos de un niño
Escribieron la pasión
Insaciable de ternura
Infinita de alegría
Hasta que manchara un día
La sombra de la traición
Destino
Que ciego, rudo, implacable
Al inocente o culpable
Aplica el golpe fatal*
(Fuente: Gardel, 2001).

Así en el amor, lo que existe es el destino. Destino que no mira caras ni culpas, sino que actúa indistintamente bajo sus propias reglas sobre las cuales no tenemos control. Tanto la traición que sufre Gardel, como la “doble melodía” que disfruta Dyango son obra de la suerte, sobre la cual carecen de agencia. La Narrativa del amor como suerte, o como destino, la cual tiene sus orígenes mucho antes que mediados del siglo XX (podemos pensar en el mito de cupido) parece entonces haber articulado las narrativas personales de las abuelas. Es así como las meta-narrativas otorgan sentido a las narrativas personales, en el caso de las abuelas, dándole un significado especial a ciertos momentos (como el del encuentro) que en otras generaciones no guardan mayor relevancia.

Cabe mencionar que las abuelas, a lo largo de sus narraciones afectivas, no hablaban de un amor que inició y se mantuvo igual a lo largo del tiempo. No se trata de un amor que comienza con una pasión explosiva y se mantiene con la misma firmeza hasta el día de su muerte, ese no parece ser el caso. En sus narraciones me hablaron de como el amor va cambiando, creciendo y transformándose con los años. Génesis [81] usó la metáfora de una planta a la que hay que regar constantemente

para que no se marchite. Es decir, resalta la agencia que tienen tanto mujeres como hombres dentro de una relación para mantener el afecto vivo. De todas formas, sí encuentro en sus historias el elemento de la suerte para encontrar a su esposo. Estar en el mismo lugar, al mismo tiempo, o como diría Rocío Dúrcal (una cantante también mencionada por las abuelas) “La misma hora, el mismo boulevard”. De todas formas, la lógica de la suerte no está presente solo a la hora de encontrar a quien resulte ser el futuro marido. También la podemos percibir en un aspecto de la intimidad incluso más importante: cómo **es** el marido. Así, el tener un buen o mal esposo es, también una circunstancia de buena o mala suerte.

En las distintas anécdotas que las abuelas me contaban sobre su vida o sobre las experiencias de sus amistades, se repetían ciertas frases. “Menos mal que le ha salido un buen marido (...) imagínate que le hubiera tocado un desgraciado de esos” me dijo Génesis [81] al hablarme de una de sus amigas. “Si te toca un cretino, te fregaste” me comentaba Rita [77] cuando le pregunté sobre la transición de ser una pareja de enamorados a una de esposos. Zoila [95], después de mencionarme que había estado de enamorada con su esposo durante dos años antes de casarse me dijo: “Fue poco, sí. En ese sentido tuve suerte, porque en realidad creo que es poco”.

Los patrones encontrados en las trayectorias afectivas de las abuelas (casarse jóvenes, con poco tiempo de noviazgo, con el único hombre con quien han tenido una relación seria), las reglas de juego que estos patrones obedecen (un control sobre la virginidad de la mujer hasta el matrimonio), además de otros aspectos como la dificultad para poder realizar o incluso considerar un divorcio una vez contraído el matrimonio, y la dependencia económica al esposo, marcan el contexto social en el cual la Narrativa del amor como suerte prolifera.

Resulta interesante ver que existe una consciencia de que los cambios generacionales que se han dado como la convivencia, la convivencia serial, y el aplazamiento del matrimonio, dan a las mujeres de hoy en día mayor agencia (y tiempo) para escoger a su pareja, lo que vendría a significar que ya no se trata de un acto de suerte. Como lo menciona Rita [77] en el siguiente fragmento:

Ustedes pueden convivir con quien quieran, si te demoras tres veces, tres veces puedes convivir con una persona hasta que consigas tu felicidad como tú quieras. En nuestra época no. O sea, yo me quedé con quien yo me enamoré, mi marido, y todo lo que tú quieras, pero tendría ¿qué? 18 años.

Así, dentro de la generación de las abuelas, la vida que depara a una mujer

después de contraer matrimonio y su felicidad, parecen estar, de alguna manera, fuera de su control. Lo que se puede esperar es que tengas buena suerte y “te toque” un buen marido. Vale preguntarse ¿Qué significaría tener buena suerte?

En un momento durante la entrevista con Zoila [95] estábamos hablando de su vida laboral, particularmente sobre el hecho de que ella trabajó en un momento donde muy pocas mujeres casadas lo hacían. Le pregunté si es que en algún momento su esposo, la habría hecho sentir mal o incomoda al respeto, a lo que me contestó que no. Ni él, ni su familia agregó, haciendo especial referencia al apoyo que fue su suegra. Así continuó diciendo: “la verdad es que he tenido mucha suerte en la vida porque no he tenido esos problemas de gente difícil. Sí, mis amigas yo las encontraba que estaban un poquito... sumisas, yo las encontraba sumisas”. Tener mala suerte es tener un esposo que las mantenga sumisas, en el caso que me hablaba Zoila [95] eran maridos que les daban órdenes a sus esposas “Pobrecitas realmente. Que tenían que limpiarle los zapatos y cosas por el estilo”. Asimismo, que tu pareja sea infiel, violento, machista o borracho parece ser una cuestión de mala suerte: te tocó un mal marido. De tal manera lo decía Génesis al hablar de una vecina suya “era muy... muy dócil. Súper dócil era, y el chico que le tocó, Dios mío, era de lo peor”. Era de lo peor, pues era un “*chabacano*” que le gustaba tomar y hablar de sus varias conquistas sexuales.

Entonces ¿qué hacer si te tocó un mal marido? El divorcio parece ser en estos casos una opción difícil. Por un lado, como menciona Kogan (2009) al hablar de mujeres de clase alta “La comodidad económica, el temor a enfrentar la crítica social o el creer imposible mantener a los hijos serían las causas por las que *no* se divorciarían las mujeres” (p.81). En este sentido, el aspecto de la pérdida de *status* estaría siendo relevante, no solo por cargar ahora la categoría de “divorciada”, sino también por la carencia de los recursos económicos del esposo, quien en muchos de los casos era el proveedor del hogar.

De todas formas, como lo destaca Barrig (2017) durante la década de 1960 en Lima, las familias de clase media y media-alta comenzaron a apostar por la educación de sus hijas, si no por la universitaria que todavía seguía siendo percibida como masculina, por lo menos una buena educación secundaria:

Es posible que la educación para la mujer comenzara a vislumbrarse como una garantía para un incierto futuro: si no se casaba, velarse por sí misma en términos económicos la libraría de terminar en un asilo para ancianas desamparadas; si se casaba y el marido “le salía malo”, sería menor el riesgo de quedar en el desamparo si el esposo abandonaba la casa alguna vez (Barrig, 2017 p.66)

Tal fue el caso de Rita [77], quien fue a un colegio privado, bilingüe, donde los últimos años dictaban secretariado. Gracias a eso y la ayuda de su padre para encontrar empleo, ella trabajó durante su matrimonio (a pesar de su esposo haya sido “muy buena persona. Sí, gracias a Dios”). Así, ella es muy consciente de lo que esto significaba:

Si a mí me hubiera tocado un maniático seguro que ya estuviera divorciada. Y menos en la situación que ya estaba. Porque en la época, todas dependían de los maridos. El 80% de mis amistades no trabajaba, de mis amigas del colegio”. Posteriormente agrega: “Porque las mujeres dependían de los hombres. No hablo de mi caso, porque yo no tendría problema si se iba el marido 20 veces. Porque yo he sido una de las pocas que ha habido, la excepción de la regla digamos. Porque yo sí me hubiera podido solventar sola.

Comencé este capítulo con el refrán que una de las madres (Pilar) recibió de su madre (Génesis) quien a su vez lo recibió de su madre. Como lo menciona el Centro Virtual Cervantes el significado del refrán “señala lo poco que sirven los propósitos humanos cuando se trata del casamiento o de la muerte” (2023). Como he intentado demostrar, y como el refrán perfectamente encapsula, dentro de esta Narrativa sobre el amor, la agencia de las personas se ve minimizada. Así lo podemos ver en los productos culturales que influyeron en las mujeres que vivieron su juventud a mediados del siglo XX como *El derecho de nacer*, las canciones de Dyango, y los tangos de Carlos Gardel. Las narrativas personales de las abuelas destacaban los primeros momentos, las primeras miradas, las primeras conversaciones, la suerte de toparse con él. El amor estaría siendo una cuestión de destino y de suerte. En consecuencia, el matrimonio y la vida conyugal (que se hacía sin convivir y usualmente con poco tiempo de noviazgo) sigue las mismas pautas, más aún para las mujeres quien en caso de tener “mala suerte” tendrían limitadas opciones para rehacer su vida fuera del matrimonio.

De todas formas, las culturas afectivas, al ser culturas vivas, cambian con el tiempo. Así, con el mayor acceso de la mujer al trabajo, la educación, la independencia económica, como también el desvanecimiento de la expectativa de mantener la virginidad hasta el matrimonio y una mayor capacidad de tener múltiples parejas sin el miedo al “qué dirán”, las Narrativas con respecto al amor han ido cambiando. De esta manera, parece ser que la Narrativa del amor como suerte ha caído en desuso tanto entre las madres como entre las hijas. Pilar [54] no le ha dicho “velo y mortaja del cielo baja” a su hija Helena [24], y si revisamos el “marcador de uso” del refrán en

el Centro Virtual Cervantes, este lo marca como “poco usado”.

Aunque esta Narrativa haya perdido popularidad, no significa que haya desaparecido por completo. El amor, en la narrativa de las jóvenes, a veces se muestra todavía como un tanto incontrolable y azaroso. “Esperaría no enamorarme de alguien que no pueda traer a mi círculo familiar” me dijo Victoria [24], dando a entender que en el amor todavía hay un aspecto de suerte sobre quién te enamoras. De todas formas, continuó: “Pero no formalizaría nada por mi propia salud y bienestar”. Dejando en claro la agencia que tiene por sobre estos sentimientos, además de la priorización de su “salud”, lo que nos lleva a la siguiente narrativa del amor: el amor psicologizado.

6.2 La psicologización del amor: madres e hijas

Belinda, 2006:

*Hablar de ti me pone mal
Nunca fui Freud, ni tampoco tu mamá
No te puedo cambiar
Ni hacerte madurar
Lo hago por mí
Yo soy así
Ya lo intenté
Disculpa, no hay culpa.*

Helena [24]: “Estoy personalmente involucrada en esta tesis, es como terapia gratis”.

Una de las formas de entender el amor que me resultó notoria dentro de las madres y las hijas (además de no estar presente en la generación de las abuelas) es la del amor entendido desde una lógica y lenguaje psicológico. Términos como relaciones “sanas” se repetían constantemente, y los “traumas” de la infancia eran usados para explicar las acciones y comportamientos tanto de ellas como de sus parejas. Aunque identifico una Narrativa del amor psicologizado tanto en madres como en hijas, planteo que esta Narrativa tiene tintes diferenciados entre estas dos generaciones. Aunque ambas buscan formas de tener un amor “saludable”, para las madres las dos consignas más importantes para mantener una relación sana con sus parejas, era la comunicación con estas, además de poder establecer y mantener su independencia una vez enamoradas. Para las hijas aparte de estos dos puntos, surgen también nuevas formas y estrategias de identificar las “necesidades emocionales”

tanto tuyas como de sus parejas, además de contar con un extenso repertorio de terminología psicológica al momento de narrar y entender sus historias y deseos amorosos.

Propongo, para comenzar, que la Narrativa del amor psicologizado se enmarca en lo que autores como Amouroux et al (2023) llaman la cultura terapéutica. Esta hace referencia a la difusión del discurso terapéutico que fomenta la auto examinación, la auto expresión y el desarrollo personal. Se argumenta que estos discursos se han convertido en una forma de cultura dominante dentro de EEUU y Europa, dando forma y organizando las experiencias de muchos individuos. Así mismo, el término “psicologización” hace referencia a la popularización de la psicología y sus teorías, como también al esparcimiento de los modelos terapéuticos a las prácticas del día a día. En este sentido, en la cultura terapéutica los conocimientos, términos y teorías psicológicas salen más allá de sus campos de origen como las academias y los consultorios, convirtiéndose en términos usados cotidianamente sin la necesidad de la aprobación de un profesional del área. En ese sentido, autores como Rieff (1966) hablan de un triunfo de la terapia y el psicoanálisis no solo en el campo médico y clínico, sino incluso dentro de los paradigmas culturales. Amouroux et al (2023) señalan que los medios de comunicación de masas han jugado un rol clave en la difusión del ethos terapéutico. En este sentido, parece ser que la cultura terapéutica, y dentro de ella la Narrativa del amor psicologizado ha calado (en buena medida gracias a los medios de comunicación) en las mujeres de clase media-alta de Lima en la generación de las madres y las hijas.

Un buen punto de partida para hablar de esta Narrativa sobre el amor y la intimidad es la película *When Harry met Sally*, mencionada por una de las madres. Hoy, ya más de 30 años después de su estreno, la película es recordada internacionalmente como un hito en el cine romántico. Incluso en un artículo realizado por El Comercio, aseguraron que la película “inauguró la era de la comedia romántica moderna” (Redacción EC 2019).

Figura 11
When Harry Met Sally 2



Fuente: Reiner (1989).

En la tercera (y última vez) donde Harry y Sally se encuentran es en una librería. La toma que presenta a Sally, junto a su amiga Marie, las muestra en una sección de libros de auto ayuda/ psicología sobre el amor y relaciones íntimas. Algo que claramente mostraba una intención por parte de los directores de posicionar a los personajes dentro de un contexto sobre la forma de entender el amor y las relaciones de pareja que en esta generación se estaba desarrollando. Es decir, podrían haber mostrado a sus personajes dentro de la sección de libros de fantasía romántica, pero en vez decidieron colocarlas rodeadas por títulos tales como: “*Women men love, women men leave*” [Las mujeres que los hombres amas, las mujeres que los hombres dejan], “*making life right when it all feels wrong*” [Haciendo que la vida sea correcta

Figura 12
When Harry Met Sally 3



Fuente: Reiner (1989)

cuando todo parece estar mal], “*cold feet*” [literalmente sería Pies Fríos, pero hace referencia a las dudas de última hora a momentos tales como el matrimonio], “*Crisis*”, “*I love you, lets work it out*” [Te amo, vamos a solucionarlo], etc.

En particular, el libro que Sally tiene entre sus manos se titula “*Too Smart for her Own Good*” [demasiado inteligente para su propio bien] publicado en 1985. El libro, escrito por la psicóloga Dra. Conalee Levine y la escritora Karen Levine trata sobre el efecto que el éxito laboral tiene en la vida íntima de las mujeres de clase media estadounidense. En base a entrevistas realizadas, las autoras proponen que estas

mujeres están obedeciendo dos sistemas de valores diferentes y opuestos: uno en la vida laboral (con actitudes, valores y comportamiento tradicionalmente masculinos) y uno en la vida privada (con actitudes, valores y comportamientos tradicionalmente femeninos). Este quiebre impide el desarrollo de una vida plenamente integrada donde se preste atención tanto a los logros personales como a los aspectos sentimentales/relacionales (Kirkus Reviews 2023).

Figura 13
When Harry Met Sally 4



Fuente: Reine (1989)

Por su parte Harry se encontraba en la sección de “*Personal Growth*” [Desarrollo Personal] rodeado por libros como “*Men who cant love*” [Los hombres que no pueden amar] y “*Sex and moraliy*” [Sexo y moralidad]. En particular el libro que él sostiene es “*What Jung really said*” [Lo que Jung verdaderamente dijo]. En dicho libro se resaltan la importancia de la auto examinación propuesta por Jung, la cual buscaba (re)descubrir aspectos de la propia psique que han sido descuidados u ocultados, para de esta manera poder encontrar el camino del desarrollo personal auténtico. Así mismo, en el libro se destacan los aportes de Jung al área del desarrollo en la vida adulta y sobre todo el sentimiento de estancamiento generado en la mediana edad. (Bennet 1983).

En esta sección no busco afirmar ni criticar los postulados de Jung o de la Dra. Conalee Levine, más bien señalar como estos son los discursos que, durante esta

generación, comienzan a calar en la vida de mujeres y hombres quienes tienen nuevas preocupaciones con respecto a sus vidas privadas, laborales y sentimentales. Generando así una nueva narrativa del amor donde este se entiende de una manera psicologizada. Así, como los libros con respecto al desarrollo personal, el espacio de la sexualidad en la vida amorosa, la solución de crisis maritales, la integración de la vida laboral e íntima para las mujeres, y la dificultad de abrirse afectivamente para los hombres, rodean a Harry y Sally estas fueron también preocupaciones presentes en las vidas de mujeres de clase media en Lima para la generación de las madres.

El desarrollo personal e individual comienza a ser una prioridad para estas mujeres, quienes buscan ser capaces de mantener su individualidad y vivir sus “propias vidas” más allá de su rol de madre y esposa. Así lo menciona Pilar [54]:

Raúl y yo de enamorados íbamos a todos lados juntos. O yo quería estar siempre donde él estaba. Ya después con el tiempo, me di cuenta que eso tampoco es sano ¿no? Y que yo tengo que ir haciendo también mi propia vida”, poco después continuó diciendo “mira, en general hoy después de más de 20 años de matrimonio, yo creo que es saludable que cada uno tenga su espacio. Y se conozca en ese espacio y sepa que ese espacio es para ti, para tu desarrollo personal, o simplemente porque quieres tener tus espacios sola.”

Dentro de su análisis realizado al diario El Comercio a inicios de la década de 1990, Fuller (1998) identifica que las relaciones de pareja y el amor, son absorbidos por los saberes psicológicos. Surgen la pregunta de cómo amar adecuadamente, y cómo estar en un vínculo amoroso/matrimonial de una manera saludable. Así, en dicho diario, se recomendaba a las mujeres buscar maneras de desarrollarse personalmente fuera del éxito matrimonial y su rol de madre. Un mensaje dirigido específicamente a las mujeres, pues se reconocía que eran ellas cuyas identidades estaban más forjadas en su vida familiar. Como menciona la autora “El riesgo (amenaza) en el que incurre quien se deja absorber por las demandas de la vida de pareja, es la pérdida del equilibrio emocional. (...) Corresponde a los expertos dictaminar cuáles son las relaciones familiares adecuadas para mantener la salud psíquica” (Fuller 1998, p. 75). Este ideal del desarrollo personal y autónomo parece ser parte relevante de las narrativas personales de las madres cuando hablan de sus propios matrimonios, como también cuando piensan en sus respectivas madres.

Fuller (1998) reconoció, dentro de sus entrevistas a mujeres con edades afines a las madres, el ideal del sacrificio, presente en la generación pasada (i.e. las abuelas) perdió vigencia y es visto en una luz negativa por sus hijas, quienes sostienen el ideal

del desarrollo individual y su capacidad de construir relaciones sanas.

La dedicación y sacrificio, en lugar de ser una muestra de la naturaleza superior de la madre, es la causa de su debilidad psíquica ya que, según ellas, el exceso de devoción, el hecho de no haber vivido <sus propias vidas>, hace de ellas personas cargosas, nerviosas, deprimidas o auto-destructivamente sumisas (Fuller 1998, p.132).

En estas líneas, podemos incorporar lo que mencionaba Constanza [56] sobre su madre, y la actitud sacrificada que esa tuvo para con sus hijos después de la muerte de su marido:

Antes claro, la mujer vivía metida en su casa y el hombre se iba a trabajar, regresaba y ella seguía ahí, seguía ahí. Y estaba para el hombre... perenne. Sí. Por ejemplo, mis papás. Mi mamá enviudó y mi mamá sabía todo el trabajo de mi papá y nos pudo sacar adelante y todo. Porque mi mamá todo el día estaba con mi papá (se ríe). Ya sea en el trabajo o en la casa. Todo el día. Y yo tenía 13 años cuando mi papá falleció, mi mamá seguía joven todavía. Pero nunca pensó ni si quiera en volverse a casar, ni volver a salir, ni nada. (...) No era que tú la veías a mi mamá trabajando y después yéndose a la peluquería, o yéndose con la amiga, no. Era su casa, sus hijos, su casa, sus hijos, su casa, sus hijos.

En segundo lugar, resultó también relevante el énfasis que las madres ponían a la comunicación con la pareja con el objetivo de poder resolver conflictos maritales. Constanza [56] mencionaba:

Creo que a veces las mujeres, no sé si por naturaleza, guardamos muchas cosas. Yo creo que al final nosotros somos el sexo más fuerte (se ríe) y tendemos a guardar, guardamos tristezas, guardamos secretos, guardamos... mucho. Y eso al final nos afecta a nosotras mismas. Entonces, creo que es importante lograr abrirte con la otra persona y decirle '¿Sabes qué? No me gusta esto, esto y esto de ti. O, no me gusta esto, esto y esto de mí'. Porque uno tiene cosas que te gustan y que no te gustan. Pero a veces es difícil reconocerlos y creo que esa es la clave ¿no? La confianza, la apertura, la libertad de palabra.

Así, Constanza identifica un antes, donde las mujeres no comunicaban los pesares de su relación, a un después donde comienza a primar la lógica de reconocer, comunicar e intentar solucionar los problemas dentro de la pareja. Esto resulta congruente con lo mencionado por Fuller (1998) sobre mujeres de la generación de las madres:

Al momento de definir sus relaciones de pareja sea a nivel de aspiración o de experiencia, colocan en primer lugar el amor, el afecto, pero como condición indispensable para una buena unión, la comunicación. Esta comunicación está fundada en la empatía, la capacidad de expresarse mutuamente los deseos, dudas y sentimientos, pero también en el hecho de compartir ideales y valores (Fuller 1998, p. 183).

Un aspecto interesante de esta Narrativa dentro de los relatos de las madres es que esta parece haber calado dentro de sus vidas posteriormente al matrimonio. Les ha servido como una forma de dar sentido a sus acciones y a las acciones de sus parejas, así como para ser capaces de resolver conflictos y crisis a través de la comunicación cuando ha sido necesario. Las mujeres de esta generación han sido marcadas por la posibilidad de la separación; el matrimonio ya no se mantenía, como en la generación de las abuelas, por sí solo —por el peso de la tradición, la dependencia económica de la mujer, o el estigma del divorcio—. Como menciona Giddens (1992), previamente el matrimonio se asumía como una "condición natural" donde la permanencia quedaba garantizada. Más bien, la separación para las mujeres de esta generación era muy realmente una posibilidad. "Si hasta los años sesenta ser divorciada era una lacra; hoy el divorcio es percibido como una solución válida para los conflictos matrimoniales. En la actualidad el matrimonio no tiene el aspecto monolítico que tuvo hasta mediados del siglo" (Fuller 1998, p. 47). Esto resulta claro en el hecho de que las tres entrevistadas del grupo de las madres tienen un alto número de amistades divorciadas.

Así, entonces, el matrimonio debía mantenerse de manera *sana*, debía ser trabajado sobre todo desde la comunicación. La Narrativa del amor psicologizado les ha permitido generar una narrativa personal donde, dentro de su matrimonio, ellas son capaces de identificar problemas o vacíos que sienten, comunicárselo a sus parejas y poder solucionarlo, como también identificar necesidades personales (como el desarrollo individual) y poder satisfacerlo ellas mismas, en ambos casos teniendo como resultado final una relación saludable y un matrimonio exitoso.

Aunque ninguna de las tres madres entrevistadas mencionó haber ido a terapia, o que esta haya sido para relevante en su desarrollo personal, la atención psicológica comienza a ser vista cada vez más como una opción. Así, por ejemplo, Pilar [54] mencionó que con respecto a la violencia doméstica un hombre tendría que ir muchos años a terapia para desaprender esas actitudes (aunque una mujer no tendría por qué quedarse durante tan largo proceso). Por otro lado, Ernesto y Ana (una pareja de clase media alta interesados en la investigación) me comentaron que ellos van desde hace varios años a terapia de pareja. Ana comentó, que ella va a terapia desde mucho antes (desde su adolescencia), pero que, durante ese tiempo, Lima era "*old fashioned*" y había un estigma para ir al terapia, ibas si "estabas loco". Hoy, consideran que la terapia de pareja les ha dado varias herramientas que les permiten comunicarse mejor

y de esta manera mantener su felicidad y así su matrimonio.

Incluso la iglesia parece haber tomado un interés por la terapia psicológica con el fin de preservar los matrimonios. En la entrevista realizada al Padre Estaban (quien no pasa de los 40 años) en la iglesia Señora del Pilar, este mencionó que, aunque dentro de la doctrina católica no se habla de “divorcio” puesto a que el matrimonio religioso no se puede disolver, sí comentó que entiende la separación es algo que sucede dentro de las parejas contemporáneas. De todas formas, resaltó que le parece necesario “luchar hasta el final” para mantener el matrimonio, así resaltó la importancia del diálogo y en ese sentido sugiere la terapia de pareja y terapia familiar. Así, mencionó que en la parroquia se provee acompañamiento espiritual y psicológico a las parejas que lo requieran.

Resulta interesante como esto se conecta con uno de los conceptos que más se repitieron dentro de las entrevistadas jóvenes (concepto que yo en lo personal también he usado): los 5 lenguajes del amor, más conocido por su nombre en inglés *The 5 Love Languages*. Tomemos como ejemplo a Fátima [24]:

Uno de mi Love Languages es como que Words of Affirmation, o sea, que me digas. Como que, sí siento que para mí es bien importante, como, que me digas que me quieres. Siento que a mí eso sí, me parece importante en una relación. Cada uno tiene la manera en la que le gusta que lo amen.

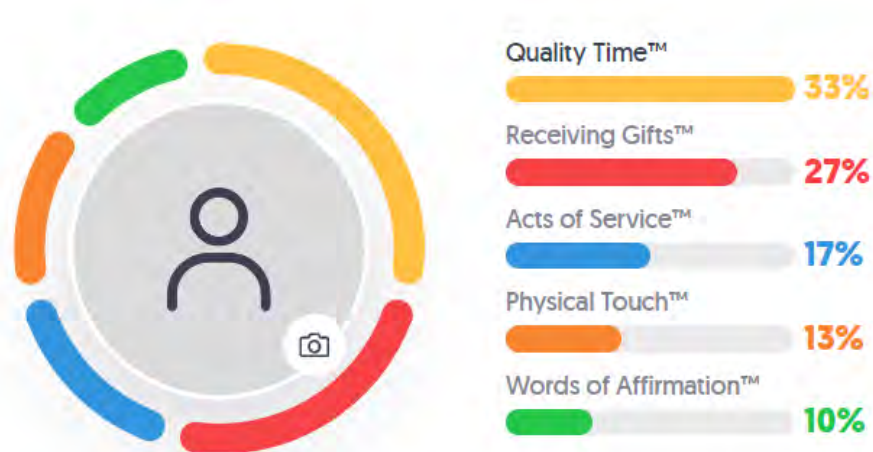
Este concepto se ha difundido a través de las redes sociales tales como TiktTok, Youtube, Instagram y Twitter y hace referencia las distintas formas en las que uno desea que le expresen afecto, y las formas en las que uno suele expresar afecto. Los cinco lenguajes son: contacto físico, palabras de afirmación, tiempo de calidad, dar y recibir regalos, y actos de servicio. La idea de este concepto es poder identificar las necesidades emocionales de uno mismo, y las de la pareja, para así poder satisfacerse mutuamente. Para lo que es necesario un momento de auto reflexión, e introspección para reconocer las necesidades personales. Como menciona Lisette [24]:

Es importante tener esos espacios tú como persona autónoma, independiente para ti también. Darte cuenta de qué es lo que tú quieres, qué es lo que tú necesitas. Y a partir de eso también entender qué es lo que la otra persona quiere, lo que la otra persona necesita.

Aunque el concepto de los 5 lenguajes del amor ha sido difundido a través de redes sociales al punto donde muchas de las personas que conocen el concepto y lo

utilizan en su día a día no saben de sus orígenes, me parece interesante saber de dónde viene el término. El concepto de los 5 lenguajes del amor fue desarrollado por Dr. Gary Chapman, y fue utilizado por primera vez en el libro *The five love languages* publicado en 1992. Chapman es un pastor baptista quien hasta el día de hoy se dedica a dar consejería matrimonial para los miembros de su congregación. Es de esta práctica que desarrolla el concepto que ahora se encuentran tan difundido. Actualmente, cuenta con una página web donde puedes llenar un quiz con preguntas como “¿Qué es más significativo para ti? A) que tu pareja ponga sus brazos alrededor tuyo cuando están en público, B) que tu pareja te sorprenda con un regalo”. Para así poder identificar tu “lenguaje de amor” principal. Al realizar el cuestionario, resulta que mi lenguaje de amor es Tiempo de Calidad con un 33%:

Figura 14
Lenguajes del Amor



Fuente: Test hecho en *Love Languages* ⁷

De esta manera, las necesidades de las personas no solo son identificadas, sino incluso cuantificadas.

Una vez más, igual que con las propuestas psicológicas mencionadas en la generación de las madres, quiero resaltar que no estoy confirmando ni criticando los aportes del Gary Chapman. Más bien busco resaltar como las jóvenes entrevistadas tienen una forma particular de entender cómo funcionan las relaciones afectivas, es

⁷ <https://5lovelanguages.com/quizzes/love-language>

decir las Narrativas que le dan sentido a sus acciones y motivaciones. En ellas la comunicación no solo se trata de resolver conflictos (como resultaba sobre todo en el caso de las madres, donde la comunicación se mencionaba como formas de evitar peleas o solucionar disatisfacciones que pueden ser difíciles de aceptar).

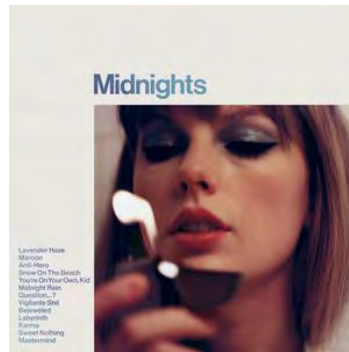
En el caso de las chicas, la comunicación significa ser conscientes de sus propias necesidades afectivas, las formas en las que desean dar y recibir afecto, y ser capaces de comunicar esto de una manera “*asertiva*” incluso antes de que los problemas surjan. Asimismo, cuando surgen los problemas, buscan no solo formas de solucionarlo, sino también el origen de estos (machismo, inseguridad, traumas de abandono, etc). Al hablar con Victoria sobre su trabajo el cual le demanda viajar constantemente y preguntarle cómo se sentiría si su pareja le pidiese que limite sus viajes comentó:

Importante que me lo diga. Siento que dice muchas cosas de él el hecho de pedirme que lo deje, me parecería un poco absurdo. O sea, aguanta ¿por qué te sientes así? ¿de dónde viene? Quiero entender de donde viene todo esto. ¿Cuáles son las opciones antes de dejarlo? ¿Qué otras cartas están en la mesa?

Otro de los puntos particulares dentro de las hijas es el vocabulario altamente especializado que tienen para hablar del amor, se podría decir que la Narrativa del amor psicologizado ha generado un lenguaje propio que ha sido difundido dentro de la generación de las hijas, sobre todo a través de plataformas digitales. Así, por ejemplo, Helena comentó haber visto Ted Talks sobre la “codependencia” y el “apego evitativo”. Otros términos que se mencionaron entre las entrevistadas de esta generación fueron “responsabilidad afectiva”, “madurez emocional”, “narcisismo”, “depresión”, “comunicación asertiva”, “dependencia emocional”, etc.

Estos términos, parecen haber calado en su forma de entenderse a sí mismas y a sus parejas, las acciones que toman y los comportamientos que tienen. Es decir, al ser parte una meta-narrativa, le otorgan significado a sus biografías. Igualmente, son términos que se encuentran difundidos en los productos culturales que las jóvenes consumen. Por ejemplo, en la canción *Anti-Hero* de la cantante Taylor Swift (mencionada como una de las artistas favoritas de dos de las entrevistadas) lanzada el año 2022:

Figure 15
Portada del Álbum “Midnights”



Fuente: Swift (2022)

*I have this thing where I get older but just never wiser
Midnights become my afternoons
When my depression works the graveyard shift (...)
Did you hear my covert narcissism I disguise as altruism
Like some kind of congressman? (Tale as old as time)
I wake up screaming from dreaming
One day I'll watch as you're leaving*

Así, en la canción de la popular artista estadounidense, términos como “depresión” y “narcisismo encubierto” se utilizan con naturalidad, sin causar sorpresa dentro de sus oyentes, quienes ya los han internalizado como parte de su concepción del mundo. Es decir, este vocabulario se ha vuelto parte de la cultura afectiva (Le Brenton 2010) de las jóvenes, pues les está otorgando una estructura de interpretación sobre lo que sienten y sobre cómo interpretar las actitudes de otros.

Algo que compartían tanto madres como hijas, era el uso de traumas para dar sentido a las acciones y comportamientos tanto suyo como de sus parejas. Destacan, sobre todo, los casos de Lourdes [55] y Constanza [56], ellas identificaban ciertos traumas infantiles como los motivos de sus posteriores formas de ser, actuar y pensar. Constanza, por ejemplo, reconocía que la falta de su padre a causa de su fallecimiento, la llevaba a buscar una pareja protectora: “Eso es lo que yo quería, sentirme segura, con alguien que me proteja. De repente porque tuve la falta de un padre a una edad tan temprana”.

Lisette [55] mencionó la falta de afecto y atención por parte de su madre, además de los comentarios que esta hacía sobre su apariencia física (sobre todo su peso) la han llevado a buscar parejas que sean como el soporte emocional que sentía

que no tenía en casa, además de llevarla a actuar de manera equitativa entre sus hijas y su esposo en su vida adulta: “A mí me gusta ser equitativa... yo he tenido muchos desbalances emocionales en mi vida. O sea, mi mamá prefiriera a uno, el otro al otro, entonces yo siempre he preferido ser equitativa con todos”.

En este sentido, resulta claro que estas mujeres hacen sentido de sus vidas a través de una Narrativa psicológica, donde su forma de relacionarse y amar quizás no ha sido parte del destino, sino de necesidades emocionales que les hicieron falta durante su infancia. Esto se puede ver también en el caso de las hijas, por ejemplo, Lisette [24], quien menciona que su expareja era incapaz de estar soltero por una necesidad de sentirse necesitado y deseado por su pareja todo el tiempo. Esto, según la joven, a causa del abandono paterno que lo marcó en su infancia: “Entonces ahí la mayor parte de tu niñez la has tenido sin una figura paterna presente. Entonces yo creo que quiere evitar esos sentimientos de- y acá te estoy metiendo todo mi análisis- ese sentimiento como de abandono”. De esta forma, la Narrativa del amor psicologizado permite dar sentido de las acciones y comportamientos de la pareja, además de explicar eventos críticos en su propia vida, como fue esta ruptura.

En este sentido, es interesante el control que esta Narrativa sobre el amor les brinda a las mujeres que lo usan, sobre todo a las chicas. El nivel de salud en una relación amorosa puede ser medible, calculable, y observable de manera objetiva. En esta Narrativa dónde el amor se entiende de manera psicologizada, incluso medicalizada, las relaciones son categorizadas como saludables o “tóxicas”. Así, como menciona Martin (2006), el amor y en consecuencia las relaciones de pareja existen en un continuum saludable – malsano. Como menciona el autor, aspectos que antes eran considerados como propios del amor, tal como los celos, ahora son vistos como comportamientos poco sanos, síntomas de inmadures, posesividad y neurosis. De esta forma, desde una perspectiva psicológica se está comenzado a patologizar (y de esa manera cuestionar) aspectos tradicionales del amor romántico.

Dentro de las entrevistas los celos efectivamente se percibían como síntomas de una relación malsana. Victoria por ejemplo comentó: “No creo que el amor debería ser posesivo. Creo que la posesión es quizás un indicador que la relación no está siendo muy sana”. Aquí me parece interesante el uso de la palabra indicador, la cual usó 5 veces en la entrevista para mencionar varios aspectos en distintos puntos de una relación amorosa. Hay indicadores que demuestran su compatibilidad o no con una persona, indicadores para reconocer la insatisfacción en una relación, indicadores

para medir la salud en una relación, indicadores de que la relación no está tomando el curso deseado y es momento de replantearla: “esto es un indicador que las cosas no están yendo por un buen camino, o por el camino esperado, entonces voy a verlo de cerca y ver qué onda, si puedo replantearlo”.

Mientras que a las madres la Narrativa del amor psicologizado les ha brindado una forma de entender su relación conyugal donde ellas tienen una alta capacidad de agencia para mantener un matrimonio saludable y exitosos, para las hijas esta narrativa empieza mucho antes de establecer un vínculo serio. Más bien, es una forma de entender los afectos y las relaciones que les guía en su proceso de elección de pareja. Si fuéramos a usar sus términos podríamos decir que buscan tener la “madurez emocional” para poder notar que, si su pareja no está dispuesta a darles amor en su “*love lenguaje*” después de que ellas han comunicado “asertivamente” sobre su “necesidad afectiva” de tener “palabras de afirmación”, es un “indicador” de que este no tiene la “responsabilidad afectiva” necesaria como para establecer una relación seria y comprometida. Esperan poder forjar relaciones “sanas” incluso antes de convivir, posteriormente a convivir se espera reevaluar la relación, medir la compatibilidad de ambos para garantizar que funcionan como pareja, y solo después de eso establecer un matrimonio. Así, vínculo conyugal exitoso queda garantizado.

Como bien destaca Martin (2006) hay quienes interpretan la creciente psicologización del amor como una tendencia hacia el individualismo acérrimo donde el amor pasa del campo moral y de las obligaciones matrimoniales (su versión tradicional), al campo terapéutico basado en la realización personal donde lo único relevante es la autosatisfacción. Martin (2006) propone que ese no es el caso, en primera instancia por el hecho de que lejos de oponerse inherentemente a la moralidad, las perspectivas terapéuticas sobre el amor encarnan una variedad de virtudes. Así, por ejemplo, el criterio psicológico de la comunicación para mantener una relación sana está encarnado en la virtud de la honestidad. El criterio del balance, en la justicia, el de la independencia, en el respeto, etc. Así para el autor, la Narrativa del amor psicologizado permite a las personas hablar del amor como una relación estructurada por virtudes que contribuye a la autorrealización mutua.

Aparte de esto, agrego que en definitiva la Narrativa del amor psicologizado no lucha contra el ideal de mantener una pareja de “por vida”. Más bien, para las madres ha sido una forma de hacer que sus matrimonios se mantengan en el tiempo. Igualmente, para las hijas se espera que a través de su conocimiento psicológico y la

autorreflexión puedan escoger sabiamente una pareja con quienes son compatibles, y una vez que tengan un vínculo sólido, poder mantenerlo. En ambos casos con un deseo no solo de desarrollo propio/ individual, sino también un desarrollo mutuo. Esto se puede observar también en el hecho de que esta narrativa ha sido adoptada por grupos e instituciones con perspectivas “tradicionales” como lo son las comunidades religiosas. Así, no debería sorprender que en la parroquia Virgen del Pilar ofrecen no solamente acompañamiento espiritual, si no también psicológico para poder mantener el sagrado sacramento del matrimonio; o que los famosos 5 lenguajes del amor fueron desarrollados por un pastor Baptista para ofrecer a las parejas casadas formas de hacer que su matrimonio sea más satisfactorio y de esta manera no recurran a un divorcio.

Por último, me parece relevante destacar el hecho de que el factor de la clase social juega un rol importante en el desarrollo de esta narrativa. Esto pues hay factores dentro de su capacidad adquisitiva que las hacen más capaces de mantener relaciones “sanas”, bajo sus propios estándares. Pilar [54], por ejemplo, destacó la importancia de mantener la individualidad dentro de la pareja y mencionó que esto es algo que puede ser apoyado en base a una realidad material como lo es tener un cuarto aparte para una misma. Así, ella mencionó que planea renovar uno de los cuartos en su hogar para transformarlo en su *walk-in* closet y sala de lectura, para poder retomar el pasatiempo de leer libros, el cual tenía antes de casarse y siente que lo ha dejado de lado.

Por su lado, las jóvenes, no solo han absorbido los saberes psicológicos a través del internet y el consumo de contenido (el cual muchas veces está en inglés), sino que tienen la capacidad económica de costearse terapias psicológicas regulares. Es así como cuatro de las cinco entrevistadas del grupo de las hijas mencionaron el hecho de que, el tema del que estábamos hablando, lo habían hablado con su psicóloga/psiquiatra:

Eso es algo que hablo con mi psiquiatra: Ella me dice que... que sí he madurado en muchos sentidos, en otros sentidos sigo siendo una niña, pero creo que es algo que todos tenemos (Teresa [23]).

Hay mucha gente que tiene este síndrome del superhéroe. Tipo estoy con alguien - no solamente- pero porque tiene un problema y quiero ayudarlo a que salga del problema y ser mejores (...). Eso es fatal, pero siento que me ha pasado, terriblemente, y lo he hablado con mi psicóloga y todo (Victoria [24]).

Yo comencé con mi psicóloga post terminada, no solo por eso, pero fue uno de los

grandes motivos. Al terminar mi relación larga, esta del colegio que la terminé como a los 19, sí me sentía bien perdida, porque no sabía bien quién era yo. Porque siento que, en ese momento, yo no estaba muy al tanto, pero siento que sí era muy dependiente (Fátima [24]).

Helena [24], después de mencionar que inició las citas con su psicóloga en una etapa difícil de su vida, agregó: “Ahora es como algo que me ayuda a procesar ciertas cosas y darme un tiempo para evaluar a profundidad”.

En este sentido, las citas regulares con terapeutas les han permitido formular una narrativa de sus propias vidas bastante clara. Tienen una facilidad para la autoexaminación, como dice Helena, “*evaluar a profundidad*” una serie de aspectos de su vida, varios de ellos alrededor del romance y sus relaciones afectivas (o la falta de estas). Por último, es necesario mencionar que existe aquí un vacío de información sobre como sus contrapartes masculinos están absorbiendo esta narrativa del amor psicologizado. ¿Están dispuestos ellos a hablar de sus lenguajes del amor? ¿Es tener responsabilidad afectiva una prioridad en sus relaciones amorosas como lo es para las chicas? Esto queda por verse.

6.3. Y vivieron felices por siempre: Abuelas, Madres e Hijas

La tercera Narrativa sobre el amor que se busca desarrollar es la del amor “para siempre”. Es decir, el amor que, una vez que nace, una vez que se encuentre a la pareja indicada, dure para toda la vida. Sigue el ideal de envejecer junto con la pareja, quien será la pareja de vida, para así poderse sentir plenamente realizadas. Esta es una Narrativa que, aunque con tintes diferentes en cada generación, está presente en tanto Abuelas, Madres e Hijas.

En el caso de las abuelas, esta Narrativa parece, por lo menos durante su juventud, estar enmarcada dentro del paradigma católico del amor/matrimonio (que se encuentran inexorablemente unidos) como un voto hecho “para siempre”. Así, Génesis [81] recuerda haber sido criada con la idea de los votos matrimoniales de “hasta que la muerte los separe”: “pues antiguamente ¿qué te decían? El matrimonio hasta la muerte ¿No? Solo la muerte nos separará... pero eso era antiguo, pues ahora no”. En este sentido, ella reconoce que la forma en la que ha entendido la unión de una pareja dista de la realidad que viven hoy en día las y los jóvenes, quienes no necesariamente tendrán un solo amor, o siquiera un solo matrimonio. Aun así, esta es la forma en la que ella, por muchos años entendió el amor. Y se puede notar en los productos culturales de la época. Tomemos como ejemplo José-José, uno de los cantantes mencionados por las abuelas:

Figura 16
Portada del Álbum “La nave del olvido”



Fuente: José-José (1970)

*Te dije que te extraño te dije que te quiero
Y que me gusta mucho el color de tu pelo
Te dije que tu vida y mi vida se juntan
Que siempre seré tuyo del altar a la tumba*

Podemos ver, de manera clara, los tintes religiosos que la canción carga al mencionar el altar, el lugar donde la pareja toma el sacramento del santo matrimonio, y su expectativa de que este dure hasta la muerte. Hasta el día de hoy el aspecto religioso dentro de su amor y dentro de su matrimonio está presente en la vida de Génesis [81], quien hace poco, el 5 de octubre, cumplió 55 años de casada. Ella y su esposo conmemoran la fecha visitando a la iglesia donde se casaron: “Nosotros acostumbramos el 5 de cada mes ir a la iglesia. Orar por nuestro matrimonio, por nuestro bienestar y bienestar de nuestros hijos. Bueno, vamos, con suerte lo vamos a hacer”.

Figura 17
Iglesia Santa Teresa⁸



Fuente: Elaboración Propia

Aunque dentro de la generación de las madres y las hijas se comienza a disociar el amor del matrimonio, surgiendo frases como “*mi primer amor*” para hablar de relaciones que no culminaron en boda, resulta claro que la vena religiosa del amor no se ha cortado. Quizás ya no en su vínculo con los votos matrimoniales, pero sí bajo una lógica particular de entender las relaciones amorosas, sobre todo las románticas. Esto lo reconoce Helena [24] que, aunque actualmente no se considera una persona religiosa, es consciente de cómo haberse criado en una contexto católico ha amoldado su percepción del amor y las expectativas que tiene de este:

Creo que esa es la idea. Al menos el concepto de matrimonio es lo que me dicen... bueno, vengo de crecer en el catolicismo, entonces está el “hasta que la muerte nos separe” y eso es lo que siempre he tenido en mi cabeza. Y hasta cierto punto estoy como... medio de acuerdo. No creo que deberías atarte a algo que no funciona simplemente porque te ataste en un momento. Pero sí creo que ir con esa mentalidad

⁸ Se usó inteligencia artificial a través de la página web “Be Funky” para eliminar una persona quien salía en la fotografía y no habría dado su consentimiento para salir en ella.

de tú y yo, *partners in crime*, somos, es vital.

Tanto Rosenwein (2020) como May (2011) resaltan las distintas formas en las que la tradición judeocristiana ha formado nuestra concepción del amor de pareja. Está, por ejemplo, la idea de que el amor reside únicamente en el matrimonio, el cual a su vez es eterno. Teólogos como Hugo de San Vicente (m. 1141) “proclamaron que el matrimonio era el único lugar en el que el amor verdadero, el auténtico amor entre un hombre y una mujer, podía residir. Todo lo demás era lujuria” (Rosenwein 2020, p.96). Aunque ya no se considera lujuria a todo aquello que ocurra fuera del matrimonio, hay aspectos de esta forma de entender y estructurar el amor que siguen vigentes en la cultura afectiva de madres e incluso hijas.

Aunque todas las generaciones, abuelas incluidas (pues dos de ella se han vuelto a emparejar después de enviudar) reconocen que es posible amar más de una vez en la vida, sí posicionan a los amores duraderos, largos, proyectivos y conyugales como superiores a los amores románticos de otro tipo. Esto por varios motivos, en parte porque el tiempo permite desarrollar el amor o que este “florezca” como mencionó Victoria [24]. Asimismo, si la relación es corta (sobre todo si se sabe que la relación va a terminar, por ejemplo, si esta ocurre durante una estadía temporal en el extranjero) no se podría hacer una “entrega” completa de uno mismo. Como menciona Fátima [24]: “siento que estaría poniéndome una barrera emocional. Porque sabría que tendría una fecha de caducidad. Entonces no siento que podría entregarme al 100% en la relación, porque tendría ese miedo de que me hagan daño”.

Es decir, dentro de esta Narrativa es solo en aquel amor proyectivo, largo, duradero, el cual es idealmente “para siempre” o por lo menos donde la pareja apunta a que así sea, donde se puede amar plenamente. Es en estos vínculos donde existe el amor, quizás ya no “único y verdadero”, pero sí el amor más fuerte, auténtico y de alguna manera superior.

Igualmente, como lo mencionan tanto Rosenwein (2020) como May (2011), la tradición cristiana ha imbuido el amor romántico de la expectativa de la trascendencia. Según May (2011) la forma en la que amamos, románticamente, hoy en día está modelado por la forma del amor a lo Divino característico de la tradición judeocristiana. Argumenta que es desde la escritura hebrea que surge la noción de que el amor (a Dios) significa devoción, confianza, absorción de su voluntad, altruismo, etc. Posteriormente, con los valores cristianos el amor se convierte en suprema virtud y

mandato moral: encontramos aquí la piedra angular de nuestra profunda creencia de que una vida sin un gran amor -ya sea dirigido a un amante romántico, nuestros hijos, Dios o un desconocido necesitado- está empobrecida de una manera para la cual ninguna hazaña heroica o logro original puede compensar. May (2011) argumenta que, con la creciente secularización e individualización de la vida, el amor de pareja se vuelve una de las fuentes más importantes de trascendencia y en ese sentido de realización personal.

Como menciona Giddens (1998) tanto la trascendencia, como la expectativa del “para siempre” son características propias del amor romántico que afecta a las personas de maneras diferentes dependiendo de su género. Es decir, mientras los hombres pueden tener más formas de trascendencia (como el éxito en la vida pública), la capacidad de realización personal se encuentra estrechamente limitada al éxito en su vida afectiva. Algo en lo que concuerda con Barrig (2017) sobre la generación de las abuelas:

En cierta manera los logros personales en roles desvinculados de la maternidad y el matrimonio son minusvalorados frente al conjunto de presiones y presunciones sociales. Las mujeres pondrán siempre más énfasis que los hombres en la construcción de un espacio afectivo; carecer de él significa frustrarse como mujer (p.63).

Como también con Fuller con respecto a la generación de las madres, quienes a pesar de verse empapadas de los discursos feministas que realzan la imagen de la mujer quien obtiene su realización personal a través del trabajo y sus propios méritos en la esfera pública, mantienen todavía como condición a la realización personal completa una vida afectiva exitosa.

El cuestionamiento de la institución matrimonial no implica que la relación conyugal haya dejado de ser una de sus metas. Todas son unánimes en declarar que, para <realizarse> es esencial encontrar una pareja. Más aún, aquellas que todavía no la han formado, sienten claramente su falta (Fuller 1998, p. 182).

En ese sentido, revisemos una de las canciones de la época de las madres, mencionada y comentada por Pilar [54]:

Figura 18
Portada del Álbum "Mujer de todos, mujer de nadie"



Fuente: Romo (1986)

De mi enamórate:

*¿Para realizar
Mi sueño que haré?
¿Por dónde empezar?
¿Como realizaré?
Tu tan lejano amor,
Lo único que sé
Es que ya no sé quién soy,
De dónde vengo y voy.
Desde que te ví,
Mi identidad perdí
En mi cabeza estás
Solo tu y nadie más (...)
Mira que
El día que de mí,
Te enamores yo
Voy a ser feliz
Y con puro amor
Te protegeré
Y será un honor
Dedicarme a ti,
Eso quiera Dios.*

Pilar, me comentó que hace poco, mientras estaba haciendo una *playlist* de reproducción en *Spotify* de baladas románticas de su época, se puso a oír las canciones que recuerda haber cantado de joven. De todas formas, esta vez más de 30 años después, al escuchar la canción y fijarse en la letra detenidamente cuestionó fuertemente el mensaje de la canción. Así, mientras escuchábamos juntas la canción me lo comentaba:

¿El día que de mi te enamores yo voy a ser feliz? Pero me he dado cuenta hace poco ¿no? Escuchando decía ¿de verdad cantábamos esto?... dedicarme a ti... En verdad como wow, que fuerte, este tipo de letras (...) Si nos ponemos a revisar la letra, es una letra bien... o sea, es como ella si no está con el pata al lado, o sea persona al lado está así sola. Y hay mujeres que se pueden sentir así ¿no? No digo que no sea real, solo que, de repente hemos interiorizado que si no tenemos a alguien al lado no estamos completas, no nos podemos realizar. No podemos ser personas individuales que son iguales de exitosas.

En ese sentido, mencionó que durante su generación ella considera que el amor, y en buena medida el matrimonio, eran presentados como necesarios para la realización personal de las mujeres, no vaya a ser que se queden “vistiendo santos”. De todas formas, actualmente opina lo siguiente: “Y la verdad ¿estar casada te define? Yo creo que no te define. Yo creo que no, ni al hombre ni a la mujer. Yo creo que son decisiones de vida. Hoy”.

Así, dentro de la generación de las madres, se encuentra presente la expectativa de envejecer junto con su pareja, como menciona Constanza [56]:

He conocido a algunas parejas que las he visto mayores y siguen juntos. Y siempre he dicho ‘yo quiero ser así’ solo por el hecho de ver a esas personas mayores... sentadas en un café o caminando de la mano por la playa. He dicho ‘Ay que lindo’ eso me encanta.

Hablando sobre ella misma en la actualidad, comentó que siente que su esposo y la vida en pareja han jugado un rol importante en su desarrollo personal: “no voy a ser tan egoísta para decir ‘me he realizado por mi sola’ porque siempre... como tengo 25 años de casada. Yo creo que esta persona me ha ayudado a yo estar donde estoy ahorita”. De todas formas, continuó diciendo que este no es necesariamente el caso para el resto de las mujeres. “Tengo amigas solteras y siento que sí se han realizado en su vida, de repente si tienen cierto vacío pero que tratan de llenarlo con otras cosas ¿No?”. Reconoce, de todas formas, que este no ha sido siempre el caso para las mujeres, quienes en el pasado debían casarse para sentirse y ser consideradas como personas realizadas:

En el pasado te casabas y ya estabas realizada y no importaba si sufrías o no sufrías. En el pasado creo que una mujer se definía como... y la gente lo decía ¿no? 'ah ya está realizada' era un dicho.

Las hijas, todas ellas ya en sus veintes, me hablaron de varios de sus amores, amores lindos que sienten que les hicieron crecer, amores "tóxicos" de las cuales aprendieron, y amores que les rompieron el corazón. En la mayoría de estos, quizás tomando como excepción el caso de Lisette y su relación de 7 años, estaban lejos de la idea del matrimonio y de la sensación de permanencia. De todas formas ¿está todavía viva la expectativa del amor para siempre en las hijas? Y ¿es este necesario para su realización personal?

Comencemos analizando unas canciones de dos populares artistas de la época actual (ambas mencionadas por las jóvenes): Taylor Swift y Julieta Venegas.

Figura 19
Portada del Álbum "Fearless (Taylor's versión)"



Fuente: Swift (2008)

*'Cause I'm not your princess, this ain't a fairytale
I'm gonna find someone someday
Who might actually treat me well
This is a big world, that was a small town
There in my rear-view mirror disappearing now
And it's too late for you and your white horse
Now it's too late for you and your white horse
To catch me now*

Figura 20
Portada del Álbum “Limón y Sal”



Fuente: Venegas (2006)

*No voy a llorar y decir
Que no merezco esto
Porque
Es probable que
Lo merezco, pero no lo quiero, por eso me voy
¡Qué lástima, pero adiós!
Me despido de ti y me voy
¡Qué lástima, pero adiós!
Me despido de ti
Porque sé que me espera algo mejor
Alguien que sepa darme amor
De ese que endulza la sal y hace que salga el sol*

Ambas canciones siguen un patrón similar. Taylor reconoce que su enamorado de fantasía, su príncipe en corcel blanco no le puede brindar el amor y la relación que ella busca. De todas formas, asegura que algún día encontrará a alguien, alguien que sí la trate bien. De manera similar, Julieta reconoce que la relación que tenía con aquel amor que creía para siempre, no es suficiente, por lo que es momento de decir adiós. Pero, al igual que Taylor asegura que encontrará algo mejor, alguien que le sepa dar amor. Aunque ambas canciones traten de ruptura, lo hacen desde una mirada positiva con respecto a su futuro romántico. En este sentido, no rompen con el ideal del “para siempre”, sino que las parejas con las que terminaron no eran su “para siempre”, el

cual queda todavía por encontrar.

Aunque las entrevistadas del grupo de las Madres y de las Hijas mantenían una Narrativa del amor donde este no es único, es decir, donde una persona puede experimentar varios amores en la vida, mantienen la expectativa de encontrar a un amor “final”, aquel que dura desde ese momento en adelante. Esto lo podemos ver en el caso de las Madres con su deseo de envejecer junto a sus esposos, como mencionó Lourdes [55], “Con... el hombre con quien tú decides que vas a pasar el resto de tu vida”. En la generación de las Hijas lo podemos ver con su expectativa a futuro.

Como mencionaba Teresa [23]: “Me gustaría poder formar una relación lo suficientemente fuerte con alguien, en amor, en confianza, en todo aspecto como para decir: yo quiero pasar el resto de mi vida contigo”. Asimismo, para la mayoría de entrevistadas (Teresa [23], Victoria [24], Fátima [24] y Lisette [24]) del grupo de las jóvenes, este amor estaría, idealmente, expresado a través del matrimonio. Aun así, para Helena [24], la única entrevistada que mencionó no estar segura de buscar un vínculo matrimonial *per se*, también mencionó desear encontrar a alguien (hombre o mujer, al ser ella una mujer bisexual) a quien le pueda decir “¿Sesenta años más contigo? Llego”. Así, al preguntarle si es que siente que el amor es relevante para su desarrollo personal comentó: “Es más importante de lo que yo pensé que era. Yo diría que bastante importante. Porque... sí quiero esta complicidad con una persona, sí quiero vivir mi vida con alguien”.

Resulta interesante también analizar la forma en la que Victoria [24] y Lisette [24] responden a esta pregunta. Por un lado, Victoria menciona: “Como que sí tengo esta, si quieres, idea de cuento en la cabeza, de encontrar al “amor de mi vida” y vivir en familia con la persona que ame y me haga feliz todos los días de mi vida”. De manera similar Lisette agrega:

Pucha, si te soy 100% honesta, en mi caso yo... creo que sí. O sea, obviamente, yo sé que no todo el mundo encuentra una pareja... y el amor de pareja y todo. Pero sí yo toda mi vida sí me he visto, casándome y teniendo una familia. Entonces no es que no me sentiría 100% realizada, pero sí sentiría que me faltó **algo**. Entonces sí, en mi caso yo creo sí, si te soy 100% sincera.

En ambos casos, al Victoria decir "cuento en la cabeza" y Lisette decir "si te soy 100% sincera", dan a entender que sus respuestas quizás no son las "adecuadas". Habría un *deber ser* el cual ellas sienten que no están cumpliendo: el de la mujer 100% independiente que se realiza sin la necesidad de un vínculo romántico, o el ideal de la

mujer que ha superado los "cuentos" de la "familia feliz".

Asimismo, resaltan el hecho de que su deseo de un amor "para siempre" con el cual puedan realizarse como personas, es su particularidad y no necesariamente una realidad para el resto de mujeres, o personas.

Creo que siempre es bueno encontrar compañía. Hay gente que la encuentra en sus gatos, hay gente que la encuentra con gente en comunidades, hay gente que la encuentra en sus hijos. Yo quiero un par (...) Quiero alguien que pueda tratar como igual (Helena [24]).

No, para el resto de mujeres, y para el resto de personas en general no. O sea, conozco a personas que- mi tía, por ejemplo, nunca se casó, nunca tuvo hijos... Y lo que la llena es trabajar, o sea, y su perro. Entonces este... Siento que sí, tal vez bien en el fondo, ella no se siente 100% realizada, pero por lo menos lo que es exterioriza es como que: 'Estoy bien, estoy tranquila, estoy feliz, he estado con gente, sí, pero no es que necesito como que ese amor constante para el resto de mi vida' (Lisette [24]).

Esta última frase resulta interesante pues simultáneamente afirma que las personas pueden realizarse sin necesidad de un amor "para el resto de la vida", y cuestiona si es que lo que su tía exterioriza es real "bien en el fondo". Es decir, cuestionando si es que en verdad su tía se siente realizada sin el "amor de su vida".

En este sentido, podemos decir que Narrativa del "amor de la vida" o el "amor para siempre" y su vínculo con la realización personal se encuentra fuertemente presente en las tres generaciones. Aunque en la generación de las madres y en la de las hijas esté siendo cuestionado, quizás no en la práctica, pero sí en el plano discursivo.

Igualmente, aunque las expectativas son las mismas -todas buscan un amor para el resto de sus vidas- las formas de obtenerlo varían. Como ya se demostró, en la generación de las abuelas, este estaba estrechamente relacionado a la suerte y a una cantidad limitada de experiencias románticas. Como menciona Rosenwein (2020) "En la tradición amorosa occidental. El ideal de encontrar un alma gemela se fue construyendo a lo largo del tiempo, con vaivenes, con rupturas, variantes, desarrollos exuberantes y extrañas renunciaciones" (p.26). Quizás las jóvenes ya no hablan de medias naranjas, almas gemelas o amores predestinados. Pero a través del lenguaje psicológico se puede llegar a un concepto similar, encontrar aquella persona que es compatible contigo, que expresa el amor en el mismo lenguaje que tú, etc. Con quien puedas, a través de la comunicación, tener una relación saludable "por siempre".

Conclusiones

Intimidad en mujeres de clase media alta de Lima: Entre el Amor Romántico y el Amor Confluyente ¿Dónde estamos?:

Dentro de esta investigación se buscó analizar y comparar las nociones de intimidad en tres generaciones de mujeres de clase media-alta de Lima, con el fin de comprender los cambios en valores y actitudes con respecto a las relaciones de pareja en la etapa inicial de la trayectoria de formación familiar. El acercamiento a las trayectorias afectivas de las entrevistadas, los significados que le otorgan a los distintos tipos de unión y las Narrativas que utilizan para dar sentido a sus experiencias y expectativas amorosas, han sido claves para analizar las nociones y prácticas de intimidad de este grupo de mujeres. Así, dentro de las tres generaciones es posible percibir fuertes cambios con respecto a las etapas que siguen (o buscan seguir) en su formación de pareja, las expectativas que tienen de la vida conyugal e incluso en su forma de ver y entender el amor. Aun así, existen varias continuidades y permanencias entre las generaciones, aspecto que merece también profundización.

Las categorías de amor romántico y amor confluyente desarrolladas por Giddens (1998) resultan particularmente pertinentes para cerrar las ideas presentadas en este proyecto de investigación y dar cuenta de los cambios y permanencias en las nociones de intimidad entre las tres generaciones. Esto pues, aunque se pueden encontrar varios aspectos de lo que Giddens llama “amor confluyente” en las trayectorias, opiniones y narrativas tanto de las hijas como de las madres, todavía hay aspectos más tradicionalmente románticos que las tres generaciones comparten. Comencemos con aquellos aspectos de las relaciones confluentes que están presentes en las generaciones de las hijas y madres:

Elementos presentes del amor confluyente:

La comunicación:

Una de las características principales del amor confluyente de Giddens, es el de la negociación y la comunicación continua como base de una relación. En este sentido, las relaciones se definen y establecen en base a una negociación de límites deseados por la pareja. Las relaciones no se dan como asumidas, sino que se busca definir las, marcar las expectativas y el carácter que el vínculo afectivo vaya a cumplir.

Dentro del grupo de jóvenes, parece ser que en buena medida el aspecto de la negociación y comunicación continua está presente en sus prácticas personales y en

su entorno social. A través del diálogo se busca marcar los límites de la relación, si esta es monógama, abierta, con exclusividad sexual, sin exclusividad sexual, etc. Asimismo, se busca comunicar las necesidades emocionales dentro de la pareja, para poder tener una relación satisfactoria para ambos. Este aspecto parece ser una particularidad de las hijas, al no verse presente en madres ni abuelas. Por otro lado, para las madres, la importancia de la comunicación gana prioridad una vez establecido el vínculo matrimonial, pues resulta una herramienta significativa en la solución de problemas. En cambio, la comunicación no fue un elemento resaltado por las abuelas. Más bien, en las instancias donde se recurría a la negociación y el diálogo, esta resultaba, a lo menos parcialmente, obstaculizada debido al contexto en el que sus esposos tenían —si no para ellas, sí para la sociedad— mayor autoridad.

De esta manera, se ve un cambio claro hacia relaciones más comunicativas y negociadas a lo largo de las generaciones. Iniciando desde una comunicación donde la mujer tenía menos capacidad de negociación, pasando por la comunicación como solución de conflicto, hasta la comunicación como base de una relación para lograr establecer límites y responsabilidades dentro de esta.

Las relaciones democráticas:

Ya que el amor confluyente de Giddens implica relaciones que no estén articuladas en base a roles de género, una de las características de este tipo de vínculo sería equidad en el dar y recibir emocional, sexual, etc. Lo que implica también relaciones más democráticas, donde las decisiones se asuman en conjunto y ningún miembro de la pareja guarde más poder o autoridad sobre el otro. Como ya se mencionó, dentro de las experiencias de las abuelas, esta no era su realidad. Pese a contar con parejas comprensivas y preocupadas por su bienestar, las abuelas eran conscientes que, socialmente, era su esposo quien mantenía autoridad por sobre el hogar. Esto lo veían reflejado de manera más notoria en varias de las relaciones de sus amigas quienes mantenían una actitud sumisa frente a sus parejas más autoritarias. Asimismo, como ya se demostró, la autoridad del esposo-padre de familia se veía representada incluso de manera legal, como lo fue el artículo 173 del código civil (1936 – 1984).

En el caso de las hijas y también en menor medida en las madres, se espera la formación de vínculos democráticos. Por un lado, las madres buscan matrimonios donde las decisiones se tomen en conjunto, como bien parece ser su caso. De todas formas, otros aspectos dentro de sus relaciones como las labores de cuidado y las

tareas del hogar, aunque en el discurso se comentan que no pertenecen al género femenino, aceptan el hecho de que sus parejas no las vayan a asumir. Las hijas por otro lado, parece que no estarían conformes con parejas que no asuman de manera equitativa y democrática las labores dentro del hogar, siendo esta una posible razón de ruptura. Asimismo, las hijas esperan una equidad en el aspecto afectivo. Buscan que sus parejas escuchen sobre sus necesidades emocionales y sean capaces de cumplirlas. De todas formas, queda todavía por ver si los jóvenes de la generación de las hijas están dispuestos a asumir estas responsabilidades (tanto con respecto a las labores domésticas, como con el aspecto emocional) como suyas.

La Emancipación sexual femenina:

Como menciona Giddens, en el amor confluyente el placer sexual se ubica en un espacio importante dentro de la construcción y mantenimiento de una relación. Mientras que el placer sexual masculino ha sido históricamente validado, el placer sexual femenino se ha visto escondido y minusvalorado. Dentro del amor confluyente, el placer sexual de ambos resulta importante, como también la autonomía sexual de las mujeres.

Las abuelas distan de un discurso de emancipación sexual femenina, aún más, sus trayectorias fueron marcadas por un alto tabú con respecto a la pérdida de la virginidad y la sexualidad fuera del matrimonio. Inicialmente dictado por un discurso religioso, la mujer debía mantenerse virgen a no ser que incurra en pecado. Posteriormente el miedo al “qué dirán” y las posibles repercusiones sociales que la pérdida de la virginidad podría traer, eran suficientes para alejar a las mujeres de esta generación de una exploración sexual previa al matrimonio.

Las madres, empapadas tanto por un discurso de valoración de la virginidad, como uno de validación de la sexualidad femenina, mantienen un discurso distinto al de sus madres. Para ellas, la virginidad no era más una obligación social, sino una decisión personal. Asimismo, el aplazamiento del primer embarazo es un indicador de prácticas que valoran la sexualidad más allá de sus funciones reproductivas.

Las hijas de esta generación y grupo social, gracias al uso y acceso a métodos anticonceptivos, han sido capaces de mantener una vida sexual activa y placentera. Dentro de sus relaciones el placer sexual resulta importante y es valorado tanto por ellas como por sus parejas. Se destaca también el inicio de un diálogo tentativo entre hijas y madres con respecto a la sexualidad, la salud sexual y los métodos anticonceptivos, aspecto realmente novedoso a comparación de las experiencias de

las madres y abuelas. De todas formas, como se mencionará brevemente, se mantienen todavía ciertos estigmas que rodean que rodean la sexualidad femenina.

El amor como condicional:

El amor confluyente de Giddens (1998) es inherentemente condicional. Se mantienen solo mientras ambos miembros de la pareja lo sigan considerando beneficioso para ambos: “Se persigue solo en la medida en que se juzga por ambas partes que esta asociación produce la suficiente satisfacción para cada individuo” (p. 37). En este sentido, una relación confluyente puede terminar cuando cualquiera de los miembros así lo decida.

Dentro de las abuelas, el amor incondicional, aunque no mencionado *per se*, está reflejado en su percepción del matrimonio y los votos que se hacen en él. “Hasta que la muerte los separe” no era solo una frase para las abuelas, sino que realmente marcaba su actitud y percepción con respecto al matrimonio y su significado. Pese a esto, son conscientes de que los tiempos han cambiado, en definitiva, no mantienen la misma percepción con respecto a la incondicionalidad matrimonial que mantenían en sus veintes, pues mantienen una percepción más abierta con respecto al divorcio e incluso la formación de una nueva familia.

El amor como condicional ocupa un lugar incómodo en el discurso de las madres quienes, por un lado, valoran el aspecto de “luchar” por una relación o un matrimonio como una actitud positiva. Por otro, reconocen que las relaciones “no saludables” no deberían mantenerse, y que es mejor “un buen divorcio a un mal matrimonio”. De todas formas, a la par, opinan que las generaciones más jóvenes no tienen la capacidad de comprometerse mutuamente y terminan bajo cualquier conflicto, una opinión que las abuelas también mantienen.

Las jóvenes por otro lado en buena medida sí entienden el amor como condicional, sobre todo desde la Narrativa del amor psicologizado, donde una relación debe ser saludable para mantenerse y ser deseable. Resulta notable que esta generación se crío ya en un contexto con índices de divorcio más elevados, por lo que cargan una perspectiva más naturalizada y desestigmatizada de este. De igual manera, cargan la expectativa de que las relaciones no deben ser aguantadas sino disfrutadas entre la pareja. De todas formas, se espera que, iniciado el vínculo matrimonial, aunque se mantenga la condicionalidad dentro del amor, exista un compromiso por parte de ambos para mantener la relación “saludable”.

Aspectos en pugna:

¿En el mundo hay dos tipos de mujeres?:

El amor confluyente se desarrolla como un ideal en una sociedad en la que casi cada uno tiene la posibilidad de quedar sexualmente satisfecho y presupone la desaparición del cisma entre mujeres “respetables” y las que de alguna forma quedan fuera del ámbito de la vida social ortodoxa (Giddens 1998, p.40).

Aunque esto parece ser así en la forma de pensar de las jóvenes, no es necesariamente así para el resto de gente que las rodea. Las madres y abuelas, aunque más abiertas a la libertad sexual femenina, guardan todavía reparos ante la idea de la sexualidad fuera de un vínculo amoroso/ romántico (principalmente para las mujeres). En ese sentido, todavía mantienen la división entre las mujeres respetables y “malas” mujeres, puesto a que se mantiene un doble estándar sexual. Aún así, este guarda un nuevo vocabulario dentro de la generación de las madres.

Resultan particularmente relevantes, ciertas experiencias vividas por las jóvenes las cuales dan a entender que sus parejas románticas (hombres) cargan todavía un límite mental con respecto a la sexualidad “aceptable” para una chica. Es decir, la sexualidad femenina parece ser aceptable, mientras no sobrepase las experiencias sexuales de “ellos”. El hecho de que los jóvenes de esta generación mantengan esta postura resulta perjudicial para poder hablar plenamente de una experiencia de amor confluyente bajo los estándares de Giddens. La percepción masculina de la sexualidad femenina resulta un tema valioso para futuras investigaciones con respecto a las nociones y experiencias de intimidad dentro de esta generación.

Roles de género en las relaciones afectivas:

Una de las diferencias más significativas entre el amor romántico y confluyente en Giddens (1998) son los aspectos generizados de las relaciones afectivas. Por un lado, el amor romántico sigue un guion de género establecido, en él los hombres siguen un ideal de conquista femenina, las mujeres por otro lado son las “especialistas del corazón”, más afines a los aspectos de cuidado, ternura y sensibilidad necesarios en una relación. Por otro, como ya se mencionó, el amor confluyente se caracteriza por relaciones democráticas e incluso andróginas, es decir, carentes de roles de género.

Dentro de las narrativas de las abuelas, el patrón de conquista masculina era más marcado. Así, destacaron (con dulzura) cómo sus parejas las conquistaron al inicio de su relación. Las madres por otro lado pierden el lenguaje de “conquista” al

momento de recordad su etapa de enamoramiento con sus esposos, aunque en la práctica era claro que eran estos quienes tomaban los primeros pasos dentro de la relación.

En la generación de las hijas, estas reconocen y valoran su rol activo dentro de las primeras etapas de enamoramiento, teniendo una actitud similar a la de sus parejas. Esto no indica que sus relaciones sean carentes de roles de género, pues se mantienen de igual manera prácticas generizadas. Así, es el hombre usualmente quien inicia mostrando su interés hacia la mujer. Por otro lado, con respecto a este punto, no me es posible identificar si es que las mujeres de esta generación siguen cargando la responsabilidad de “especialistas del corazón”, es decir, si siguen siendo ellas quienes tienen las herramientas para mantener la relación, quienes buscan la resolución de conflictos, quienes se preocupan por expresar mejor sus emociones, etc. Esto pues, aunque es claro que las hijas esperan una democratización en las responsabilidades emocionales y sentimentales dentro de una relación, no es claro si es que sus parejas mantengan la misma postura.

La predominancia del matrimonio:

El amor romántico está fuertemente atado a su capacidad proyectiva la cual tiene como meta final el matrimonio y los hijos. Giddens (1998) incluso llega a decir que este es uno de los aspectos que reprimen el carácter revolucionario del amor romántico: “el carácter intrínsecamente subversivo del hecho complejo del amor romántico quedó frutado por la asociación del amor con el matrimonio y la maternidad; y por la idea de que el amor verdadero, una vez encontrado, es para siempre” (p.31).

Dentro de las abuelas, esta perspectiva del amor y de las relaciones la cual centraliza al matrimonio se mantiene. En sus trayectorias el matrimonio era la única forma legítima que tenían para consolidar su relación. El matrimonio era un paso clave en su vida de pareja pues marcaba el inicio de su convivencia, de su vida sexual, incluso de su vida como adultas. Actualmente, las abuelas mantienen una postura menos drástica con respecto al matrimonio, aceptando prácticas entre los jóvenes tales como la cohabitación serial.

Por otro lado, aunque a nivel de discurso las madres e hijas consideren que no es necesario un vínculo matrimonial para establecer una relación comprometida, en buena medida todavía se juzga todo el resto de las relaciones bajo el parámetro del matrimonio. Este es considerado por todas las generaciones como el último escalón en la escala de compromiso que una pareja puede tomar, aparte de tener hijos. En

este sentido, las parejas que no optan por el matrimonio (ni por los hijos) ocupan un lugar incómodo con respecto a su legitimidad y aceptación social. Solo una de las hijas mantiene de manera congruente la opinión de que el matrimonio no genera o da un valor más alto al compromiso de una pareja. De todas formas, esta es una chica bisexual por lo que al visualizar su futuro este podría ser tanto en un contexto donde sí se pueda casar (con un hombre), como en un contexto donde no se pueda casar (con una mujer). De manera tal que son sus experiencias alejadas de la heteronormatividad las cuales le permiten descentralizar el matrimonio en sus nociones de amor e intimidad.

Elementos que se mantienen del amor romántico:

La trascendencia y la expectativa del “para siempre”:

El principal aspecto del amor romántico que se mantiene dentro de las tres generaciones es la expectativa de que el vínculo amoroso generará trascendencia a través de una relación “para siempre”. Como bien repite Giddens (1998) el amor confluyente choca con las expresiones de amor eterno y “para siempre”, las cuales son propias del amor romántico. Esto por el hecho de que las relaciones confluentes son condicionales: pueden y, si es necesario, deben terminar.

Como se destacó en la Narrativa del amor “para siempre” esta es una forma de ver y entender el amor presente en las tres generaciones, aunque con tintes diferentes en cada una de ellas. Resulta particularmente reveladora la postura de las hijas quienes incluyen dentro de sus nociones de amor e intimidad el intenso deseo del “para siempre” y la necesidad de la condicionalidad. Así, buscan un amor eterno pero condicional que se mantenga no por una obligación adquirida durante los votos matrimoniales, sino por la capacidad de la pareja de mantener una relación sana hasta la muerte.

De esta forma, distan de las abuelas en el hecho de que no asumen que su primer amor o su primera relación será su “para siempre”. Más bien, buscan conocer varias posibles parejas y medir los niveles de compatibilidad con estas. Así, en su afán de mantener relaciones “sanas” para siempre buscan usar varios aspectos del amor confluyente para lograrlo como la negociación, la equidad y el placer sexual, sin desechar la eternidad ni trascendencia que el amor romántico promete.

Por último, en el amor romántico, el establecimiento de un vínculo amoroso genera el sentimiento de trascendencia en la persona, al promover la idea de que al

estar en pareja se está completo, sino falta *algo*. Igualmente, este último punto es uno que comparten las tres generaciones, para quienes el amor de pareja es fuente de realización personal. Aunque en el discurso mencionan conocer mujeres que se encuentran realizadas estando solteras, llegan a cuestionar si estas no se sienten en falta. Igualmente, reconocen que dentro de sus experiencias, el amor de pareja y la vida conyugal sí es necesaria para que se sientan realizadas como personas. Aun así, principalmente las madres e hijas son claras en señalar esto como una experiencia y sensación personal, más que un deber ser para el resto de las mujeres o personas en general.

¿Una evolución sentimental?:

Como ya se ha mencionado, dentro de la propuesta de Giddens (1998) el amor confluyente es señalado como un cambio positivo frente a los malestares del amor romántico. Comparto con Giddens la valorización de relaciones más democráticas y equitativas en todos sus planos (en las labores domésticas, el cuidado emocional, la capacidad de negociación, el manejo financiero, el placer sexual, etc.), algo que cada generación ha buscado avanzar en base a sus propias consignas. Las abuelas empujaron por mayor capacidad de negociación y una mayor inserción en la esfera laboral. Las madres empujaron por que se respete su desarrollo fuera del hogar tanto como el de sus parejas. Las hijas buscan relaciones donde las tareas del hogar y las responsabilidades afectivas sean compartidas. Estas actitudes por parte de las mujeres entrevistadas resultan importantes en el desarrollo de una sociedad más equitativa en cuanto al género.

Aun así, a diferencia de Giddens, no busco jerarquizar las categorías del amor romántico y amor confluyente. Al destacar la preservación de otros aspectos del amor romántico dentro de las generaciones como la expectativa del “para siempre” y la trascendencia, no aspiro a criticar ni minusvalorar estos ideales; sino más bien señalarlos como parte de la cultura afectiva de estas mujeres. En última instancia, esta investigación revela que los cambios en las relaciones románticas entre las generaciones de las abuelas, madres e hijas, no son simplemente un reemplazo de un modelo por otro. Más bien, indica una compleja fusión de ideales, prácticas, nociones y aspiraciones entre el modelo romántico y confluyente, reflejando la continua negociación entre ambas formas de entender el amor en la constante búsqueda de relaciones amorosas más satisfactorias y equitativas.

Referencias Bibliográficas

- Amouroux, R. Gerber, L. Jaccard, C. Aronov, M. (2023). Introduction: Historicizing “therapeutic culture”—Towards a material and polycentric history of psychologization. *Journal of the History of Behavioral Science*, Vol 59 (3). Pp. 237-245. <https://doi.org/10.1002/jhbs.22273>
- Appadurai, A. (1999). La globalización y la imaginación en la investigación. *Revista internacional de Ciencias Sociales*, no 160.
- Appadurai, A. (2004). The Capacity to Aspire: Culture and the Terms of Recognition. In V. Rao and M. Walton (Eds.), *Culture and Public Action*, (pp 59-84). Palo Alto California: Stanford University Press.
- Aramburú, C. Bustinza, M. (2007) La transición demográfica peruana: implicancias para la conciliación trabajo-familia. *Economía y sociedad*. 63. 62-73.
- Aramburú, C. (2012). Una población diferente: cinco décadas de cambio demográfico. En *Cambios sociales en el Perú 1968-2008*. (55-72). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Ariza, M. Olivera, O. (2001). Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición. *Papeles de población*. 7(28). 9-39.
- ArkivPeru. (7 de agosto 2009). “El derecho de nacer” (Canal 9, 1962 – Canal 4 1967).
- Barrig, M. (2017). *Cinturón de castidad: la mujer de clase media en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos. (Primera edición: 1979).
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de cultura económica
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad* (Trad, Navarro J; Jiménez D; Borrás, M). Ediciones Paidós Ibérica. (Trabajo original publicado en 1986).
- Bejar, H. (1987). Autonomía y dependencia: la tensión de la intimidad. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 39. 69-90.
- Belinda. (2006). *Utopía* [Álbum]. EMI Televisa Music.
- Bennet, E.A. (1983). *What Jung Really Said*. Schocken Books.
- Bratrud, A. (2021). What is love? The complex relation between values and practice in Vanuatu. *Journal of the royal anthropological institute*. 27. 461-477.
- Butler, J., Lourties, M. (1998). Actos performativos y constitución del género. *Debate feminista*. (18). 296 – 314.
- Cabella, W. (2009) Dos décadas de transformaciones de la nupcialidad uruguaya. La

- convergencia hacia la segunda transición demográfica. *Estudios demográficos y Urbanos*. 24(2). 389 – 427.
- Cancian, F. (1986). The feminization of love. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. 11(4). 692-709.
- Cárdenas, A. (2022). #BUSCANDO LIGAR CON ALGUIEN: RELACIONES HETEROSEXUALES EN TIEMPOS DE TINDER [Tesis para obtener el grado académico de Magíster en Antropología Visual]. Repositorio Tesis PUCP.
- Castillo, A. Obando, C. Casavilca, E. (2021). Factores socioeconómicos que se relacionan con la tasa de divorcios de la mujer en el Perú. *Quipukamayoc*. 29(60). 29-39.
- Centro Virtual Cervantes (2023). *Refranero multilingüe: matrimonio y mortaja, del cielo bajan*. <https://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/ficha.aspx?Par=59081&Lng=0>
- Coast, E. (2003). An Evaluation of demographers' use of ethnographies. *Population Studies*. 57(3). 337-346.
- Crónica Viva. (1 de mayo de 2019). Videos de Cines de Lima en años 50, 60, y 70. Facebook. <https://www.facebook.com/watch/?v=2257066857891717>
- Cuesa, C. (2013). La travesía de la Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez. *Educere* Vol.17(57), pp.361-367.
- Cuevas, A.J. (2019). Introducción. En Cuevas, A.J (coordinadora). *Intimidad y relaciones de pareja. Exploraciones de un campo de investigación*. (pp. 15-36). Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes.
- Eickmeyer, K y Manning, W. (2018). Serial Cohabitation in Young Adulthood: Baby Boomers to Millennials. *Journal of Marriage and Family*. 80. 826-840.
- Díaz, J.J. (2008) Educación superior en el Perú: tendencias de la demanda y la oferta. En Benavides, M (ed). *Análisis de programas, procesos y resultados educativos en el Perú: contribuciones empíricas para el debate*. Lima: GRADE. p. 83-129.
- Dyango. (1965). *Lo mejor de Dyango* [Álbum]. BMG.
- ENDES. (2018). Capítulo 3: fecundidad. En Encuesta demográfica y de salud familiar 2018. INEI. 91 – 105.
- Esteve, A., Castro-Martin, T., & Castro, A. (2022). Families in Latin America: Trends, Singularities, and Contextual Factors. *Annual Review of Sociology*, 48, 485-505. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-030420-015156>
- Estaban, M. (2007). Algunas ideas para una antropología del amor. *Ankulegi*. 11. 71-85.
- Fisher, E. Aron, A. Brown, L. (2006). Romantic Love: a mammalian brain system for

- mate choice. *Philosophical Transactions of the royal society*. 361. 2173-2186.
- Fernandez, A. (15 Julio 2019). Rob Reiner Says Harry and Sally Were Not Supposed to End Up Together in 'When Harry Met Sally'. People Magazine. Recuperado de <https://people.com/movies/rob-reiner-when-harry-met-sally-different-ending/>
- Fernández, N. Montenegro, M. (2014). Re/pensar las producciones narrativas como propuesta metodológica feminista: experiencias de investigación en torno al amor romántico. *Revista de Pensamiento e Investigación Social*, Vol.14(4).
- Fuller, N. (1998). *Dilemas de la feminidad: Mujeres de clase media en el Perú*. Fondo Editorial PUCP. (Trabajo original publicado en 1993)
- García, B. Rojas, O. (2004). Las uniones conyugales en América Latina: transformaciones en un marco de desigualdad social y de género. *Notas de población*. 78. 65-96.
- Gardel, C. (2001). *Todo Gardel 1924* [Álbum]. Disco Nacional Odeon,
- Grardel, C. (2025). *El Rey del Tango* [Álbum]. Phonogram Recordings Ltd.
- Giddens, A. (2019). *La transformación de la intimidad* (Trad, Herrero, B.). Ediciones Cátedras. (Trabajo original publicado en 1992)
- Guevara, E. (2005), "Intimidad y modernidad: precisiones conceptuales y su pertinencia para el caso de México", en *Estudios Sociológicos*, vol. 23, núm. 69, pp. 857-877,
- Gutierrez, R; Días, K; Román, R. (2015). El concepto de familia en México: una revisión desde la mirada antropológica y demográfica. *Ciencia Ergo Sum*. 23(3)
- Hackshaw, Y. (2020). La cucarachita Mandinga, Narración Transcultural. *Tareas: Centro de Estudios Latinoamericanos "Justo Arosemana" Panamá*, (165), pp. 68-88.
- Hancock, E. (1989). *The Girl Within*. Ballantine Books.
- Herrera, C. (2018). *Mujeres que ya no sufren por amor: transformando el mito del amor romántico*. Libros de la catarata
- Hipp, R. (2006). Orígenes del matrimonio y de la familia modernos. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 11, 59-78. <http://revistas.uach.cl/index.php/racs/article/view/1052>
- Huerta, A. (2022). *Feliz seré. Chisme, humor y lágrimas en la cultura popular*. Fondo Editorial PUCP.
- INEI. (2017). Capítulo 1: Características de la Población. En: Perú: perfil Sociodemográfico 2017. INEI. 11-94.
- INEI. (2019). *En el país se celebraron más de noventa y dos mil matrimonios en el año*

2018. Retrieved March 13, 2023, from <https://m.inei.gob.pe/prensa/noticias/en-el-pais-se-celebraron-mas-de-noventa-y-dos-mil-matrimonios-durante-el-ano-2018-12057/#:~:text=Al%20a%C3%B1o%202018%2C%20en%20el,36%20y%2033%20a%C3%B1os%2C%20respectivamente.>

INEI. (2020). *Planos estratificados de Lima Metropolitana a Nivel de Manzanas 2020. Según ingreso per cápita del hogar*. Instituto Nacional de Estadística e Informática.

Jankowiak, W y Fischer, E. (1992). A Cross-Cultural Perspective on Romantic Love. *Ethnology*. 31(2). 149-155

José José. (1970). *La nave del olvido* [Álbum]. RCA Víctor.

Kirkus Reviews (2023- Publicación original escrita en 1985). Too smart for her own good?. <https://www.kirkusreviews.com/book-reviews/a/dr-conalee-karen-levine-levine-shneidman/too-smart-for-her-own-good/>

Kogan, L. (1995). El amor o la reestructuración de la intimidad. En *El amor y sus especies* (7-11). Fondo Editorial PUCP.

Kogan, L. (1996). Estudios sobre relaciones de género en los sectores medios y altos de Lima (27-37). En *Detrás de la Puerta*. Fondo Editorial PUCP.

Kogan, L. (2009). *Regias y conservadores: mujeres y hombres de clase alta en la Lima de los noventa*. Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Le Brenton, D. (2010). *Cuerpo sensible*. Ediciones Metales Pesados.

Le Breton, D. (2012). Por una antropología de las emociones. *Revista Latinoamericana sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. 4(10) , pp. 67-77

Lindholm, C. (2006) "Romantic Love and Anthropology" En *Etnofor*. 19 (1).

Lipovetsky, G. (2013). *La tercera mujer*. (Trad, Alapont, R). Editorial Anagrama. (Trabajo original publicado en 1997).

Lobera, J. García, C (2014). Identidad, significado y medición de amas de casa. *Quaderns de Psicologia* Vol 16(1) p. 213-226.

Lutz, C. y White, G. (1986). The anthropology of emotions. *Annual Review of Anthropology*. 15. 405 – 436.

Martin, M.W (2006). Healthy Love en Martin, M.W, *From Morality to Mental Health: Virtue and Vice in a Therapeutic Culture*. (pp. 167-175). Oxford Academic.

May, S. (2011). *Love, a history*. YALE UNIVERSITY PRESS.

National Research Council and Institute of Medicine (2005). *Growing Up Global: The*

Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. Panel on Transitions to Adulthood in Developing Countries. Cynthia B. Lloyd, ed. Committee on Population and Board on Children, Youth, and Families. Division of Behavioral and Social Sciences and Education. Washington, DC: The National Academies Press.

Núñez, G. Zazueta, E. (2012) Modernidades e intimidad: aproximaciones conceptuales para el estudio de las transformaciones de las parejas heterosexuales en México. *Estudios Sociales*. (2). Pp. 353-374.

Osorio, P. (2005). La Construcción Socio-Cultural de la Vejez desde una mirada de género. En González, O. y Reneré, R. *Climaterio en la atención primaria*. Editorial Bywaters.

Pariona, T. (2016). *Postergación de la maternidad en mujeres profesionales residentes en Lima*. [Tesis para optar el título de licenciatura, PUCP]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP

[Ponce, A. La Rosa, L. \(1995\). Nuestra sexualidad: Mis abuelos, mis padres y yo. Construcciones sociales de la sexualidad en tres grupos generacionales. Fondo Editorial PUCP.](#)

Quilodrán, J. (2008) Los cambios en la familia vistos desde la demografía; una breve reflexión. *Estudios demográficos y urbanos*. 23(1). 7-20.

Quilodrán, J. Juárez, F. (2009) Las pioneras del cambio reproductivo: un análisis partiendo de sus propios relatos. En *Notas de Población - CEPAL*. N.87.

Raalte, L. Bednarchik, L. Generous, M. Mongeau, P. (2022). Examining Rules in Friends with Benefits Relationships. *Archives of Sexual Behavior*, 51, pp-1783-1792.

Redacción EC. (03/10/2023). ¿Por qué se obsequia carritos Hot Wheels cada 30 de septiembre? El Comercio. Recuperado en <https://elcomercio.pe/respuestas/por-que/por-que-debes-regalar-carritos-de-hot-wheels-este-30-de-septiembre-tiktok-viral-trend-2023-tdpe-noticia/>

Reiner, R. (Director). (1989). *When Harry Met Sally* [Película]. Castle Rock Entertainment & Nelson Entertainment.

Rios-Neto, E. Miranda, A. Miranda, P. (2018) Fertility Differentials by Education in Brazil: From the Conclusion of Fertility to the Onset of Postponement Transition. *Population and Development Review*, Vol.44 (3), 489-517.

Ripamonti, P. (2017) Investigar a través de narrativas: notas epistémico metodológicas. En Alvarado, M y De Oto, A (ed.), *Metodologías en contexto : intervenciones en perspectiva feminista, poscolonial, latinoamericana*. (83-105). CLASCO.

- Rodríguez, T. (2012). El amor en las ciencias sociales: cuatro visiones teóricas. *Culturales: Universidad autónoma de baja California*. VIII(15). 155-180.
- Rodríguez, T. Rodríguez, Z. Enriquez, R. Cuevas, A.J. Castillo, A. (2019). La intimidad en las relaciones de pareja: reflexiones conceptuales a partir de su multidimensionalidad. *Intimidad y relaciones de pareja. Exploraciones de un campo de investigación*. (pp. 37-94). Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes.
- Rodríguez, T (2019). Internet en las relaciones de pareja establecidas: un panorama desde la investigación internacional. *Intimidad y relaciones de pareja. Exploraciones de un campo de investigación*. Pp. 293-329.
- Romo, D. (1986). *Mujer de nadie, mujer de todos* [Álbum]. EMI Capitol de México.
- Rosenwein, B. (2022). *Amor: una historia en cinco fantasías* (M. Pérez, Trans.). Alianza Editorial.
- Sánchez, J. (2016). Amistad y relaciones de pareja entre miembros de las capas medias en Cali. *Debates en Sociología*. 42. 85 – 115.
- Simpson, B. (1997). Representations and the re-presentation of family: an analysis of divorce narratives. En James, A; Hockey, J; Dawson, A (Eds.), *After writing culture: epistemology and praxis in contemporary anthropology* (51-70). Routledge.
- Shorter, E. (1975). *The making of the modern family*. Basic Book Inc.
- SUNEDU. Chávez, C. (2021). Género y educación superior: una mirada al sistema universitario peruano desde las trayectorias estudiantiles. Superintendencia nacional de educación superior universitaria.
- Surrallés, A.(1998) “Entre el pensar y el sentir”. En *Antropológica* No. 16.
- Swift, T. (2008). *Fearless* [Álbum]. Big Machine Records.
- Swift, T. (2014). *1989 Deluxe* [Álbum]. Big Machine Records.
- Swift, T. (2022). *Midnights* [Álbum]. Republic Records.
- Theabud, S. (2010) Masculinity, bargaining and breadwinning: understanding Men’s housework in the cultural context of paid work. *Gender and Society*. Vol 24(3). Pp.330-354.
- Van de Velde, C. (2005) La entrada en la vida adulta. Una comparación europea. *Revista de estudios de juventud*. 71. 55-65
- Venegas, J. (2006). *Limón y Sal* [Álbum]. Sony BMG.
- Venturo, S. (1995). Invitación a la lectura. En *El amor y sus especies* (7-11). Fondo

Editorial PUCP.

Verán, A. (2017). *Los afectos en las relaciones de enamorados y matrimonios en la sociedad awajún: la manera de entablar y vivir estas relaciones en la comunidad nativa Belén del Río Santiago (Amazonas)*. [Tesis para optar el título de licenciatura, PUCP]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP.

Yanaylle, M. (1996). Tiene veintiocho años y aún es virgen: feminidad y estereotipo de la mujer sin pareja (57-72). En *Detrás de la Puerta*. Fondo Editorial PUCP.

